

Figura 150. Portada del famoso libro de Caxa de Leruela, editado por primera vez en 1631. En él su autor, alcalde entregador de la Mesta, achacaba los males de España a la preferencia que (según él) se estaba empezando a dar a la agricultura sobre la ganadería. En realidad, este argumento es bastante excepcional, frente a los muchos otros que expusieron numerosos pensadores y humanistas de la época en sentido contrario: denunciando los exorbitantes privilegios de la Mesta y cómo impedían el desarrollo endógeno de regiones como la extremeña, "sometidas al yugo trashumante".



LA EDAD MODERNA

LA EXPANSIÓN AGRARIA Y EL FOMENTO DE LOS CULTIVOS LEÑOSOS

A lo largo del siglo XVI el sector agrario en el conjunto del reino de Castilla experimentó una etapa de expansión y crecimiento, donde los precios de los cereales mostraron una tendencia alcista más acusada que la de otros productos (Pereira, 1990). Los campesinos aprovecharon esta coyuntura y el empuje demográfico para seguir destinando más tierras al cultivo del cereal a costa de reducir las superficies comunales de pastizal y monte. En 1551 el Procurador del Común hubo de comparecer ante el Consejo de Castilla al plantearse la restitución a la villa de Cáceres de los campos y ejidos ocupados de forma ilegal diez años atrás. La continua merma de superficies de pastizal resultaba problemática para las arcas concejiles, pues la cesión temporal de las dehesas a ganaderos castellanos proporcionaba un flujo anual de ingresos muy importante, mucho mayor que el volumen de las rentas que generaba la labor, y los conflictos no se hacen esperar. En 1556 Felipe II ordena que se remedie la carestía de pan, situación que empeora en 1557 (Zulueta, 1977). Los mesteños se quejan al monarca de las continuas roturaciones, y en 1580 se promulga una prohibición de rompimiento de las dehesas, a favor de la Mesta. En la súplica de las ciudades de Trujillo, Plasencia y Mérida, y las villas de Cáceres, Alcántara, Brozas, etc., se alega que *sobran dehesas y pastos para el ganado y falta pan*, pidiendo que se suspenda tal prohibición (AMC, s. XVI, leg 8). En 1578 los habitantes de Berrocalejo, en las Relaciones Topográficas de Felipe II (Corchón, 1963) se quejan de que *el pueblo está más pobre que nunca [...] porque la tierra [labrantía] se estrecha y angosta, y en dos leguas y media que tiene la dicha Jurisdicción de la Villa de la Puebla [Naciados] y sus Lugares, hay diez Dehesas, y por esta causa no se puede criar hacienda, por lo cual está muy paupérrima*. Tras casi tres siglos larvándose, el conflicto que enfrenta a ganaderos mesteños con labradores y ganaderos locales se sigue agravando y comienza a trascender. Ese mismo conflicto había llevado, por ejemplo, a que en las Ordenanzas de Montes de Cáceres de 1494 se prohibiera a los ganaderos locales que participan en la trashumancia acceder a los pastos comunales del territorio (Terés et al., 1995).

Pasada la mitad del siglo XVI, el Rey ordena llevar a cabo un interrogatorio por los pueblos de la tierra de Cáceres, para completar un Memorial en 1594. Respondieron numerosos labradores, quejándose con frecuencia de la penuria de tierras. Como dicen en el Casar (AMC. Expedientes, siglo XVI. Labor de las hojas, cómo han de ser):



Figura 151. Extensos viñedos en Valverde de Leganés, entreverados con mieses y salpicados por alguna encina y monumentales piñoneros. Durante los siglos XV a XVII, tanto las órdenes religiosas como los señores laicos promovieron el cultivo de la vid, con intensidad creciente según iba subiendo el precio del vino. A menudo se cedía gratuitamente la tierra a los vasallos dispuestos a implantar y cuidar la viña, e incluso a veces se obligaba a establecerlas en determinada proporción de las tierras cultivadas.

«Que las tierras que hay en este dicho lugar del Casar para sembrar son muy pocas y muy flacas y robadas de las aguas por el mucho uso de labor que en ellas se ha tenido y tiene de tiempo inmemorial [...] Por la cual causa los labradores han venido en mucha quiebra y disminución, que tienen muy pocos bueyes con que labrar y así han dejado y dejan muchos de ellos la dicha labor por no acabar de perder sus haciendas, y se han ausentado [...] Todo lo cual se remediaría mandando S.M. que se labren las dehesas posías que están en término de esta villa de Cáceres, porque labrándose esta tierra sería muy rica y estaría bien provista de pan y todo lo demás»

El Memorial pone de manifiesto una situación crítica por falta de pan para alimentar a los pobres, y propone una política que incentive la agricultura, lo que enfrenta a agricultores y ganaderos, alegando éstos que la labranza arruina los pastizales y aquellos que el cultivo de la dehesa no es incompatible con su dedicación ganadera: *Y en la propia tierra que en las dehesas se labrare se criarán ganados, porque en los barbechos de ellas se crían y el pasto de ellas es muy regalado, y en los rastrosos se cría el puerco [...] y allí también se cría el becerro y el buey y la vaca y también la oveja y el carnero* (Pereira, 1990). La Provisión del Consejo Real de 1594 concluirá de forma drástica que *los labradores han venido a tanta necesidad que no tienen con qué labrar* (Zulueta, 1977).

En las tierras de la Orden santiaguista, lo dilatado de los términos y especialmente de las tierras reservadas para régimen señorial, lleva a una cierta tolerancia en lo que se refiere a las intromisiones en las dehesas. Ante estos sucesos, y tras algunos intentos de éxito dudoso, en general la solución dada por los maestros no fue la expulsión de los detentadores, sino la regularización jurídica de su posesión. Con ello mantenían una considerable renta de censos y diezmos, se daba tierra a los campesinos y se lograba una especie de paz social (Rodríguez Blanco, 1985). No obstante la Corona no dejaba de estar preocupada por tales hechos, y Felipe II ordena en 1598 una inspección que se plasma en la *relación y compendio de todas las dehesas que vuestra Majestad tiene en el maestrazgo de Santiago y Provincia de León, de la medida y amillaramiento dellas y del estado en que están* [BNE, ms 946].

Frente a las múltiples quejas sobre los privilegios ganaderos, en cambio, no faltan pensadores que atribuyan la crisis precisamente a lo contrario. Según Caxa de Leruela, por ejemplo, los males de España derivan de la preferencia que en su opinión se habría dado a la agricultura sobre la ganadería desde 1591, cuando comenzó a autorizarse la roturación de dehesas y tierras de pastos, y se agravaban en 1603 al excluir de los privilegios de la Mesta al ganado estante, olvidando su importancia capital tanto para la manutención humana como para el cultivo de los campos. Trece capítulos dedica este autor a probar la importancia del ganado a pesar de ser "cosa notoria, y evidente", porque está convencido de que su falta es la causa de los problemas de España: *las tierras y heredades de pan llevar han menester la huella del ganado para que fructifiquen [...] y como ya no lo tienen, buscan tierras nuevas donde sembrar, también en éstas basta menos trabajo y cultura, además de que si son rompimientos en montes, las cenizas de ellos sirven de estiércol y contribuyen a las buenas cosechas* (Caxa de Leruela, 1631).



Figura 152. Bancales con huertas y frutales en Martilandrán. El desarrollo de huertas y olivares fue más temprano en las zonas de sierra y media montaña. En algunas comarcas, como en los valles jurdanos, la necesidad de abancalar para sujetar la escasa tierra en las pronunciadas laderas resultaba acuciante y nos ha legado paisajes de gran belleza.

Estos argumentos a favor de la ganadería, no obstante, son una excepción frente a los innumerables conflictos promovidos en su contra, especialmente de la trashumante. Ya en 1607 el humanista extremeño Pedro de Valencia, en su *Discurso sobre el acrecentamiento de la labor de la tierra*, denunciaba ante el Rey que más importa el pan que el ganado, por mucho que importe; pero hay Mesta y hay cuidado, porque los ganados tienen dueños poderosos y que se juntan en comunidad. La labor no tiene dueño: séalo Vuestra Majestad, que sí es (Valencia, 1607). Las mismas reivindicaciones promesteñas de Caxa de Leruela resultan arbitrarias, interesadas y con escaso valor objetivo, toda vez que su autor había sido, precisamente, alcalde entregador de la Mesta (Urteaga, 1987).

La expansión del terrazgo agrario se hizo fundamentalmente con los cultivos cerealistas, sobre todo trigo. El centeno se utilizó en algunas zonas altas y pobres, mientras que la cebada sólo predominaba en zonas de suelos más débiles. No obstante, otros cultivos, como los leñosos, cobraron un mayor auge a lo largo del siglo XVI. De importancia mucho menor en secano estaban: leguminosas como habas y garbanzos; entre las industriales lino y también zumaque, entre las destinadas a las importantes curtidurías; esparto y grana, fueron de utilización más puntual (Rodríguez Blanco, 1985).

El viñedo seguramente fue el cultivo con mayor expansión, inicialmente promovido por los grandes

señores laicos y por los monasterios. Desde los primeros tiempos la Orden de Santiago favoreció su cultivo, cediendo gratuitamente la tierra a los vasallos predispuestos a su plantación, con la exclusiva limitación de atenderlos adecuadamente (Maldonado, 2005). En Tierra de Barros, todos los repobladores nuevos tenían la obligación de plantar una aranzada de viñas, cerca de media hectárea (Cantera, 1997). A partir de 1550 los precios del vino suben de manera superior al cereal, invitando a dedicar nuevos espacios a la vid (Pereira, 1990), y comienzan a instalarse viñedos de forma abundante, como sucedió en Villafranca (Solís, 1992). Las Relaciones Topográficas de Felipe II dicen de Fresnedoso que aumenta la población por la expansión del viñado: *va en crecimiento porque en él se hacen heredades de viñas, muchas cercas en cantidad, y son las viñas muy buenas y de buenos vinos*. En algunas zonas la presión de los campesinos por instalar viñedos chocaba con otras necesidades de aprovechamiento, como delatan los conflictos con los castaños de fruto en la Tierra de Plasencia (Santos Canalejo, 1986).

El viñado, junto con las huertas, eran a menudo los dos únicos cultivos que estaban permitidos en los ejidos comunes de numerosas villas. Y de la importancia que alcanzaron da buena cuenta la extensión que se dedica a su cuidado en las ordenanzas de la ciudad de Trujillo (Sánchez Rubio, 1995): que en el tiempo de viñas se alcen las colmenas, que los perros traigan campanillas, que los viñadores estén de continuo al cuidado de las viñas, que los arrendadores no entren en viñas ajenas sin licencia del dueño, que no se hallen ganados en viñas, huertos o majuelos, que no se quemen los bardales (cercas de maleza) que las protejen, que no se corten ramas ni sarmientos etc., incluso que los moros no vayan a las viñas en fiestas, aunque fueran suyas.

En cuanto a los cultivos de regadío, las huertas son habituales en todos los pueblos de la región. A menudo son producto de usurpaciones de dehesas, luego respetadas a cambio de un censo, de tapiarlas y de mantenerlas (para evitar conflictos con los ganados). En las tierras de la Orden de Santiago destacan los ajos y cebollas de Alcuéscar, y los pumares de Jerez de los Caballeros, que respondían a la invasión por los vecinos de parte de la dehesa, en cuyas áreas marginales plantaron manzanos. En 1507, en término de Montánchez, en San Salvador de los Monasterios, se habla de una huerta *la más hermosa que los visitantes vieron en la provincia de León*, con 670 pies de naranjos, limones, cidros y toronjos (Rodríguez Blanco, 1985). En Coria se contesta a las relaciones Topográficas diciendo que *las frutas que hay son muy sabrosas [...] hay en el contorno en tierra de esta ciudad muchos naranjales y cidros, limones y todo género de zumo en abundancia tanto que la mayor parte de Castilla se provee de esta tierra*.

Tanto viñas y huertas como olivares debieron alcanzar una importancia más temprana en las zonas de sierra y media montaña. En 1484 el deslindamiento sobre el Rincón de Helechoso, perteneciente al término de Gata, regula de forma específica la instalación de viñas, olivos y huertos por medio de licencia, sin pena alguna (Cotano, 2004). En las zonas llanas del interior de la región, el olivo tardó en adquirir cierta significación, a pesar de los esfuerzos por implantarlos. El maestro de Santiago Alonso de Cárdenas dice que *nuestra Orden es demenguada de azeyte viendo por experiencia que en ella se crían buenas olivas donde se han querido plantar* [AHN, OM, Ms 1242-C, fol 226], e intenta en 1480 implantar su cultivo por obligación, que se repartiría entre los vecinos y los concejos. Se proponía que en un año la Provincia de León estuviera llena de olivares, y las penas para los incumplidores eran elevadas; sin embargo, tal propósito quedó en sólo eso, y más tarde los Reyes Católicos duplicarán la cantidad de tierras a destinar a este fin, también inútilmente. Incluso el Emperador señalará expresamente una zona para ello, en Mérida entre el camino de Sevilla y Alange, amenazando con despojar de sus heredades a los que no plantaran olivares, pero al parecer ninguna de estas disposiciones tuvo el éxito deseado y la plantación de olivos no sería significativa en la zona hasta finales del XVIII (Rodríguez Blanco, 1985; Maldonado, 2005).

EL PAISAJE FORESTAL EXTREMEÑO EN LOS COMIENZOS DE LA EDAD MODERNA

Aparte de descripciones más o menos localistas, al siglo XVI le corresponden las dos primeras fuentes documentales que de forma explícita y sistemática aportan datos acerca de la configuración de los paisajes forestales en Extremadura o en parte de la misma. Se trata de las *relaciones topográficas* de Felipe II y de los *itinerarios* de Fernando Colón, hijo del almirante.

La obra de Fernando Colón (Colón, 1517) consistía en una serie de itinerarios a lo largo y ancho de España, en que se consignaban de forma más o menos escueta las distancias entre diversos núcleos de población, así como el estado de los caminos y el aspecto de los paisajes por los que transcurrían. Al margen de cuestiones puntuales, uno de los hechos diferenciales que más se ponen de relieve es la diferencia entre la vegetación que cubría las áreas montañosas del norte de la región en



Figura 153. Dibujo de los contornos de Guadalupe, de A. van den Wyngaerde de 1567. Diferentes descripciones de la época resaltan la riqueza de algunos de sus bosques, seguramente los que se muestran al abrigo de los arroyos. Pero la generalidad de las sierras estaba cubierta por “montes baxos de breçales e xarales, y en ocasiones de matas de roble o dehesas de encina. En el dibujo se aprecia este mosaico de estructuras, complementado con la práctica de laboreos, a menudo en zonas de considerable pendiente.

comparación con el resto de la misma. Así, mientras en las montañas del norte se atestigua la importancia de bosques de pinares y robledales, en la mayor parte de las áreas llanas se dibuja la alternancia entre tierras de labor y encinares, mientras que las sierras interiores suelen ser dominio de viñas y jarales.

En el noroeste, especialmente en la sierra de Gata es especialmente llamativa la cita de una rica e intrincada vegetación dominada por los bosques, entre los que destacan los pinares, y que alternan con cultivos leñosos. Varias de estas referencias corresponden a trayectos entre la vertiente cacereña y la salmantina, y aluden a considerables distancias. Esto dificulta una interpretación precisa de los datos aportados, aunque parece desprenderse un mayor dominio de pinares y robledales en la vertiente norte, mientras que en el lado extremeño, aun con presencia de dichas especies, resulta más frecuente un paisaje más transformado con castaños, viñas y olivares. Así lo ponen de manifiesto los siguientes testimonios (Robleda y Robledilla, por ejemplo, están en la vertiente salmantina):

- ...por descarga Marya e fasta Cadalso ay tres leguas [...] Robledillo e fasta Robledo ay tres leguas de pinares e todo de valles e por entre syerras e montes de pinares.
- ...puño en Rostro [...] fasta descarga Marya ay media legua llana de vega e de viñas e olivares
- Gata [...] fasta la torre ay media legua una ladera arriba e de viñas e olivares e castañales [...] e fasta Robleda ay dos leguas e media de cerros e montes e valles de pinares.
- Robleda [...] esta en llano e esta orilla de una syerra entre unos pinares [...] e fasta Robledilla ay tres leguas todo de valles hondos e por entre las syerras e de montes de pinares.

En las tierras llanas del Arañuelo, Colón atestigua aún la dominancia de los encinares, así como la persistencia de los ya comentados pinares de los arenales del Tiétar pertenecientes a la Tierra de Plasencia:



Figura 154. Modernos viñedos en espaldera entre Badajoz y Olivenza. Las descripciones geográficas de los siglos XVI y XVII ponen de manifiesto una gran importancia de las viñas en la región, tanto en las áreas de llanura como en las serranas. Las viñas solían ser particulares y estar intercaladas con otros cultivos, con alcaceres o con ejidos comunales.

- *Parti de torbisco para naba el moral que ay una legua grande llana e toda de encinares. Es el campo de arañoelo todo. [...] y hasta plazencia ay diez leguas e van por casa texada dos leguas llanas de encinares e por toril dos leguas e por la barca de bazagon dos leguas.*
- *Nava el moral y hasta xarandilla ay seys leguas de tierra doblada e de montes de encinares e xarales las cuatro leguas postreras.*
- *...e casa texada e por toril a fasta talavera de la reyna ay dos [leguas] de tierra doblada e algunos montes de pinares e encinares.*
- *Por el Campo Arañoelo hacia Candeleda ... tierras de pan, jarales, encinares y robledales.*

En el resto de la región se muestra un paisaje en que la vegetación natural más característica es la compuesta por encinares y jarales. La abundancia de estos últimos es especialmente patente, sobre todo en las áreas menos agrícolas y de sierra, lo que indica el estado de degradación de los montes mediante altas frecuencias de fuego. Esa regresión implica que no se citen pinares y que los pocos robledales sean profusos rebrotes de monte bajo, como en el caso de Guadalupe:

- *Salorin [...] e por santiago de alcantara e fasta san vyçente ay tres leguas las dos primeras es de encinares e lo otro es sierra e puerto.*
- *...la çarça [...] fasta piedras albas ay tres leguas de tierra muy doblada e de berrocales e viñas e xarales.*
- *...myrabel fasta las cassas de don millan ay dos leguas de sierras e de xarales [...] e fasta serradilla ay dos leguas de syerras e xarales [...] e fasta grimaldo ay dos leguas de cerros e xarales.*
- *Çafra [...] fasta orellana la nueva ay una legua grande de xarales e de syerras salvo el primero quarto de legua primero ques de tierra doblada e de montes de encinares.*
- *Guadalupe [...] e fasta las nabas ay una legua e media de syerras e valles e robledales baxos.*
- *...guadalupe para hacedera que ay siete leguas las dos leguas primeras son de syerra pequeña e llanos e las dos leguas adelante llanas de montes baxos de brecales e xarales e las tres de adelante es de tierra llana de montes e dehesas e de encinares.*
- *...e es todo que se llama la serena e es tierra que desde lexos parece llana e es barrancosa e prados.*

Las Relaciones Histórico Geográficas de Felipe II constituyen las contestaciones dadas por los pueblos a la Real Carta de 27 de octubre de 1575. Aunque no existen para gran parte del territorio extremeño, allá donde se conservan aportan una valiosa información sobre el paisaje forestal, más detallada que la proporcionada por los itinerarios de Colón. Las de las villas de Castilblanco y Alía, por ejemplo (Hontanilla, 2002), abundan en el carácter frondoso de las sierras de las Villuercas. Así, en Castilblanco se habla de *enzinas* y *alcornoques* y *xarales* y *madroñales*. La respuesta de Alía, tanto en sus citas explícitas como en las toponímicas, constituye todo un inventario botánico de la riqueza florística de sus bosques:

Figura 155. Sierra de Pinos, en Hornachos. Ya no queda rastro de las coníferas que le dieron nombre, ya atesiguado en el Libro de la Montería. Hoy en la sierra predominan extensos jarales, mientras que en el piedemonte se extienden dehesas de encina y en las llanuras arcillosas del primer plano, olivares entreverados con pastizales. Precisamente olivares, encinares y jarales son, junto a los viñedos, las formaciones más frecuentemente citadas en las descripciones de la región a lo largo de los siglos.



«Es abundosa de leña y en todo el término la ay de enzinas de alcornoques, robles, quexigos, madroños, azeres, alisos, jauzes, loros y acebos, jaras y neberos, berezos y lantiscos, romero ay mucha abundancia de caça y otros animales que son osos, lobos, zorras, jabalines, çierbos, gamos, corzos [...] lobos, çerbales, texones y garduños [...] Las sierras questán çerca desta villa hazia el Norte a una légua es la sierra que dicen del Pino»

Bien diferente es el panorama reflejado para otros lugares, algunos de ellos paradigmáticamente representativos de un modelo territorial y de una estrategia económica de uso del entorno. Así, para las feraces tierras de la vega de Coria, donde las dehesas de encina se completan con cultivos variados, se comenta que *hay grandes montes de mucha bellota, tiene tierra llana de vega, es abundosísima en pastos porque todo el ganado merino que baja de los puertos pasta por esta tierra, es abundante de trigo*. Viñas y castaños son renombrados en Gata, reflejando a su vez un intenso comercio de sus productos: *hay muchos lugares que llaman la sierra de Gata, abundosísimos de buenos vinos, muchas castañas que proveen a toda Castilla y a la mayor parte de Andalucía*. En cambio, en tierras más agrícolas como las de Garrovillas se apunta que *todo lo más se vive de labranzas* y que varios lugares del término *se despoblaron por ser la tierra muy miserable*. Y de la alquería jurdana de El Pino, que *lo que en ella se cria son cabras y colmenas, de esto tiene abundancia; la mayor falta que tiene es de pan que cogen poco trigo y centeno y ninguna cebada [...] por ser tierra de muchos brezos y jarales* (Pereira, 1990).

Clemente Ramos (2001) ha efectuado un estudio comparativo de las citas a elementos vegetales dados en sus descripciones por Colón y otras fuentes documentales de la época, obteniendo conclusiones valiosas. El desarrollo del matorral de degradación, a partir de la sobreexplotación y el uso del fuego, constituye un elemento cuya abundancia se muestra claramente ligada a la actividad humana. Hacia 1500, uno de cada tres trayectos descritos por Colón habla del matorral como dominante, exclusivo o asociado a arbolado. Considerando varias fuentes, si antes del XV el matorral suponía un 11 por ciento de las citas vegetales, a lo largo del XV alcanza el 20 por ciento de la citada en los numerosos amojonamientos, y el mayor peso de las citas corresponde a jarales y otras plantas pirófitas. Estos nos permiten una aproximación con mayor grado de definición al paisaje y a sus transformaciones. En torno a Mérida, por ejemplo, donde Colón evidencia el dominio de lentiscas, los amojonamientos delatan la aparición de tocones y el porte arbustivo del arbolado remanente (carrascales). Por otra parte, también destaca respecto a épocas anteriores las escasas citas a la vegeta-



Figura 156. Arbolado ralo de alcornoques sobre jaral denso en una dehesa en Casillas (Badajoz). El desarrollo del matorral pirófito, a consecuencia del uso repetido del fuego, debió ser llamativo en algunas zonas entre los siglos XV y XVI, y de hecho la mayor parte de las referencias al paisaje extremeño de la época hablan de jarales. Incluso estudios documentales verifican un incremento en las referencias a matorral, en detrimento de las de arbolado (Clemente Ramos, 2001).

ción ribereña, lo que puede ser señal de su receso habiendo sido invadido su ámbito ecológico por dehesas y matorrales. El fuego se manifiesta como una práctica reiterada, que impide la proliferación de plantas sensibles a intervalos cortos entre incendios, como sucede con los pinos.

Existen otras citas acerca del estado de los montes de la época, aunque en algunas de ellas puede pesar más el elemento literario que el conocimiento objetivo de la región. Así suceda seguramente con los comentarios que Lope de Vega pone en boca de Marfín en su obra *Las Batuecas del Duque de Alba*, refiriéndose a las Hurdes Altas: *Nosotros habitamos este valle / cerrado destos montes espesísimos, / cuyas sierras empujan sus cabezas / a topetar con las estrellas mismas*. Esta frondosidad de las agrestes sierras hurdanas llegó a resultar proverbial. Según cita Pérez Argemí (1921), el célebre Galucio en su *Theatro del Mundo* (1642) comentaba de tal comarca que eran *sierras pobladas de jara, encinas, alcornoques, madroños, enebros, pinos y otros arbustos de hoja permanente*. Más exuberante resulta el texto con que Azedo de la Berrueza (1667) trata de ensalzar la riqueza de La Vera:

«Todas las poblaciones desta opulenta provincia están acompañadas de hermosas y caudalosas gargantas, que por la una y otra parte la circundan y rodean, estando todas sus orillas escuadroneadas de altos y frondosos castaños, álamos y fresnos, con otra mucha diversidad de árboles silvestres, que las coronan y hermocean. [...] Es toda la ribera de Jaranda un confuso y dilatado bosque vestido de arboledas y una amorosa y extendida selva de entretenidos placeres. Están coronadas por la una y otra parte las márgenes, en sus orillas, de frondosos y empinados castaños, hermosos gigantes de naturaleza, y de muchos avellanos, nogales, sauces, álamos y fresnos [...] Está en medio del camino, entre Jarandilla y San Francisco, un tan grande y soberbio castaño rebolado, y de tan grueso cuerpo, que en una grande tempestad que hubo el año de 1547, que cayó un rayo sobre él, y le hizo tan grande abertura y hueco, que desterrando de la villa por sus delitos a un tejedor de lienzos, se fue a él y le acomodó para su morada y vivienda, y puso en él su telar»

Como muestra de la cautela con que deben de tomarse estas referencias, a continuación del párrafo transcrito el autor aporta una "completa" relación de los árboles que se daban cita en la comarca... pero que en realidad es sustancialmente un plagio de esta otra, suscrita sesenta años antes por Fray Gabriel de Talavera (1597) para referirse a los contornos del Monasterio de Guadalupe:

Figura 157. Las diversas descripciones de las comarcas extremeñas de los siglos XVI y XVII aportan la visión de un paisaje en que en las áreas llanas alternan mieses, eriales, matorrales y encinares ahuecados. En cambio, en algunas áreas serranas como Guadalupe o La Vera parecían abundar bosques frondosos, a menudo idealizados, como decía Azedo de la Berrueza (1667) de la ribera de Jaranda: "Son sus márgenes sitio de entretenidas selvas de amor y bosques de amantes, alivio de tristes y desahogo de afligidos". En la imagen, frondosidad de robles, frutales y castaños en el entorno de Yuste, donde escogió el Emperador Carlos su lugar de retiro.



«Aquí se hallan los olorosos membrillos, los duraznos y los granados, las higueras, los perales y las copiosas olivas; aquí los manzanos hermosos, los ciruelos, los morales y así mismo los victoriosos laureles y palmas triumphadoras; grandes castaños, altos cipreses, fuertes encinas y crecidos robles, gruesos loros, verdes alisos y altísimos álamos, donde trepando las parras los hermosean con sus frutos y frescas hojas, y ellos las sustentan con su firmeza. También se crían y fertilizan este suelo naranjos, cidros, limones, zamboas, camuesos, melocotones, albérchigos, abellanos, quexigos, nogales, nebrós, fresnos, almendros y otros sin cuento de quien se asen y prendan las hiedras ambiciosas; pasando en silencio gran multitud de otros árboles y plantas y algunas matas de menos cuenta, que la vecindad del agua produce y engendra, con otros mil géneros de hierbas medicinales, y odoríficas flores, que adornan y enriquecen el suelo desta fresca y amenísima ribera, y apacientan con su alegre vista los ojos y corazón»

LA DISMINUCIÓN DE LOS BOSQUES Y LA ESCASEZ DE RECURSOS FORESTALES

Las Cortes de Valladolid de 1351 ya alertaban de los riesgos que suponía la explotación del bosque que se llevaba a cabo habitualmente, y que a menudo implicaba la extinción local del recurso forestal: *se destruyen cada día de mala manera los montes, señalada miente los pinares e encinares, porque derriban cinco o seyx pinos por tirar dende tres o quatro rayeros de tea que non valen tres dineros, et que en los encinares, por un palo muy hostil que ayan menester que cortan un enzina por pie*. Luego, el incremento demográfico de los siglos XV y XVI supuso una mayor presión sobre unas superficies forestales cada vez más exiguas, a causa de los incrementos de labrantíos y pastizales.

En algunas zonas el desmonte se tradujo pronto en una escasez alarmante de productos derivados del bosque y en una creciente preocupación por el problema. Las sanciones por talar una encina evolucionaron desde los 100 maravedíes de principios del XVI en Trujillo hasta los 1000 a finales del mismo en Alconétar (Clemente Ramos, 2000). En el Capítulo General de la Orden de Santiago celebrado en 1440 se denuncia que hay lugares que *no tienen riberas, ni encinales, ni alcornocales, ni otros montes en que puedan cortar, ni de que se pueden proveer de madera* (Chaves, 1740). En 1425 Alcántara obtiene un privilegio para poder abastecerse de madera en todas las encomiendas de la orden. En 1436 Brozas tampoco parece disponer de montes suficientes para el abastecimiento local, siendo necesario el aprovisionamiento en los del maestro. La necesidad de un control más estricto en la explotación forestal de la sierra de Gata lleva en 1450 a un enfrentamiento por las cortas de



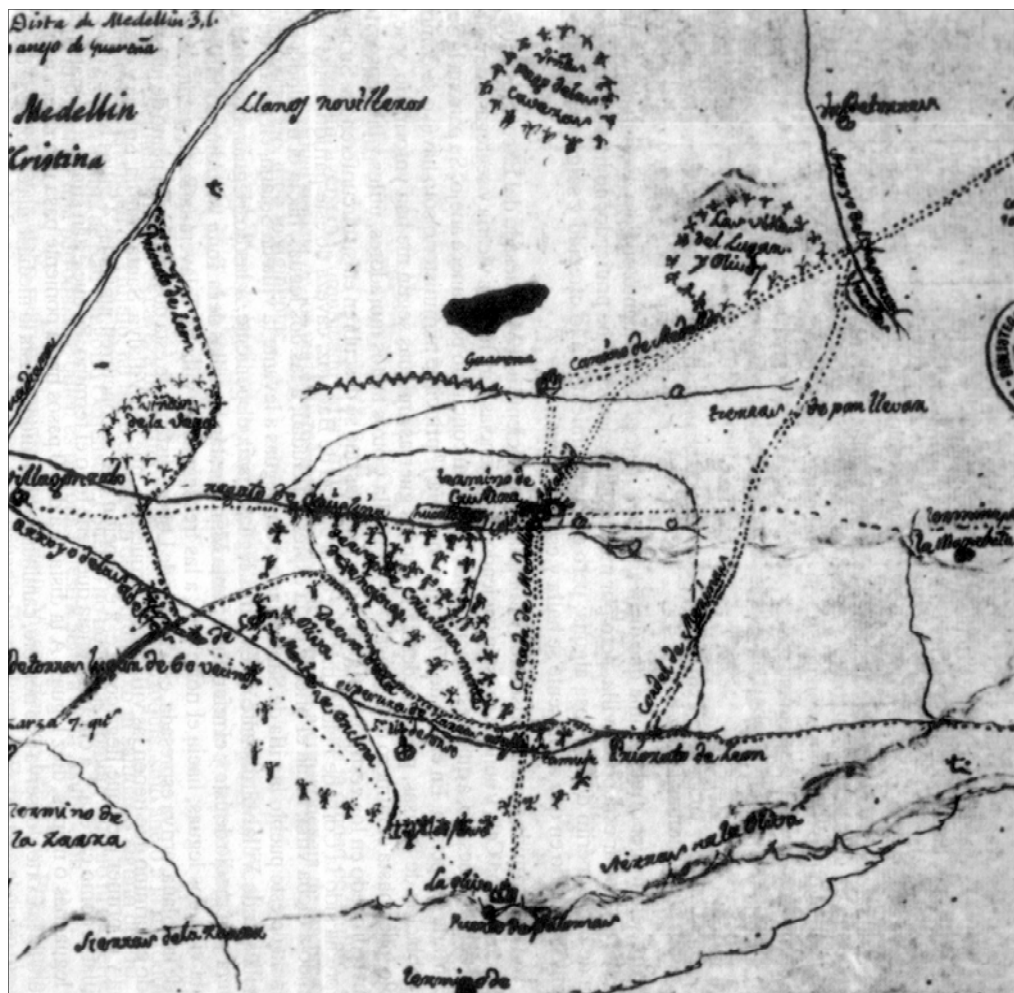
Figura 158. Extensos pastizales desarbolados en término de Brozas, uno de los mejores destinos de invernada para el ganado trashumante. La escasez de arbolado, derivada del uso fuertemente agroganadero del territorio, llegó a ser alarmante en muchas comarcas ya antes de terminar el siglo XV, y la preocupación se iría acrecentando a lo largo de XVI y XVII. La situación parecía ser especialmente grave en los predios de las órdenes de Santiago y Alcántara, destinados de forma preferente a la invernada trashumante. Brozas, bajo el dominio de la Orden alcantarina, se quejaba ya en 1436 de que no disponía de montes suficientes para el abastecimiento local (Torres y Tapia, 1763).

madera entre el comendador de Santibáñez y las comunidades de Santibáñez, Gata, Torre de San Miguel y Villasbuenas (Torres y Tapia, 1763). En 1463 el conde de Plasencia trata de evitar los continuos daños que amenazaban la pervivencia del arbolado en grandes extensiones del Campo de Arañuelo (Sánchez Loro, 1985)

«Yo, don Alvaro de Estúñiga, conde de Plasencia [...] que yo he seydo informado que, así por los señores de ganados quanto por los pastores dellos como por otras personas, se han hecho grandes daños en los montes y Campo de Arañuelo, cortando y desmochando encinas y cortando ramas dellas, más de lo que está mandado y ordenado por las ordenanzas de vos, el concejo de la dicha mi ciudad [...] hallaron en grande culpa a los lugares de Saucedilla y casatejada y a los pastores y señores de ganados que andan en el dicho campo y pacen lo concejil, y otras personas que habían hecho rozas [...] Pero es mi voluntad que, de aquí en adelante, los dichos pueblos, ni otros algunos, ni lo señores de ganados, ni sus pastores, ni otra persona alguna, no puedan cortar encina, ni alcornoque, ni desmochar, ni cortar della rama alguna para ramonear los dichos ganados, ni para hacer rozas»

La cuestión se agrava en el siglo XVI, de lo que recoge numerosos ejemplos Clemente Ramos (2001). El concejo de Alcántara señala en 1523 que *la dicha billa thenia pocos montes e en su termino avia falta dellos e de aquella causa sy a aquello se diese facultad e licencia que se pudiese cortar e talar las ensinas e alcornoques los montes que avia en el termino de la dicha villa en breve termino se perderían e destruirían* [AHN, Mesta, Caja 8, nº12]. Carlos I confirma el acuerdo del Capítulo general de la Orden de Santiago de 1523 donde se alude a que *los montes de las dehesas maestras e de comendadores e concejos de la dicha orden estan muy talados e destruydos e cada día se talan e destruyen*, [AMM, leg 13, nº 60]. No falta quien acuse de esta situación a las prácticas de los ganaderos trashumantes, y a principios del XVI la ciudad de Badajoz sostiene que *a los pastores de la Mesta se les avian consentido faser en las dehesas muchas cosas que no se consetian faser a los propios vezinos desa dicha çibdad e su tierra* [AHN, Mesta, caja 28, nº 8],

Figura 159. Croquis del término de Cristina, en las proximidades de Medellín, en la obra de Tomás López (1798). Destaca en él la rotunda escasez de arbolado: sólo se consig-na un pequeño "monte de encina", mientras que abundan indicativos como "llanos noville-ros", "tierras de pan llevar" o "viñas del lugar y olivos". En comarcas agrícolas como las vegas del Guadiana y tierra de Barros, esa escasez ya era preocupante desde el siglo XVI, hasta el punto de que la leña no se obtenía ya de árboles, sino de matorral (Clemente Ramos, 2004b).



seguramente podas masivas del arbolado para proporcionar ramón a los ganados e incendios para la regeneración de los pastizales. En el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid se conservan numerosas ejecutorias de la época relacionadas con la escasez de arbolado y la necesidad de leña y madera: en 1555 sobre la tala de madera de pino para la construcción de una barca para el puerto de Valdecañas (0825.0018); en 1516 sobre robo de maderas que transportaban en balsas por el Tajo (0313.0032); en 1523 sobre daños causados por tala de encinas y alcornoques en la dehesa de Urdemalas (0363.0006); etc. En la Tierra de Cáceres numerosas denuncias hablan de talas abusivas y de incendios devastadores que causan la deforestación de extensas superficies de bosque y matorral, como cuando en 1572 Francisco de Ovando denunció ante el Concejo de la villa la destrucción del monte de varias dehesas particulares (Pereira, 1990). En algunos casos esta deforestación en el entorno de las poblaciones fue considerada positiva, como opinaba el médico de Plasencia Luis del Toro: como *la selva de robles y arbustos está descuajada*, el aire entraba en la ciudad "beneficiándola" en los calurosos veranos (Sánchez Loro, 1982). Esta imagen de deforestación parece ser más rotunda en las tierras del centro-norte de Badajoz. El estudio sobre el terrazgo de Don Benito en esta época pone de manifiesto la inexistencia de bosques o montes en las cercanías de la aldea, apareciendo tan sólo retamas y espinos en zonas de pastizales, así como sauces y fresnos circunscritos a las zonas húmedas de ríos y arroyos: un paisaje totalmente transformado y eminentemente agrario (Bernal Estévez, 2005). Algo similar se aprecia en Mengabril, donde a pesar de la presencia de encinas de porte arbustivo, las ordenanzas insisten especialmente en alusiones detalladas al matorral: retama, charneca, jara, jaguarzo etc., denotando un panorama extrapolable a toda la tierra de Medellín (Clemente Ramos, 2004b).

Precisamente el cambio del uso de leña de arbolado por leña de matorral supone un indicio significativo de la situación. En Cáceres en 1494 se prohíbe utilizar leña de alcornoque para cocer cal, debiendo ser sustituida por *lenna de escoba, e xara, e lantisca e otras* (García Oliva, 1988). Otro tanto sucede en Coria en 1501, cuando se establece que la leña de encina y alcornoque ha de ser reemplazada por la de *xara e madroño e hornija*; y en 1553 se señala que sus montes *estaban gastados, destruydos y talados que del todo en pocos años pensamos se consumiran syno se dá nuevo remedio a su conservación* [AHPC, Coria, caja 7]. Un testimonio desgarrador que con-



Figura 160. Ovejas pastando en Villarta de los Montes, en un sitio en que la intensidad del uso ganadero secular (además de los incendios y de los procesos erosivos desencadenados) ha eliminado la vegetación arbórea y la mayor parte de la herbácea, del matorral y del suelo fértil. Las cargas ganaderas intensas suelen ser incompatibles con episodios de recuperación arbórea, de ahí que la mayor parte de las plantaciones emprendidas en la edad moderna alcanzaran poco éxito.

trasta vivamente con otro del mismo año que se lamenta de que en *tiempo ynmemorial* no era necesaria licencia alguna *para cortar en los montes baldios las maderas que an menester, pues tales montes estaban tan abundosos que llegavan casi a los muros de la çibdad y muy enteros* [AHPC, Coria, caja 7].

En definitiva, a finales del siglo XV, el bosque y sus recursos se presentan como escasos o amenazados, y se hace preciso regular de forma estricta los tipos de aprovechamiento. La situación genera una profusión de ordenanzas concejiles que intentan lograr la observación de unas normas que permitan asegurar la sostenibilidad del recurso, estableciendo la imposición de cuantiosas penas a los infractores. Sin embargo, a menudo estos cuerpos normativos serán una lucha contra la necesidad de las clases más desfavorecidas, al tiempo que la imposición de penas se convierte en fuente de recursos de gran interés. La conflictividad vinculada al bosque no es ya sólo una cuestión entre agricultores y ganaderos por sustraer tierras a un espacio forestal que ya es inexistente, sino que se convierte en uno de los elementos fundamentales del choque entre intereses campesinos y señoriales (Clemente Ramos, 2005b).

LOS INTENTOS DE “REPOBLACIÓN FORESTAL” DEL SIGLO XVI

En los albores de la Edad Moderna, la preocupación por la carestía de arbolado en gran parte del territorio de los reinos de la Corona de Castilla alcanza el sentir de los gobernantes. Además de las numerosas disposiciones tendentes a la conservación del arbolado, esta inquietud se traduce en las primeras ordenanzas que tratan de fomentar la reconstrucción de los montes mediante la siembra o plantación de nuevos árboles. Tras varias Pragmáticas medievales que se ocupan de esta materia localmente, son el Emperador Carlos y su madre Juana quienes en 1518 hacen promulgar la pragmática de 21 de mayo sobre la *Formación de Nuevos Plantíos de monte y arboleda y de ordenanzas para conservar los viejos y nuevos*. Esta norma detalla la gravedad de la situación, identifica las causas de la misma, pondera los beneficios que proporciona el arbolado (leña, madera, pasto y abrigo de ganados) y da las instrucciones para su establecimiento, que se ve como una solución al problema:

«Bien sabeys como para remediar la mucha deshorden en cortar e talar de los montes de las dichas ciudades, villas y lugares e por la mucha falta que abra e ay en estos nuestros reynos de montes e pinos e otros arboles, [...] e viendo que sin esto no se prove e se pudiese remedio podria venir andando el tienpo en mucha necesidad ansi de leña como de madera e pasto e abrigo de ganados...

[...] que en la parte donde oviere mejor disposiçion se pongan e planten luego montes de encinas e robles e pinares, los que convengan e vos vieredes que fueren necesarios de se poner e plantar para que en cada una d'esas ciudades, villas y lugares aya abasto de madera e leña e abrigo para ganados e ansimismo hagays poner e pongays en las riveras que ay en los terminos d'ellas e en las viñas e otras cualesquier partes que a vosotros pareciere saozes e alamos e otros arboles [...] e deys horden como los dichos montes e pinares e otros arboles ansi los antiguos que teneys como los que estan puestos y plantados [...] se guarden e conserven e que no se arranquen ni tales ni saquen de cuajo»

Esta taxativa disposición y otras que la siguieron han sido tomadas por varios autores como una prueba de la ejecución de repoblaciones en aquellos siglos. A estas "repoblaciones históricas" se les ha llegado a responsabilizar de la presencia actual de bosques de especies consideradas introducidas. Sin embargo, el análisis de la situación del momento parece indicar que el grado de aplicación de estas normas, y sobre todo su resultado, en general distaron de alterar la realidad de los paisajes forestales, como han mostrado para varias zonas de Castilla los trabajos de Coronas Vida (2001) y Guerra Velasco (1999). En realidad, en esta época la agricultura y la ganadería ejercían una presión decisiva sobre el medio en pos de tierras, y ninguna de las dos actividades estaba dispuesta a perder la mínima superficie de lo que había ganado al monte. De hecho, la pragmática de 1518 incluye una queja por no haberse acatado otra análoga anterior, reconociendo que la destrucción del arbolado continúa: *porque nos somos ynformados que en algunas d'estas ciudades, villas y lugares no se a fecho nin cunplido lo susodicho e cada dia se talan e destruyen mas los dichos montes e que no se ponen de nuevo otros algunos, e ansi en los talar e cortar como en los desarraigar y sacar de cuajo ay mucha desforden*. Incluso llega a incorporar una disposición que parece tratar de vencer la resistencia mostrada por los ganaderos, y en realidad la delata:

«con tanto que después que los dichos montes e pinares e arboles fueren criados el pasto comun d'ello quede libremente para sienpre jamas segund que agora es, para los ganados de los vecinos de dichas ciudades, villas e lugares»

La preocupación por el fomento de los bosques continúa, y se acrecienta en el gobierno de Felipe II, quien dispone diversas instrucciones para la instalación de plantíos (sobre todo en las riberas), varias de ellas dirigidas al Consejo de Castilla y en las que se advierte el interés personal del monarca. El 22 de febrero de 1567, el mismo rey manda una *Instrucción al corregidor de la ciudad de Plasencia*, en que alude a la citada provisión de 1518 y se lamenta de que ni aquella carta ni otras ordenanzas parecidas se habían cumplido por parte de particulares ni alcaldías, y hace constar que:

«los montes antiguos están desmontados y talados, y rozados, y sacados de cuajo y de nuevo son muy pocos los que se han plantado, ni los árboles, ni plantas que se han puesto en las riberas, y otros lugares públicos concejiles y de otros heredamientos particulares. Y que la tierra en la mayor parte de estos Reinos está yerma y rasa sin árboles ningunos, que la leña y madera ha venido a faltar de manera que, ya en muchas partes, no se puede vivir»

Tampoco parece que estas nuevas provisiones tuvieran el resultado pretendido, y en concreto en la contestación de la Tierra de Plasencia se argumenta que *no ay necesidad de plantar monte sino que se guarden e conserven los que ay criados*, probablemente apoyada en las reservas de bosques madereros con que aún contaba su término, como argumenta Clemente Ramos (1999). Sin embargo, es la preponderancia ganadera del espacio forestal extremeño la que subyace en el incumplimiento de dichas provisiones: su ejecución solo podría tener éxito con la merma de los intereses de los ganaderos, pues los terrenos destinados tendrían que ser acotados. La ciudad sí ordena la "repoblación" de la ribera del Jerte entre el puente de San Lázaro y el molino de la Pared, debido al mal estado de la misma, de modo que cada cual en sus huertas debería poner *sauces e fresnos e minbres*, como una medida de protección de las márgenes (Clemente Ramos, 2001).

En todo caso, la situación no debió de variar apreciablemente en otras zonas mucho menos boscosas, siendo extrapolable a la generalidad del territorio extremeño. En 1552 un auto capitular de la Orden de Alcántara mandaba que cada *concejo de las villas y lugares de la dicha horden plantasen*



Figura 161. Hato de merinas en la dehesa de Escobero, en la Sierra de Fuentes (foto de R.M. Anderson en 1928). Lugares con similar aspecto no debían resultar nada infrecuentes en la geografía regional del siglo XVI, a tenor de las numerosas muestras de preocupación por la carestía de arbolado. Uno de los más desoladores es el testimonio de Felipe II cuando se dirige al corregidor de Plasencia en 1567: “la tierra en la mayor parte de estos Reinos está yerma y rasa sin árboles ningunos, que la leña y madera ha venido a faltar de manera que, ya en muchas partes, no se puede vivir”. La presión sobre el medio era demasiado elevada, y las sucesivas instrucciones de plantíos no habrían de tener el éxito esperado.

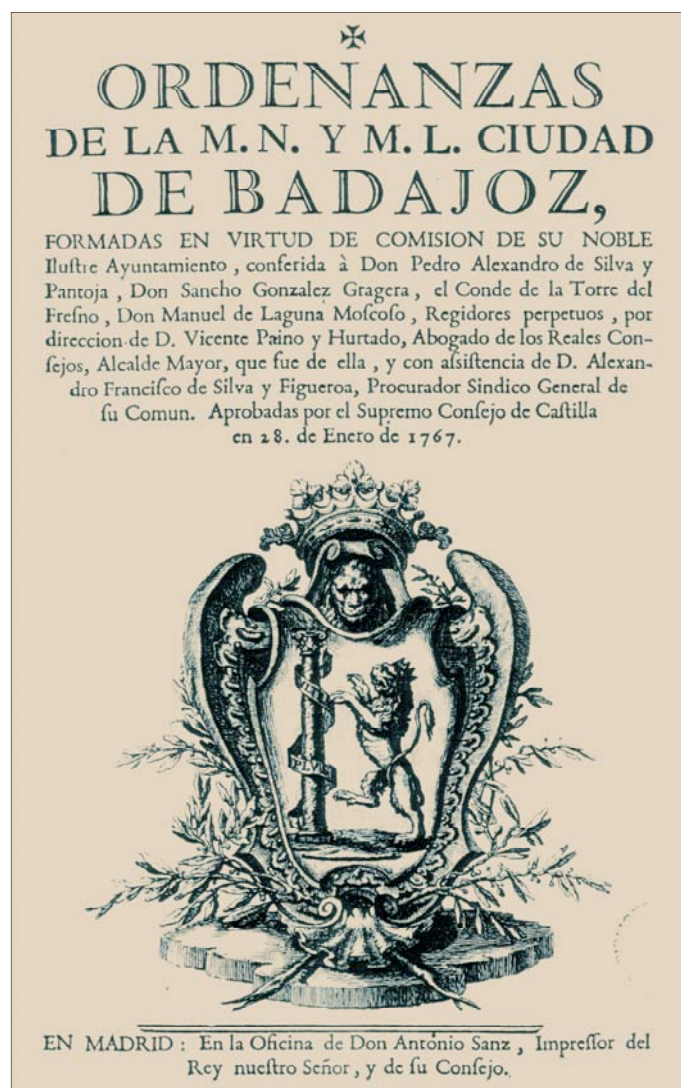
y pusiesen olivos y pinales en las tierras y términos que fuesen más convenientes, lo que da lugar a un mandato del concejo de Brozas para que de 1553 a 1555 los vecinos desta dicha villas en los valdíos y marradas que tuvieran entre sus propias viñas aian de plantar y poner, pongan y siembren pinos... y el pasto que hubiere entre las dichas tierras plantadas de pinos sean concexiles, y que no entrasen en tales zonas los ganados (ADCC, Parroquiales, Santa María de Brozas, libro 63). Esta orden, sin más pruebas, ha sido directamente tomada por algunos autores como origen de los pinares de piñonero que aún hoy se extienden por el término de Garrovillas (Rol Benito, 2006), pero también por Navas del Madroño o Piedras Albas, lugares todos ellos antiguamente pertenecientes a la jurisdicción alcantarina. Sin embargo, si dicha plantación (que de lo que hablaba era de disponer hileras de pinos en los límites de los diversos pagos entre los viñedos), llegó a acometerse por parte de los vecinos, a quienes iba dirigido el mandato, es razonable que se hiciera a partir de pinos ya presentes con anterioridad en la comarca, y en todo caso debió revestir un carácter limitado. De hecho un examen más profundo de la documentación nos aporta una visión esclarecedora. Ese mismo año de 1553, la visita del comendador don Fernando de Toledo (AHN, A.H. de Toledo, O.M. de Alcántara, leg. 30767) concluye que no es posible acometer dichas plantaciones y solicita el revocamiento del auto:

«...los vesinos de la dicha villa de las Broças..... en los dichos huertos y cercados sienbran y tienen alcaceles para dar a los bueyes y bacas y ganado de labor, por lo qual no pueden plantar ni criar los dichos olibos ni árboles porque no se podría con ellos criar el dicho alcacer, que es el principal mantenimiento y sustentación de sus ganados de labor... porque no plantan los dichos olibos y árboles en los dichos huertos y cercados, mande dar su rreal provisión para que por rrazón de lo susodicho no les penen ni prendan ni agan otra molestia ni vejación alguna por ello y pido se reboque y dé por ninguno el dicho capítulo»

Similar es el caso de Villafranca de los Barros (Solís, 1982), donde, juntadas las personas elegidas a la sazón para poner en cumplimiento lo referido en la provisión de 1518, ese mismo año dicen lo siguiente:

«Que en quanto al poner e criar castaños e pinares, robles que en esta villa no ay disposiçion ni término para ello, porque nunca los ovo ni es tierra para ello e que montes de encinas no ay en otra parte disposiçion para las criar sino en dos dehesas boyales que tiene esta villa [...] y toda la otra tierra está labrada o se labra para pan e para viñas porque es más util e provechoso que para montes, y que las dichas dos dehesas que las tienen acotadas antes de agora y puesta pena ninguna corte ni arranque ningun carrasco de encina ni alcornoque [...] E que sera muy util e provechoso para el vien d’esta villa se servicio de Sus Altezas que en todas las viñas que ay en el termino d’esta villa se pongan olivas [...] en cada millar diez cepas de olivas; ansimismo que sean obligados los dueños de las tales viñas a plantar almendros e higueras [...] Ansimismo que se pongan alamos e saozes en el arroyo de los parias [...] por donde corre el agua»

Figura 162. Portada de las ordenanzas de la ciudad de Badajoz, aprobadas en 1767, que refunden otras anteriores. En ellas se detallan las restricciones que la norma impone a los diversos usos de los recursos naturales, y en concreto las condiciones relativas a los aprovechamientos en montes y dehesas. Desde el siglo XVI, pero sobre todo a lo largo del XVII se asiste en la región a una proliferación de ordenanzas concejiles extremadamente prolijas, que ponen de manifiesto la preocupación, precisamente, por la escasez de los bosques y de sus recursos, sometidos a un declive que tampoco esas normas serían capaces de frenar.



Es decir, el intento real de aumentar la extensión de los bosques se ve traducido, al llegar a las instancias concejiles, en una mera intención de poner olivos y otros frutales en los viñedos, así como álamos y sauces en los arroyos. Esta contestación resulta bastante paradigmática y seguramente extrapolable al sentir de la gran mayoría de los concejos extremeños en la época, y se resume en entender que donde quedan árboles, son ya suficientes, y donde no quedan, no hay "disposición" de ponerlos (en realidad por el pueblo, no por supuesta incapacidad del terreno), principalmente porque tales tierras soportan otros usos con rendimientos anuales e incompatibles con un arbolado que requiere plazos más prolongados. Por otra parte, esa protección al arbolado de las dehesas habría de resultar insuficiente, al centrarse sobre pies adultos y mantener prácticas como quemas periódicas, laboreos y pastoreo excesivo que a la larga conllevan a la desaparición de la dehesa, tanto por el maltrato al arbolado adulto como al impedir la regeneración.

LAS ORDENANZAS DE MONTES

Desde finales del siglo XV y a lo largo de todo el XVI, la proliferación de leyes y ordenanzas relacionadas con la conservación del arbolado supone un claro indicio de un paisaje que acusaba la escasez de recursos forestales y una amenaza cierta de deforestación. Aunque los temas relacionados con cortas y podas de arbolado, roturación de montes, uso del fuego o aprovechamiento de la bellota habían sido tratados desde los primeros fueros del siglo XIII, hasta estas fechas no se había asistido ni a un desarrollo normativo tan preciso, ni a la instauración de unos regímenes sancionadores tan gravosos, ni al aporte de testimonios rotundos de la gravedad del problema y la necesidad de ponerle coto.

Un ejemplo claro lo constituyen los Establecimientos o Leyes Capitulares de la Orden de Santiago, que se imprimieron por primera vez en 1502, y que debieron su redacción a la clara intención de evitar los modos de explotación que suponían un peligro de degradación del medio que los mantenía: fundamentalmente el exceso de pastoreo, el potencial cansancio de las tierras de labor, el mal uso del fuego, las talas abusivas y la caza no controlada (Maldonado, 2005). Entre otros males, la Orden

advierte que sus *montes, dehesas e encinares [...] se pierden por las cortas e talas que hazen los arrendadores de jabón e otros* [AHN, OM, Ms 1242-C], y tratará de cuidar su estado dirigiendo sus disposiciones preferentemente contra jaboneros, carboneros y curtidores, así como frente a “los campesinos sedientos de tierra” (Rodríguez Blanco, 1985). Entre las concejiles, destacan entre otras las Ordenanzas Municipales de Trujillo (Sánchez Rubio, 1985), un conjunto de disposiciones recopiladas en 1517 pero correspondientes a diversos momentos entre 1415 y dicha fecha. En las de 1513, por ejemplo, se indica que, a pesar de las muchas ordenanzas al respecto ya existentes:

«a avido e ay mucho desorden en el cortar, desmochar, roçar e ramonar e fazer corrales e otras cosas de que los montes de la dicha çibdad se atalan, destruyen e pierden so color e diziendo los unos que cortan para leña al fuego e otros para madera de casas e carretas e çahurdas e çahurdones e otros edefiços de que se a recresçido total perdiçion de los dichos montes lo qual todo a sydo en mucho daño e perjuycio del comun»

La reiteración en la promulgación de ordenanzas en una misma localidad, en ocasiones al cabo de pocos años de las primeras, evidencia para todas ellas un grado de cumplimiento bajo. En algunos casos así se testimonia de forma expresa, como sucede con las de Cañaveral de 1552, cuyo texto señala que *las ordenanzas por donde fasta agora se a gobernado el puebro estan baxas, e rotas, y tales que el dicho puebro no se puede gobernar por ellas, a lo que se añade que los cotos del concejo no se guardan de dos o tres años a esta parte*, lo cual originaba escándalos *con grandes bozes e debates* (Rol, 2004). El control de los vigilantes encargado de velar por el cumplimiento de las disposiciones no debía ser muy eficaz, y esas mismas ordenanzas dedican un capítulo exclusivamente al *fraude de los arrendadores*, pues no debía ser inhabitual encontrar a los responsables de los cotos del concejo al lado de quien infringía.

En algunos casos concretos se pasa a prohibiciones tan rígidas que, al ser respetadas, pudieron llevar a procesos de recuperación arbórea en algunos enclaves (Rodríguez Blanco, 1985). De la dehesa de Alcobaça, en Jerez de los Caballeros, a finales del XVI se decía que estaba tan poblada de alcornoques que había quedado *perjudicada*, por supuesto desde el punto de vista de su aprovechamiento pascícola y de montanera. El rey Carlos entregó a su médico 1000 pies de alcornoque para leña, y se consideraba necesario talar mucho más, hablándose de innumerables troncos secos. En 1598 de tres partes de esta dehesa, sólo una, la más adecuada para labor, se consideraba “bien cuidada”, y las otras dos *están tan montuosas e espesas que los alcornoques no dan bellota* [BN, Ms 946, fol 117]. De la del Rey se dice que tiene aún más espesura. Paradójicamente, los pueblos del entorno acuciaban una grave escasez de madera. En la misma época se dice que el Bercial de Hornachos *está tan çerrada en montes e xarales que apenas se podía pasar* [BN, Ms 946], lo que había dado lugar a su quiebra, y se sugiere quemarla en Agosto y limpiarla con al menos mil peones. Con todo, no parece razonable pensar que este panorama fuera muy extrapolable al conjunto de la región.

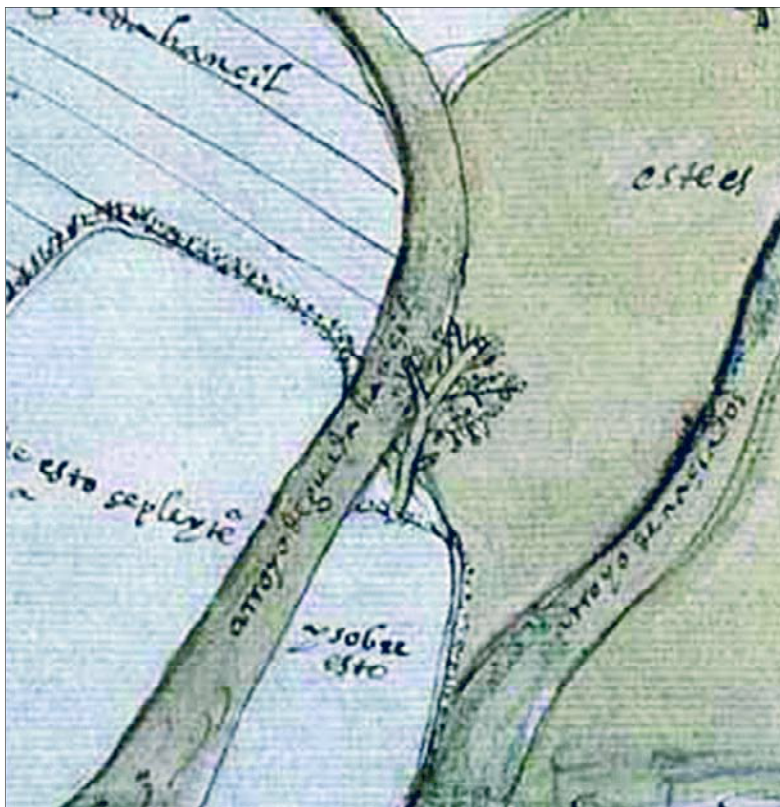
Conocer cómo se reglamentaba la gestión del espacio forestal es posible a través del tratamiento dado por las ordenanzas a aspectos concretos del espacio arbolado. Las referencias están extraídas de las de Trujillo de 1517 (Sánchez Rubio, 1985), las de Mengabril de 1548 (Clemente Ramos, 2004b), las de Cañaveral de 1552 (Rol, 2004), las de Galisteo de 1531 (Clemente Ramos, 2001), las de Villafranca de 1535 (Solís, 1982), las de Talavera de 1519 para la dehesa de los Guadalupes (Hontanilla, 2000) y las Capitulares de Santiago (Maldonado, 2005).

Talas y podas

Las talas y podas de arbolado para cualquier fin se someten por lo general a la obtención de una licencia específica. Algunas normas proscribían estas operaciones en las dehesas, permitiéndolas en los baldíos, como hacían las Capitulares de Santiago. Las de Talavera para Los Guadalupes establecen una prohibición genérica a la corta, tala y rozas de los montes de cualquier clase de árboles, y se llegan a regular mediante licencia usos tan concretos como hacer vasijas de madera, escudillas o sillas de fresno. La obtención de leña se regula con profusión en Los Santos de Maimona: hasta por 18 artículos (Guerra, 1952). En otros casos, como en Mengabril, las penas se gradúan detalladamente en función del grosor de los productos aprovechados, lo que da una idea de su escasez:

«e mandamos que cualquier persona que fuere tomado cortando o llevando o cargando o en el verde corte estando en la nuestra dehesa algun pie de enzina o pie de chaparro, que tenga de pena quinientos maravedis para nos el dicho conçejo, e la rama que fuere tomada tan gorda como el cuerpo de un hombre tenga de pena trezientos maravedis, e la rama como el muslo tenga de pena dozientos mrs., e la rama que fuere como la pantorrilla tenga de pena çien mrs., e como la muñeca veynte e çinco mrs., e de allí abaxo cada una diez mrs.»

Figura 163. Detalle del plano sobre el pleito entre Pedro González de Ocón y el concejo de Puebla de Naciados por el aprovechamiento de una dehesa, en 1625 (Archivo de la Real Chancillería de Valladolid). Se aprecian las intensas podas de que ha sido objeto el único árbol de la escena, probablemente un fresno junto al arroyo. Las ordenanzas intentaban limitar las prácticas de poda para impedir la desaparición del arbolado, pero en algunos casos éste era ya tan escaso que regulaban la extracción de leña de matas bajas como tomillos o jaguarzos.



En el caso de Mengabril la escasez de leña debía de ser tal que se regulan de forma detallada las extracciones de retama, charneca, jara, lentisco y jaguarzo, en cada caso con un artículo específico para cada uno de ellos. El de la retama dispone que:

«que cualquiera persona que fuere tomada cortando retama, o arrancando o hecha carga, o cargando o yendo camino, o en el verde corte estando en la nuestra dehesa, tenga de pena por cada carga çien mrs.de día e dozientos de noche. Y entiendese carga tres haçes y lo que mas fuere de tres hazes, aunque este atado, que se lo cuenten»

La forma de obtener leña mediante el desmoche del arbolado resultaba habitual, normalmente con obligación de dejar "ramo e horco" como se señala en Galisteo. Sus ordenanzas además señalan el marco mínimo a partir del cual los árboles gozan de protección y no pueden cortarse, y ese marco se señala *en el arco de la puerta del Rio desta villa como salimos a mano izquierda*, para que todos lo conozcan bien. Esta es una cuestión de gran trascendencia, pues supone que la protección que brindaba la normativa sólo resultaba efectiva para el arbolado que hubiera alcanzado un cierto tamaño, mientras que los renuevos o el regenerado joven no estaban acogidos a ella. En Trujillo la anchura mínima se establece en el de la muñeca de un hombre, e incluso en las matas espesas se podían cortar por encima de ese grosor con tal de dejar el más grande de la mata y respetar un marco mínimo. Esta protección en exclusiva al arbolado adulto, a la larga habría de conducir por fuerza a la desaparición de las masas por falta de renovación del vuelo. Un efecto similar se derivará de las normas que establecen en Trujillo para sacar leña de los montes jóvenes, pues permiten aclarar los montes bravos dejando sólo los vástagos más altos y dejando su copa elevada:

«no desmochen salvo en la manera y forma syguiente: en el monte viejo por lo alto [...] e en el monte nuevo por lo baxo e por los sobacos de los arvoles entresacando que puedan colar e pasar los bueyes que araren syn fazer perjuycio en los arvoles nuevos»

Reserva de pies en las roturaciones

Junto con el permiso para rozar y labrar en zonas de monte, solía establecerse aparejada la obligación de respetar en pie una determinada fracción del arbolado preexistente. Las Ordenanzas de Talavera indican que *en las tierras que se labran para pan donde hay chaparrales, rebollares y monte bajo, se debe dejar por cada fanega ocho chaparros, rebollos o alcornoques*. Esta densidad equivale a unos 13 pies/ha, densidad propia de una dehesa muy clara. En lugar de esta referencia a la superficie labrada, las de Trujillo establecían en función de la especie el marco mínimo del arbolado remanente, que debe superar un determinado grosor. Cuando no se trataba de arbolado adulto sino de



Figura 164. En ocasiones eran determinados enclaves los que merecían una protección específica y severa, como sucedía en Cañaveral con el Caño (en la imagen), área frondosa donde aún hoy se encuentran los manantiales que surten de agua al pueblo: «Otro si ordenamos y mandamos que cualquier persona, así hombre como mujer, mozos pequeños y muchacho o muchacha que cortare leña, o rama, de coscoja, o jara, o de madroño, o tomillo, o de otro cualquier monte verde o seco en nuestro caño, sin licencia del conçejo, caya en pena» (Rol, 2004)

matas densas procedentes de rebrotes anteriores, se debía dejar el principal pie de cada mata, independientemente de su tamaño:

«que en los montes e chaparrales de las dichas cavallerias e dehesas e exidos [...] puedan roçar para pan en sus barbechos desando pies de arvoles a marco de ocho pies de hombre de pie a pie de arvol y esto se entienda en enzina e chaparros e alcornoques e quexigos e en el robledo dexten a diez e seys pies de marco de un pie de arvol al otro desviando las ramadas de los pinpollos de manera que no puedan quemarse [...] e que dejen el principal pie de la mata aunque sea mas delgado que la muñeca de un brazo de hombre»

Esto equivalía a respetar un brote cada 3 a 5 m, según las especies, lo que en principio suponía una densidad elevada de regenerado arbóreo, siempre que existiera una densidad previa suficiente. Sin embargo, es previsible que muchos de esos brotes así respetados sufrieran daños posteriores a causa de las labores de cultivo u otras prácticas asociadas. De hecho, la referencia necesaria a “desviar las ramadas” se debe a la costumbre de quemar los despojos para descubrir la tierra y facilitar la labranza, operación que se repetiría cada año y que a buen seguro ocasionaría importantes daños en ese arbolado inicialmente respetado.

Fuego

El fuego es un instrumento de manejo del medio que se puede utilizar con fines diferentes, bien para eliminar residuos de cultivos, bien para despejar el terreno inculto y permitir la labranza, pero sobre todo se emplea para mantener los pastizales y fomentar un rebrote tierno a la altura de la boca del ganado. Algo que compendian las ordenanzas de Galisteo cuando comentan que se utiliza para *rastrojos e rozas e dehesas*. En general, cuando el paisaje ya está estructurado en diferentes usos, las normativas suelen permitir los tres, intentando evitar que por descuido o mala planificación, el incendio afecte a los otros terrenos, habitualmente por la vía de restringir las épocas en que se permite el fuego. Así, las ordenanzas de Villafranca de 1535, ante el *daño que muchas veces redundaba acerca de los fuegos que se encienden en rastrojos o en eriales o hogueriles por razón que muchas veces se sueltan [...] mandaron que ningún labrador ni otra persona alguna non sean osados de azer ni hagan hogueriles ni enciendan candela en el ni fuera d'el siendo en rastrojo ahorrado ni por ahorrar ni en vera de arroyo que este entre panes o rastrojo, lo qual sea dende emediado el mes de mayo hasta el día de Santa María de agosto.*

Incluso en algunos casos, como en Trujillo, se establece que en ese periodo estival *sy alguno fallaren con lumbre en bolsa o en çurron [...] que pague de pena a los arrendadores sesenta mrs. por cada vegada.*

Figura 165. Estrato claro y disperso de encinas, algunas de ellas ya muertas, remanente sobre cultivo agrícola en Garbayuela. Las ordenanzas concejiles de los siglos XVI y XVII ya solían establecer la necesidad de dejar un determinado número de pies o brotes de arbolado cuando se roturaban terrenos de monte. De esa protección inicial se beneficiaba preferentemente el árbol adulto, y en mucha menor medida el regenerado joven, que además resultaba luego más afectado por las prácticas de cultivo. Con el paso del tiempo, los árboles adultos irían muriendo por propia senescencia, mientras que el laboreo continuado impediría la regeneración; tras el paso de suficiente tiempo, queda un cultivo desarbolado.



La situación varía en relación con los montes, donde esa misma ordenanza establece taxativamente que *ninguno ni algunos non sean osados de poner fuego en los montes de nos*. En otra parte advierten precozmente del mayor problema en relación con los incendios de origen humano a escala histórica, e igualmente válido hoy: la impunidad: que *los montes de los terminos desta çibdad se destruyen con fuegos que ençienden muchas personas en los exidos, alixares e cavallerías [...] e en otras partes donde no tienen dehesas ni feredades ni propiedad alguna de lavor syn causa ni ocasión [...] porque la pena es liviana, que no les pone temor*. En estos casos el fuego se identifica claramente como un peligro en cualquier época, tanto por su efecto directo sobre la vegetación arbórea como por su influencia sobre la fauna. Así lo entiende la Ley I del Título XXXI de las capitulares de Santiago, cuando se queja de lo habitual de la práctica de quemar los montes y de sus indeseables consecuencias:

«En la nuestra Orden muchos hombres se atreven a poner fuego, y quemar los montes, de guisa que no ay montañas en que caçen osos, ni puercos, venados, ni aún las otras caças menudas, así como perdices, y conejos: todo lo cual es gran daño, porque en los grandes montes se dan las caças mayores, y menores, y de allí salen a los baxos, y pequeños montes a las cecenas y mantenimientos; de manera que los monteros, y venadores, y caçadores de las pequeñas caças hallan comúnmente que caçar»

Las Ordenanzas de Talavera de 1519 se muestran rotundas respecto a este punto, indicando: *Ninguna persona puede hacer fuego en los montes*. Disponen además que en los montes quemados no puedan entrar cabras por tres años, pero sí otros ganados, seguramente tanto por el mayor control que las cabras ejercerían sobre la regeneración arbórea como tratando de evitar la causa de muchos de tales incendios: la costumbre de los cabreros de quemar los montes para aprovechar su rebrote (Hontanilla, 2000).

Aún así, cuando las hierbas escaseaban la práctica de quema de montes debía ser habitual, especialmente en los territorios que habían sido frontera en los siglos anteriores y que eran ahora objeto de una nueva organización territorial. Así lo muestra la petición realizada a las Cortes de Valladolid en 1558, y que se repetirá en 1560 en las de Toledo, por la que Felipe II mandó que los montes quemados no se pastasen por los ganados sin orden del Consejo (Bauer, 1991). En ellas se detalla el gran daño que estos incendios suponían para el arbolado, y se vislumbra el trasfondo real de la problemática de la lucha por los espacios comunales; pues precisan que la razón de los fuegos es para beneficio del ganado cabrío, cuyos propietarios solían ser las gentes más humildes de villas y aldeas, que utilizaban el monte común para alimentarlo:



Figura 166. Hato de cabras veratas en Casas del Monte, en un brezal varias veces quemado. La costumbre de los cabreros de quemar los montes para aprovechar su rebrote era bien conocida de antiguo, así como lo pernicioso que resultaba su pastoreo para los montes en regeneración. Varias ordenanzas antiguas hacían especial hincapié en impedir a las cabras el acceso a los montes quemados, incluso en algunos casos este acotado se extendía a todo tipo de ganados.

«Porque nos fue hecha relación, que en Andalucía y Extremadura, y Reino de Toledo y otras partes de nuestros Reynos acontece quemarse algunos montes para mas crecimientos dellos y del pasto, y destas quemas resultan muchos daños, y después de quemado, como echan junto al suelo tallos frescos y tiernos, los ganados cabrios los comen luego mejor que otro ningun pasto, de que resultan, que las encinas y otros arboles no tornan a lo ser, y pierdese la bellota y la cria de los puercos: fuénos pedido, que para el remedio mandásemos, que cada y quando acaeciére quemarse algun monte, dentro de cinco o seis años no entráse en él ningun ganado so grandes penas: y Nos, teniendo consideración a lo que nos piden ser justo, mandamos a los de nuestro Consejo, den todas las provisiones necesarias para las Justicias de todos los lugares, y partes do sucediere quemarse los montes, que no dexen entrar en ellos a pacer ningunos ganados, hasta que informados los de nuestro Consejo, provean en ello lo que se debe mandar. Y mandamos a los del nuestro Consejo, que entre los otros capítulos de Corregidores se les ponga lo contenido en esta ley, para que mejor se execute»

Casca y corcho

Las extracciones de casca para curtientes y del corcho del alcornoque usualmente contaban también con varios capítulos en las ordenanzas. En Galisteo se prohibía radicalmente *sacar casca de ningun arbol grande ni pequeño* en baldíos y dehesas. No se permitía descascar en redondo, lo que significaría la muerte del árbol, y sólo se permitía efectuar la operación con un vecino no pariente por testigo, y *que la saque con ralladora de la mitad del cuerpo del arbol hazia abrigo*, y sólo en determinados lugares del término. Se intentaban minimizar las muertes por exposición directa al viento, y se obligaba a dejar *lo de hazia el çierzo sano*. Y si a alguno se le encontraba casca o cuero curtido, debía demostrar donde y cómo lo sacó.

La preocupación por los desastrosos efectos del descasque resulta patente, y se trataban de corregir abusos como los de Fernando de Mella, que desde su vecinamiento en Cordobilla asolaba las arboledas de los baldíos de aquella zona para exportar la casca a Cáceres (Rodríguez Blanco, 1985). Llamen también la atención sobre este problema las Ordenanzas de Mérida de 1537 [AMM. Leg 3]:

«muchos traen caxca cautelosamente diziendo que es de fuera del término de la çibdat [...] por quanto muchas personas que traen por ofiçio de sacar caxca no mirando el daño que hazen por la cobdiçia que tyenen [...] descaskan muchos alcornoques sin dexar caxca alguna para donde puedan gobernarse e tornan a convalecer de manera que se pierden e los montes an venido en gran disminución»

Figura 167. Alcornocal descorchado en Navezuelas. Normalmente las ordenanzas concejiles permitían la extracción de corcho en determinados montes, aunque a menudo obligando a dejar una parte sin extraer: el "tercio", para que el árbol se volviera a "gobernar". Las heridas debían ser muy frecuentes, pero mucho más lesiva aún resultaba la extracción de la casca para tenerías: solía implicar la muerte del árbol y casi siempre se prohibía, aunque era objeto de robo y contrabando.



Para el caso del corcho solía concederse licencia para su extracción mientras que se respeten las normas de saca, que por ejemplo en Mérida suponían una limitación del material a sacar, conocer el nombre de los obreros y dejar 1/3 del pie sin cortar *por donde se torna a gobernar*. Un acuerdo del concejo de Plasencia de 1465 daba varias licencias para sacar casca de alcornoque en lo concejil, en una parte dejando el tercio, y en otra, en monte de Valcorchero, permitía sacar la totalidad, sin dejar el tercio.

LA FRUTALIZACIÓN DE LOS BOSQUES: ENCINAS Y CASTAÑOS

Pero en realidad, el principal aprovechamiento de las arboledas extremeñas los constituían los frutos de las fagáceas, muy en especial la bellota dulce de la encina, aunque en las zonas de montaña resultaba de sumo interés la castaña. De la descomunal importancia que alcanzaban los montes y dehesas productores de bellota hablan bien a las claras los testimonios de los propios pueblos. Así, el concejo de Badajoz reconocía a principios del XVI que era convencimiento general que *la mejor cosa que esta çibdad tiene es la bellota y montes, enzinales y alcornocales*, hasta el punto de que los representantes de los vecinos tuvieron que pleitear para evitar que fueran usurpados (Martín Martín, 2001). En la misma línea se expresa el Concejo de Galisteo cuando explica que *en esta villa e tierra el principal mantenimiento e bien comun de los vezinos e moradores della son los montes [...] porque con el fruto de los arvoles, enzinas, alcornoques e robres [...] mantienen e engordan los ganados mayores e menores e puercos*. (AGS-CR, leg 9, nº7).

Esta importancia del aprovechamiento de bellota dio lugar a numerosos conflictos, como el derivado del interés de los Zúñiga por acotar el disfrute de la bellota del Campo Arañuelo, cuando se hicieron cargo de los destinos de Plasencia. En las ordenanzas que promulgan específicamente para dicha comarca en 1446 (Franco Silva, 1998) se dispone que, *Ya sabedes en commo las landes e vellotas de los montes del Campo de Arañuelo en commo fueron acotadas e convenientes para las comer los puercos e puercas e cochinos de los vesinos de esta çibdad e su tierra e de los señoríos, que comiendo las dichas landes e vellotas las vacas e ganados vacunos e ovejunos e cabrunos hera quitar la vida e gobierno a los tales puercos*. En general el gran valor de la bellota en los montes comunes suponía una tentación para los concejos, y en 1543 Cáceres comienza a gravar con 2,5 reales cada cabeza de cerdo que pasara la montanera en sus dehesas comunes, lo que dio lugar a un pleito que resolvió en 1547 la Audiencia de Granada en el sentido de que la dehesa era común y la ciudad no tenía derecho de tasar su uso (Vassberg, 1984). En muchas dehesas de señorío o de propios, sí se arrendaba a terceros el aprovechamiento de la bellota para puercos, fuera de vareo o de granillo. A la firma del contrato de arriendo (normalmente de 29 de setiembre a 30 de noviembre) solían acudir dos peritos tasadores, uno por cada parte, para evaluar el número de cabezas que la finca podía alimentar (Pereira, 1990).

El gran valor que alcanzaba la montanera tiene su reflejo en las diferentes ordenanzas mediante una regulación minuciosa de su uso. Solían establecerse las condiciones del vareo, caso de que se per-



Figura 168. Cerdos ibéricos saliendo a la montanera al alba en la finca “Bazanche”, en Burguillos del Cerro. Las ordenanzas solían regular de forma minuciosa los periodos de montanera, cuyo arrendamiento, cuando se producía, alcanzaba elevados valores. La gran capacidad de fructificación regular de la encina y la calidad de su fruto impulsaron su favorecimiento desde hace siglos.

mitiera, detallando incluso el largo que podían tener las varas y las épocas concretas en que podía realizarse, así como las de entrada y salida de los puercos. Las de Trujillo remiten la longitud máxima de las varas a una medida por todos conocida y comprobable:

«qualquier que fallaren alero mayor del marco de la torre de Sant Martín dando o coguiendo lande o le fallaren subido o subiendo o desmochando enzina o roble o alcornoque batiendo lande, que tomen de los puercos que trahe de diez puercos uno»

Las de Talavera indican que desde los días 4 o 18 de octubre (según se tratara de fuera o dentro de la Dehesa) y hasta los ocho siguientes se podía vear con vara de cuatro varas de medir de largo, y desde dicho día hasta un día después de Todos los Santos, la vara podría ser de cinco varas, y desde Todos los Santos en adelante se podría vear con aleros como cada uno quisiera. Los niños y las personas que andan por los montes y caminos y que derribaban bellotas para comer no tenían pena cuando la cantidad tomada fuera menos de un cuartillo. En Cáceres a partir del 1 de agosto se acotaba la bellota, prohibición que se levantaba por tres días en que podían entrar los vecinos, no pudiendo vear más de un árbol cada uno y para consumo de cada casa, y de 10 de octubre en adelante, cada vecino podía recoger un celemin de bellota, pero a granillo o pulgar y sin vear (Pereira, 1990).

El carácter anual del aprovechamiento de la bellota y sus implicaciones económicas dieron lugar a un favorecimiento selectivo de las especies que la producían, lo que tiene un fiel reflejo en las penas que fueros y ordenanzas imponían por causar daños a unas o a las otras (este tema ha sido tratado de forma específica en el capítulo introductorio de este libro). Por ejemplo, las ordenanzas de Magacela de 1499 establecen para las encinas una protección especial, prohibiendo su tala y quema bajo pena de 400 maravedíes (Miranda, 2003). Las ordenanzas de Galisteo de 1531 dicen que *“del monte que esta entre Aceituna y Santibáñez, porque es monte nuevo, no corte por el pie enzina ni alcornoque”*, favoreciéndolos por lo tanto frente al roble cuya presencia en esa misma zona nos confirman las fuentes documentales; y establecen una multa especialmente cuantiosa para todo aquél que *açernadare arbol de llevar bellotas sacando corcho o casca o de qualquier manera* (Clemente Ramos 2001). En el tratado entre Alcuéscar y Trujillo hecho en 1501 se establece por la corta de un pie de encina una pena de 500 maravedíes, que para el alcornoque y el roble se limita a trescientos.

Ese papel preponderante de la encina en áreas llanas fue reemplazado por el castaño en las montañas, fundamentalmente en tierras de Plasencia, Guadalupe o La Alberca. El aprovechamiento integral de su madera y fruto, le convertía en un árbol especialmente útil para el conjunto social e incluso para la supervivencia de las clases desfavorecidas, y la difusión de su cultivo debió ser creciente a partir del incremento poblacional del XV, hasta el punto de dominar el paisaje en algunas zonas. En Jarandilla, por ejemplo, en 1443 se promulgan unas ordenanzas específicas, siendo su explotación el

Figura 169. Castaño monumental en Casas del Monte. El papel preponderante que ostentaba la encina en las zonas llanas, y que llevaba a que fuera favorecida selectivamente frente a otros árboles, era reemplazado por el castaño en las áreas de montaña. En las comarcas del norte cacereño, era el castaño un pilar básico de la socioeconomía local, siendo especialmente importante en la alimentación humana y animal, así como para la construcción.



Figura 170. Ladera abancalada con castaños en Fragosa. En algunas comarcas, como las Hurdes, la importancia del castaño para la supervivencia era clave, y justificaba los denodados esfuerzos en arrancar a las escabrosas laderas pequeños bancales donde cultivarlos.



elemento central del conflicto que enfrenta a esta villa con Plasencia; en las fórmulas que describen su paisaje a principios del XVI, los castañares aparecen antepuestos a robledos y otros espacios agrarios (Clemente Ramos, 2001). Al igual que en el caso de la encina, el favorecimiento selectivo también se traduce en la imposición de penas: en el término de La Alberca, la impuesta en las ordenanzas de 1515 por cortar o desmochar un castaño casi duplica la existente para encinas y alcornoques y quintuplica la de robles; mientras que en Plasencia las penas que protegen a los castaños son más del triple de las fijadas para los pinos y más del séxtuple que las de los *Quercus*. Su madera posee multiplicidad de aplicaciones: en los acuerdos del concejo de Plasencia se registran licencias para cortar castaños con destinos variados como hacer lenguas para cubas, traillas, gamellones, casas o molinos (Sánchez Loro, 1985). También se registra una marcada preferencia por los castaños que daban fruto abundante, en detrimento de los que no lo daban, en un proceso de clara selección genética llevada a cabo por el hombre. Varios acuerdos del Concejo de Plasencia lo atestiguan, como el



Figura 171. Dehesa de rebollos con castaños de fruto en Tentudía. El incremento poblacional del inicio de la edad moderna condujo a la difusión del cultivo del castaño en muchas áreas serranas, como éstas del sur de la región, en que no debía haber ostentado un importante papel en el paisaje hasta esa fecha. En muchos casos su cultivo se integró en sistemas agrosilvopastorales ya existentes.



Figura 172. Castaños y otros cultivos leñosos, en su mayoría cerezos, en Roturas. Sólo las áreas más rocosas no han llegado a ser labradas, y en ellas se refugian encinas, alcornoques, robles, mostajos, etc. A finales del siglo XVIII se produjeron nuevos impulsos en la implantación de cultivos leñosos en las serranías extremeñas, principalmente olivos, viñas, castaños, higueras y cítricos. Las enfermedades que afectaron a las viñas y al castaño llevarían a lo largo del XIX a desarrollar cultivos hasta entonces minoritarios, como los cerezos, que en muchas zonas ocuparon el sitio de los anteriores.

de 15 de junio de 1463, que daba licencia para cortar dos castaños machíos (poco fructíferos) en Cuacos, para hacer una casa (Sánchez Loro, 1985).

En algunas zonas se planteó un conflicto entre castañales de fruto y otros cultivos, especialmente documentado con numerosos casos aparecen en la Tierra de Plasencia. En 1431 se enfrentaron los Concejos de El Losar y Jarandilla por haber cercado un vecino de este último pueblo unas viñas para cuya plantación pretendía cortar unos castaños del Losar: *Alonso González, vecino de Jarandilla, hubo tomado, cerca de una su viña [...] un pedazo de tierra con ciertos castaños, para hacer viña; y porque no los derribase los dichos castaños, que el concejo de el dicho lugar de el Losar, que fueron allá y que rompieron la cercadura que tenían hecha por los dichos castaños y viña* (Sánchez Loro, 1985). En esa fase cualquier otro cultivo que se situara entre los castañares o en sus inmediaciones (sobre todo viñedo y cereal) quedaba supeditado al cultivo y recogida de la castaña. Sin embargo, al poco tiempo, la actitud del Concejo placentino sería más favorable a la extensión de las viñas, pues en 1501 dictó una ordenanza para que en cada lugar de la Tierra dos fieles examinaran los viñedos que estaban junto a los castañares y, si se pudiera acrecentar la heredad, mandaran cortar el castaño o arrancar la cepa (Santos Canalejo, 1986).

Figura 173. Mosaico de cultivos herbáceos y leñosos (olivos e higueras), junto a retazos de arbolado residual (encinas y pinos), entre Monroy y Torrejón el Rubio. El siglo XVIII asistió a un gran interés por la expansión de los olivares, promovido por los gobernantes y bien acogido por los pueblos ante el elevado precio del aceite. En muchos casos, ante el alto grado de ocupación del espacio, se aconsejaba plantar olivos entre los viñedos. Luego muchos de esos viñedos fueron abandonados y quedan restos de vides entre los olivos, como se aprecia en la imagen.



LOS CULTIVOS ARBÓREOS: AUGE DEL OLIVO Y DECLIVE DEL CASTAÑO

El interés en el cultivo del olivo se manifiesta desde finales de la Edad Media, pero será avanzada la Edad Moderna cuando su empleo se acrecienta hasta su generalización en las comarcas aptas del territorio extremeño. Este y otros procesos serán conocidos gracias a las observaciones que realizan los Visitadores de la Real Audiencia de Extremadura, entidad creada por Carlos IV mediante una Real Pragmática de 30 de mayo de 1790. Con el objeto de plasmar la realidad del territorio extremeño, los Visitadores llevaron a cabo unos Interrogatorios que plantean en cada lugar y que permitirán acumular datos acerca de sus recursos y problemática económica y social. A su vez a estos trabajos se une el conjunto de descripciones recopiladas por el geógrafo Tomás López (1798). Los ilustrados del siglo XVIII vieron en el cultivo del olivo la posibilidad de obtener rendimientos en una superficie importante de tierras incultas, bien mediante plantación directa o bien mediante el injerto de los acebuches silvestres. Como muestra del interés por su expansión y la lógica del proceso, se le dedica una de las preguntas del Interrogatorio de la Real Audiencia, la número cuarenta y tres: *Si hay terrenos poblados de acebuches u olivos silvestres, que se puedan ingertar [...] para aumentar tan precioso fruto.* Entre las respuestas, la del partido de Coria permite entender su conveniencia, si bien advierte que este cultivo no le puede restar superficie a los aprovechamientos tradicionales: *Mucho del terreno pudiera hacerse fructífero fuera de el para la labor y pastos, y sin perjudicar a estos, con solo conceder licencia a los vecinos para enjertar los muchos azauches que se hallan en diferentes dehesas, pues siendo un arbol que su fruto de nada sirve con facilidad se hacian olivos y su fruto era muy benéfico y beneficioso a todos los habitantes* (Partido de Coria, 1791).

En el mencionado Interrogatorio, las referencias al olivo también son habituales en las contestaciones que se dan a la pregunta cuarenta y uno: *Si hay terrenos incultos a propósito para la agricultura.* Tal uso ha de ir unido, como lo fue desde los primeros tiempos, a la pérdida de los escasos espacios forestales que existieran en el término, como manifiestan en Salorino: *Ay terrenos incultos poblados de montes pardos a propósito para plantar olivos, viñas, perales, zumacales y demas arboles frutíferos* (Partido de Alcántara, 1791). En Serradilla se respondía al Catastro de Ensenada apuntando que *en los riberos del Tajo hay algunos olivos enjertos en acebuche.* En muchas ocasiones, ante la falta de espacio forestal para transformar, las plantaciones de olivos deberán ir ligadas a suplantarlo o a compartir otros cultivos, como es el caso del partido de Mérida en el que aconsejan el empleo de los viñedos ya existentes: *Atento a lo útil que es el plantío de olivo y la buena unión que hacen por la naturaleza con las vides para su cría, se previene y encar-*



Figura 174. En otras ocasiones la extensión del olivo se realizó a expensas de acebuchares, que se aclaraban e injertaban. De hecho, una de las preguntas del Interrogatorio de la Real Audiencia era "si hay terrenos poblados de acebuches, que se puedan ingertar". Los nuevos olivares treparon por las pendientes laderas de las sierras sostenidos sobre bancales de piedra, como en el caso de la imagen en Almoharín. En los bordes del olivar, y entre las peñas altas que no podían labrarse, permaneció la mata termófila de acebuches, coscojas, cornicabras y lentiscos.

ga a los dueños de las viñas que observando las distancias proporcionadas, procuren poner en ellas plantones o estacas de olivo de buena calidad, para que estos prevalezcan (Partido de Mérida, 1791).

En el éxito de la expansión del olivo resultaron decisivas las buenas condiciones del mercado, pues el alza del precio del aceite llevó a su rápida incorporación al paisaje en superficies considerables de la región. Así lo describen en Casar de Cáceres (López, 1798): *oi día se esmeran los vecinos en poner plantones de olivos, que no ai rincón de terreno en sus exidos que no lo siembren los pobres que no tienen tierras propias para sembrarlos, y de 20 años a esta parte se havrán sembrado en tierras propias y exidos cosa de 10.000 pies de olivos y se han hecho tres molinos de aceyte*. De forma más patente se identifica este proceso en Higuera la Real, tal como lo señala el informador local del geógrafo Tomás López (1798):

«Por lo que respecta a los olivares, el más viejo tendrá poco más de 50 años, pero es tal el aumento en esta parte de la industria, que desde el año de 1770 no cesan de plantar olivares, de manera que a los 30 años no será comparable con la Higuera ninguno de los pueblos de Extremadura que más se aventaje en el día en esta cosecha»

Junto al olivo, el castaño representaba el cultivo arbóreo de mayor importancia. Su mayor exigencia en humedad estival lo dejaba restringido a las áreas de montaña con veranos más frescos. Su utilidad no se reducía a proporcionar leña, madera y fruto para engordar a cerdos y otros ganados, sino que contribuía a ser una fuente de alimentación humana nada desdeñable. Como se comenta en Casas del Castañar: *la utilidad de los castaños era tan notoria, que con lo abundante de sus cosechas y la parte que de ellos bendian y el ganado de cerda que con ellos criaban y engordaban para sus carnes, sus naturales lo pasaban con mucha decencia y descanso* (Partido de Plasencia, 1791).

Sin embargo, destaca en la cita el tiempo verbal que emplea, pues denota un esplendor pasado ya perdido. La razón es la presencia de una enfermedad de la que proporcionan puntual noticia. La epidemia afectó gravemente a los castañares de la mayor parte de la región y muy en especial de la Vera, y más a los castaños injertados o de fruto que a los denominados "reboldos" o bravíos; respuesta que está relacionada con la mayor variabilidad existente en las masas naturales o en las cultivadas procedentes de semilla, frente a la homogeneidad genética de las conseguidas median-

Figura 175. Castaño remanente en el seno de un rebollar, en Garganta la Olla. Su tronco está parcialmente quemado y se aprecian tocones de grandes castaños en sus inmediaciones. La estructura de la ramificación nos permite ver que el castaño creció a la luz, con poca competencia, y en cambio los robles, más jóvenes, han crecido en elevada espesura. Probablemente en una fase anterior esta zona estuviera ocupada por un castañar de fruto. En la segunda mitad del siglo XVIII una severa epidemia de tinta acabó con la mayor parte de los castañares de la Vera, lo que supuso un varapalo para la economía local. Sin cultivo alternativo, muchos montes debieron ser abandonados y en ellos se enseñoreó el rebollo, al que se había intentado erradicar con anterioridad en beneficio del castaño.



te injerto. En la comarca de Gata-Trevejo, la práctica totalidad de los castañares se habían perdido por enfermedad de la tinta hacia 1780 (García Martín, 1985). Acabando la centuria en Casas del Castañar solo subsistían *algunos castaños revoldanos y los pocos enjerttos que han quedado del contaxio general en toda la Vera, cosecha que antes era abundantísima, muy util y de poca corta, deviéndose a la falta de este precioso fruto la miseria con que todos los pueblos que bibían de él nos declaran su infeliz situación aviendo entrado este contagio en el arbolado el año de 1755 y continúa corriendo por todos los pueblos que logran esta noble hazienda y se cree acavará con la spezie* (López, 1798).

Otros cultivos leñosos empleados por su fruto alcanzaron una importancia menor en la región, aunque en ocasiones eran muy abundantes de manera local. La denominada "fruta de espino" y referida a los cítricos predominó en los pueblos asentados sobre los piedemontes solanos de las sierras cacereñas, como Casas de Millán, donde según recoge López (1798) de su informador local *hai muchas huertas de árboles de fruto de espino como son: naranxas, limones, cidras, toronjas y pomas*. Algunos de estos pueblos se llegaron a especializar en alguna producción determinada, muy por encima de las necesidades locales, al conseguir que se comercializaran en el exterior de la región, como sucedió en Cañaveral con las limas que aún hoy aparecen en su escudo, pues ya decía Tomás López que *aun en Madrid las limas dulces que se gastan se pueden decir que son las más del Cañaveral*. Algo más al norte, en las faldas del sistema central, una gran variedad de frutales se entremezclaba con bosques y castañares. En Jerte, en base a los datos del catastro de Ensenada, Cruz Reyes (1983) estima que el 40 por ciento de la superficie del término estaba ocupada por castaños, un 9 por ciento de viñedo, el 3 por ciento de olivo y un 2,5 por ciento de frutales. Las laderas de Hervás (López, 1798) mostraban un abigarrado paisaje en mosaico donde alternaba el verdor de muy diferentes cultivos que predominaba sobre los restos de los antiguos bosques.

EL SIGLO XVIII EN EL CAMPO EXTREMEÑO: PRESIÓN AGRÍCOLA Y CONFLICTOS POR LA TIERRA

Uno de los procesos que caracterizan el devenir de la Edad Moderna en Extremadura es una presión continua y creciente sobre la tierra. El crecimiento demográfico y económico de los núcleos de población obliga a la puesta en cultivo de más tierras y a la extensión de los pastizales para apacentar el ganado de labor y productor de abonos, como el destinado a la alimentación o a productos secunda-



Figura 176.. El entorno que rodea a Hervás destacaba por su verdor ya en las descripciones de hace varios siglos, aunque escasearan las arboledas no cultivadas. En la obra de López (1798) se apuntaba que: "Se halla una mata de castaños bravios o reboldos, aunque entre medias o en sus orillas no faltan algunas propiedades de castaños enjertos, más inmediato al pueblo sigue una toda de enjertos [...] desta parte se sigue el viñedo [...] y a más inmediato [...] heredades de diferentes árboles frutales a saber: manzanos, camuesos, perales, guindos, cerezos, melocotones, ziruelos, nogales, higueras, olivos y otros [...] Lo demás del término es una mata fragosa de roble, esto es, por sierras, llanos o sitios no labrados, aunque de esto hay poco".

rios. En primera instancia, este proceso ya había tenido una gran importancia como elemento transformador de los paisajes, al reducir a cultivo agrícola o a pastizal extensas superficies antes forestales. Pero, además, llevaría a su culminación un conflicto larvado a lo largo de los siglos sobre el solar extremeño: la doble lucha por el uso de la tierra. Por una parte entre sus propietarios mayoritarios (cabildos, concejos, señores, etc.) y los simples usufructuarios (campesinado y burguesías incipientes), y por otra parte, entre ganaderos trashumantes foráneos y campesinos y oligarcas *nativos*.

La "conquista" del espacio forestal: roturaciones y baldíos

Durante el siglo XVII y con más intensidad a lo largo de todo el XVIII, se vive en Extremadura una especie de *fiebre roturadora*. El campesinado cada vez más numeroso tiene en la extensión de los cultivos la clave de su supervivencia, lo que desata un *hambre de tierras* que revestiría peculiaridades comarcales, pero que es extrapolable a la totalidad de la región. Al aumento demográfico se une el alza de los precios agrícolas, lo que favorece el interés creciente por la tierra, que se traduce en nuevas roturaciones, ventas del patrimonio comunal, disposiciones a favor de labradores y yunteros, etc. (Zulueta 1977).

En la mayor parte de las áreas llanas de la región, la presión roturadora se orienta hacia las dehesas y fundamentalmente hacia los baldíos. Éstos eran habitualmente tierras de dominio concejil, sujetas a un aprovechamiento público regulado, pero cuya lejanía de los núcleos de población las mantenía escasamente utilizadas y de difícil control en su uso. En algunos casos su extensión era especialmente destacable, como sucedía en Mérida, en cuyas ordenanzas de 1677 (Ballesteros, 2003) se incluía un Título específico que regulaba su aprovechamiento y que establece su estatus jurídico con claridad, así como la posibilidad de su destino a cultivos: *Por quanto en los terrenos valdíos desta ciudad ay muchos pedaços de tierras que son buenas para viñas, y huertas y sembrar trigo, y hazer otras heredades, y algunas personas las plantan y siembran sin tener licencia de la Ciudad, y otras las juntan con sus tierras, o roças que tienen de merced por alindar con ellas, apropiándoselas mediante la posesión que adquieren, y porque ninguno las puede tener sin licencia, ni poseerlas, si no es con voluntad y licencia de la Ciudad [...] La tierra de valdíos, que ninguno la junte con la suya, ni rompa caminos ni sesmos [...] No se corten arboles en los valdíos.* Sin embargo, a mediados del XVIII, aparecen como formaciones forestales alejadas de lo que debieron ser en su origen y a las que se les reconoce una utilidad, pues *no son del todo infructuosos, porque estando poblados de monte bajo, sirven de leña y carbón, y mantienen el ganado cabrío en todos tiempos y el vacuno en los años fatales y los inviernos ásperos* (Chaves, 1740).

La presión agrícola se ve encauzada habitualmente y alentada por los órganos de gobierno municipales, planteándose una auténtica "conquista" de los espacios forestales que se consideraban *sin uso*. En general, el trabajo de rozar y desmontar la tierra baldía para su siembra otorgaba de por sí

Figura 177. Amanecer desde la sierra de Cañaveral. Se aprecia el pueblo y los prados y huertos cercados del contorno próximo. En segundo plano se encuentran los baldíos, una extensa zona que fue objeto de conquista agraria durante el siglo XVIII, a pesar de la pobreza y estrechez de su suelo pizarroso, cuando aún debía mantener un cierto arbolado. Su cultivo se abandonó definitivamente a mediados del siglo XX, y ahora se encuentran cubiertos por un tupido jaral.



al campesino un derecho de arriendo o incluso de posesión, en ocasiones gravado con censos enfiteúticos. Así, las ordenanzas de Badajoz, de 1767, respecto de las Rozas, y *Las Mercedes y Repartimientos que se hicieron, advierten que se ven sin dueño conocido [...] y la mayor parte incul-ta, infructífera y llena de malezas*. Donde la calificación de “maleza” denota la condición negativa que implica la recuperación del espacio forestal en la organización económica del territorio. Para las mencionadas ordenanzas carece de valor conservar el arbolado o fomentar su presencia, por lo que establecen que todas las tierras que se hubiesen dado y no se hubiesen desmontado o una vez desmontadas se hubiesen vuelto a poblar de maleza, si no tuviesen dueño conocido, se reincorporen al baldío y *puedan darse y concederse a diverso dueño con la obligación de desmontarlas en limitado pero competente termino, y si constase el verdadero dueño, se le intimará que dentro del termino de un año [...] las desmonte y reduzca a labor y cultivo*.

De hecho, la cuestión del acceso al cultivo de los baldíos adquiere en la Edad Moderna carácter de paradigma del ideario político ilustrado, en su doble vertiente de ganar para el cultivo espacios que considera “inútiles” y de promover el desarrollo de las clases desfavorecidas. La opinión del Visitador de la Real Audiencia en el partido de Llerena, Inguazo, resulta esclarecedora a este respecto, cuando indica que apuesta claramente por una agricultura de rozas y que *como se trata de hacer útil lo que es infructífero, merece gracia cualquiera que emprenda a su costa el rompimiento y descuaje de estos terrenos incultos* (Partido de Llerena, 1791).

Ya en tiempos de Felipe II se habían llevado a cabo repartos de tierras a los campesinos, pero es durante el siglo XVIII cuando se genera una creciente atención sobre la incorporación de baldíos al sector productivo agrícola, hecho que llega a constituirse en objetivo político de los gobiernos. En el memorial que Miguel de Zavala, Regidor Perpetuo de Badajoz, dirigió en 1732 a Felipe V, apunta a la puesta en cultivo de los baldíos como solución a los problemas de precariedad de la región:

«De las tierras incultas que hay en España, que son motivo de la disminución de las labores y estorban igualmente el aumento de los granos [...] si se roturasen los baldíos de Extremadura se podrían sembrar hasta 200.000 fanegas de trigo al año; mantener 100.000 cabezas de ganado, sobre el que hay y se siembra, con tal de que se limpiasen y descuajasen las manchas que hay de tierra sobresaliente en cada Partido»

En el conjunto nacional, en esa época se promulgan con frecuencia numerosas Reales facultades para realizar *rompimientos nuevos de dehesas o de baldíos incultos*, respondiendo a solicitudes que fueron especialmente numerosas entre 1755 y 1773 en Extremadura (Urteaga, 1987). Por ejemplo Maíllo (1983) señala que en 1766 Carlos III dispuso para favorecer a las clases pobres extremeñas una providencia en virtud de la cual *todas las tierras labrantías propias de los pueblos y las baldías o concejiles que se rompiesen y labrasen en dicha provincia en virtud de Real facultad, se dividan en suertes, se tasen por labradores peritos [...] y se repartan entre los vecinos más necesitados*.

Sin embargo, los datos disponibles permiten cuestionar el pretendido carácter social de tales repar-



Figura 178. Olivares entre Villarta y Fuenlabrada de los Montes. La fiebre roturadora de fines de la edad moderna no sólo afecta a los cultivos herbáceos. El “hambre de tierras” también afecta a los leñosos, en especial al olivo, que se encarama por las laderas hasta la misma peña. No debía ser una excepción lo que se apuntaba en Belvis de Monroy (Partido de Plasencia, 1791): “No hai en esta villa terreno inculto que no este reducido para aprovecharlo de algun modo, si no es dos pedazos de sierra [...] que por su fragosidad y piedreria no admiten labor alguna”.

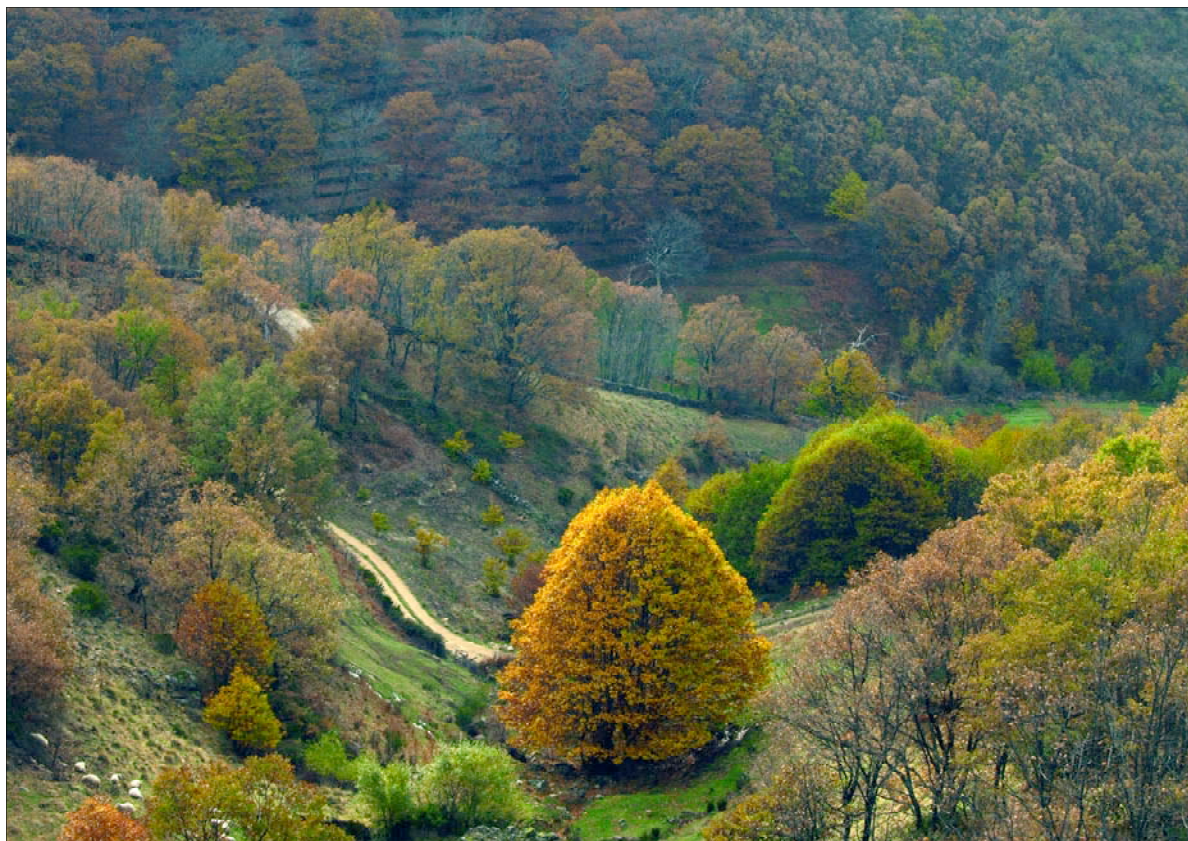
timientos, así como poner en duda que su ejecución contribuyera realmente a solucionar el problema de la distribución desigual de las tierras y la pobreza del campesinado. En el análisis de los baldíos de Mérida efectuado por Ballesteros (2003), se deduce que las mayores fincas que se radican en los mismos corresponden a vecinos de localidades ajenas al término jurisdiccional de Mérida, mientras que menos del 5 por ciento de los titulares seculares ocupan más del 50 por ciento de la tierra, y entre ellos hay varios de fuera de Extremadura. De hecho parece que los propietarios más poderosos fueron quienes resultaron más beneficiados con estos repartos, lo que llevaría a que los problemas de la concentración del terrazgo y del absentismo de la propiedad se incrementaran en vez de solucionarse. Siguiendo con el caso de Mérida, una élite reducida de los regidores monopolizó los cargos públicos y el acceso a los terrenos de propios que destinó al sustento de sus ganados estantes, y precisamente la real provisión de 1766 deparó a esta oligarquía la oportunidad de acceder a los invernaderos de las dehesas de propios, y con ello la posibilidad de ampliar sus rebaños, manteniendo un modelo de explotación similar al mesteño, mientras que la superficie cultivada aumentó sólo en tierras marginales de escasa productividad y difícil sostenimiento (Fuentes, 1986).

En todo caso, un efecto seguro de este proceso fue la reducción de las superficies forestales que aún quedaban, alcanzando en algunos casos la actividad roturadora hasta los últimos rincones de tierras susceptibles o no (por su régimen de propiedad o por la disposición de su terreno) de ser aradas. Así lo ponen de manifiesto hacia 1790 algunos pueblos en sus contestaciones al Interrogatorio de la Real Audiencia:

«Como la escasez de tierra para la labor en este pueblo es tan grande, se entran los labradores en lo mas yntrincado de la sierra y en lo mas aspero del rivero a desmontar para sembrarlo» (Herreruela, Partido de Alcántara, 1791).

Uno de los ejemplos patentes de esta agrarización se detalla de forma secuencial en Villafranca de los Barros (Solís, 1982). Así, durante el reinado de Felipe IV, a mediados del XVII, las actividades agrícolas en la villa comienzan a cobrar apogeo a expensas de la dehesa: los olivares alcanzan extensiones considerables y se siembra gran cantidad de trigo en detrimento de tierras destinadas a la cabaña ganadera, lo que ocasiona diversos pleitos con la Mesta, por los rompimientos que se hacían en la dehesa del Hinojal. La pérdida del monte deriva en la escasez de leñas, lo que obliga a que un regidor la compre en los términos cercanos. Durante el reinado de Felipe V, en la primera mitad del XVIII, se puede considerar que la villa es ya eminentemente agrícola, hasta el punto de que comienza a escasear mano de obra para la recolección de las mieses. Se ordena que todo el que esté fuera del pueblo vuelva a primeros de junio para la siega, y la lucha contra las plagas de gorriones que comían los granos se llega a convertir en un asunto de orden público. Mediado el siglo XVIII, ya en el reinado de Fernando VI, sigue escaseando la mano de obra agrícola, y nuevas fincas se plantan de viñas desatando las protestas de la Mesta; las dos dehesas de la villa estaban en su mayor parte roturadas y apenas quedaban encinas, hasta el punto de que desaparecen las referencias a las montañas o a su leña, que pasa a extraerse de olivares y viñedos. En este contexto surge uno de los primeros casos de una auténtica “concentración parcelaria”, cuando en 1728 el propio Felipe V (Martínez,

Figura 179. Castaños y castañares de fruto intercalados con matas de rebollar en Tornavacas. En diversos momentos a fines del siglo XVIII el pueblo solicitó permiso para descuajar los robledales y poder plantar en ellos castaños, lo que resultaba mucho más rentable. La presión era tal que para lograrlo no se alegaban sólo razones económicas, sino ecológicas (la mata de roble se hallaba supuestamente envejecida) e incluso ¡médicas!



1892) dicta una provisión marcando minuciosamente los cinco *jiros* en que había de dividirse el término de Jerez y sus aldeas, para regular y agrupar las sembraduras de forma que no quedaran áreas sin labrar intercaladas y así no padecer *los sembrados el daño que se experimentaba por la entrada y salida de los ganados a pastar la yerba de dhos blancos o manchones y se redujeran los gravísimos daños que se causaban a el veneficio de dha labor como a los montes y a la pastoría [...]* y principalmente a Nos en la percepción de los diezmos.

Las áreas serranas y de montaña no escaparían a este proceso roturador, que en estos casos revestiría tintes específicos a consecuencia de la diferente organización del terrazgo y de la importancia superficial aún detentada por el bosque. El bosque productor de rentas a largo plazo será tildado de “poco útil”, y los pueblos emprenden numerosos intentos para su desmonte. Las tentativas de sustitución cobraron especial importancia en el caso de los rebollares del sistema Central, formaciones que ya habían sido empobrecidas específica y estructuralmente por los repetidos incendios y que no ofrecían al vecindario ni el fruto de castañares o encinares ni el jugoso pasto de estivaderos o dehesas. En 1779 en Tornavacas se solicita al concejo que *en atención a ser notoria la necesidad de este lugar de pastos para los ganados de sus vecinos y tierras de sembradura [...]* se digne conceder *otorgamiento para adhezar y romper los robledales del término* (Cruz Reyes, 1983). En su intento para conseguirlo, aunque sea para plantar castaños, y ante la escasa renta que proporciona el espacio forestal no dudarán en atribuir al robledal toda serie de atributos perniciosos:

«hay inmediato a la poblacion un monte de mata de roble [...] que sobrepuja en gran manera a las casas en que se refugian los lobos y otros animales nocivos, el qual por estar tan elevado y producir la mata de roble tanta copia de moscas y tavarros, hademas del sumo calor que induce a la poblacion, afligen y molestan a los havitantes y es perjudicialisimo a la salud publica, según [...] el dictamen uniforme de los medicos, por tanto consideran utilísimo el desmontar y descuajar este terreno y plantarle de castaños, que es el arbol mas a propósito para esta tierra»

Opinión que también comparten en Navaconcejo (Partido de Plasencia, 1791), pues responden al Interrogatorio en los siguientes términos: *era preciso y necesario que se concediese facultad a los ayuntamientos de los pueblos para permitir las siembras y rompimientos cortando los robles [...] por cuyo medio se lograria utilidad al vecindario [...] porque todos los robles de que abunda esta tierra son infructíferos y no producen vellota, lo segundo por que por la multitud de ellos y su antigüedad no se crían bien y necesitan cortarse para que renueben.*



Figura 180. Encina remanente sobre cultivo de cereal, con severas heridas y oquedades, en Zalamea de la Serena. Los analistas de la crisis extremeña de finales del XVIII consideraban pernicioso el particular régimen de propiedad de muchos predios de la región, en los que el titular de los derechos sobre el arbolado era diferente del dueño del terreno. También la circunstancia de que gran parte de las hojas de labor se desarrollaran sobre terrenos comunales conducía a la desidia en su cultivo.

El problema de la tierra: régimen de propiedad y tipos de uso

La génesis del sistema de propiedad de la tierra extremeña se basó originalmente, tras la reconquista, en la distribución de grandes territorios a concejos, órdenes militares, autoridades religiosas y señores laicos. Sin embargo, fue modificado luego mediante apropiaciones, adhesamientos y reparticiones, hasta concentrar la mayor parte de los terrazgos en pocas manos, y donde los propietarios preferían arrendarlos para pastos que destinarlos a cultivo. Por ejemplo, en Don Benito, datos de 1791 señalan que los montes comunales no eran aprovechados por los vecinos, y las 63 dehesas que componían el término pertenecían a una larga lista de nobles e instituciones; de ellas solamente 11 se aprovechaban para pasto y labor (el resto sólo para pasto), y con discriminaciones según quien fuere el propietario de los ganados (Lorenzana, 1989). Su alcalde denuncia que están *los infelices lavradores subyugados a ellos por la falta de tierras para sembrar [...] porque siendo dueños [los señores] de mucha parte de las pocas tierras útiles que actualmente se lavran, y llevándoles en arrendamiento en cada un año de oja por cada fanega desde zinco hasta diez fanegas de trigo, cosa que orroriza y tiene aniquilado al cuerpo de lavradores y hecho esclavo de ellos.*

La desigualdad en el reparto de la tierra daría lugar a conflictos cada vez más virulentos, cuya explosión coincidiría con una etapa de crisis agraria general en la mayor parte del país. Anés (1970) estima que esta crisis tuvo lugar *por el agotamiento de las tierras roturadas y por la presión de la ganadería trashumante, más resistente ante las condiciones generales desfavorables, debido a que la lana, al fin y al cabo, continuó disfrutando de una importante demanda exterior.* Los problemas derivados por el régimen de tenencia de las tierras se entremezclaban con los ocasionados por el uso preferente que se les daba, especialmente a causa de la preeminencia y privilegios de que gozaba la ganadería trashumante representada por el Honrado Concejo de la Mesta (Terés *et al.*, 1995). El “hambre de tierras” desatado en el XVIII habría de afectar a zonas marginales, pero también a los pastizales tradicionales, generando los consiguientes problemas. Sin embargo, a pesar de que la mayor parte de los testimonios de la época pretendan reducir la cuestión a la confrontación entre los *poderosos trashumantes* y los *pobres campesinos* sedientos de tierra para cultivar, los datos apuntan a que la presión de las oligarquías ganaderas extremeñas debió representar una pieza esencial en estos conflictos.

Otra cuestión denunciada por algunos pensadores alude al régimen peculiar de propiedad doble que en muchos predios individualizaba el suelo del vuelo. El Visitador de la Real Audiencia en el Partido de Llerena achaca el escaso desarrollo de la agricultura a la división de la propiedad en varias manos: *el dueño de una tierra de labor o de pasto lo es solamente en ciertas estaciones del año y en lo restante*

es libre a cualquiera el usufructo, o lo es siempre de la tierra y no del arbolado, o lo es del arbolado y no de la tierra, o lo es del fruto y no del ramaje, o lo es de éste y no del fruto; uso extraño que hace mirar con indiferencia la tierra aun a su mismo dueño (Partido de Llerena, 1791). Estos visitantes aluden también al problema derivado de los usufructos, pues en su cultivo se advierte una desidia manifiesta en el cultivo de las tierras comunales *pues todos se dirigen a disfrutarlas con el menor trabajo y gasto posible, y ninguno quiere emprender a su costa la molestia de fertilizar el terreno que no le es propio*, para evitar lo cual proponen repartirlas entre los vecinos a censo perpetuo (Pereira, 1999).

En cualquier caso, parece probado que en la segunda mitad del XVIII la socioeconomía extremeña sufrió una etapa de colapso en su crecimiento, generalizándose los problemas derivados de la ruina y el hambre. La mayor parte de los pensadores ilustrados y de los regidores acierta a ver en la falta de agricultura la principal causa de este decaimiento. La respuesta de la ciudad de Trujillo al cuestionario de Tomás López, en 1785, denuncia que en su terreno existen muchas casas de campo *que eran casas de labor, y por aver faltado esta, oy se van arruinando, y que la provincia está expuesta a perderse en qualquier rompimiento que haiga por no tener la gente necesaria para su población y por disminuirse esta de día en día por faltar primeras materias no solamente para fabricar, sino tambien, para su sustento por no aver agricultura para la que es tan conbeniente su terreno* (López, 1798). Los diferentes intentos de ampliar el terrazgo agrícola a favor del campesinado chocaban con el propio régimen de propiedad de la tierra y con la estratificación socioeconómica ya existente. Los grandes propietarios por su menor necesidad pueden mantener el espacio forestal con menores transformaciones. A estos efectos, el Consejo de Cilleros (Partido de Alcántara, 1791) denuncia en el Interrogatorio de la Real Audiencia que :

«De las diez partes del terreno, las 9 son montuosas, de estas 4 mui a propósito para la agricultura, por su buen suelo e inmediación, y no faltaría regularmente quien las desmontase, siempre que la esperanza del premio alentase el trabajo; pero sucede que, o por primeros ocupadores, mayores caudales, o mas manejo de un principio se estancaren las mexores en pocos particulares poderosos, que las vincularon o eclesiasticaron, de modo que en la actualidad los vecinos realmente trabajadores i aplicados se ven precisados a cultivar solo lo que arriendan por un año; a que no hacen mas beneficio que rozar i quemar el monte disfrutándola aquel año, i quedando inútiles para 10, 20, o 30; en que ya vestidas de montes vuelve a suceder otro tanto»

De hecho los intentos de repartimiento de los baldíos, como se ha indicado, rara vez debieron alcanzar los propósitos pretendidos, y no sólo porque el acceso a los mismos no habría de ser igualitario. A este respecto, un testimonio manuscrito de 1769 alberga una reflexión moralizante sobre la problemática de la tierra en la región (Barrientos 1992):

«Sobre el repartimiento de tierras de labor, tiene acordado el Supremo Real Consejo de Castilla [...] mucho más de quanto pueda adbertir mi cortedad: pero sin embargo, como en no todos los Pueblos se hallen tierras Concexiles, Valdías ni de propios, en que pueda experimentarse por los pobres aquel veneficio y equidad [...] se ve en esta parte frustrado el equitativo afecto de tan acertadas providencias, lo que podría remediarse enteramente si su contenido se extendiera en estos Casos, también a las tierras y Dehesas de particulares [...] sacando el Dueño, o arrendatario las que necesite para su propia labor»

Si los mesteños se quejaban de que se roturaban dehesas antes dedicadas al pasto, abundan las quejas de concejos y campesinos quejándose de que la creciente extensión de las dehesas de pasto llevaba a la merma de una labor agrícola cuyo crecimiento era necesario. La pragmática de 1633 que ordenaba la restitución a pasto de todas las tierras abiertas desde 1590 será calificada como *la pragmática del hambre, porque condenaba a los hombres a padecer necesidad para que estuviesen hartos los ganados* (Colmeiro, 1988). Antonio Ponz dice que *las dehesas han ido en aumento en Truxillo, hasta cercar los que tienen poder y maña algunas tierras de labor que los pobres labradores tenían en los Berrocales, con el fin de reducirlas a pasto* (Ponz, 1784). El Corregidor de Trujillo denunciaba en 1764 que la producción de la agricultura y el número de cabezas de ganado estante habían disminuido considerablemente, al haberse abandonado la labor de muchas dehesas que no se roturaban hacía cincuenta años y más, ocupando la sementera *la tercera parte de la antigua*, pues los labradores *no podían romper con el arado el propio suelo, sirviendo de pasto para el ganado trashumante* (Memorial, 1771).

Los Pleitos contra la Mesta

Para entender el cúmulo de denuncias y pleitos en torno a los pastos, es preciso conocer que su

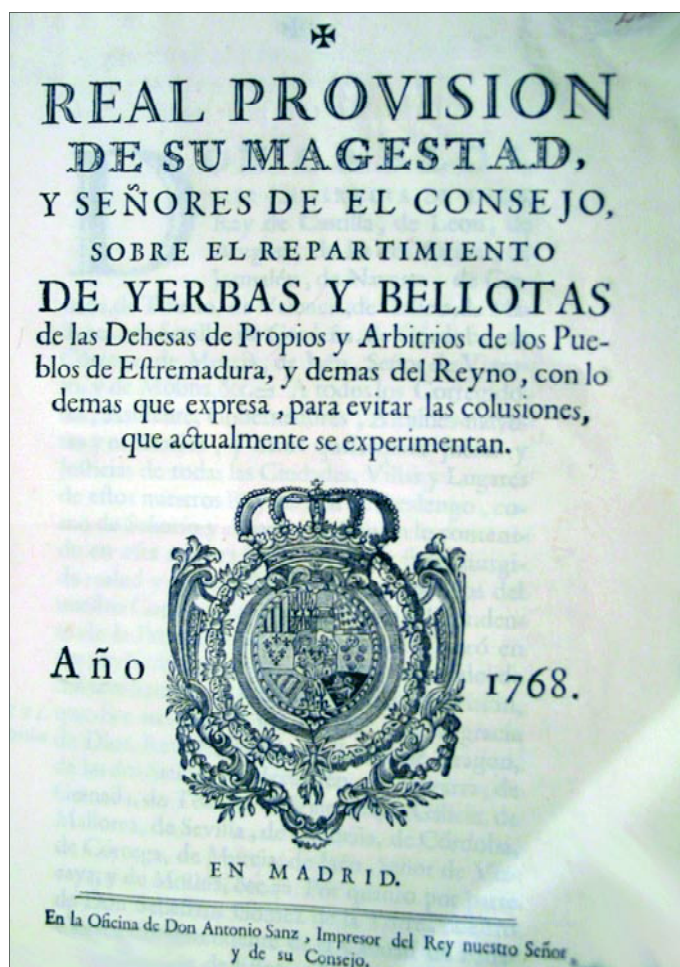
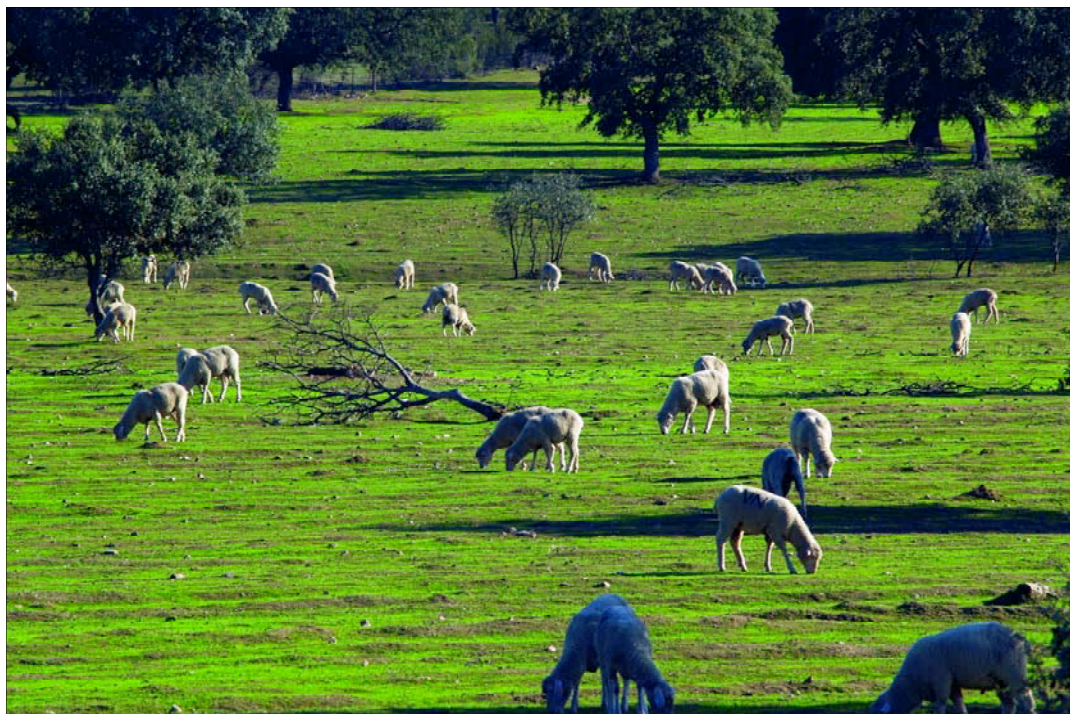


Figura 181. Portada de una Real Provisión de 1768 sobre el repartimiento de las "yerbas y bellotas" de las dehesas de propios de los pueblos de Extremadura. Estos arrendamientos suponían uno de los ingresos capitales de las haciendas locales, incluso de las grandes ciudades. De ahí que los conflictos surgidos en los siglos XVII y XVIII entre labradores, ganaderos estantes y ganaderos trashumantes acerca del uso de la tierra cobraran especial virulencia.

aprovechamiento constituía en la época seguramente el recurso de mayor relevancia económica de cuantos disponían los pueblos y los propietarios extremeños. El arrendamiento de las yerbas, acompañadas de la bellota donde la hubiera, suponía una cuestión de capital importancia hasta para las más grandes ciudades. Esta importancia se pone de manifiesto en la regulación detallada de que era objeto su uso y el destino de los ingresos generados. En Badajoz, por ejemplo, por Real Provisión (1768) se facultó al Corregidor de la Ciudad a que nombrase a los *inteligentes de confianza e integridad* que reconocieran los *Pastos de Yerba y Bellota* de Propios o Arbitrios de los pueblos, y tasaran por tres años según su calidad y cabida anual en número de cabezas, y *por el importe de ella se reparta entre los Vecinos de cada pueblo, atendiendo mucho a los Labradores y a prorrata, para que a todos llegue el beneficio hasta donde alcanzasen los pastos.*

Por otra parte, es necesario consignar que en esos momentos la práctica totalidad de las dehesas extremeñas se arrendaban para la invernada de los ganaderos trashumantes mesteños, de origen abrumadoramente foráneo desde los primeros tiempos de la reconquista. En 1780 la Mesta contaba con más de 82.457 agregados trashumantes con una cabaña de 2.385.420 cabezas; en torno al 5,5 por ciento del ganado correspondía a monasterios y comunidades eclesiásticas, mientras que más del 25 por ciento era de los Señores Ganaderos Trashumantes de Madrid, y el 66 por ciento de "modestos" serranos de las comarcas montaraces de Castilla (Terés et al., 1995). Los ganaderos mesteños gozaban de una serie de privilegios otorgados por la Corona, como un derecho preferente de acceso perpetuo a los pastos (la "ley de posesión") o el que excluía de las jurisdicciones locales ordinarias los actos de sus asociados y su personal y los remitía a una específica propia de la Mesta. La preponderancia de los trashumantes por fuerza había de chocar con los intereses de la que había devenido en una próspera ganadería estante. Ya a finales del siglo XVI, Extremadura albergaba una de las más poderosas cabañas ganaderas estantes a nivel nacional, y de sus provincias salía el 46 por ciento de los carneros y el 25 por ciento de los bueyes destinados a los mataderos de Madrid (Bernardos, 2003). Durante el siglo XVIII el número de ovinos que acuden a Extremadura aumenta, pero el ritmo de crecimiento de la cabaña es incluso superior en los estantes que en los trashumantes (Terés et al., 1995). Como se apunta en el Partido de Llerena (1791), *es evidente que la concurrencia y sobre todo la preferencia que se da al mesteño sobre el extremeño en los pastos de esta Provincia, desanima a sus naturales a fomentar esta granjería en toda la extensión de que es suscep-*

Figura 182. Ovejas pastando en una dehesa clara en Garbayuela. Se aprecia la falta de regeneración, el ramoneo sobre las encinas jóvenes y un micro-relieve que indica que alguna vez fue labrada. A finales del XVIII, la mayoría de las dehesas extremeñas se arrendaban para la invernada de ganados trashumantes foráneos. La necesidad de nuevas tierras deparó una lucha abierta entre trashumantes y labradores locales, en gran medida alentada por los ganaderos estantes.



tible, y no parece razonable que vengan los forasteros a aprovecharse de los fecundos y sustanciosos pastos de esta provincia, excluyendo a los naturales.

Las ya comentadas Ordenanzas de la Ciudad de Badajoz, aprobadas en 1767, detallan algunas de las principales quejas que se achacan a los trashumantes, y que tienen en común el trato preferente de que son objeto en relación con los ganaderos extremeños. En el caso que se trae a colación, la cuestión se refiere especialmente a los daños que los trashumantes causan a los montes y a su arbolado (tit. 37, cap. VII y cap. VIII):

«Los Ganaderos Serranos, así como son zelosos escrupulosamente en la guarda de los Pastos que aprovechan sus Ganados, deben ser cuidadosos de que los Ganados de su cargo no devasten los ajenos, y con mayor razón los que siendo de comun aprovechamiento son quasi el unico asylo que ha quedado para que se conserven las Granjerías de esta especie, que goza el Vecindario, porque no se extienden a este desorden sus Privilegios, ni es conforme a razón la desigualdad entre Vasallos de un mismo Principe; en cuya consecuencia, siempre que en los Valdíos se aprehendan Ganados Merinos trashumantes, o de otra clase, que no vayan de passo, o desmandados, serán denunciados, y se les impondrán las mismas penas que se imponen a los Vecinos de esta Ciudad en el caso de ser aprehendidos en las dehesas en que tienen posesión los Hermanos del Concejo de la Mesta».

«La experiencia a hecho comprender la gravedad de los daños, y el perjuicio considerable que en los Montes del Termino han causado y causan los Ganaderos Trashumantes y Carreteros, a la sombra de los Privilegios que les están concedidos y de que con frecuencia abusan [...] por lo que, y siendo bastante, que los Ganaderos Trashumantes y Carreteros gozen y disfruten las mismas franquicias y libertades que gozan y disfrutan los Vecinos y Naturales del País, y que sean tratados como tales, sin que la razón natural permita que la ocasión que el los propios se corrige como vicio, se premie como virtud en los estraños, o por lo menos se disimule como indiferente: ordenamos y mandamos, que respecto deque todas las Dehesas que aprovechan los Ganados Merinos que trashuman, tienen en sus cercanías abundancia de Monte Pardo, de cuya leña pueden usar para el fuego y otras urgencias, no se les permita el uso de especies prohibidas, bajo de las penas establecidas contra Vecinos y Naturales».

Los conflictos con los trashumantes, amparados en la protección Real, provenían ya de varios siglos atrás, de lo que se ha dejado constancia en páginas precedentes. Tras la expansión agraria de principios del XVI, Carlos I decreta en 1525 que todas las tierras de pasto que se hubieran roturado desde 1516 pasaran de nuevo a poder de los trashumantes, tema en el que vuelve a insistir en 1552. Similar contenido ofrecen las disposiciones de Felipe II de 1560 y 1566, que confirman a los mesteños sus

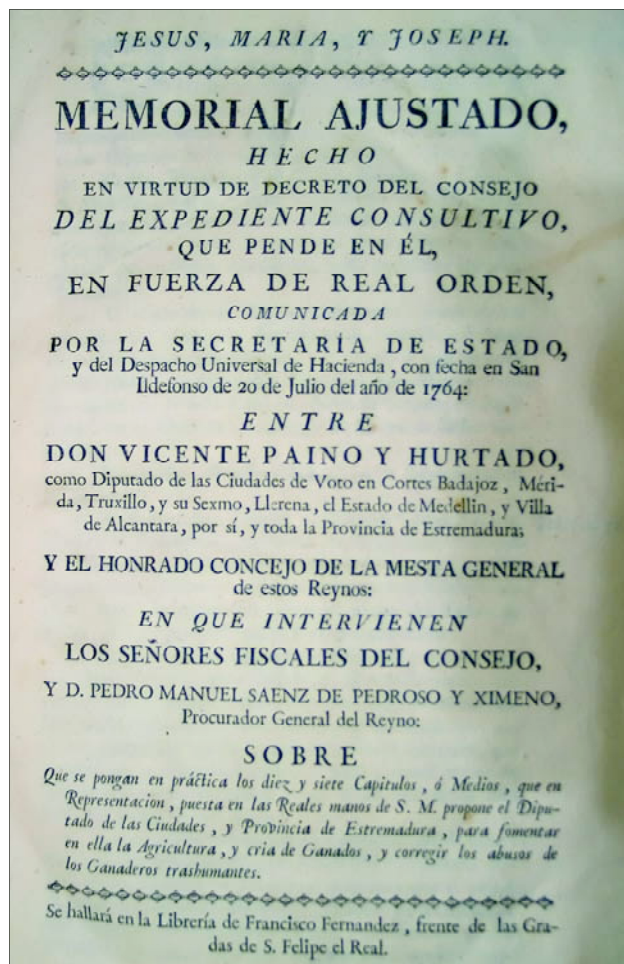


Figura 183. El conflicto más grave en torno a la "cuestión trashumante" se dirimió en este pleito de 1771. En 1764 el Diputado extremeño Don Vicente Paíño había presentado un Memorial para "hacer ver los perjuicios que causa a la agricultura la indebida extensión de los ganaderos trashumantes", y en el que hacía responsables a éstos de la crisis y el atraso que se vivían en la región. El expediente abunda en denuncias a los mesteños por las continuadas quemadas de montes y dehesas, mientras que éstos se defienden alegando que "Extremadura no necesita de montes, sino de desmontes".

derechos exclusivos sobre los pastos, con grave perjuicio para los ganaderos estantes. En 1580 una pragmática ordenaba la restitución a pasto de todas las dehesas roturadas a partir de 1560. En adelante, sin embargo, tanto los numerosos pleitos que se sentencian a favor de los agricultores como la reiteración de edictos y pragmáticas que insisten en la devolución de las tierras roturadas, son indicios claros de la decadencia en que se va sumiendo el Honrado Concejo (Pereira, 1999).

Pero sin duda el mayor exponente de esta larga y compleja lucha lo constituye el *Expediente consultivo promovido por la Provincia de Extremadura*, iniciado a raíz de una consulta del Consejo Real a las autoridades de la Provincia a fin de conocer la situación demográfica y económica del Reino. De esta consulta surgió el "Memorial ajustado" presentado en 1764 por Vicente Paíño y Hurtado en representación de Extremadura y en contra de la Mesta, que a su vez se defiende presentando una "Manifestación y alegación instructiva" en la que trata de demostrar la rotunda (casi imperativa) vocación pascícola del territorio extremeño. Pero mientras que el Honrado Concejo mostraba síntomas de declive y pérdida de poder, presionaban con fuerza sobre los campos las nuevas oligarquías extremeñas y las tendencias de mercado favorecían una mayor extensión de los cereales (Terés et al., 1995).

La Representación presentada por Paíño tiene por objetivo *hacer ver los perjuicios que causa a la agricultura la indebida extensión de los ganaderos trashumantes*, proponiendo diecisiete capítulos para fomentar en Extremadura la agricultura y la crianza de ganados estantes. Las imprecaciones que encabezan su alegato (Memorial, 1771) proporcionan una idea adecuada del estado de los ánimos y de las acusaciones de que se hace objeto al Honrado Concejo:

«¿En qué podrá consistir el tan repetido clamor de la causa pública con que pretenden autorizar los mesteños la indebida extensión que usurpan? ¿En que se extinga la preciosa y necesaria cría de caballos? ¿En que se inutilicen los pósitos? ¿En que se aniquilen los montes? ¿En que falten las carnes? ¿En que las cosechas no correspondan? ¿En que padezcan hambre las Provincias? ¿En que se despueblen los lugares? ¿En que la Extremadura se reduzca a un esqueleto horrible y espantoso? Porque estos y no otros son los efectos que resultan de la atención especial con que se atiende a esta clase de ganados.»

Decadencia agrícola, deforestación, despoblación rural..., se culpabiliza a la Mesta de la práctica totalidad de los males que pesaban sobre Extremadura, haciéndola responsable directa del atraso que empezaba a advertirse en la región. Pereira (1999) aporta una serie de reflexiones acertadas acerca del trasfondo socioeconómico de este Memorial, más allá de una lectura superficial de los hechos. Independientemente del mayor o menor grado de exageración o de veracidad que puedan contener las acusaciones a la Mesta, hay que destacar que eran los grandes señores y propietarios del espacio agrario, las oligarquías próximas o ligadas a los cauces de poder, los primeros interesados en atribuir la ruina de Extremadura al "poderoso trashumante". Este mensaje xenófobo habría de alcanzar notable aceptación tanto entre la sociedad extremeña como entre los reformadores ilustrados, que se alinearían con estas posiciones hasta el punto de que Jovellanos calificará las concesiones reales a la Mesta de privilegios "odiosos, monstruosos, injustos, exorbitantes y absurdos". En el Memorial se denunciaba (Fol 103 vto, 294) que el Concejo de la Mesta *llega a ser una especie de Republica independiente y libre, tanto más nociva que si obrase a fuerza abierta, quanto se conduce con menos riesgo a sus interesados fines [...] extiende su dominación arbitraria sobre gran parte del Reyno: prescribe Leyes [...] crea Ministros de Justicia: distribuye Cargos y Oficios [...] afecta subordinación y obediencia y a un mismo tiempo se atreve a todo, pues con el arte, con la maña, con el artificio, con la generosidad y con el poder, consigue quanto intenta.*

La mayor parte de los testimonios recogidos en el Memorial y en otros documentos de la época abundan en la acerba crítica a la Mesta. Sin embargo, algunos aportan datos que permiten intuir que los trashumantes son solamente una parte del problema, y que poco habría de cambiar la situación si simplemente se desplazara el poder de aquellos a los ganaderos estantes. Como alega la propia Mesta en su defensa (Fol 65 vto: 205): *Para más ofender a los Ganaderos Trashumantes, se les quiere hacer autores de todos los delitos que en la Provincia de Extremadura se cometen por los vecinos poderosos de sus Pueblos, y otros que no lo son tanto.* Así, el corregidor de Badajoz don Sebastián Gómez de la Torre en 1766 denuncia ante el rey los abusos de los poderosos locales que rompen baldíos, usurpan tierras y amañan las subastas de los aprovechamientos comunales, y de forma similar hace don Bernardino Pérez Caballero, autor de una *Instrucción de hecho manifestando las causas de la decadencia de Extremadura y por las que no es más opulenta* (Pereira, 1999). El visitador de la Real Audiencia en el Partido de Badajoz (1791), Inguazo, culpa de la situación tanto a los ganaderos trashumantes como a los estantes, *porque unos y otros se oponen a la siembra de granos y plantíos, promoviendo con preferencia los pastos, cuyo fruto no es de igual importancia*, e incluso denuncia a los "ganaderos de profesión" de Extremadura, que son las *personas principales de los pueblos a quienes interesa la abundancia de pastos [...] oponiéndose a los cerramientos, siembras y plantíos, y que consiguen la principal utilidad de los vecinos poderosos, porque tienen el mando en los Ayuntamientos y son dueños de la mayor parte de los ganados del pueblo.* El Corregidor de la villa de Cáceres reconoce en el Memorial (1771) que lo expresado para los trashumantes *sucede también con los ganados de la tierra, por cuanto la mayor parte de ellos pertenece a poderosos, eclesiásticos y comunidades, dueños de dehesas*, y denuncia que se ha llegado a que habiendo en el término de Cáceres 257 dehesas de pasto y labor y de pasto sólo, *todas estas dehesas y asientos los posean hoy particulares y comunidades, y está la villa sin dehesa boyal, hierbas ni pastos para los ganados de su abasto.*

Estas consideraciones ponen de manifiesto la disputa por el control de los pastizales entre ganaderos trashumantes, estantes y riberiegos, con la participación de los ricos labradores, situando la confrontación en la esfera de las oligarquías. Ya lo exponen en el propio proceso los dos fiscales encargados del mismo: Don José Moñino advierte de que son ellas las primeras responsables de los muchos daños que padecen los naturales de la Provincia, mientras que Don Pedro Rodríguez Campomanes lo corrobora y acaba proponiendo una Ley Agraria para Extremadura, país que *se está despoblando por los vicios intrínsecos de su administración interior.* Como apuntilla Pereira (1999): *Ni la Mesta ni la trashumancia sumieron a Extremadura en el lamentable estado de atraso que pregonaban los contemporáneos. Las razones de su atraso eran más profundas.*

Al margen de estas disquisiciones, el Memorial aporta datos abundantes acerca de la influencia de la ganadería trashumante en la transformación de los paisajes extremeños, fundamentalmente por el uso del fuego para crear y regenerar los pastos: *Para que el terreno se haga pastable, se aventaje y fertilice a las primeras lluvias del otoño, se mantienen asalariados incendiarios. Cada uno de estos fuegos, que son frecuentes [...] consume algunas leguas de monte y en ellas muchos millares de árboles fructíferos.* En las propuestas que se ofrecen para solucionar la crisis agraria se advierte el hábito de los aires ilustrados. Junto a la limitación de los privilegios de los mesteños, o a la exigencia de que respecto al corte de madera, leña, ramoneos y casca, se atuvieran a las mismas reglas que los demás vecinos de los pueblos, se encuentran otras medidas de mayor calado técnico o



Figura 184. Espectacular incendio en los montes del norte cacereño. En la Edad Moderna se termina por conceptualizar a los incendios como una amenaza grave para los montes extremeños. Sin embargo, numerosos testimonios ponen de manifiesto la dificultad de ponerles coto, así como de identificar o castigar a los incendiarios.

social. Por ejemplo, la concesión de la propiedad del vuelo y el suelo a las personas que descuajen algún terreno montuoso o inútil, el incremento de los plantíos de arbolado para paliar el déficit de productos forestales o la mejora de pastizales mediante siembra de pratenses forrajeras. Resulta llamativo que incluso a este medio se oponga la Mesta, proponiendo la matorralización del espacio forestal pues alegan que (Fol 178: 555) *el terreno de Extremadura naturalmente produce monte baxo, y muchos arbustos, cuyas rozas y quemas le fertilizan*.

Como colofón de las conclusiones del *Memorial*, en 1792 Carlos IV promulgó un real decreto (García Martín, 1985) por el que declaraba de pasto y labor todas las dehesas extremeñas, con excepción de las que eran enteramente de pasto, además de establecer otra serie de disposiciones relacionadas con el problema:

«la decadencia de la dicha provincia en su agricultura, industria, comercio y población sin embargo de gran feracidad de su suelo y de las muchas ventajas que podían sacarse de sus dilatados terrenos incultos [...] he resuelto [...] quiero que a los terrenos incultos de la Provincia de Extremadura se distribuyan a los que lo pidieren, declarando, como declaro la propiedad del terreno al que lo limpie [...] Y cuando en los montes de dicha provincia corresponda o pertenezca el suelo a particulares y el arbolado y su fruto a los Propios, se venda por su justa tasación el usufructo y propiedad de los arbolados al dueño del suelo»

El problema de los incendios

Como ya se puso de manifiesto en capítulos anteriores, el uso del fuego ha sido el factor omnipresente en la génesis y el manejo de los paisajes extremeños. Su obligada asociación con la agricultura y la ganadería, bases del aprovechamiento económico del territorio, conllevó su regulación desde los primeros fueros y ordenanzas. La “novedad”, si así cabe llamarla, de la Edad Moderna, radica en que se generaliza la concepción de los incendios (o de determinados incendios) como una amenaza grave para los montes extremeños. Se genera todo un debate acerca de su problemática, constituyendo por ejemplo uno de los puntos clave de la acusación en el pleito con la Mesta.

Las ordenanzas elaboradas en la centuria del setecientos siguen la pauta establecida en las de siglos anteriores. Se regula el uso del fuego en “tiempo y forma” como labor agrícola, tanto de cara a la limpieza de lindes y rastrojos como en relación a las rozas en monte, porque como reconoce el Visitador Inguazo, *la quema y cenizas del monte bajo son suficiente preparación para proceder desde luego a la siembra de granos* (Partido de La Serena, 1791) o como se comenta en Azagala, *para sembrar aquellas es indispensable quemar en el verano las camadas que se rozaron en el invierno, y aquellas cenizas producen los granos* (Partido de Alcántara, 1791). Estas labores, no obstante, ocasionan un daño recurrente que detallan en la villa de Gata: estos rozos se hacen con perjuicio del arbolado porque en el tiempo de su quema fenecen muchos pies y se dejan de criar otros, añadiéndose a esto los cortes de los labradores (Partido de Alcántara, 1791). Por ello en Villanueva de la Sierra, por ejemplo, desde el primero de junio hasta el 29 de septiembre se prohibía hacer fuego y llevar fuego, yesca o pedernal al campo, siendo las penas por este delito económicas y completadas con cárcel. Una vez concedido el permiso preceptivo para rozar, el Regimiento señalaba alrededor del monte objeto de

Figura 185. Jaral (*Cistus ladanifer*) invadiendo una dehesa joven en Casillas (Badajoz). Los ganaderos trataban de combatir este proceso quemando las dehesas de forma periódica, o arrendándolas cada varios años a los labradores para descuajar el matorral. Tanto una u otra solución resultaban sólo temporales, y habían de resultar nefastas para la regeneración del arbolado. Además, la quema solía afectar también a una considerable proporción de árboles adultos. Los testimonios del XVIII hablan de que la causa de los fuegos era "la ambición de los pastores" (Memorial, 1771).



roza una zona de seis pasos que quedaría limpia, labrada y con toda la maleza almacenada en su interior para seguidamente prenderle fuego (Paule Rubio, 2003). Resulta suficientemente explícita la regulación que de la materia hacen las ordenanzas de 1767 de la Ciudad de Badajoz en su título 39:

Cap. I: «Prohibimos a todas las personas, naturales y forasteros [...] poner o mandar se ponga, desde el día primero de Mayo hasta el quince de Setiembre de cada año, fuego en los Montes pardos o huecos, o Tierra calma, o en alguna otra parte del Termino, o fuera de él [...] y mandamos se pueda proceder, quando falte la aprehension, contra los autores de delito tan grave por via de inquisición, a fin de averiguarlo [...] pero llegado que sea el quince de Setiembre, será generalmente licito aplicar fuego a los Rastrojos, preparándolos para la sementera, y a los Campos ralos para hacer cardillo, con sujeción en todo caso a la responsabilidad del daño que resulte»

Cap. III: «Los Ganaderos, Guardas de Viñas, Labradores, Pastores y Baqueros no podrán traer consigo yesca, eslabon y piedra, ni escopeta, teniendo precisamente estos instrumentos para su preciso uso en las Chozas, Atos o Majadas [...] y mucho menos fumar tabaco en las Mieses, o Heras, Dehesas y Montes»

Por lo general los fuegos *agrícolas* se regulan y no son fuente de alarma social más que cuando se "escapan", lo que no es frecuente por su vecindad con otros campos cultivados que conforman un paisaje extenso de terrenos labrados. Sin embargo, no sucede lo mismo con los asociados a la actividad ganadera. Es fácil imaginar que los fuegos ocasionados por los pastores para regenerar el pasto tenían lugar en dehesas, montes y pastizales de cariz más o menos forestal y con una acumulación de combustible de gran continuidad. El incendio de forma habitual ocasionaba graves daños a un arbolado útil, y sobre el que, además, casi siempre ostentaban los derechos de propiedad o uso los concejos o los campesinos del entorno. Varios memoriales de la época hablan de cómo los pastos contribuían a hacer desaparecer el arbolado a causa de las quemas de que eran objeto anualmente bosques y terrenos ahuecados. Así se expone en el *Memorial de Pleytos que el señor Fiscal trata con los herbaxeros de las dehesas de la Serena y otras y sobre el amillaramiento de dichas dehesas* (García Martín, 1985), pero queda especialmente detallado de forma repetida en el Memorial contra la Mesta de 1771:

Fol 11 vto: 39: «Los fuegos, de que procede la visible, quanto lamentable decadencia de los montes, no tienen origen en la codicia del Labrador, que por necesidad prepara el rozo con arreglo a Ordenanza: tienenlo sí en la ambicion de los Pastores. Las dehesas, y especialmente novilleros, producen en la Primavera maravillosa copia de pastos, de tal altura y espesor, que con dificultad los rompe el Ganado mayor, y a el menudo es quasi imposible penetrar-



Figura 186. Descolinado de jaras y espliegos en la dehesa Mercadores, en la Sierra de San Pedro. La lucha contra el matorral invasor ha sido una constante en la gestión pascícola de las dehesas, y en el pasado solía ejecutarse mediante quemas, de lo que existen numerosos testimonios de siglos precedentes. Sin embargo, las especies que se pretende combatir, como la jara, precisamente ven su regeneración favorecida por el paso del fuego, por lo que su quema sólo suponía una solución temporal al problema, que se iría haciendo mayor en ciclos sucesivos.

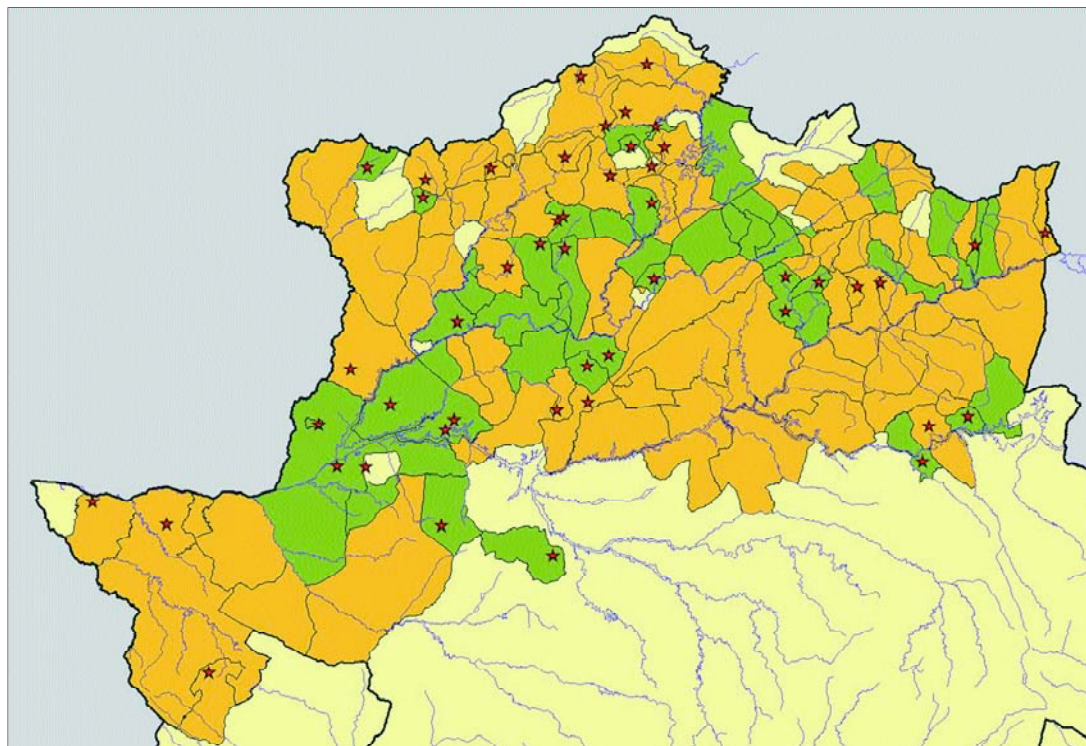
los. Para que el terreno se haga pastable, se aventaje, y fertilice a las primeras lluvias del otoño, se mantienen asalariados incendiarios. Cada uno de estos fuegos, que son frecuentes, y de extinción difícil, por la abundante materia en que se ceban, consume algunas leguas de monte, y en ellas muchos millares de árboles fructíferos. El daño es tan antiguo como conocidos sus autores; pero el reparo es difícil. Pudiera ser remedio oportuno el impedir, la invernada siguiente a el fuego, la entrada a los ganados aposesionados en las dehesas que se quemasen: ¿mas contra Trashumantes quién ha de intentarlo?»

Fol 119 vto: 309: «Que en las Dehesas que producen jarales y matorrales, no obstante que en siglo pasado fuesen de solo pasto, hallan el inconveniente de impedirse este por lo que crece la jara, y para ello ocurren a la quema [...] subarrendando de siete en siete años a los labradores [...] y si aun de este modo no pueden conseguir su rompimiento, se valen del medio de quemarla oculta y clandestinamente [...] siendo estas quemas las que muchas veces han hecho los más rápidos y perjudiciales estragos en los montes altos de la Provincia. Que en otras dehesas, así llanas como de montes huecos, en que igualmente se producen jaras, nacen tambien muchos pies de encina, que quedan estos destruidos por los fuegos sueltos y por la corta de arboles que sin arreglo se hace para diferentes usos»

La atribución de la autoría de la mayoría de los siniestros a los ganaderos no deja lugar a dudas, no sólo por la generalidad con que aparece en las respuestas a los interrogatorios llevados a cabo por la Real Audiencia a lo largo y ancho de la geografía extremeña, sino por formar parte de las acusaciones a los trashumantes que están contenidas en el *Memorial*. A este respecto el fiscal Campomanes (*Memorial*, 1771) concluye: *Esta observación, nacida de una experiencia continua, y que no negarán los mismos trashumantes, hace ver que las quemas, por su repetición, no son casuales; y que su objeto es, y ha sido en todos los tiempos, el de abonar y mejorar los pastos, a beneficio de los ganaderos que los disfrutan en la invernada. A lo qual es consiguiente, que los pastores sean autores y causantes de estos incendios, como que unicamente redundan en beneficio de sus ganados.*

En las comarcas del sistema Central y otras de sierras interiores, terrenos por lo general agrestes y poco frecuentados por los trashumantes en su invernada, se identifica como culpables a los ganaderos locales y en particular a los cabreros. Así, de los montes de Gata se dice que se queman con fraude por sujetos ignorados, para el fin de que coma el ganado particularmente el cabrio, en grave perjuicio de las colmenería, olivos, encina, roble y castaños que se queman, y en Valverde del Fresno que los incendios de los montes se ejecutan por pastores de cabras para hacer renovadas para sus ganados, quemando a veces muchas haciendas de olivar y deteriorando por este medio el ramo de colmenas (Partido de Alcántara, 1791). Estos incendios habrían de afectar esencialmente a formaciones de matorral pirófito como brezales y jarales, cuya extensión se debía precisamente a la degra-

Figura 187. Quemar los montes era una práctica tremendamente común. En la imagen, términos del norte y oeste de Cáceres que en el Interrogatorio de la Real Audiencia (1791) reconocían que se quemaban sus montes, en naranja; en verde, aquellos cuyos montes no ardían. Obsérvese que éstos, salvo excepciones, se corresponden con territorios ribereños del Alagón u otros ríos, con gran proporción de cultivos y poca de monte. De hecho, en la mayoría de ellos se dice también que ni siquiera tenían montes (estrellas rojas).



dación de los bosques consecuencia de los repetidos incendios. De este modo se comenta en Gata que *el monte de brezo se suele quemar, prestan mas utilidad al vecindario de este modo*. Con el incendio se provocaba un rebrote del brezal que lo hacía especialmente apetecible para los ganados cabríos, a costa de reducir los bosques a la mínima expresión y a empujar a la extinción local a las especies sensibles, como las coníferas o muchas frondosas caducifolias. Pero los cabreros, si bien mayoritarios, no serían los únicos interesados en alimentar este proceso. En Alcuéscar, a la acusación a los cabreros acompaña otra a los carboneros: *Que los montes pardos los queman, que se ignora quienes los quemen pero se presume son los cabreros y carboneros por la utilidad que se les sigue a los cabreros para pastoría de sus cabras y carboneros para hazer carbón* (Partido de Mérida, 1791). En las zonas antedichas, los incendios son criticados por los daños que infringen a otros recursos, especialmente a los olivares y a las colmenas. En otros pueblos, en cambio, seguramente por una preeminencia ganadera rotunda sobre estos otros usos, los incendios se llegan a ver de forma indiferente o incluso positiva. Así sucede, por ejemplo, en Badillo: *Por la sierra suelen poner fuego los pastores para que eche yerba la tierra y pueda el ganado transitar y huyan los lobos*; o en Gargüera: *Las sierras que confinan con estos pueblos [...] son quasi ympenetrables para los ganados y sino fuera por que los echan fuego para que se abrasen de modo alguno se penetraran y nos comerian las fieras que se crían* (Partido de Plasencia, 1791).

En todo caso, lo realmente importante es la práctica de estos hechos que se extiende al conjunto del territorio extremeño en el que queda superficie forestal, hecho capital para explicar la configuración de sus paisajes. En Hornachos los incendios eran tan peligrosos y repetidos que las autoridades obligaban a los vecinos a ejecutar limpiezas en olivares y chaparros de las dehesas comunales (González Rodríguez, 2001). En cambio, lo que llama la atención son las excepciones a esta norma, que se dan exclusivamente en comarcas ya absolutamente agrícolas o en aquellas en que el único arbolado existente es el de las dehesas ralas y ahuecadas por falta de regeneración. Las respuestas de la Real Audiencia resultan especialmente clarificadoras en este sentido, como en Carcaboso (Partido de Coria, 1791): *En este lugar no se suelen quemar montes ni bosques por el motibo que no los ay o en Albalá (Partido de Mérida, 1791): Tampoco en este término no se quema monte alguno por ser guecos y estar limpios*. Sólo de forma excepcional el valor que los bosques poseen para la propia población se erige en garantía de su defensa y prevención frente a los incendios, como sucede en Jerte (Partido de Plasencia, 1791).

Sin embargo, el problema no parece tener fácil solución. Las numerosas ordenanzas tipifican las faltas y prescriben duras sanciones, pero como se refleja en Valverde del Fresno *no tienen noticia se haia castigado por este esceso a persona alguna, no ocultandosele al auintamiento las severas penas que merecen los incendiarios* (Partido de Alcántara, 1791). Una de las razones radica en la dificultad de aportar pruebas “visuales” contra los incendiarios, aunque casi siempre se sepa quiénes son. Las cau-

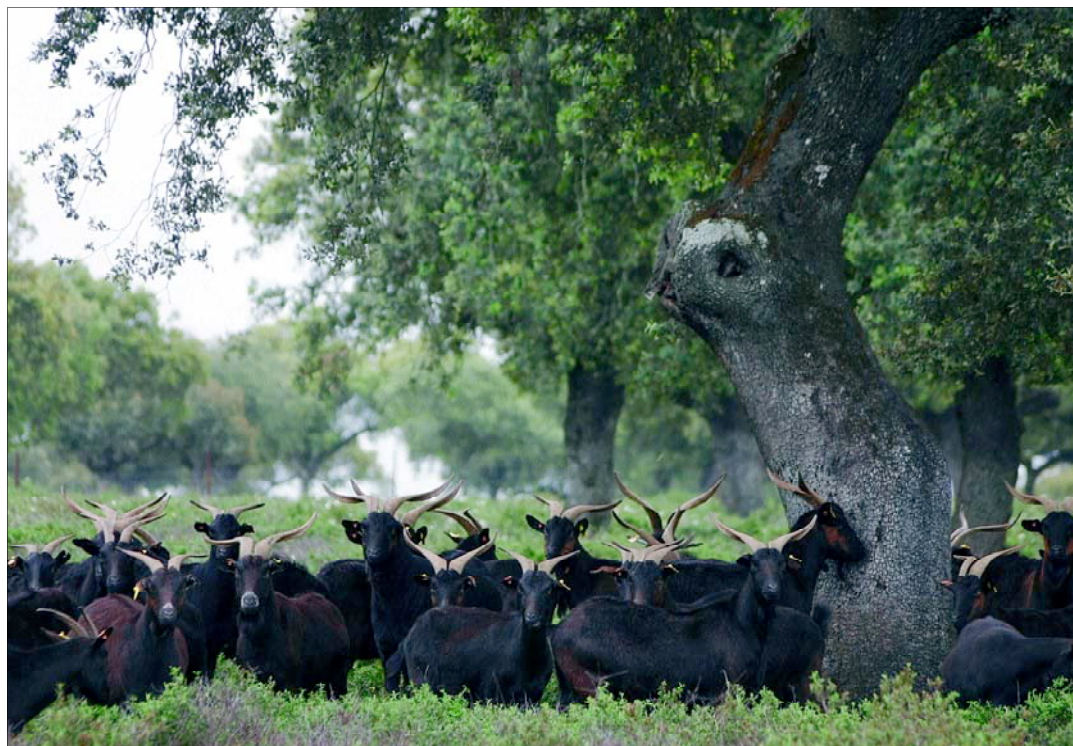


Figura 188. Hato de cabras veratas en la finca Valdesequera, en una dehesa de encina con potente matorral. Cabreros, junto con carboneros, eran los más frecuentemente acusados de prender fuego a los montes pardos y áreas de matorral, con la finalidad de generar un rebrote del mismo que pudieran aprovechar las cabras. En Almoharín, por ejemplo (Partido de Mérida, 1791) se decía que "se suelen quemar los montes, se atribuye su incendio a los cabreros que lo hacen con el fin de que retoñezcan para el ganado". Para intentar evitarlo, varias disposiciones establecían, después de cada incendio, un periodo de acotamiento a este ganado.

sas las describen en Aldeanueva de la Vera: *ponen fuego subrectizamente y a horas yntempestibas que no se pueden aberiguar los causantes* (Partido de Plasencia, 1791); o en El Bronco: *estos montes regularmente los suelen quemar todos los años, sin que se pueda saver quienes son los inzendiarios [...] y como se ignora el malhechor aunque se presume ser ganadero no se castiga* (Partido de Coria). Lo mismo acontece en La Serena. En septiembre de 1746, un fuego prende en varios lugares distintos de la Dehesa de los Valverdes, por el que son acusados los mayores de unos ganaderos de Villanueva, que se dice tenían costumbre de encender *los manchones donde hay cardillo para entrar a pastarlo con sus ganados*. El juez, incapaz de probar nada, sentencia simplemente que *se publique bando para que nadie encienda cigarro en el campo* (Hernández, 2001). En algunos casos los propios poderes públicos parecen ignorar u ocultar deliberadamente esta problemática espinosa. Resulta especialmente llamativo el caso de las respuestas de Almoharín al Interrogatorio de la Real Audiencia (Partido de Mérida, 1791). Mientras los regidores de la villa contestan que *no suelen quemarse los montes como no sea por algun descuido inevitable, pero si conteze se sigue mucho perjuizio en la quema por lo que se castiga severamente dicho exceso, el cura párroco no puede dar una versión más contradictoria: se suelen quemar los montes, se atribuye su incendio a los cabreros que lo hacen con el fin de que retoñezcan para el ganado, se sigue el perjuicio de que en muchos años no se pueden hacer rozas, no tengo noticia de que se haia cogido delincuente alguno*.

Consciente de este problema, Campomanes advierte en el Memorial contra la Mesta (1771, Fol 86 vto 592) que *los incendiarios se han eximido de las penas impuestas en las mismas Leyes, por no haberse establecido regla con que asegurar la prueba y castigo de un delito que en los terminos actuales es de difícil probanza*. No obstante, el mismo fiscal reconoce que la clara responsabilidad de los ganaderos, especialmente trashumantes, debía de facilitar la identificación de los culpables, y en todo caso concluye que *en todos debe ser común la severidad de las Leyes para impedir las quemas*. El mismo Campomanes propone para evitar el problema que *se hagan quemas controladas por las Justicias, donde realmente sea necesario y tomando precauciones para evitar daños a arboles o que se extierdan demasiado, siendo responsable el que quiera quemar*. En otros casos, la ineficacia de medidas punitivas directas conduce a la idea de evitar los incendios impidiendo que quienes los provocan obtengan beneficio alguno de su acción. Esto se traduce en el ya regulado en épocas anteriores acotamiento al pastoreo de las áreas incendiadas, prohibición que en ocasiones también se extiende a otros aprovechamientos del monte. Siguiendo con el ejemplo de las ordenanzas pacenses:

Cap. V: «que quando saliesse el Fuego de Desessas Concegiles o Particulares de pasto [...] se gyre la presunción contra el Ganadero que la pasta, mayormente siendo trashumante, que de ordinario lo suelen ejecutar, según ha manifestado la experiencia, por la utilidad que le resulta, de que las aguas del Otoño las hallen desembarazadas de pasto; y aunque semejante indicio no se estime suficiente para el castigo, debe serlo para que, en caso de no dar

Figura 189. Robledal quemado en Robledillo de Gata. La escasez de productos forestales conduce a finales del siglo XVIII a que los frecuentes incendios sean conceptuados como un problema y un peligro. El rebollo suele responder bien al incendio con un masivo rebrote de raíz, que genera estructuras más densas y combustibles cada nueva quema.



el autor del fuego, se le prohíba por aquel año la entrada de sus Ganados a el aprovechamiento de tal Dehesa; [...] como asimismo que en los Montes quemados no entren, en el término de un año, Ovejas ni Cabras, por el daño que harán en el Retoño y Tallares, y porque con este motivo se quite a los Ganaderos la ocasión de delinquir»

Cap. VI: «que en los Montes que se quemaren por desgracia o malicia, tanto en Dehesas como en Valdíos, no puedan sacarse Cepas para hacer Cenizas o Carbón, dentro de un año, ni cortar Encina, Fresno o Alcornoque para el dicho u otro efecto»

LA PREOCUPACIÓN POR EL AGOTAMIENTO DE LOS BOSQUES

A lo largo del siglo XVIII se documenta en casi toda España un retroceso generalizado de las masas forestales (Urteaga, 1987). La tala de numerosos bosques es achacable a la presión demográfica que exige la roturación de tierras destinadas a monte y a la presión ganadera con unas quemadas asociadas que se “escapan”. La región extremeña no es una excepción, y a la par que se detecta de forma “oficial” la reducción de los bosques, surgen voces de alarma por los problemas que ocasiona su falta y que generan en los poderes ilustrados la preocupación al respecto. En 1770, Carlos III dirige una Real Provisión al corregidor y ayuntamiento de Cáceres sobre el cuidado de los árboles (AMC: Zulueta, 1977), donde se pone de manifiesto esa preocupación por el estado del bosque ante sus agresores: rozas, demanda de tierras labrantías, cortas abusivas, frecuentes incendios, sacas de casca, etc. En 1796 los peritos que reconocen los árboles del término dicen que *de doce años a esta parte se han perdido un tercio de ellos*, y en la Sierra de San Pedro los destrozos han sido aún mayores (dos tercios), siendo difícil su restablecimiento (Zulueta, 1977).

Una de las primeras consecuencias de esta decadencia fue la escasez de leñas, recurso que constituía uno de los máximos valores de los montes. Según el P. Sarmiento, en 1757: *Falta carbón y leña; porque se corta, y no se planta [...] faltando ya la leña, se arrancan para la lumbre, hasta las mismas raíces de todo combustible* (Urteaga, 1987). Un auto de petición del Archivo Municipal de Jerte reconoce en 1791 que un ejido para cortar leña y hacer carbón para el servicio de los hombres y las casas es del todo “precisísimo” (Cruz Reyes, 1983). Las ordenanzas establecen duras penas por su corta ilegal, intentando que *de algun modo dificulte el temor de un castigo severo la perpetración de un delito cuya ejecución facilita la cercanía de los Montes, lo abierto de los Pueblos, el habito envejecido de delinquir y la condescendencia criminal de las Justicias* (Ordenanzas, 1767). Sin embargo, los problemas derivados de la falta de leñas van siendo más frecuentes según avanza el siglo. En el Partido de la Serena, por ejemplo, es tan grande su falta, que para remediarla van los naturales a cortarla clandestina y furtivamente en el Condado de Medellín (Memorial, 1771). En algunas localidades el aprovechamiento de las leñas llegó a constituir una importante fuente de conflictos. Así sucedió en la



Figura 190. Vista de los contornos de la antigua villa de Granadilla, hoy sepultados bajo las aguas del embalse de Gabriel y Galán (tomada de Corchón, 1955). La extrema carestía de arbolado a finales del siglo XVIII movió a la preocupación a los pensadores ilustrados, y numerosos concejos intentaron endurecer las penas con que se sancionaban los abusos o implementar planes de apostos y plantíos que favorecieran la recuperación de los bosques.

Dehesa de los Guadalupes, donde el Superintendente de las minas de Almadén tenía por autorización real ciertas facultades para proporcionarse el combustible necesario para sus instalaciones (Hontanilla, 2000). Por su escasez, la leña llegaba a constituirse en objeto de robo y tráfico ilegal. En la zona de San Martín de Trevejo se registran numerosos juicios por robos de leña durante los años 1730-35 (García Martín, 1985). En Valverde de Leganés advierten que el término tiene *muchas encinas de bellísima calidad, pero mui derrotadas por la proximidad a reyno extraño, donde se conduce la leña* (López, 1798). Por supuesto esta escasez era fruto de una presión desmedida y no controlada por la normativa existente, que deparaba crecientes prejuicios al arbolado y, a la postre, su ruina. Este proceso lo relatan fielmente en La Coronada (Partido de La Serena, 1791): *Que en este termino y su dehesa voial havia un reduzido monte gueco de enzinar, el que en los años desde el de ochenta hasta el de ochenta y seis se derrotaron por la nezesidad de leña y hasta el corriente se ha aca-vado de inutilizar.*

La extracción de casca para las tenerías también ocasionaba no pocos daños a las arboledas extremeñas, especialmente para los alcornocales, que eran los más adecuados para esta labor. Las ordenanzas solían establecer penas cuantiosas y regulaciones intensas de esta actividad. Así, las de Villanueva de la Sierra las justifican porque *se han hecho, y hacen grandes daños en los Alcornocales dellos, descascandolos, y matandolos de suerte que se han perdido y se pierdan y se secan y sea seguido, y sigue gran daño a la Republica* (Paule Rubio, 2003). Pero el valor que adquiría la casca y las limitaciones a su extracción por el daño al arbolado hacían de ella un bien preciado e incluso objeto de contrabando, como se recoge en las respuestas de Azagala al Interrogatorio de la Real Audiencia: *Los contrabandistas, y casqueros, son la ruina universal de los montes de la provincia estos matan los arboles por no contribuir, a sus legitimos dueños bienen a ellos armados, y expuestos a un asesinato si los persiguen; hallan el apoyo en los fabricantes compradores, que se la reciben a precio, infimo sabiendo estos no lleban guia ni testimonio que acredite de donde la a comprado, y unos y otros, cometen estas gravísimas ruinas que se experimentan en dichos montes como es publico y notorio.* Para concejos como el cacereño, la casca supuso una importante fuente de ingresos, pero también un perjuicio casi irremediable al arbolado de sus montes, y para evitar su declive se llegó a prohibir el tan frecuente descasque “a muerte”, salvo con árboles viejos o dañados. En todo caso, fuera por ruina del arbolado o de la industria asociada, el volumen de casca comercializado en Cáceres, con destino a las tenerías de la villa y del Casar, irá descendiendo paulatinamente, y si en 1786 se documentan más de 20.000 arrobas, al comenzar el XIX las cifras rematadas rara vez superan las 2.000 (Zulueta, 1977)

Lo abundante de las normas que regulan los usos y aprovechamientos de los montes y lo abultado de las penas que disponen pueden resultar engañosa. Precisamente su propia profusión denota,

Figura 191. Mata de castaños explotada a turno corto, para cestería y otros usos, en Hervás. Esta forma de explotación ya era bien conocida en la comarca en el siglo XVIII, y las matas tupidas resultantes de la matarrasa eran conocidas como “trepolllos”. Al Catastro de Ensenada (1752) se contestaba en Robledillo de Gata que había “trepollares, que es tierra poblada de castaños pequeños, que se aprovechan de diez y seis en diez y seis años...”



más que el férreo control que podría imaginarse, un fuerte grado de presión sobre el recurso que no se sabía como detener ni regular sin merma de los intereses económicos inmediatos que los promovían, y que indefectiblemente acabaría por causar daños irreparables. Las ordenanzas de Cáceres establecían un cúmulo de regulaciones tendentes a asegurar el mantenimiento e integridad del arbolado; sin embargo, la vigilancia resultaba prácticamente nula, al haber sólo dos guardas para todo su dilatado término (Zulueta, 1977). En la pequeña villa de Arco, ante el silencio de sus regidores, se lamenta su párroco de que la *deterioración* de la dehesa boyal de alcornoques se *experimenta y tanto que pronto no quedara ninguno, las causas el poco zelo que hai en prohibir a los vecinos su corte para leña* (Partido de Alcántara, 1791). Algo similar se advierte en Santiago del Carbajo, donde el terreno se *halla todo poblado de arbustos de encina, sin poder llegar a formarse arboleda util para los ganados del vecindario ni para cortar madera que pudiera servir y destinarse a varios sujetos, por la ninguna curia que se advierte en su conservación y el total avandono en devorarlos*. Y en Plasencia se apuntaba: *Los montes de enzina se hallan en tan mal estado como todos* (Partido de Plasencia, 1791).

ATISBOS DE ESPERANZA:

EL VALOR DE LOS BOSQUES Y EL MANEJO FORESTAL

Sin embargo, entre la generalidad del desolador panorama de cara a los bosques que ofrecen los testimonios dieciochescos, la edad moderna termina dejando algunos testimonios esperanzadores. Los aires de la Ilustración ponderan el valor de ese arbolado en ruina y, junto al pesar por el estado de degradación, evalúan los beneficios que reportaría su regreso. A partir de ese ideario las Sociedades Económicas de Amigos del País emprenden diversas iniciativas encaminadas a fomentar el respeto a las arboledas, la puesta en marcha de prácticas selvícolas adecuadas y la realización de plantíos (Urteaga, 1987). Pensadores de prestigio como Antonio Ponz defienden los beneficios de los árboles e intentan resaltar su compatibilidad con la agricultura y la ganadería: *dan cosechas en lugar de quitarlas: humedecen el ambiente, refrescan la tierra, la fecundan con su deshoje, mantienen el valor de la yerba para pasto debajo de sus ramas, y las mismas ramas y hojas sirven de pasto en la necesidad* (Ponz, 1784).

Basándose en similares consideraciones, el visitador de la Real Audiencia en el Partido de Coria (1791) reflexiona que en el montuoso terreno se *advierte una propension natural a la produccion de arboles, que con mediana aplicacion de los naturales se fomentaria en summo grado y por lo propio es doloroso que por aquellos no se conserven, aunmente y aposte*. En Almoharín incluso se plantea que los montes de encina *pudieran hacer feliz a este pueblo si se hubieran guardado* (Partido de Mérida, 1791). De consideraciones análogas a esta irá surgiendo en regidores y pensadores una postura claramente favorable a la necesidad de fomentar apostos y plantíos en un intento para recuperar los bosques de antaño. Y la primera “Fiesta del Árbol” conocida en España, para

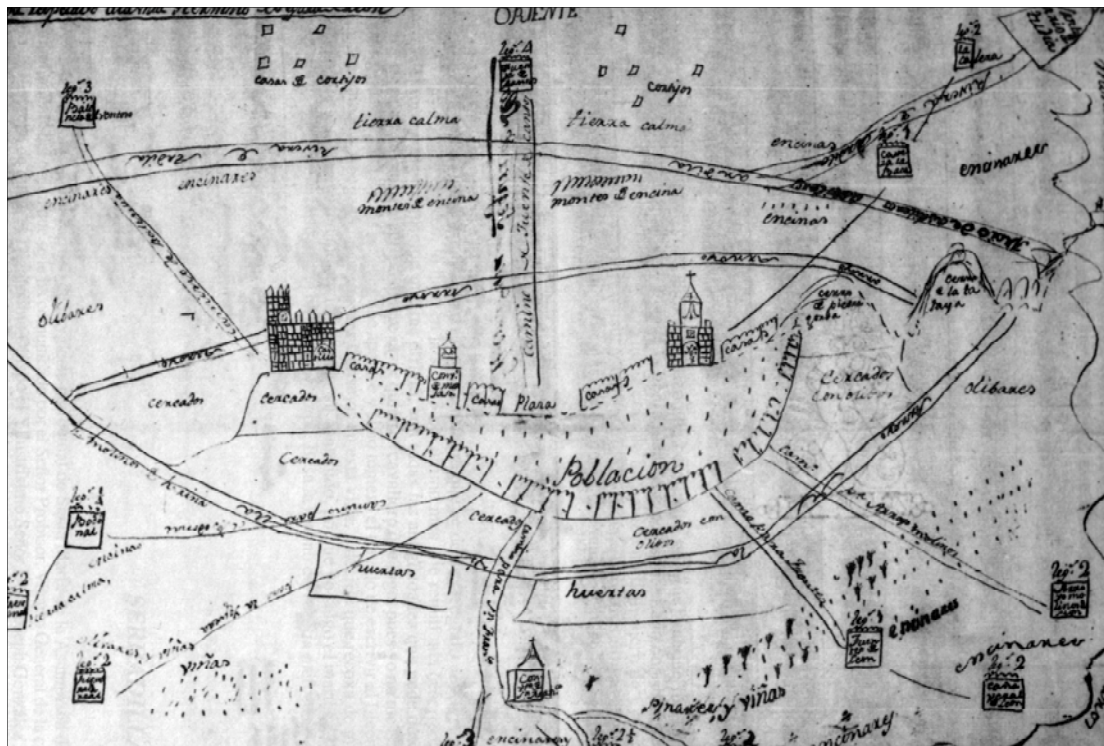


Figura 192. Croquis correspondiente a Segura de León, del cuestionario llevado a cabo por Tomás López (1798). En las inmediaciones de la ciudad se aprecian cercados con olivos y huertas, pero en segundo término aparecen encinares, viñas y pinares. Estos, de pino piñonero, eran objeto en esa época de una cuidadosa gestión, que daba empleo continuo a más de 300 hombres y con los que se abastecía de madera y piñón a la mayor parte de la Baja Extremadura.

concienciar a los vecinos de la importancia de los árboles y efectuar alguna pequeña plantación, tuvo lugar en Villanueva de la Sierra (Cáceres), en el año 1805, por iniciativa de un clérigo (Codorniu, 1915).

En otros casos, el propio valor que ese bosque remanente supone para los vecinos se erige en garantía de su conservación, como se advierte en Jerte, cuyos montes *nunca se queman para fin alguno, antes bien se guardan y defienden con el mayor cuidado de los incendios, y quando se orixina alguno acuden la xusticia con los vezinos y le apagan inmediatamente para evitar el perjuicio de los robles y castaños que se queman* (Partido de Plasencia, 1791).

Por otra parte, junto a las reflexiones anteriores aparecen de forma ocasional testimonios que revelan un acusado carácter de “cultura forestal” en algunos, aunque escasos, pueblos. El trabajo de Tomás López (1798) permite conocer algunas de estas localidades que han mantenido masas forestales de cierta entidad, gracias a las prácticas encaminadas a mantener su persistencia por el importante beneficio que proporcionan. Uno de los casos más “idílicos” es el que se presenta en Zahinos, que contaba con *varios bosques espesísimos e impenetrables en extremo, y cuyos habitantes libran principalmente sus esperanzas y subsistencia en la conservación de montes y cría de ganados [...]* Son *felicísimos en el primer ramo y en el segundo vigilantísimos y cuidadosos, manexan desde la niñez, con particular tino, el hacha para cortar a los árboles los ramos inútiles y por medio de este beneficio y del arado logran renobar con asombro las más viejas enzinas y que crezcan las nuevas*. Pero aún más notable es el caso de Segura de León, especialmente en lo que respecta a sus *muchos bosques de pinares*, que por los datos aportados debían ser de piñonero (*Pinus pinea*) donde se revela un aprovechamiento sostenible y clave en la socioeconomía local:

«El fruto de los pinares [que ocupan una gran parte de este término] es el de maderas y tablas, en tanta porción que se abastece de esta madera hasta 10 y 12 leguas de circunferencia, especialmente para el zentro de Extremadura, por no haber en toda ella igual proporción de maderas [...] ocupándose de continuo más de 300 hombres en los pinares [...] Contiguas a los pinares, a la parte oriental, ai unas sierras bastante ásperas que llaman de Santa Marina [...] Dice que la madera la cortan en las menguantes de enero y agosto [...] y muchos de ellos se mantienen con las piñas de los pinares y yéndolos a vender fuera, asegurando muchos las salidas de este fruto con enzerrar en tiempo más de 30.000 piñas en su casa»

También para Segura de León, el Catastro de Ensenada, de 1752, aportaba información en este sentido, reforzando la idea de los primeros indicios de una gestión forestal sostenible en la región: habla de las diferentes calidades de las tierras de pinar, de sus diferentes rendimientos económicos (que

Figura 193. Pinares claros de piñonero entre Garrovillas y Navas del Madroño. El Catastro de Ensenada de esta localidad refería que entre sus producciones estaba la madera de pino, y atestiguaba la compatibilidad de este uso con el pascícola: "La fanega de bosques de pino se puebla con 80 pies de toda calidades pues solo la tienen en el más o menos valor de sus maderas y pastos, y la tienen que pueden cortarse 8 pies en cada un año, y sus maderas a 3 reales los de primera calidad en atención a su poca corpulencia y lo bronco de dichas maderas, a lo que añaden 8 reales mas por razón del pasto quedando considerado por cada fanega útil de primera calidad el de 32 reales".



superaban en rentabilidad al de la bellota), su siembra cuando las zonas quedaban rasas, la compatibilidad con otros aprovechamientos, etc.:

«Los pinares para que sean de primera calidad es preciso tengan de postura de treinta años arriba y con este respecto regulan de producción anual a cada fanega de esta calidad, noventa reales; sesenta a la de segunda; y cuarenta a la de tercera; una fanega poblada de encinas de primera calidad podrá producir en su fruto de bellota veinte reales, quince la de segunda y diez la de tercera»

«...la tierra que está en los pinares despoblada de estos después que cría monte a que es propensa se roza y siembra de piñones para criar pinos sin servir para otra cosa por solo a propósito y no para otras siembras»

«... pinos albares que son tierra de monte bajo y se siembran de roza con descanso de siete años... »

Pero éste de Segura de León no es el único caso de gestión "ordenada" de pinares en la región. En la ciudad de Badajoz contestaban a Ensenada que *"también es de la ciudad un pinar brabío, que sirve para las obras del rey y urgencia de los vezinos, sin que por ello se utilice la ciudad en cosa alguna"*. Una situación similar se constata en varias de las tierras antaño dependientes de la orden alcantarina, en concreto en los términos de Alcántara, Brozas, Garrovillas y Navas del Madroño. Todas estas localidades tienen en común gran parte de su historia y por tanto de los modos de manejo de un paisaje también similar: en concreto todas ellas comparten varias fracciones de un gran batolito granítico, sustrato que suele dar un suelo arenoso y pobre, en general malo para la agricultura pero especialmente favorable para el desarrollo del pino piñonero. Las respuestas al interrogatorio de Ensenada presentan a estos *pinales o bosques de pino* como una más de las superficies productivas de sus términos, de forma similar a olivares, zumacales o dehesas de encina o alcornoque.

Por supuesto, el rendimiento económico de los pinares no dependía sólo de la renta anual y más o menos constante de su fruto, sino que eran también sometidos a cortas reguladas para la producción de madera, como se explica en Alcántara: *"Cada fanega de tierra de pinar hace cien pinos que se cortan la tercera parte cada treinta años y en el que se corta produce la madera doscientos y cuarenta reales en cuyos arboles no hay diferencia en su calidad"*. Estos pinares constituían una fuente de riqueza de la que estos pueblos se mostraban orgullosos, toda vez que las villas cercanas no contaban con ella. En Navas del Madroño, al responder a la Real Audiencia se lamentan



Figura 194. Paisaje abierto con pinos piñoneros, encinas, almendros, otros frutales, con restos de tapias de piedra. Esta muestra de una forma de uso del medio hoy abandonada y desestructurada nos permite imaginar el aspecto que estas zonas presentaban en el siglo XVIII: una mezcla mucho más abigarrada de huertos de secano, baldíos de labor, olivares y olivos sueltos, viñas, zumacares, pinales, dehesas de monte alto y bajo para pastos y labor, higueras sueltas, almendros (de la contestación de Garrovillas al Catastro de Ensenada).

de que “antes abundaban” tales “pinos para madera”, pero que entonces ya andaban muy disminuidos. Según una información del procurador general de Brozas en 1717 (AHPC, Real Audiencia, legajo 680):

«Esta villa fue la que más se señaló en el servicio de su Magestad por hallarse inmediata a aquel reino y tres leguas distante de la Plaza de Alcántara, y por su puente repasó el Tajo Su Magestad en nueve de mayo de mil setecientos y quatro, contribuyendo esta villa con quanto se le repartió, y dando los pinos mexores y más robustos de su término para las barcas, con que se formó el puente de comunicación para los exércitos en el mismo río de Tajo, además de los cuarteles y tránsitos continuos de las tropas, y de daños en los panes, sembrados y sus ganados»

Parece claro que al menos parte de estos pinares era objeto de una intensa gestión, asimilable a los plantíos de olivos, encinas o castaños. Sin embargo, persisten las dudas acerca de su origen, que muchos atribuyen directamente a la mano del hombre, basándose en antiguas disposiciones de la orden de Alcántara que disponían su plantación entre pagos de viñas, en torno a 1550 (Rol, 2006). En apartados anteriores se han comentado dichos autos, así como la escasa repercusión que debieron tener a juzgar por la documentación de la época. No obstante, no es tampoco descartable que incluso a pesar de su probablemente escasa relevancia inicial pudieran ayudar a establecer los pies necesarios como para constituirse en fuente de semilla que llevara a una expansión posterior del arbolado, en fases en que la presión sobre el medio disminuyera. En todo caso, también es posible que dichos plantíos, que se “ordenaban” a los propios vecinos, se ejecutasen con piñones procedentes de masas de origen natural o de sus restos, presentes en las inmediaciones. Algunos datos de la documentación de la época parecen apoyar esta hipótesis, como el hecho de que a menudo se hable no de plantíos, sino de “bosques de pinos”, o cuando en Segura se habla de “pinares con plantío y sin él”. Finalmente, es preciso recordar la presencia milenaria del pino piñonero en la región, como demuestran los restos de madera y piñones encontrados en numerosos yacimientos arqueológicos que se relacionan en el capítulo correspondiente.

En todo caso es resaltable el importante valor socioeconómico de estas masas de piñonero, sobre todo en contraste con la escasa atención que se presta a los rodales de *Pinus pinaster* que en esa época salpicaban algunas serranías cacereñas. A falta de fruto comestible, el valor del pino negral radica en la pez y en la madera, productos cuya rentabilidad se ve muy comprometida si consideramos masas pequeñas y fragmentadas, castigadas por los frecuentes incendios y desperdigadas por laderas escabrosas. Ese debía ser el aspecto de los grupos de pinos que quedaban en las comarcas de Gata-Hurdes o en las Villuercas. Así, en Guadalupe se contesta al Catastro de Ensenada indican-

Figura 195. Dehesa de encinas en Azagala. En primer plano se aprecian plantas protegidas del ganado por protectores de malla metálica. De forma similar, los planes de apostos trataban de proteger los "chaparros" y de "guiarlos" mediante tempranas podas, para ir conformando los árboles de dehesas futuras. La documentación del siglo XVIII extremeño abunda en referencias a los montes de nuevos plantíos apostados, aunque resulta difícil estimar cuál fue realmente el resultado global de tales actuaciones, y si realmente supusieron un cambio en la tendencia regresiva del arbolado.



do que a la superficie "*povlada de pinos*" no se le considera fruto "*por ser silvestres*" (para otras especies como castaños o álamos no se dice "poblada" sino "puesta de"). Algo similar sucede en Descargamaría, donde en el mismo Catastro se atestigua la existencia de un "*monte de pino bravío*" al que se considera "inútil"; o en Caminomorisco, donde dicen del pinar de Cambroncino que:

«No hacen uso de este pinar porque es su madera poco duradera y prefieren la del castaño» (Estadísticas, 1847, AHPC)

«Al pinar no se le fija número de árboles motivado a rayar casi en lo imposible el poderlos contar atendiendo a su espesinar de árboles pequeños y lo montuoso y escabroso que se encuentra. Tampoco se le fija renta anual porque no se le conoce ninguna clase de productos a no ser cuando se concede alguna corta extraordinaria... » (Estados, 1859, AHPC)

En cambio, muy diferente habría de ser la situación y la valoración de los pinares, también de negral, de los arenales del Tiétar, pertenecientes en su mayoría a la ciudad o al de Plasencia o al cabildo de su iglesia, y que a su considerable extensión y desarrollo unían el haber sido regulado su uso de forma estricta al menos desde el siglo XV. El Catastro de Ensenada constata su existencia, con mayor o menor extensión, en Casatejada (Carrasco y Bodegón), Majadas (La Olilla y Jaranda), Toril (la Arguijuela y ejidillo de la venta de la Bazagona) y Talayuela (el Centenillo, la Barquilla, dehesa de las Lomas y baldío del Turuñuelo). Aparte de permisos excepcionales, Plasencia solía dar a los pueblos en cuyo término se enclavaban estos pinares, permiso para cortar determinado número de pies, normalmente 80 en un año cada quinquenio, valorados en 6 reales cada pie más otros 2 reales por cada uno con los que se pagaba a los dos guardas montados (pinadores) que ponía la ciudad para el cuidado de los pinares. Ese cuidado, en todo caso, no había de ser suficiente, a tenor de los testimonios del fin de siglo (Partido de Plasencia, 1791):

«Los importantes pinares de que cuida la ciudad [se encuentran] talados, destruidos y aun vendidos por los mismos guardas puestos para su cuidado y conserbacion, y al paso que camina el desorden acabaran de arruinarse. Ocurren los fuegos con demasiada frecuencia, no se ponen los medios para evitarlos y solo se trata de exigir la pena a quien incurre en ella».

LOS PLANES DE APOSTOS Y EL CUIDADO DEL ARBOLADO

La preocupación por el aumento de los plantíos para fomento del arbolado es una constante nacional a lo largo del siglo XVIII. En el reinado de Felipe V se registran las primeras disposiciones importantes al respecto, en sucesivas cédulas de 1708, 1716, 1717 y 1718 que ordenan el cuidado de los montes, y la ejecución de plantíos, eso sí, debe hacerse "a costa de los comunes". En diciembre de

1748 se promulga la *Real ordenanza para el aumento y conservación de montes y plantíos*, que mandaba a los corregidores efectuar reconocimiento de los términos de cada pueblo para que informaran de la situación y ordenaran la realización de plantíos por parte de los vecinos. Ante la hostilidad general con que fue acogida esta disposición, la posterior Instrucción de 1787 del Conde de Floridablanca abre una línea más suave (Urteaga, 1987).

De forma similar a como sucedía con la profusión de ordenanzas reguladoras del uso del monte, se corre el riesgo de malinterpretar la existencia de estas otras de plantíos, identificándolas con la consecución real de los plantíos mismos. En otras zonas del país en que se ha analizado el grado de aplicación de estas normas y el de éxito de las plantaciones abordadas, la conclusión más generalizada es que, salvo excepciones, se redujeron a pequeñas plantaciones de escasa entidad superficial por falta de presupuestos que las acometieran, hechas con plantas y simientes tomadas del entorno próximo, las más de las veces fallidas por falta de cuidados, y casi siempre en confrontación con los usos ganaderos previos, por lo que su presencia superficial en el paisaje forestal del momento fue anecdótica (Guerra Velasco, 1999; Ezquerro y Gil, 2004).

Lo cierto es también que la documentación del siglo XVIII en Extremadura abunda en citas de *plantíos* (normalmente de frutales, olivos y castaños, pero también de encinas y alcornoques) y de *"montes nuevos"*, expresión que puede referirse también a zonas con arbolado joven, en regeneración natural tras alguna corta, incendio o abandono de áreas antes cultivadas (hecho muy frecuente, ante lo extendido de las rozas en monte, que pronto se abandonaban). El Catastro de Ensenada es una fuente abundante en estas referencias: por ejemplo, en Araya se comenta que *no hay más plantío que el de encinas*; en Logroán, que *hay algún monte de encina nuevo*. Aparecen algunas normas locales en aplicación de las dispuestas en las de carácter nacional, o de forma más o menos sincrónica a las mismas. En 1770 Carlos III envía una Real Provisión a los corregidores de los ayuntamientos extremeños sobre el cuidado de los árboles. Existían ya en la región algunos precedentes en la misma línea, y se tiene constancia de planes de apostos de cierta entidad al menos desde 1730. Las ordenanzas de Villanueva de la Sierra de 1753 establecían la obligación de plantar tres árboles o en su defecto apostar treinta por cada uno cortado con licencia (Paule Rubio, 2003). Precisamente esa operación del "aposto" (hoy es más común el término "apostado") será una característica diferencial de la aplicación de la normativa de plantíos en Extremadura, y consistía esencialmente en la limpieza, protección y guía de arbolillos jóvenes, en concreto de alguno de los numerosos tallos que presentan las matas de *Quercus* procedentes de la corta o quema previa de otros árboles o matas preexistentes. La facilidad de ejecutar estas operaciones sobre ejemplares ya existentes y el valor socioeconómico de estas especies, especialmente de la encina, orientaría a esta actividad la práctica totalidad de la política de plantíos dieciochesca.

En lo que respecta al arbolado de encinas o alcornoques, debieron ser más frecuentes los apostos que los plantíos propiamente dichos. Así se expresa en Gargantilla (Partido de Plasencia, 1791): *No se han echo [...] plantíos ni semilleros, pero en su lugar todos los años [...] se ha practicado aposto y limpia de arboles [...] limpiándolos y guiándolos*. Resulta difícil, no obstante, diferenciar ambas actuaciones en base a la documentación que existe, pues en ocasiones se habla genéricamente de plantíos, cuando se está refiriendo a zonas donde se han apostado matas. Así parece ser en Coria, *donde todos los años al principio de la primavera los vecinos de esta ciudad salen a hacer y aumentar los plantíos, limpiando, apostando y guiando los carrascos de dichas matas y con particularidad en las dos dehesas* (Partido de Coria, 1791). De hecho el éxito de esta técnica lleva a los regidores a desafiar a distinguir los montes así logrados de los conseguidos mediante siembra, como se señala en Benquerencia: *Acerca de esta pregunta podra su señoría el señor Conde de la Concepción reconocer los plantíos apuntados en el grueso de este interrogatorio, dudando si dichos plantíos fueron criados con semilleros en virtud de reales ordenes o si han sido producidos de la misma tierra, quando y apostando chaparras como de costumbre inmemorial se ejecuta a principio de año por todo el vecindario según orden para ello* (Partido de Mérida, 1791). No obstante, parece que la técnica de nuevos plantíos también llegó a buen fin en algunos casos. Uno de ellos es el de la comarca de Gata (López, 1798), donde se debió lograr recuperar varios montes de este modo, seguramente de roble: *En el término de esta villa ay un monte, que es de nuevos plantíos apostados [...] en el de la Torre ay otro monte con nuevos plantíos apostados en el término de la de las Heljas está el monte que tienen de nuevos plantíos*.

En cuanto a las especies plantadas o apostadas, en la práctica totalidad de los casos se trató de las especies del género *Quercus*, fundamentalmente encinas, en ocasiones alcornoques y de forma más restringida robles. Sólo de forma excepcional se habla de plantíos de pinos, y lo es en aquellas zonas donde la especie estaba presente anteriormente y las condiciones del terreno no eran las adecuadas para las cupulíferas, como en los pueblos indicados en el apartado anterior (Segura de León y tie-



Figura 196. Encina extendiéndose de forma natural a partir de elementos residuales en antiguos cultivos, en Santa Cruz de la Sierra. La excepcional capacidad de la encina para extenderse le permite aprovechar para ello periodos de tiempo relativamente cortos (del orden de decenas de años) en que descienda la presión sobre el monte. Sobre estructuras similares se debieron ejecutar numerosos “planes de apostos” a lo largo del siglo XVIII, que pudieron contribuir a mantener una considerable superficie de dehesa: gran parte de la que tenemos hoy.

rra de Alcántara-Garrovillas). En Pinofranqueado se apunta que: *en este pueblo ay un plantio de pinos machidos que ocupan doze fanegadas de sembradura, por estar confinantes con dos arroyos agres-tes con muchos riscos, y todos los años ocurren los becinos a giarlos como prebiene la ordenanza* (Partido de Coria). De modo similar, las siembras de castaña alcanzarían importancia local en áreas de montaña, como en Gata, donde el catastro de Ensenada consigna 1.104 fanegas sembradas de castaños, destacando Torre de Don Miguel, Robledillo de Gata y Descargamaría con más de 150 cada uno (García Martín, 1985).

Existen bastantes datos relativos a los planes de apostos, pero resulta difícil determinar la importancia superficial que alcanzaron en Extremadura. En la tierra de Cáceres, por ejemplo, existen ya datos desde 1730. Inicialmente el número de apostos suponía la mitad de los totales, pero a partir de 1777 ya no vuelven a figurar apostos nuevos, sino sólo “limpios y guiados”. Los datos no están consignados anualmente, y resultan muy variables en los diferentes términos según los años, y con una clara tendencia a la baja. Si en 1730 se habla de casi 25.000 apostos, en la misma zona apenas pasan 8.000 en 1797 (Zulueta 1977). Una tendencia regresiva similar se observa en otras áreas, como en la tierra de Coria, donde se pasa de casi 40.000 a poco más de 7.000 en el mismo periodo (García Martín, 1985). Estas cifras podrían parecer abultadas a primera vista, pero la importancia del resultado se desvanece al considerar que, en el caso de Coria, el término tiene una superficie cercana a las 120.000 ha. Por otra parte, las intervenciones se desarrollan sobre matas ya existentes, en un terreno con escasa cobertura arbórea pero que sigue ostentando carácter forestal aunque el suelo carece de la profundidad y fertilidad de momentos anteriores, algo que estaría conceptualmente más cerca de una “regeneración” o “recuperación” del bosque que de la extensión del mismo.

Cabe preguntarse también por el destino a medio plazo de estos “montes nuevos”. Independientemente de excepciones locales de mayor o menor entidad, no resulta fácil concluir que la “nueva extensión” pudiera llegar a ser notable. En una época en que la presión sobre el medio, en sus múltiples formas (fuegos, cortas, pastoreo, descasques, rozas, etc.) estaba dando al traste con los últimos montes; en una época en que el abundante cuerpo normativo no era capaz de frenar el abuso que conducía a este deterioro, y cuando en algunas comarcas se vivía un déficit rotundo de productos forestales básicos, incluida la leña; resulta difícil entender que otra nueva ordenanza sin más medios que los de las arcas locales y el esfuerzo de los vecinos pudiera invertir este estado de cosas y pasar de deshacer montes a hacerlos nuevos. Todo ello, sin que el grado de presión de los grandes ganaderos sobre el medio hubiera disminuido un ápice. Parece creíble que las respuestas dadas por las autoridades de los pueblos a las mismas instancias políticas y administrativas que ordenaban la ejecución de plantíos no fueran objetivas en cuanto al resultado de las operaciones que tenían que haber ejecutado. Cuando, en el curso del Pleito contra la Mesta, Paíño propone en su “remedio” XIV el plantar árboles, la Mesta no duda en oponerse frontalmente y con una frase sentenciosa y reveladora: *Extremadura necesita de desmontes, no de montes* (Memorial, 1771). Esta situación resulta paradigmática de cómo los nuevos

aires ilustrados y la preocupación por el arbolado habrían de chocar sobre el terreno con la lucha por el uso de la tierra y sus recursos. Comparando con lo acaecido en otras zonas de España, como en la vecina Castilla, las causas genéricas apuntadas por Guerra Velasco (1999) son también de aplicación en Extremadura: la dificultad de encontrar espacios susceptibles de ser repoblados libres del control de los ganaderos y de la presión creciente sobre el terrazgo para satisfacer necesidades básicas, los escasos conocimientos selvícolas y la falta de infraestructura forestal. Así, en Torre de Don Miguel (Partido de Alcántara, 1791) se reconoce que:

«En la deesa de esta villa anualmente se guian porcion de arboles de mata, pero estos nunca perbalezen nacido de que ocultamente se talan lo uno y lo otro, que tambien suelen quemarse [...] queda destruida por lo que no biene arbol alguno y solo esta poblada de mata baja»

Y aun de forma más patente se expresan en Villa del Campo:

«El estado de los plantios que se apostan y solamente se crian en la deesa boial es bastante deplorable pues desconsuela verlos sacados de entre el monte bajo y limpios y ya destrozadas su gias o cortados por el tronco a los pocos años de guiados»

En todo caso no es descartable que la importancia ostentada en Extremadura por la encina y la tradición centenaria en su favorecimiento selectivo, haya permitido que estas medidas tuvieran un éxito superior al de otras regiones, que realmente se ejecutaran plantíos en muchos pueblos e incluso que algunas de las dehesas que hoy persisten tengan su origen en los planes de apostos dieciochescos. A ello apunta también lo frecuente de planteamientos como el defendido en Benquerencia (Partido de Mérida, 1791), donde se propone hacer montes productivos *guiando los encinares que pueden producir por la mucha mata parda en que abunda*, en base, seguramente, a experiencias anteriormente constatadas. Por otra parte, es preciso considerar que sucesos extemporáneos pero relativamente frecuentes a escala de siglos, como epidemias, guerras o levadas militares, generaran localmente bajas demográficas que redundaran en un descenso en la presión agroganadera sobre determinadas zonas, sobre todo sobre las más alejadas de los núcleos de población o las que tuvieran un régimen jurídico especial. En las áreas donde se hubieran practicado apostos, o simplemente donde subsistiera un número suficiente de árboles o cepas para generar regenerado o nuevos brotes, un lapso de pocos decenios sería suficiente para elevar las copas de las encinas por encima del diente del ganado, y permitir así una cierta recuperación del espacio forestal.

LOS VIAJEROS EXTRANJEROS Y LAS DESCRIPCIONES SISTEMÁTICAS

Las décadas postreras del setecientos asisten a un notable incremento de los testimonios acerca de Extremadura, sus paisajes y el estado y formas de gestión de sus montes. Por una parte consta el testimonio de los viajeros, varios de ellos extranjeros, y en particular, ingleses, que atraviesan la región movidos por muy diferentes motivaciones y plasman en sus cuadernos de viaje impresiones y descripciones que más tarde, a la vuelta a su país de origen serán llevadas a la imprenta (Maestre, 1995). Por otra parte, proliferan diversos tipos de "inventarios" de carácter más o menos oficial y sistemático, llevados a cabo por diferentes instancias administrativas dentro del marco de los ideales ilustrados. El primero de ellos lo constituye el denominado Catastro del Marqués de Ensenada (1752). Al riojano Zenón de Somadevilla, marqués de la Ensenada, se le debe el primero de los proyectos políticos forjado por los ilustrados españoles con objeto de romper el pensamiento tradicional. La razón que motivó la elaboración de su famoso Catastro, cuando llegó a ministro de Hacienda, fue la injusticia del entramado fiscal. No existía ninguna equidad entre lo que se poseía y las cantidades con las que se contribuía. La reforma que Ensenada propuso era la de averiguar lo que poseía los miembros de todos los estamentos, tanto los del pueblo llano, que abonaba el grueso de las contribuciones al recaudarse mediante imposiciones sobre los consumos, como de los privilegiados que, como la nobleza y el clero, quedaban exentos al disponer de cosechas propias. El Catastro del Marqués de la Ensenada ha sido caracterizado como una "Magna averiguación fiscal para alivio de los Vasallos y mejor conocimiento de los Reinos". Elaborado para todo el territorio español, a los representantes de los concejos extremeños se les sometió a una serie de preguntas fijas previamente establecidas, con la finalidad de acumular datos objetivos acerca de sus recursos y problemática económica y social. A esta información se le añadirán en la última década del siglo los Interrogatorios de la Real Audiencia de Extremadura, que con mayor detalle y similar estructura aborda una completa sinopsis del territorio extremeño, así como las informaciones recopiladas por el geógrafo Tomás López al final del siglo (1798).

Las numerosas descripciones contenidas en los catastros e interrogatorios sistemáticos de la época permiten hacerse una idea bastante fiel acerca de los elementos constitutivos del paisaje forestal

Figura 197. Dibujo costumbrista en el mapa de Extremadura del italiano Antonio Zatta, 1776. A lo largo del siglo XVIII, los numerosos viajeros extranjeros que atraviesan la región resaltan la importancia de las actividades ganaderas. En la imagen elegida aquí para simbolizar el paisaje extremeño dominan las áreas de pastizal, con árboles aislados o matas densas, en lo que será la visión más repetida de entre los diversos testimonios extranjeros de la época.



Tabla 12. Distribución de los elementos del paisaje en la Tierra de Coria (1752)

Porcentaje de cada término ocupado por	Gata	Hurdes	Transición	Vegas	Total
Tierras de cereal	16,9	13,6	38,0	44,1	32,5
Huertas	1,1	0,0	2,3	0,3	1,
Olivares y viñas	20,0	3,1	2,6	5,4	7,4
Arbolado y matorral	37,5	28,9	19,3	26,1	25,7
Dehesas	3,2	7,3	38,0	15,6	22,9

Elaboración propia a partir de los análisis presentados por García Martín (1985), en base a los datos del Catastro de Ensenada. Destaca la importancia de olivares y viñas en el área de Gata o la de las tierras cerealeras en vegas y penillanuras

extremeño a fines de la edad moderna. Los grados de representatividad superficial de cada uno de estos elementos y su distribución espacial varían en función de las comarcas consideradas. García Martín (1985) efectúa un análisis de las superficies ocupadas por diferentes usos del suelo en la tierra de Coria. Al agrupar los datos de cada término en función de las realidades fisonómicas de la comarca se detectan diferencias interesantes (Tabla 12). Una de las más acusadas es la relativa a olivares y viñas, que sólo alcanzan una cierta importancia (el 20 por ciento de sus términos) en la comarca de Gata-oeste, que es también la más rica en arbolado y matorral (casi el 40 por ciento) y en cambio resulta la de menor porcentaje de dehesas. Éstas, en cambio, son especialmente abundantes en las zonas más o menos llanas de penillanura (transición), las más aptas para la invernada de los rebaños trashumantes, donde alcanzan casi el 40 por ciento. Tanto en estas áreas como en las de vega presenta el cereal sus mayores cotas, siendo en cambio escaso en las áreas más montañosas.

En la mayor parte de las áreas llanas debía ser más o menos extrapolable el patrón de mosaico descrito en Don Benito en 1752: *tierras de sembradura de secano, viñas, huertas de regadío, olivares, huertas de secano y arboledas, dehesas de pasto y labor, montes oscuros e inútiles, valdíos con montes de encina y matorrales* (Mora Aliseda, 1989). En esta breve relación se enumeran los principales tipos de estructuras forestales: dehesas periódicamente labradas y quemadas que mantendrían un arbolado adulto cada vez más ralo; montes con arboledas más o menos impenetrables y sin uso, seguramente de corta extensión; y montes mezclados de matorral y matas de encina, recorridos de vez en cuando por incendios, carboneros y hatos de cabras. Estos últimos recibían habitualmente el nombre de montes pardos, por contraposición a los montes huecos de arbolado ralo sobre pasto o labor. En el mismo Don Benito el Interrogatorio de 1791 detalla *que los montes huecos son de arboleda de encina y los pardos están vestidos de charneca, brezo, jara, lentisco, guaperos, madroños, romeros y otros.*

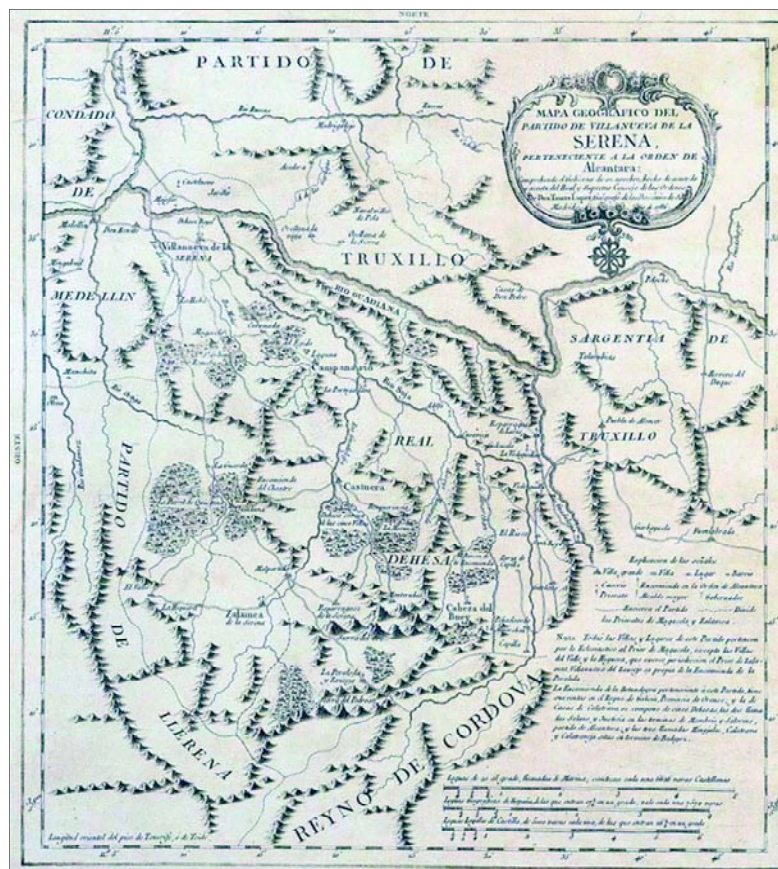


Figura 198. Mapa geográfico del partido de Villanueva de la Serena, de Tomás López, de 1796, que abarca en su práctica totalidad la antigua Dehesa de la Serena. Se aprecia el estado general de escasez del bosque, reducido a unos pocos montes y dehesas arboladas.

De estos montes pardos dice que *su fin es la manutención de ganados cabríos y surtidos de los hogares, y de carbón para las fraguas*. En muchos pueblos éste sería el único tipo de formación forestal, como reconocen en Aldea del Cano: *No hay bosques, montes ni florestas, pues sólo hay un corto número de matas de encina y alcornoque* (López, 1798). En cuanto a las dehesas, es preciso recordar que en esa época tal apelativo sigue sin designar la estructura forestal con que hoy lo asimilamos. En todo caso, el tipo de uso que soportaban resultaba incompatible con masas arboladas densas, por lo que debían presentar en general formaciones claras, donde la falta de regeneración habría de conducir a la desaparición del arbolado salvo que algunas matas lograran escapar del fuego, la labor o el diente del ganado. Muestra de la variedad fisonómica de estas formaciones, en el *Memorial* (1771: Fol 118 vto: 309) las dehesas del partido de Cáceres se dividen en: *dehesas llanas, sin monte alto, baxo, ni matorrales: otras que crían jarales y matorrales, y no tienen monte alto hueco de encina, ni alcornoque: y otras que tienen montes altos, que las mas de ellas crían también jarales y matorrales*. En las áreas montañosas, en cambio, los densos robledales y los pastizales de altura supondrían un nítido contraste con el abigarrado mosaico de huertas del entorno de los pueblos. De Aldeanueva del Camino describen (López, 1798) que: *están pobladas las sierras de castaños bravíos y de robles, la eminencia pelada a causa de las nieves, la falda de mata de roble*.

Antonio Ponz, en su *Viaje por España* (Ponz, 1784), reúne otros testimonios interesantes. Del abigarrado paisaje del valle del Jerte apunta que: *La natural amenidad de sus laderas, hasta la mitad de los cerros es increíble. Descubrir las regaladas frutas de este Valle, sus castañares y todo género de plantas, las viñas, las huertas de los pueblos, sería otra cosa larga. De todo se encuentra y de lo más asombroso*. Su descripción de los montes de la comarca de Guadalupe resulta especialmente evocadora; aunque su autor es un decidido impulsor del fomento del arbolado, en su afán ilustrado no puede evitar dejar de lamentarse en el tomo VII por la escasez de las áreas cultivadas:

«Sin embargo de la aspereza y soledad de estas encumbradas sierras [...] hay algunos sitios muy bellos [...] se le atribuye por su gran fertilidad, que actualmente conserva, dimanadas de la bondad de la tierra, de lo frecuente que son allí las lluvias, de los muchos arroyos, y ríos de sus contornos, de lo templado del clima [...] Son excelentes sus vinos, y últimamente las carnes, los pastos y demás semillas de estos contornos, que no ceden a los de ningún país, pudiéndose añadir, que si a las cordilleras de los montes de Guadalupe se les diere todo el cultivo que son capaces podrían ser tan útiles como una provincia entera. Ahora suministra todo género de caza de excelente sabor y en suma abundancia».

Figura 199. Cerdo ibérico pastando en una dehesa entre Jaraicejo y Torrejón el Rubio. Uno de los aspectos de la región que más llamó la atención de los viajeros extranjeros fue el buen sabor de las bellotas de encina, así como la calidad de los jamones que con ella se criaban. Baretti (1779) se quejaba de que "no se hace nada por aumentar el número de estos árboles. Si se cultivasen en el lugar en el que crecen, Extremadura sola sería capaz de abastecer a media Europa con buenos jamones [...] y los cerdos que se alimentan de bellotas no pueden Vds. imaginarse lo buenos que están".



En otro momento del tomo II de la mencionada obra Ponz (1784) critica la espesura de los montes extremeños, lo que lleva a pensar que los testimonios sobre la falta de arbolado debían responder más bien a situaciones locales no generalizables al conjunto, aunque la referencia ha de ser relativizada ante las preferencias de su autor por la agricultura:

«Todos los días va a más la destrucción de esta bella, y pingüe Provincia de Extremadura; y si no se pone remedio, vendrá a reducirse a un desierto, según el paso que lleva. Los pueblos están quatro, cinco, seis leguas distantes en los parages; destruida casi totalmente la industria en toda la Provincia; reducida su población a una sombra de lo que fue, y podría ser; convertidos sus dilatados campos en espesos montes encinares, y de alcornoques; y lo peor de todo, en xarales y arbustos inútiles».

De hecho, el testimonio de los viajeros ofrece imágenes muy diversas del paisaje extremeño, atestiguando la existencia de áreas cubiertas de bosque cerrado, otras jalonadas por árboles dispersos en montes huecos, otras tapizadas por matorrales más o menos densos, otras, en fin, dedicadas por entero a la agricultura y sin presencia arbórea. En su recorrido transitan por el cacereño puerto de Miravete, donde dan parte de su carácter fuertemente forestal, como hace Baretti (1779): *Estamos viajando desde hace tres días sobre montañas muy altas y parte de ellas muy boscosas*. El mismo autor queda sorprendido de la escasez de cultivos (*Escasos han sido los campos de trigo que he visto desde Truxillo, aunque mejor debería decir desde Mérida hasta este lugar* [Almaraz]) pero sobre todo de la abundancia de encinas y de las virtudes de su fruto, así como de que no se advirtiera un manejo "moderno" de los montes basado en la montanera:

«He observado [...] que en los lugares más altos de esta provincia nacen de forma natural las encinas, cuyas bellotas son casi tan buenas como nuestras almendras o similares a nuestras castañas [...] Desde luego que saben como castañas [...] En caso de necesidad creo que serían buenas para comida, tanto crudas como asadas [...] pero no se hace nada por aumentar el número de estos árboles [...]. Pero ni siquiera esto [...] se ha pensado para estos campos, y tanto las montañas como los valles están miserablemente descuidados».

El aprovechamiento de la bellota también llama la atención de J. T. Dillon (1780), aunque en realidad las observaciones que relata corresponden al naturalista Bowles, de cuya obra *Introducción a la Historia Natural y la Geografía Física de España* (1775), extrae Dillon algunos pasajes. En uno de ellos relata que cerca de Garbayuela los cerros están principalmente cubiertos de encinas, que se quedan huecas por la imprudente manera con que las ramas han sido desmochadas, sin embargo producen abundantes bellotas para los cerdos que son todos negros por estas tierras. Las prácticas que agre-



Figura 200. Rebollar en Garganta la Olla, que ha crecido sobre antiguos bancales de piedra abandonados. En algunas comarcas de montaña las enfermedades que acabaron con el castaño, generaron también a lo largo de los siglos XVIII y XIX el colapso de un modelo de gestión y uso del medio que se basaba precisamente en el aprovechamiento de esa especie. Ello a su vez implicó el abandono de áreas antes cultivadas, que se cubrieron de la vegetación que antes había sido expulsada. De forma similar en Descargamaria comentaban en 1752 que había una gran superficie inútil “por desidia”, que “se halló en tiempos pasados plantada de viñas, olivos o castaños, y hoy está totalmente inculta, y últimamente interpolados con especies otras”.

den a un arbolado sumamente útil o que constituyen un riesgo para el mismo llaman también la atención de R. Southey (1797), quien al pasar entre Navalmoral y el Castillo de Belvís por un bosque de encinas y alcornoques que pertenece a los frailes del Escorial, denuncia que:

«Los árboles por lo general son muy viejos, medimos uno que está sujeto con puntales y comprobamos que medía su contorno treinta pies (= 2,86 m diam) [...] Encontramos muchos árboles ardiendo aún. El hueco de un hermoso alcornoque utilizado como fogón, los de los alrededores destruidos para usarlos como combustible. Si el más leve viento se levantara ahora, el bosque sería pasto de las llamas».

También aparecen reflejadas otras cuestiones más puntuales, como la abundancia de adelfas (“lean-dros”) en las riberas del Guadiana (Baretti, 1779), las devastadoras plagas de langosta de mediados del XVIII (Dillon, 1780) o el turno de descorche de los alcornoques, que en el Campo Arañuelo era de diez años (Southey, 1797).

EL SIGLO XIX

LA TOMA DE CONCIENCIA AMBIENTAL: DE LA ILUSTRACIÓN A LOS INGENIEROS DE MONTES

Desde finales del siglo XVIII, los aires de la Ilustración fueron introduciendo en los ámbitos intelectuales del país una incipiente toma de conciencia acerca de los problemas ambientales, que se iría trasvasando a la clase política. Los planteamientos derivados de estas reflexiones ponderarán por vez primera el valor del bosque, no ya por los bienes materiales que genera, sino por los beneficios ambientales que aporta al conjunto de la sociedad. Amparadas por las ideas de los ilustrados, e impulsadas por las Sociedades Económicas de Amigos del País (la de Plasencia se fundó en 1780 y la de Trujillo en 1787), surgen diversas actuaciones que propugnan un mayor respeto al arbolado e intentos para su regeneración. Fruto de ellas sería el nacimiento de la llamada “Fiesta del Árbol”, una actuación de carácter local que pretendía, un día al año, concienciar a los vecinos de la importancia de los árboles y efectuar alguna pequeña plantación en algún lugar del término. Esta celebración, tuvo su primer precedente conocido en el pueblo cacereño de Villanueva de la Sierra (Cáceres), en el año 1805, por iniciativa de un clérigo (Codorniú, 1915), pero no será hasta finales de siglo, en 1898, cuando se funde en Barcelona la Asociación de los Amigos de la Fiesta del Árbol, apadrinada y abandonada por los ingenieros de montes.

Sin embargo, la crisis socioeconómica del periodo y el fin del denominado Antiguo Régimen propiciará la búsqueda de unas soluciones contrarias a dichos planteamientos, y el éxito de estas propuestas

Figura 201. Relación clasificada de los montes existentes en término de Casatejada, detallando nombre, propiedad, extensión y otros datos (AHPC). Elaborados por la Comisaría de Montes en 1846, estos trabajos constituyen el primer inventario sistemático de los montes extremeños, y supusieron la base para la primera Clasificación General de los Montes Públicos, confeccionada por los recién creados ingenieros de montes en 1859.

PROVINCIA DE CACERES.

COMISARIA DE MONTES DEL 2.º DISTRITO

Villa de Casatejada.

Relación clasificada de todos los montes existentes en referido pueblo con arbolados ó sin ellos, punto donde se hallan, su estension superficial ó cabida, número de árboles, sus especies, rendimientos anuales y observaciones.

MONTES.	POSEEDORES.	CABIDA ó estension superficial.	CON ARBOLADO.	SIN EL.	NUMERO aproximado de árboles.	SUS ESPECIES.	RENDIMIENTOS anuales aproximados.
Los Linderos.	Los Propios	2.420 fan.	Todo	—	Bien pob.	Roble y Encina.	12.500 r.
Dehesa Real.	Los Propios y Dama Real.	1.800 fan.	Todo	—	Bien pob.	Encina Roble y Quejigo.	1.000 r.
Monte de Casatejada.	Los Propios del antiguo ayuntamiento de Casatejada.	6.000 fan.	Todo	—	Bien pob.	Encina, Roble Quejigo y Pin.	16.000 r.
Casatejada y del año 3 de 1846							

debió ser escaso, pues como afirma con desánimo Jovellanos *de árboles no hay que hablar: este es un coco que asusta al propietario y al labriego y a quien los planta le apellidan loco* (Santamaría, 1987). De hecho las Cortes de Cádiz, mediante un decreto de enero de 1812, derogaron las ordenanzas de montes y plantíos de 1748 y confiaron los montes a los ayuntamientos y, amparándose en las teorías liberales del mismo Jovellanos, establecieron que *los dueños tendrán igual libertad para cortar sus árboles y vender sus maderas a quien quisieren*. Aunque apenas dos años más tarde se restablece la ordenanza de 1748, con objeto de poner remedio a las talas, incendios y destrozos que padecían los montes, quedaría la libertad absoluta para el aprovechamiento de los montes de dominio particular.

En 1832, al recién creado Ministerio de Fomento se le encarga "del plantío y conservación de los montes arbolados". El mediodía del siglo asiste a la llegada de las corrientes de pensamiento forestal imperantes en Europa, que depararán la instauración de la enseñanza forestal. Un Real decreto de agosto de 1847 aprueba el reglamento orgánico para la Escuela Especial de Ingenieros de Montes. La salida de la primera promoción en 1852, marca un hito en la historia de los bosques españoles, abriendo las puertas a una nueva visión de la problemática forestal y a la definición de las primeras políticas ambientales. Las primeras generaciones de ingenieros nacerán con una marcada orientación conservacionista, siendo calificados como "valiosos defensores de los bosques" (Aedo et al., 1990). Como señala Casals (1988), sus primeros 50 años estuvieron dedicados a la que seguramente fue la más dura y prolongada batalla mantenida por un Cuerpo de funcionarios del Estado: "la batalla para evitar la privatización de los montes españoles". La "Ley Madoz" de 1855, al ordenar la venta de los bienes de propios, los de beneficencia e instrucción pública y *cualquiera otros pertenecientes a manos muertas*, permitió que se creara una Administración Forestal basada en los facultativos recién nacidos, que se hicieron necesarios por la falta de datos sobre la realidad forestal del país. Para conocer qué montes se vendían y cuáles se exceptuaban fue obligada la elaboración de una *Clasificación General de los Montes Públicos*. Su confección en 1859 permitió a los políticos aproximar la magnitud del proceso de venta, al disponer de la localización e importancia de las masas forestales tal como habían llegado a mediados del XIX en montes pertenecientes a las denominadas "manos muertas", término que se aplicaba a aquellos propietarios en quienes se perpetuaba el dominio pues carecían de la facultad de poder enajenarlo.

La Clasificación es una relación de montes públicos por ayuntamientos, en la que figuran los propietarios de los mismos, las superficies y las especies dominantes y subordinadas. De acuerdo con los criterios del gobierno se dividió a los montes en dos grupos: exceptuados de la desamortización y los enajenables que se debían poner a la venta. El proceso a que dio inicio esta división ha sido tratado por numerosos analistas (Gómez Mendoza, 1992; Casals, 1996; Calvo, 2001; González Escrib, 2002). Aunque entre los enajenables abundaban rasos y matorrales, los pueblos perdieron un porcentaje importante de la superficie considerada como monte que mantenía arbolado para beneficio de grandes propietarios rurales, mayoritariamente ganaderos.

La defensa del espacio forestal frente a lo agropecuario, junto a la necesidad de que se destinaran medios a su reconstrucción cala en numerosos intelectuales de la época. En uno de los primeros números de la *Revista de Extremadura*, el geólogo E. H. Pacheco (1889) afirma: *La tala del arbolado*

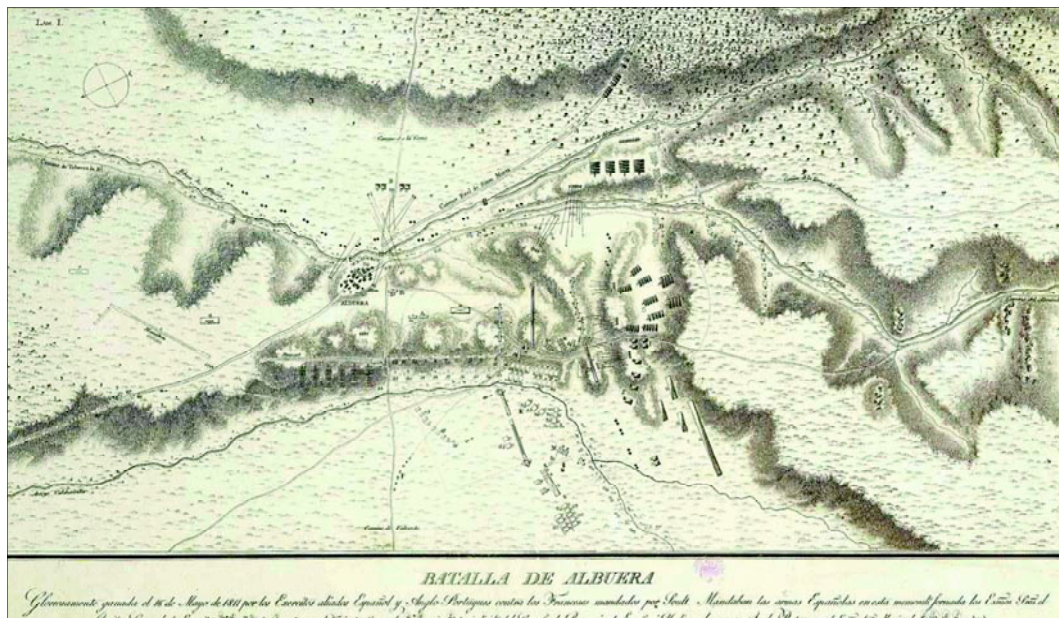


Figura 202. Croquis de la batalla de Albuera (Badajoz), a la postre decisiva en la Guerra de la Independencia por el triunfo de los ejércitos aliados español y anglo-portugués sobre el francés (Biblioteca Nacional, arch. 5762). Las tropas francesas (unos 25.000 hombres) se ocultaron y lanzaron su ataque desde el carrascal que se aprecia en la parte superior de la imagen. Ese "denso bosque" fue roturado con posterioridad, y la superficie que antes ocupaba se reparte hoy entre cultivos agrícolas y una dehesa clara, que no permitiría el ocultamiento de un ejército.

es suicida: afortunadamente se va reaccionando en nuestro país contra esta manía y en vez de convertir al bosque en matorral, se tiende a transformar el matorral en bosque. Unos años antes, en 1886 la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País publica en su Boletín Oficial del 1º de abril un dictamen sobre "la repoblación de los montes en España", cuyo secretario ponente es el botánico Blas Lázaro e Ibiza, del que sería discípulo predilecto el botánico extremeño Rivas Mateo (Rivas Goday, 1964). Lázaro demanda un plan general de repoblación forestal y recomienda para su empleo en "Extremadura y Andalucía alta" las siguientes especies: "*Pinus Pinea*, L.; *P. Laricio*, Poir; *P. Halepensis*, Mill; *P. Pinaster*, Sal." Del empleo de cupulíferas señala que "ofrecen peores condiciones para las formaciones de bosque", opinión que se corresponde con el grado de erosión y la falta de suelo para sustentar a los *Quercus* en los matorrales a los que se pretende incorporar una cubierta arbórea. El método que propone son siembras en bandas labradas de un metro de anchura que alternen con otras, sin romper, de dos metros.

EL PAISAJE EXTREMEÑO A OJOS DE LOS VIAJEROS

Una visión singular acerca del paisaje, del medio forestal y su problemática es la que aportan los viajeros europeos que acuden a Extremadura en el siglo XIX. Whittington (1808) es uno de los primeros, y aunque proporciona información escasa destaca la cita siguiente: *La Estremadura Española es una superficie rocosa, cubierta casi enteramente por un bosque de alcornoques y que muestra en varias partes, vistas pintorescas*. El empleo del término "alcornoque" más bien debe hacer referencia a las encinas o en su conjunto a los *Quercus perennifolios*. Esta descripción, seguramente influida por la visita a una zona especialmente boscosa, contrasta con las de otras comarcas de menor frondosidad pues entre Santa Marta y Los Santos de Maimona: *El paisaje al principio estaba constituido por pequeñas y redondeadas colinas, totalmente peladas* (Semple, 1809). La falta de arbolado parece más general, aunque alternando con enclaves más forestales, tal como señala al estar cerca de Monasterio: *empezamos a vislumbrar pequeños bosques en las hondonadas de las laderas más protegidas de las montañas y ambos lados del camino hay diseminados varias clases de "quercus", de olmo, de alcornoque y de acebuches* (Semple, 1809).

Sin embargo, sobre el sentimiento que produce el estado del labrantío extremeño, Semple (1808) manifiesta una mirada más inquisidora. Al pasar por Talavera la Real se sorprende de que no se cultiven tales llanos, y se lamenta de que estén *las más hermosas planicies de Europa abandonadas y sin cultivar*. Siguiendo el ideal agrícola ilustrado, traslada su pregunta a un campesino: *¿Porqué no ara estos fértiles yermos? Fomente la agricultura, que es la base real de la riqueza de los reinos*. Esta sorpresa por el poco desarrollo agrícola es frecuente en los viajeros europeos. El mismo Semple comenta que el suelo de las vegas del Guadiana estaba *cultivado, pero miseramente ya que no hay ni granjas, ni árboles, ni cercado en las orillas*. Décadas después Ford (1845) lamenta que vastos distritos de suelo, fértil por sí mismo, y bajo un clima beneficioso, están abandonados para el ganado lanar, o dejados como baldíos sin habitar, recubiertos de jaras, cuando el más hermoso trigo podría cosecharse en cantidades exhaustivas. Bajo el dominio de los romanos y los árabes esta provincia fue un granero y un vergel. Aún la llaman los gitanos Chim del Manro "la tierra del cereal"... No obstante, en las mismas fechas, otros viajeros advierten síntomas incipientes de una cierta moderniza-

Figura 203. Mancha de matorral con abundancia de brezo, jara y arbustos como el madroño, con regenerado de *Quercus*, en la dehesa El Guijo, en Malpartida de Plasencia. Uno de los aspectos que más llamó la atención de los viajeros europeos que atravesaron la región a principios del XIX fue la gran extensión que alcanzaban jarales y brezales. A finales del mismo siglo se emprendería toda una "conquista" para transformar tan dilatadas extensiones en campos de labor o en montes huecos. Como apuntaba Pacheco (1889): "El problema agrícola extremeño... no es más que la conversión del matorral en bosque y dehesa. El esfuerzo colectivo y la división del trabajo deben actuar en la conquista de los jarales".



ción en la materia, como Widdrington (1844) en las proximidades de Navalmoral: *No hay nada más sombrío que el campo de este trayecto durante muchas leguas. Las aldeas están mal construidas y muy distantes unas de otras, pero la tierra es fértil y hay algunos signos de que se va mejorando la agricultura [...] Los prados en algunas partes están cercados, una práctica enteramente nueva, que está comenzando en muchas partes de España.*

Paralelamente, la decadencia del arbolado también se erige en un tema tratado de forma frecuente, y contribuye a difundir una imagen negativa de la región, como detalla Marín Calvarro (2005). El escritor William Beckford comenta que el paisaje entre Trujillo y Jaraicejo se le presenta como el más pelado y sombrío jamás visto, y Badcock (1835) cuando pasa a Badajoz desde Portugal advierte que *En España se entra en un terreno abrasado, sin un solo árbol ni un espacio de verdor.*

La preponderancia del matorral se revela como especialmente patente en las áreas llanas o de penillanura, como las muestra el inglés George Borrow al describir sus impresiones del país, cuando entre 1836 y 1840, lo recorre repartiendo biblias protestantes como agente de la "British and Foreign Bible Society". De su estancia en Extremadura describe las proximidades de Badajoz en los siguientes términos: *Aquellas planicies parduscas, apenas producen otra cosa que el arbusto llamado en español carrasco; sin embargo, unas montañas azuladas se yerguen en la lejanía y animan un poco la entonación monótona del paisaje.* Esta fisonomía también la encuentra entre Mérida y Trujillo: *El camino atravesaba vastas llanuras, donde crecían arbustos raquíticos* (Borrow, 1842).

El también inglés Widdrington acudió a Extremadura comisionado por la "Agricultural Society of Great Britain" para comprobar la posibilidad de explotación de los depósitos de fosforita de Logrosán, y fue acompañado en su viaje por el Dr. Daubeny, Profesor de Botánica en Oxford. Sus anotaciones, publicadas en 1844, resultan especialmente interesantes desde el punto de vista botánico. Al describir la Sierra de Pela, entre Navalvillar y Talasrribias señala la importancia territorial que han alcanzado las formaciones de degradación del bosque primitivo: *entramos en un extenso "xaral", el más bello y extenso que haya atravesado jamás. Tiene casi veinte millas de extensión y está formado por una vasta y casi ininterrumpida masa de jara pringosa, que tiene por lo general entre ocho y nueve pies de altura, es decir, más de 2,5 m* (Widdrington, 1844). Un estado menos avanzado de regresión lo observa en Logrosán: *se levanta una cadena de cerros escarpados, parte del flanco externo de la Sierra de Guadalupe, cubierta con monte bajo, restos del arbolado que en otros tiempos crecía. Algunos de los árboles todavía están en pie en la cima* (Widdrington, 1844). La identificación del agente de la degradación lo señalará de forma precisa el inglés Richard Ford, quien realiza su "grand tour" por España entre 1833 y 1836 para visitar los lugares donde había combatido su héroe, el duque de Wellington, durante las campañas de la Guerra Napoleónicas. En su comentario a la Sierra de Guadalupe destaca: *Los bosques han caído bajo el hacha de los monjes y en las llanuras recubiertas de cistus hay abun-*



Figura 204. Vista de la Serena desde el castillo de Puebla de Alcocer. Esta misma visión (ahora alterada por el reciente embalse), y en concreto su carencia de árboles causó una honda impresión a Widdrington (1844), que comentó al respecto que “el paisaje se interrumpe bellamente por pequeñas sierras y destacadas masas de colinas, y sería extremadamente pintoresco si no fuese por la brutal destrucción de la arboleda y la reducción del conjunto a un estado de triste y monótona igualdad”.

dante caza. (Ford, 1845). Los problemas económicos y el estado de los edificios del Monasterio al final de la guerra requirieron hacer grandes cortas de madera en los pinares y castañares para el reparo de sus tejados. Como recoge el fraile franciscano Germán Rubio (1926) “en 1815, fue arrasado con este motivo pinar alto, poniéndose luego en aquellas alturas un hermoso castañar”.

Widdrington, además de las citadas referencias a los extensísimos jarales, realiza una reflexión ilustrativa de la vegetación remanente de las Villuercas, donde señala el origen natural de *Pinus pinaster* en la zona, cuya presencia la adscribe a una estación ecológica similar a otras ocupadas por la especie en la Península (Maestre, 1995):

«Fui, afortunadamente, capaz de averiguar el bosque o vegetación arbórea de esta interesante región, pero con bastante dificultad, ya que las sucesivas generaciones de bárbaros, a cuya cabeza debe situarse a los monjes de Guadalupe, han hecho casi imposible descubrirla, tan sólo por los restos de magníficos arbolados que vistieron y de los que quedan únicamente escasos trozos para guiar al observador. La llanura o distrito llano en la base de la Sierra está ocupado por la encina, el alcornoque (en Logrosán y Cañamero) y el “*quercus quexigo*” [...] Sobre ella, en la altitud en la que no hay gran diferencia está el “*quercus alvar*” de este género, el “*quercus tosa*” de los botánicos franceses, y más arriba el “*pinaster*”, del que aún hay algunos ejemplares en el cortijo mencionado cerca de la cima del paso entre Guadalupe y Logrosán, ocupa precisamente un lugar semejante en esta Sierra al de la gran cordillera del otro lado del Tajo y en la Serranía de Ronda sobre Marbella»

Entre los testimonios nacionales, además de los de carácter botánico, destacan los contenidos en el Diccionario Geográfico de Pascual Madoz (1847). La fertilidad de las tierras extremeñas es transmitida por los corresponsales del autor, al afirmar que Cáceres *es de lo más feraz que en España se conoce y susceptible de las semillas y plantíos de todos los climas*, o que en la comarca de Barros *es tal la fuerza de su vegetación que se cortan jaras y madroñeras de más de 4 varas de altura*. Pero si algo llama poderosamente la atención es la abundancia en huertas de los serrejones cacereños, entre los que destaca la pequeña Sierra del Cañaveral, *que si tuviera más extensión sería más deliciosa que todas, y donde se admiran sus numerosos huertos de naranjos y limoneros, que pueden competir con los más frondosos del reino de Valencia*.

PRIMEROS TRABAJOS BOTÁNICOS Y FORESTALES SOBRE LOS MONTES EXTREMEÑOS

Mediado el siglo comienzan a abordarse los primeros trabajos de caracterización forestal de los montes extremeños. A la citada obra de Madoz corresponden algunas citas interesantes, como las descripciones que se hacen de Descargamaría (*monte bajo de brezo y carquesa, algunos pinares bra-*



Figura 205. Aspecto actual de la sierra de Miravete, en las proximidades del puerto de su nombre. Éste fue desde antiguo el paso principal de las sierras del centro de la provincia de Cáceres, entre dicha ciudad y Madrid. Acostumbrados a un paisaje en general desarbolado, llamaba la atención a los viajeros su paso por esta sierra, de la que resaltaban la fragosidad de sus bosques y la abundancia de bandoleros: "el terreno es considerado como favorable para los ladrones, ya que está lleno de espesos bosques, valles recubiertos de árboles y terrenos elevados" (Semple, 1808).

víos en todas direcciones, un corto número de encinas y alcornoques), de Alcántara (una porción de pinar casi mezclada con los olivos; un pequeño monte de encina particular que principia a dar bellota) o de las Hurdes (en otro tiempo el arbolado de castaños ocupaba buena parte del país; pero sus árboles cansados de producir han perecido en su mayor parte).

En este siglo el país va a recibir la visita científica del botánico sajón Moritz Willkomm, autor con Lange de la que sería en su momento (1861-1880) la obra más completa sobre la flora de la Península Ibérica, con la descripción de más de 5.000 especies y cuyo trabajo es ampliamente recogido y analizado por Devesa y Viera (2001). Su paso por Extremadura fue muy fugaz, en 1846 pasó por Aracena y al final de su segundo viaje en septiembre de 1850 recorrió el norte de la provincia de Cáceres (Rivas Goday, 1964). Llama su atención el verde profundo de los alrededores de Plasencia, aunque *más consecuencia de los cultivos que de la vegetación natural*. En las sierras circundantes, destaca la abundancia de planifolios: *Q. pyrenaica*, *Q. ilex*, *Q. suber*, *Q. faginea* y *Castanea sativa*. En el sistema central, se sorprende al contemplar el contraste entre las parameras de Béjar, carentes de árboles, y los extensos bosques de *Pinus sylvestris* de las montañas abulenses, al este de La Vera. Hablando de esta zona comenta: *en las comarcas periféricas de esta región los árboles no son raros, habiendo bosques significativos en Extremadura*, en que abundan diversas especies de fagáceas perennifolias, como encina y alcornoque, *que alternan con bosques de Pinus pinaster Ait. y P. pinea*. Comenta también la abundancia de pinares en sustratos arenosos del interior portugués, hasta en las vecinas terrazas de Beira o en las pendientes de la Serra da Estrela.

Nuevos estudios científicos se realizarán en 1869, cuando los ingenieros de montes integrantes de la Comisión formada para elaborar la Flora Forestal de España, visitan parte de la Alta Extremadura, conformando el primer inventario botánico de carácter sistemático de la región (Comisión, 1872). Como complemento a dicho inventario, efectúan comentarios ilustrativos acerca de sus observaciones sobre la flora cacereña y su relación con el manejo antrópico. Uno de ellos, por ejemplo, atestigua la abundancia de los *pirúetanos o galaperos* (*Pyrus bourgeana*) y cómo sus perucos llegaban a formar parte de la dieta. No dejan de consignarse los tan frecuentes daños al arbolado, como cuando al pasar el río Tiétar: *encontramos un mesto, herido, descortezado, casi muerto por los devotos de sus virtudes contra la rabia*. En varios apuntes los botánicos dejan constancia de la presencia de los pinares naturales de *Pinus pinaster* de los arenales de dicho río; hablan de diversos rodales en la base de la sierra, hasta las mismas orillas del río, y en concreto muestran la diversidad de especies forestales en sus masas refiriendo que cerca de Casatejada *se encuentra el pino negral (Pinus pinaster), social en este valle con la encina, el alcornoque, el quejigo y el rebollo*. La característica gradación altitudinal de los paisajes del Jerte y la Vera se dibuja bellamente en el párrafo dedicado a la Sierra del Piornal: *"encontramos hermosos rodales de castaños regoldos (no injertados); después, rodales de rebollos; y algo más arriba, rodales mezclados de rebollos y encinas; en las cumbres se veían abundantes y floridas matas de la Erica australis"*.

Estos viajes darían lugar a la publicación en 1883 de la primera Flora Forestal Española, obra del ingeniero Máximo Laguna, una de los integrantes de la Comisión. Entre las citas botánicas de importan-



Figura 206. Galapero o piruétano (*Pyrus bourgeana*) en Hinojal, cargado de perucos. Aún frecuente en muchas zonas, esta especie resultaba especialmente abundante en Extremadura hasta mediados del siglo XIX. Esta abundancia fue constatada por los ingenieros encargados de elaborar la primera Flora Forestal de España, que visitaron la región en 1872, y apuntaban que “en varias partes de Extremadura, principalmente en la Sierra de San Pedro, abundan y proporcionan con sus frutos algún recurso a la gente pobre en los años malos” (Comisión, 1872). A esta especie pueden deberse los muchos topónimos regionales relacionados con su fruto (Perales, La Perala, Guadalperal, etc.)

cia se encuentran por ejemplo, la de *Quercus robur* en las proximidades de Béjar o la habitación natural de *Pinus pinaster* en Cáceres (Laguna, 1883).

En las últimas décadas del siglo, la gestión y la problemática de los terrenos forestales de Extremadura era objeto de trabajos específicos por parte de los primeros ingenieros de montes, que debían de aprobar planes anuales de aprovechamientos en los montes dependientes del Ministerio de Fomento. Los primeros técnicos fueron conscientes de la necesidad de una ordenación territorial en el espacio que tutelaban. Entendían que las dehesas proporcionaban recursos importantes e imprescindibles a las comunidades propietarias y no se debía ir en contra de sus derechos e intereses. Estas opiniones son expresadas por el forestal más prolífico al respecto: Alejandro Mola y Mestres (González Escrig, 2002). En su artículo *Los encinares extremeños* (Mola, 1895), considera que el objetivo principal de los terrenos públicos extremeños, fundamentalmente dehesas arboladas, no era obtener maderas y leñas, sino compartir esta producción con la hierba y montanera, y que se debían dictar normas que condujeran al mejoramiento de esas tierras y al aumento de pastos y bellotas. Critica también las habituales prácticas perniciosas para el mantenimiento del arbolado, como la tala y el carboneo, el cultivo de cereales en las dehesas y la división del terreno en pequeñas parcelas arrendadas a particulares para que durante cinco años realizaran el descuaje, la labranza y el cultivo. Además era partidario de la necesidad urgente de repoblar las riberas y terrenos cercanos a los ríos (Mola, 1896). A estos y otros trabajos sucederían los de Antonio García Maceira (1902): *Insectos dañinos al alcornoque en Extremadura y Castilla la Vieja*, tras los importantes daños ocasionados por varias plagas de lepidópteros: la lagarta, el brugo y la oruga de librea.

Treinta años después del viaje de la Comisión de la Flora Forestal, a punto de terminar el siglo, el botánico cacereño Marcelo Rivas Mateo publicaría, en la recién creada *Revista de Extremadura*, el primer trabajo botánico de carácter específicamente regional: un breve artículo titulado “*Distribución de las especies vegetales de la provincia de Cáceres. Regiones botánicas*” (Rivas Mateo, 1899). En él, llevado en cierta medida por la pasión del terruño, llega a afirmar que *España posee la flora más rica*

Figura 207. Castañar de "O Souto", en San Martín de Trevejo, con presencia de especies notables como *Ilex aquifolium* o *Ulmus glabra* (en la imagen). En los trabajos previos de la Comisión para la Flora Forestal Española, en el capítulo dedicado al castaño se alude a que "con aspecto de árbol silvestre, de árbol de monte, se presenta principalmente en los castañares que aún quedan en el Valle del Jerte, Sierra de Piornal, Sierra de Gata y otras" (Laguna, 1883).



del mundo: Cáceres es la provincia española que mayor número de especies presenta. Intenta dividir la provincia en varias regiones en función de las estirpes botánicas dominantes, separando por ejemplo la región de las jaras de la de los brezos. A ello corresponde el siguiente párrafo:

«Invadida la sección septentrional de la región Occidental por el dilatado matorral de jaras llega hasta los límites indicados, en donde la vegetación se cambia por especies propias y características de la región montana, como son la madroñera, piornos, enebro, brezos, castaño, pinos y robles; vegetación dominante en las sierras de Gata, Villar, Trasierra, Hervás, Piornal, Tornavacas, Gredos, Jerte y El Barrado [...] La sección correspondiente al valle de Plasencia se caracteriza por [...] terreno accidentado y existencia de dilatados bosques de castaños, robles y pinos.»

LA DEFENSA DEL ARBOLADO Y LA ADMINISTRACIÓN FORESTAL

La destrucción del arbolado, advertida a través de numerosos testimonios a lo largo de los siglos precedentes, no se ve frenada a pesar de las diferentes medidas que se iban proponiendo. Es un reflejo del fracaso general de las numerosas ordenanzas de montes y plantíos, incapaces de limitar los intereses de los grandes propietarios de ganados que disfrutaban libremente de los pastos en los montes públicos. Este hecho es generalizable al conjunto de la nación, y es achacable de forma sencilla a la intensa presión agropecuaria sobre el terrazgo que resultaba incompatible con la recuperación del arbolado. No obstante, a ello se añade en Extremadura un factor diferenciador, como es la división de la propiedad de suelo y vuelo, tan frecuente en el ámbito regional y que llevaba a los propietarios del primero en no tener interés alguno en la conservación del segundo.

En 1832, al recién creado Ministerio de Fomento se le encarga "del plantío y conservación de los montes arbolados, teniendo entre sus dependencias las Conservadurías de Montes del interior y las Subdelegaciones de Marina". Las Ordenanzas de 1748 dan paso a las de 1833, inspiradas en el Código forestal francés de 1827, que mantienen la política de intervención estatal pero sin que ésta pueda afectar en España a los terrenos particulares, que sí estaban sometidos en el régimen francés. En 1835 se determinó para el denominado ramo de Montes la nueva división territorial que efectuó el gobierno en dicho año: de cada provincia hizo un distrito de Montes y de cada partido judicial una

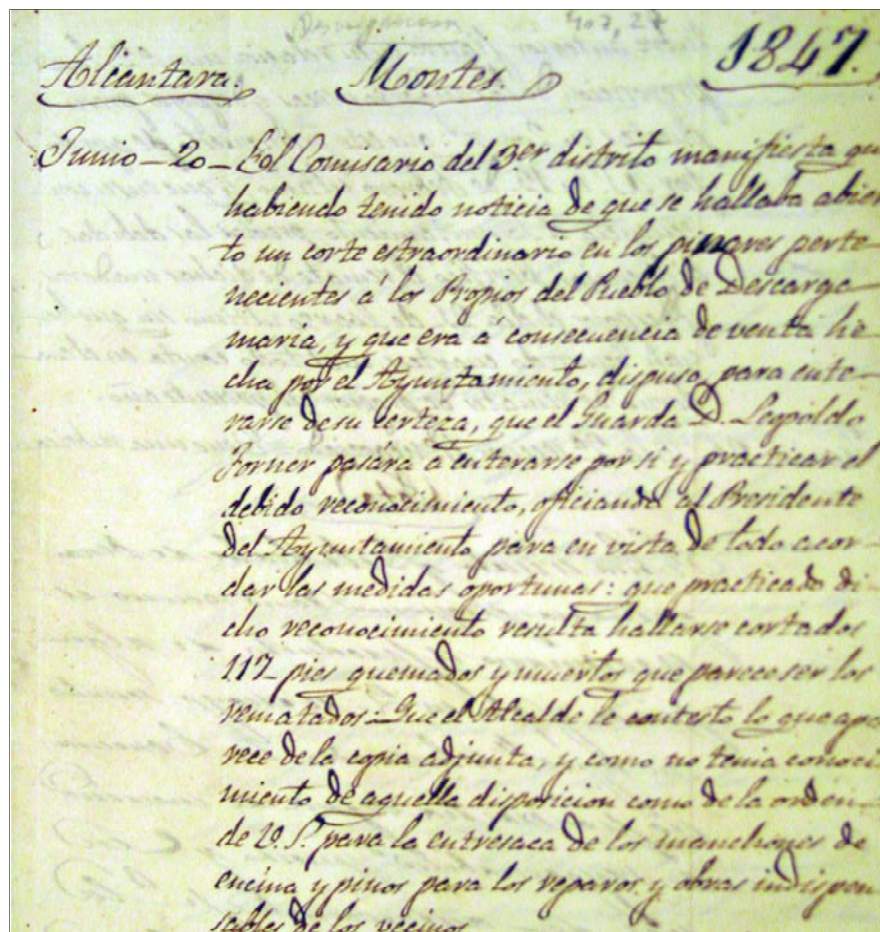


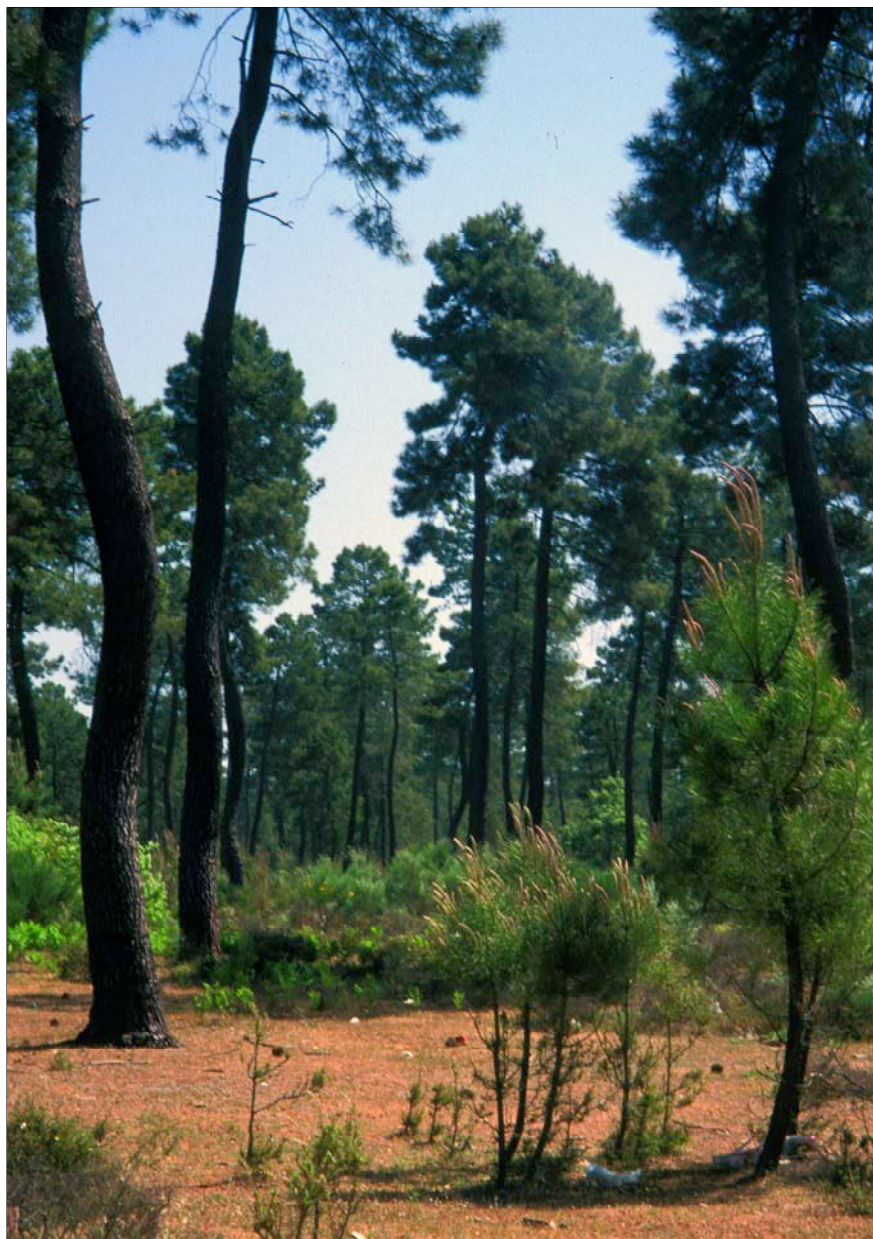
Figura 208. Expediente de denuncia por una corta ilegal de pinos en Descargamaria, instruido por la Comisaría de Montes en 1847 (AHPC). Se había autorizado una corta de pies quemados y secos en el pinar de dicha localidad, pero al acudir el guarda a practicar el reconocimiento, halló que además se habían cortado numerosos pies verdes, lo que motivó la correspondiente denuncia. La persecución de las cortas fraudulentas fue una constante en los primeros años de funcionamiento de la administración forestal.

comarca. En 1837 la administración de los montes baldíos, de realengo y los de dueño no conocido la realizan los Jefes políticos de la provincia, encargándoseles la averiguación y deslinde de los montes que pertenecían al Estado.

Esta situación empuja a diversos órganos de gobierno locales a buscar nuevas propuestas de solución, tras el nombramiento de comisiones municipales específicas. La de Coria, por ejemplo, propuso en 1837 que se cumplieran los Reales Decretos en vigor (lo que da una idea clara de su ineficacia), que el ayuntamiento cultivara sólo la superficie de monte precisa para las "varas" del común, y que se plantasen nuevos árboles hasta llegar a las eras (García Martín, 1985). De forma similar se operó en Cáceres en 1840, proponiendo los Comisionados de montes medidas similares aumentadas con otras, como que el Ayuntamiento administrara los montes y que sus arrendatarios pudieran serlo por nueve años, con obligación de conservar y aumentar el arbolado. Ello no solucionaría la acuciante escasez de leña en la ciudad, lo que en 1846 llevaría al Síndico proponer que en el radio de una legua no se hicieran más concesiones para labranza, que cesaran las concedidas por tiempo determinado, que se prohibiera arrancar raíces y quemar rastrojos, e incluso que se tratase de sembrar jaras en los sitios adecuados (Zulueta, 1977).

No parece que estas propuestas más o menos locales tuvieran mayor éxito que los cuerpos normativos precedentes. En cambio, sí acabará cobrando cierta importancia en la defensa del arbolado la labor del personal encargado del denominado ramo de montes. A las Comisiones de Montes, les sucederán en 1845 las Comisarías de Montes y, finalmente, serán sus continuadores los Distritos Forestales. Al menos eso llevan a pensar los numerosos expedientes de denuncias por cortas irregulares de arbolado instruidas en la época, y que revelan la existencia de una administración con escasos medios pero con una progresiva capacidad organizativa y de acción a nivel regional, que permite incluso detectar fraudes en cortas autorizadas. Este es el caso de un expediente de 1847, sobre corte de pinos en Descargamaria: se había procedido por parte del ayuntamiento a subastar una serie de pinos secos en el pinar de la citada localidad, pero del posterior reconocimiento por parte de los guardamontes *resultaron algunos pies verdes cortados*, lo que dio lugar a la apertura de un complejo expediente con diversas comprobaciones *in situ* hasta evaluar los daños y penalizar al infractor (Expedientes de denuncias, fecha 1839-1908, sign 02259/004, Archivo-Biblioteca de la Diputación de Cáceres).

Figura 209. Pinar de Majadas de Tiétar. A pesar de que los montes de pino podían en principio ser exceptuados, algunos del Arañuelo fueron desamortizados y vendidos. Algunos de Majadas corrieron esa suerte, y tras pasar un periodo siendo resinados, acabarían por ser cortados a hecho y sustituidos por cultivos de regadío, ya en el siglo XX.



En 1845, un decreto pone bajo el mando de los Gobernadores de las provincias a los Comisarios de Montes, que han de ser auxiliados por peritos agrónomos en los actos periciales, y por guardas mayores para la ejecución de sus ordenes de vigilancia en una comarca o división de la provincia; todos ellos eran pagados con los fondos de las provincias. Al Estado y a los municipios les correspondían los haberes de los guardas de sus montes respectivos.

En 20 de enero de 1847 se dictan varias disposiciones a petición del jefe político de Badajoz para evitar los estragos causados por los incendios en los montes de dicha provincia, lo que había obligado a la formación de muchas causas criminales (Colección, 1869). La razón que origina los mencionados incendios los considera efectos de perversos intentos *“en los que por tolerancia muy mal entendida y olvido de las leyes se ha permitido de algunos años a esta parte a los labradores y ganaderos la roturación de los terrenos y el disfrute de las nuevas yerbas, como si la quema de los montes fuera bastante título para variar arbitrariamente su cultivo y destino”*. Entre las medidas dictadas se acotan al pastoreo todos los terrenos quemados durante los seis años que siguen, necesarios para que el crecimiento de los nuevos árboles permitiera el aprovechamiento del pasto. Pero la práctica del incendio está tan arraigada que se continúa para mantener las rentas con que se alquilan a los particulares, argumento que utiliza como justificación el ayuntamiento de Villagozalo el 23 de diciembre de 1848 al ser denunciado por el incendio de la dehesa boyal que es de sus Propios y que se arrienda para pasto. En octubre de 1850, el Marqués de Bélgida logra que no tenga aplicación el periodo de carencia en unos terrenos pertenecientes a los propios de Alconchel pero de cuyas yerbas tiene el aprovechamiento el citado Marqués, lo que se le concede siempre que jus-

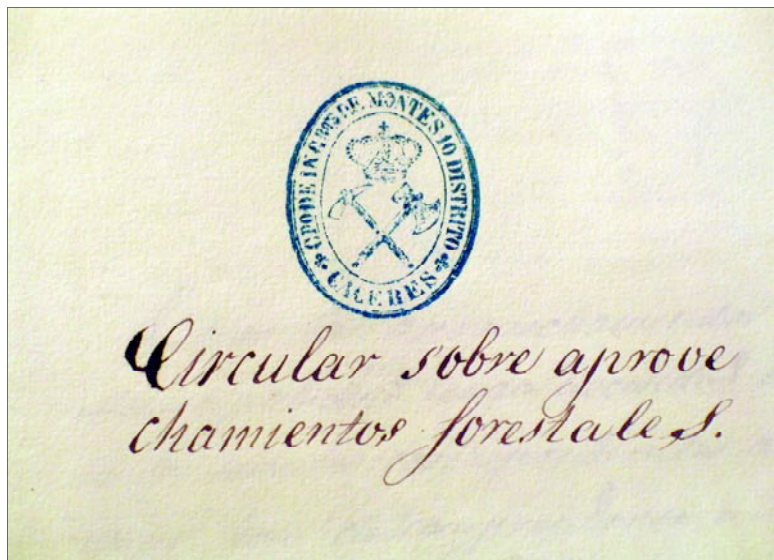


Figura 210. Portada de la Circular sobre aprovechamientos forestales, emitida por el ingeniero de montes Silvano Crehuet, motivada por el poco orden y regularidad que se observaba en el control de los aprovechamientos forestales de la provincia de Cáceres. Desde un primer momento la administración forestal intentó evitar los aprovechamientos abusivos, buscando una gestión sostenible de los productos forestales, y dando las normas precisas para su control.

tifique que no es una simple servidumbre de aprovechamientos, sino que constituye un verdadero condominio. Ante esta respuesta, en noviembre de 1852 propietarios y ganaderos importantes de Cáceres, entre los que se encuentran el Marqués de la Conquista o el Conde de Santa Coloma, pretenden que no tenga aplicación la prohibición de los seis años cuando el suelo corresponde a un particular y el arbolado a los pueblos, lo que sucede en varias dehesas que poseen los interesados en la provincia (Colección, 1859).

A mediados de siglo se dará paso a una nueva organización administrativa para el espacio forestal, que demanda al Estado que emplee los medios que aseguren un recurso cuyos resultados exigen turnos de producción prolongados. Tomará forma con la apertura de la Escuela de Montes en 1848 y la constitución del Cuerpo Forestal en 1854. Una orden de este último año diferenciará a los nuevos profesionales de los Comisarios de Montes –aún en activo–: *no son agentes de las elecciones*. En 1856 se divide el territorio de la península en distritos forestales y se organiza en siete provincias el servicio facultativo; otros cuatro distritos son creados en 1858, entre los que se encuentra la provincia de Cáceres. Sin embargo, cinco meses después una real orden suspende la organización del distrito cacereño por la falta de medios para proveer la plaza de ingeniero de montes, debiendo continuar las plazas de comisarios y peritos agrónomos. Definitivamente, se crearán en 1859. Para entender la posibilidades reales con que contaban basta señalar que en 1860 el personal del distrito de Badajoz era un ingeniero, 5 peritos y 12 guardas, y en la provincia de Cáceres un ingeniero, 3 peritos y 2 guardas (Memoria, 1861).

Desde 1863, La gestión se realizará bajo el amparo de una nueva Ley de Montes, que fue dictada en su totalidad por el ánimo de los forestales españoles. Poco después, como muestra de la preocupación por su aplicación, la Circular (1864) del ingeniero de montes Silvano Crehuet denuncia el *poco orden y regularidad que se observa en esta Provincia* (Cáceres) en cuanto al control de los expedientes de aprovechamientos forestales. En tal circular se recuerda la obligación de cumplir que todos los aprovechamientos que cada municipalidad tuviera necesidad de ejecutar en los montes de su término habían de comprenderse en un único expediente anual. Por aprovechamientos forestales se entendían las cortas y extracción de maderas y de leñas, así como el aprovechamiento de *pastos, matas, carrascos, hornijas, helechos y de cualquiera especie de leña menor; la junta y saca de la hoja seca; el carboneo*.

Ese acoplamiento entre los modos de aprovechamiento forestal tradicional y el control selvícola y administrativo que los ingenieros trataban de establecer debió resultar bastante dificultoso. Inicialmente los planes de aprovechamientos anuales no suponían sino “listas de buenos propósitos” que distaban mucho de parecerse a la realidad, tanto en las cuantías previstas como en las prácticas empleadas. Como apunta Linares (2000), poco a poco algunos de los conceptos básicos de sostenibilidad propugnados por los forestales fueron siendo asumidos o acatados por la población local, a la par que los ingenieros destacados en la región se fueron alejando de algunos de los paradigmas de la silvicultura centroeuropea y comprendiendo la importancia de algunas de las prácticas consuetudinarias como la limpieza o el laboreo de las dehesas, que de “atrocidades” pasaron a ser consideradas “mejoras”. Esta convergencia no tendría efecto destacable hasta el último tercio del siglo. Para entonces, aquella incipiente administración forestal había ido crecien-

Figura 211. Collera de corcheros descorchando un alcornoque en Jerez de los Caballeros, hacia 1928 (Foto de R.M. Anderson, cortesía de la Hispanic Society de Nueva York; ref. 9177). El uso industrial del corcho en la región, y la consecuente extracción masiva y sistematizada, comenzó en la primera mitad del siglo XIX. Los primeros ingenieros de montes ya destacaban entonces la atención que se debía prestar a este esquilmo, por su potencial valor socioeconómico.



do. En 1874 había en España siete Inspecciones Generales de Montes; en la 7ª estaban Cáceres y Badajoz, junto con Sevilla, Córdoba, Huelva, Ciudad Real y Salamanca. En 1881 son ya quince las Inspecciones; la 13ª comprendía los Distritos Forestales de Cáceres, Badajoz y Ciudad Real (González Escrig, 2002).

Otro exponente de la creciente vinculación entre los ingenieros y las características de los montes regionales es el interés que fueron tomando por los recursos de la dehesa y en general por el monte extremeño. Uno de los esquilmos que más rápido y fuertemente captaría su atención sería el corcho, en los albores de su uso industrial. Aunque la extracción de la corteza del alcornoque se había estado realizando a lo largo de prácticamente todos los periodos históricos, es en el siglo XIX cuando comienza a cobrar importancia el sector económico ligado al aprovechamiento del corcho. En España, fue Cataluña la primera región en utilizar de forma sistemática este producto y en transformarlo, dando pie al nacimiento de la industria corcho-taponera, desde finales del siglo XVIII. Ya entonces se utilizaba de forma habitual el corcho en Extremadura para fabricar tapones: en la etapa de la guerra de la Independencia, en 1811, el Mariscal Duque de Tresviso solicitaba diariamente a Jerez de los Caballeros 200 tapones de botellas finos (Martínez y Martínez, 1892). En las primeras décadas del XIX una coyuntura favorable de mercado y la necesidad de materia prima llevaron a los empresarios catalanes a recurrir a las ricas reservas selvícolas de Extremadura y Andalucía, ejerciendo durante



Figura 212. Pilas de corcho en Valencia de Alcántara, la localidad extremeña con mayor tradición en la gestión y transformación del mismo: ya en 1861 se instaló en ella una potente empresa inglesa, que fue pronto seguida por otras compañías extranjeras, interesadas en la rentabilidad del producto.

largo tiempo un monopolio en la materia al prohibirse las exportaciones de tal producto a otras regiones o países (Casanueva, 2003). Tras un forcejeo político, en 1837 las Cortes cedieron al derecho de extremeños y andaluces de disponer libremente de sus recursos forestales, lo que por supuesto no impidió que Cataluña continuara abasteciéndose de corcho en el mercado extremeño, mediante compras o arriendos (Casals *et al.*, 2005).

En esa época aparecen también las primeras iniciativas empresariales en Extremadura. En 1834 D. José Ramón Beistegui, en condición de vecino de Puebla de Ovando, solicitó que se le arrendaran por 12 años los alcornos de “propios y valdíos” para sacar corcho y fabricar tapones, lo que no llegó a realizarse (Zulueta, 1977). En San Vicente de Alcántara, seguramente la población extremeña de mayor raigambre corchera, ya en 1861 se instaló una potente empresa corchera inglesa: *Henry Bucknall e hijos S.L.*, que dio un gran impulso a la ocupación fabril del pueblo y habría de ser secundada por una larga lista de compañías extranjeras, como *Armstrong Cork Company*, *Corchera Internacional “Bender”*, *Mundet* etc. (Casanueva, 2003). Los ingenieros de montes de las oficinas técnicas de las provincias de Cáceres y Badajoz insisten repetidamente en la trascendencia que, desde las décadas iniciales del ochocientos, ha comenzado a tener la producción suberícola en las dehesas privadas, llamando la atención sobre la importancia socioeconómica que podría alcanzar el sector (Linares y Zapata, 2003). De hecho, a finales de la centuria, en plena etapa de crisis agropecuaria, su aprovechamiento, en constante revalorización desde décadas atrás, salvó la comprometida rentabilidad de muchas fincas (Sánchez Marroyo, 1999).

LA DESAMORTIZACIÓN Y LAS PRIMERAS RELACIONES DE MONTES

En la primera mitad del siglo va calando en los estamentos políticos liberales la idea de privatizar los montes públicos y los pertenecientes a las “manos muertas”, sobre la base de que sólo la iniciativa privada, basada en la propiedad privada, podía apuntalar una economía sólida que solventara la crisis del país. Fueron varios los momentos en que se produjeron enajenaciones, privatizaciones y subastas de predios públicos o clericales, de lo que existen antecedentes desde la segunda mitad del siglo XVIII. Uno de los primeros ejemplos fue la decisión del corregidor intendente de Badajoz de entregar en arrendamiento indefinido tierras municipales a los vecinos del lugar, decisión hecha extensiva por real provisión para toda Extremadura en 1766 (García Martín, 1955). En la guerra de la Independencia algunos concejos se vieron obligados a enajenar parte de sus bienes. En abril de 1810, la Regencia instó a la Junta de Badajoz para que propusiese medios con que subvenir a los gastos de la guerra, expediente que condujo a la venta de los baldíos, y en la sesión de Cortes de 20 de enero de 1811 el diputado Oliveros denunció esas ventas, en las que se cometían muchos abusos. Las Cortes de Cádiz se decantarían por la desamortización de tierras públicas: *que no haya en el suelo español una vara de terreno sin dueño determinado* (cit. en Artola, 1999). La circular nº 68 del Gobierno Político de Extremadura de 20 de enero de 1821 recoge este mismo espíritu, justificándolo-

Figura 213. Estadillo correspondiente a los montes de Cabezuela del Valle, verificado en 1859 entre representantes de la localidad y de la administración forestal, con indicación de especies, estado, situación y régimen de propiedad. En estos inventarios se basaron los trabajos que determinaron, ese mismo año, la conformación por parte del Cuerpo de Ingenieros de Montes de la primera Clasificación General de Montes Públicos del país, que debía determinar aquéllos que debían ser exceptuados de la desamortización en virtud de sus valores.

Monte de Cabezuela *Primera Clasificación* *Año de 1859*

Estado Administrativo del Monte, Situación, y otros de los Montes que están en este Monte Municipal con expresión de su extensión arbolada y otras circunstancias.

Nº	Nombre de los montes	Extensión al pueblo	Superficie	Clase de arbolado	Altimetria aproximada de arboles	Especie predominante	Medio de cultivo	Declaración
1	Monte de Cabezuela	Segura	1000	Monte	bien poblado	Monte	3520	Declaración
2	Monte de Cabezuela	Segura	330	Monte	bien poblado	Monte	3650	Declaración
3	Cabe y otros colares	Segura	de la zona	Monte	bien poblado	Monte	3550	Declaración
4	Monte de Cabezuela	Segura	de la zona	Monte	bien poblado	Monte	3000	Declaración

Cabezuela de Mayo de 1859

Compania
El Guardia Mayor de la
Compania
Vicente Fernandez

Alcalde
Miguel Rodriguez

lo con el interés general: reducir los baldíos a propiedad particular es una de las providencias que más imperiosamente reclaman el bien de los pueblos y el fomento de la agricultura e industria (A.M.P., Sexmo, Leg. Gral.).

El primer proceso desamortizador generalizado fue impulsado por el ministro Mendizábal, tras la ley de 1836: la llamada "desamortización eclesiástica" porque afectó fundamentalmente a bienes de la Iglesia. Este proceso supuso la venta del 80 por ciento de las propiedades del clero en Badajoz y el 70 por ciento en Cáceres; más del 73 por ciento de las tierras vendidas fueron dehesas y sólo fueron afectadas pequeñas superficies de arbolado denso: en Badajoz 575 fanegas de chaparral, 50 de encinar y otras tantas de pinar, y en Cáceres, algo más de 10 fanegas de castaño y 5 de alcornocal (Merino, 1976). En total durante el periodo 1836-1855 se enajenaron 170.000 ha en la región que pasaron a manos privadas (García Pérez, 1994; Naranjo, 1997). A esta desamortización estatal hay que sumar los efectos de la obra liberal del reparto de baldíos que llevarían a cabo diputaciones y sexmos (especialmente el de Plasencia) en el periodo 1833-1843, y de forma sistemática desde 1837 (Riesco, 2002). En Plasencia se repartieron varios castaños y trozos de terrenos del Sexmo, sin que tan loable pensamiento diera los frutos que se propusieron sus autores (Carreño, 1888)

En el periodo 1859-1889 tuvo lugar la desamortización de Madoz, la más intensa a escala nacional, que afectaba a los bienes eclesiásticos no vendidos en el anterior periodo e incorporaba los de beneficencia, instrucción pública y los propios y comunes de los pueblos. Además de poner en circulación tierras incultas que permitieran amparar el incremento demográfico, la medida estaba motivada por la necesidad de paliar el déficit crónico de la Hacienda estatal. El 80 por ciento del producto de la venta de los bienes de los ayuntamientos se destinaba a comprar títulos de la deuda consolidada al 3 por ciento que se inscribían a favor de los pueblos y el 20 por ciento restante a cubrir el déficit del presupuesto del Estado. Este intento de enajenar por parte del Estado un considerable patrimonio de pertenencia municipal encontró de inmediato un cierto rechazo en los concejos extremeños, cuyos representantes elevaron vehementes quejas a las Cortes, como es el caso del diputado de Badajoz Juan Andrés Bueno: *Mi pobre voz [...] será la voz clamante en el desierto. Alguien había de sufrir las consecuencias de la revolución de julio; alguien había de ser sacrificado por las circunstancias en que se encuentra el Estado, y ese sacrificio, por lo visto, toca a Extremadura [...] he recibido representaciones de 120 pueblos que se oponen a la venta de los propios [...] nos veremos todos los vecinos obligados a emigrar a otros países y marcharnos donde nos den pan.* (Simón Segura, 1973). Sin embargo, esta oposición debía obedecer más al desacuerdo con el modelo establecido para el proceso que con el hecho desamortizador en sí, y las mismas oligarquías locales que se oponían a la desamortización en 1855 se apresuraron por copar las ventas de tierras desamortizadas en las décadas subsiguientes (Linares, 2000). En la Clasificación de 1859 muchos pueblos aparecen poseedores de un extenso patrimonio como Trujillo con 53.776 ha de montes públicos, Herrera del Duque con

Tabla 13. Número y superficie de los montes públicos exceptuados de la desamortización, según la relación de 1862

	Pino		Roble		Total	
	Número	Hectáreas	Número	Hectáreas	Número	Hectáreas
Badajoz	-	-	5	17.715	5	17.715
Cáceres	2	455	90	45.532	93	45.987
Total	2	455	95	63.247	98	63.702

24.591 ha, o Logrosán con 15.672 ha. Nada podrán hacer por salvar su hacienda salvo en las dehesa boyales o en los montes de aprovechamiento común, por entenderse que se trataba de propiedades en régimen genuinamente comunal (Riesco, 2001).

En total en el periodo 1836-1895 se enajenarán 26.451 fincas en Badajoz y 15.640 en Cáceres, y la extensión aproximada que se vende en Extremadura se eleva a unas 800.000 ha: 400.000 de propios, 300.000 del clero y 100.000 de fincas del Estado, Beneficencia y otros (Merino, 1976). Estos procesos desamortizadores no consiguieron un mejor reparto de la propiedad sino más bien un cambio de manos de ésta, que pasará de concejos e instituciones a una burguesía agraria cada vez más poderosa; esto reforzaría el carácter latifundista del campo extremeño, lo que sería denunciado en 1883 por la Comisión de Reformas Sociales (Sánchez Bueno, 2002).

Por otra parte, el peligro cierto que una desamortización indiscriminada revestía para la conservación de las masas forestales, llevó a la incipiente Administración Forestal a intentar que los terrenos forestales de mayor importancia ecológica quedaran exceptuados del proceso y se mantuvieran como montes públicos. Se entendía que los largos plazos asociados a la producción forestal sostenible resultaban poco compatibles con la propiedad privada, siendo la pública, con la debida tutela, la que mejor podría garantizar la pervivencia de los bosques. Su presión logró que el Gobierno encargara la realización en 1859 de la ya mencionada *Clasificación General de los Montes Públicos*. Su elaboración permitiría dictaminar, a la vista de las características de todos los existentes en el país, cuáles no debían pasar en modo alguno a poder de los particulares en razón a sus importantes servicios y utilidad pública (Clasificación, 1859). Este trabajo fue llevado a cabo en un tiempo extraordinariamente reducido por los ingenieros de montes, y con una penuria de medios notoria. La Clasificación constituyó la primera estadística forestal completa a escala nacional, y en Extremadura se basó en los trabajos previos abordados en la década anterior por las Comisarias de Montes provinciales (Estadísticas, 1846-1847). Al defender que la riqueza forestal ganaba más si era administrada por el Estado, se iniciaría una larga pugna desde el Ministerio de Fomento frente al de Hacienda, que era partidario de incrementar las ventas al máximo. Esta etapa se inicia el 5 de junio de 1859, al encomendar la gestión de los montes públicos exceptuados de la desamortización a los ingenieros de montes, pasando a tener todas las atribuciones y deberes que poseían los Comisarios de Montes y creando en todas las provincias Distritos Forestales.

En Extremadura, la Clasificación consideraba que debían ser exceptuados 257 montes, 145 en Cáceres y 112 en Badajoz, que contabilizan un total de 222.315 ha, frente a 548.995 ha correspondientes a 1.205 montes que podían ser enajenados. No obstante, esta clasificación no determinaba a efectos del Ministerio de Hacienda la condición de un monte exceptuado, sino que cuando se promoviera la puesta en venta de alguna finca de monte el Ingeniero del Distrito Forestal debía informar de forma preceptiva al respecto (Calvo, 2003). En ese informe se debían consignar cuestiones como la especie dominante, pues mientras algunas formaciones como robledales, pinares, abetales o castañares se consideraban dentro de la 1ª clase (reservados), otras como fresnedas, olmedas, acebuchares o lentiscas se asignaban a la 3ª clase o enajenable. Las formaciones más extendidas en la región extremeña: encinares y alcornoques entrarían en una clase intermedia en que debía razonarse la solución de cada caso. Aun así, entre los enajenables figuraron varios montes de los Ayuntamientos de Talayuela y Toril donde la especie dominante era el pino (Pinar de Moreno con 64 ha, Baldío del Toril con 391 ha y Bazagona con 555 ha), apareciendo también esta especie como subordinada en otros cuatro predios de Talayuela (Baldío de la Barca, Baldíos de la Barquilla, Dehesa Boyal y Dehesa de Sainejos).

Sin embargo, las extensiones exceptuadas en el conjunto de la nación (6.758.483 ha en 19.744 montes, frente a 3.427.561 ha enajenables en 10.872 montes) debieron resultar excesivas a ojos del Ministerio de Hacienda, y en 1862 el Gobierno adoptó una decisión guiada por criterios económicos

Figura 214. Detalle de algunos de los montes de la villa de Majadas, según los Estados de la Comisaría de Montes, en 1846 (AHPC). En cada monte se consignan las superficies y las especies que lo integran: encinas, alcornoques, quejigos, pinos y robles. Este hecho era capital, pues a la postre determinaría que fueran o no desamortizados: en 1862 el Ministerio de Hacienda estableció que sólo podrían ser exceptuados de dicho proceso los montes de pino, roble o haya de más de 100 ha. A este criterio sólo se acogían en Extremadura 98 montes, una fracción notablemente pequeña del patrimonio municipal de la época.

Villa de Majadas.

blo con arbolados ó sin ellos, punto donde se hallan, su estension superficial ó cabida.
iones.

	CON ARBOLADO.	SIN ÉL.	NUMERO aproximado de árboles.	SUS ESPECIES.	RENDIMIENTOS anuales aproximados.
	200	100	Poblado.	Encina y alg. Alcornoque.	1.000 r. ^l
	650	70	Poblado.	Encina, Quejigo Alcornoque y Pino.	6.500 r. ^l
	1.550	320	Poblado	Encina, Roble y Pinos.	6.000 r. ^l
	700	11	Bien poblado	Roble.	50 r. ^l

y sin el concurso de la Junta Facultativa del Cuerpo de Ingenieros de Montes: introdujo un nuevo condicionante para la excepción a la generalidad desamortizadora, mucho más restrictivo, según el cual sólo podrían exceptuarse los montes de más de 100 ha cubiertos por pino, roble o haya. Incluso, mientras que todos los demás terrenos forestales se declaraban en estado de venta, los poblados por esas tres especies podían ser vendidos mediante la emisión de informes específicos (Calvo, 2003). Este nuevo criterio resultó especialmente gravoso para el patrimonio público extremeño, dominado abrumadoramente por encinas y alcornoques que quedaban fuera de esa excepción. De hecho, en el consiguiente Catálogo de montes exceptuados tan sólo resultaron acogidos a este criterio 98 montes, 93 de ellos en Cáceres y sólo 5 en Badajoz, es decir, respectivamente el 65 por ciento y el 1,7 por ciento de los exceptuados en la Clasificación de 1859 (Catálogo, 1864-1866). En total, la superficie exceptuada se reducía a 63.702 ha, lo que representaba poco más del 7 por ciento del patrimonio municipal regional de 1855 (Linares, 2000). Dos de los montes cacereños tenían al *Pinus pinaster* por especie dominante (el Pinar del Moreno, de Talayuela, que aumenta su superficie a 352 ha y el pinar de Descargamaría con 103 ha en el Catálogo de 1864, pero que aparecía con sólo 7 ha en la Clasificación de 1859), estando los restantes ocupados por los robles que son consignados bajo una gran diversidad de especies como *Q. pedunculata* Willd. (roble), *Q. sessiliflora* Smith. (roble común), *Q. cerris* L. (roble rebollo), *Q. pubescens* Willd. (roble tocio), *Q. humilis* Lam. (roble enano) y *Q. lusitanica* Lam. (roble quejigo). Tales asignaciones se incrementan con una más en el Catálogo de Badajoz (1864) al identificar como *Quercus tozza* Bosc. a las denominadas "matas de roble". Esta situación muestra la complejidad del género y justificaba la necesidad de abordar el estudio científico de la flora forestal. Al margen de los cambios habidos desde entonces en la nomenclatura de tales especies, es más que probable que muchas de las atribuciones a robles atlánticos respondieran a un error de identificación. No obstante, también es cierta la necesidad de justificar con las especies de robles el carácter de excepción desamortizadora que llevó a los ingenieros a "falsear" intencionadamente los datos de especie dominante, mayorando su importancia respecto de la realidad. En la provincia de Cáceres, por ejemplo, en la Clasificación de 1859 sólo se contaban entre los exceptuados 31 montes que tenían robles como especie dominante, mientras que en el Catálogo de 1864 aparecen 95 montes en la misma condición.

Lo reducido del valor de la superficie finalmente exceptuada habría de resultar especialmente gravoso para la conservación de muchos bosques y dehesas extremeños. En general el destino de la mayor parte de los montes privatizados y vendidos pasaba por talas intensas (con cuyo valor a menudo se amortizaba el desembolso de la compra) seguidas de dedicación agrícola o ganadera (Manuel & Gil, 1998). En las montañas del norte, el paso del comunismo a la propiedad privada de la mayor parte del monte orientó a fines distintos la producción de notables extensiones de terreno adquiridos en la desamortización por un reducido número de vecinos, y la superficie de bosque maderable se redujo notablemente (Cruz Reyes, 1983). Los comentarios de los ingenieros de montes denuncian



Figura 215. Los episodios bélicos, las crisis económicas y las nuevas orientaciones políticas de la primera mitad del siglo XIX determinaron la ruina y el abandono de los dos principales monasterios extremeños: Yuste y Guadalupe, lo que determinaría importantes cambios en el paisaje de sus alrededores que han perdurado hasta hoy. De Guadalupe se lamentaba Guzmán (1870) que "sus montes vuelven a estar áridos y escuetos, y las malezas y los incultos arbustos ocupan el lugar antes fecundo en pacíficas olivas, risueñas vides y succulentos frutales". A las inmediaciones de Yuste corresponde esta imagen, donde se aprecian los antiguos olivos muertos en los bancales apenas reconocibles, de los que se ha adueñado un bosque de robles y castaños.



Figura 216. Pino piñonero de excepcionales dimensiones al sur de la ciudad de Badajoz, residual entre zonas de cultivo y dehesas claras. En 1883 se propuso la inclusión en el Catálogo del denominado "Baldío Pinar", en esta misma zona, cuyo vuelo de pino pertenecía al Ayuntamiento de dicha ciudad. Sin embargo, finalmente no se incorporaría al Catálogo de 1901, por considerarse que los Quercus que acompañaban al pino no eran especies exceptuadas... y se produjo su incautación y venta. Las cortas y las roturaciones que se sucedieron eliminaron la mayor parte del arbolado de entonces, permaneciendo sólo algunos pinos "testigos" y brotes de encinas y alcornoques.

este proceso destructivo, que se veía agravado por el hecho de que los delegados provinciales de Hacienda ignorasen tanto sus recomendaciones como las disposiciones desamortizadoras y enajenaran numerosas propiedades que deberían de haber sido exceptuadas (Linares, 2000). Estos hechos y las imperfecciones del primer catálogo llevaron diversos trabajos para su rectificación. Para ello la Real orden de 8 de noviembre de 1877 mandaba formar diferentes relaciones, que daban pie a proponer incluir nuevos montes en el Catálogo o por el contrario enajenar otros. Se pretendía también formar relaciones de las dehesas boyales exceptuadas y de los montes públicos que por impropios para el cultivo agrario permanente fueran susceptibles de repoblación. En numerosos partidos judiciales extremeños se promueven estos trabajos, que intentan, especialmente en el caso de Badajoz, "recuperar" parte de aquellos montes que se habían considerado exceptuados en 1859 pero que no pudieron incluirse en el Catálogo de 1864 por no tener roble ni pino. Resulta llamativo el caso del monte "Baldío Pinar", cuyo vuelo de pino piñonero pertenecía al Ayuntamiento de Badajoz; no habiendo sido incluido en las relaciones anteriores por ser el suelo de propiedad particular, en 1883 se propone su inclusión en el Catálogo. Suerte contraria correrían las 78 ha de pino negral de la dehesa del Centenillo, en término de Talayuela, que se declararían enajenables mientras el resto de la

Tabla 14. Evolución (número y superficie) de los montes exceptuados de la desamortización en Extremadura

		Clasificación de 1855		Catálogo de 1862		Catálogo de 1901	
Partido Judicial		Num	ha	Num	ha	Num	ha
Badajoz	Alburquerque	1	650				
	Almendralejo	10	8.847				
	Badajoz	0	0				
	Castuera	2	1.803				
	Don Benito	6	19.346				
	Fregenal	6	5.053				
	Fuente de Cantos	14	15.378	1	451	1	863
	Herrera del Duque	8	19.263	4	17.264	18	38.747
	Jerez de los Caballeros	14	4.416				
	Llerena	12	11.459				
	Mérida	8	1.959				
	Olivenza	21	12.053				
	Puebla de Alcocer	7	9.092				
	Villanueva de la Serena	0	0				
	Zafra	3	1.362				
	Total Badajoz	112	110.681	5	17.715	19	39.610
Cáceres	Alcántara	8	7.355				
	Cáceres	5	3.040				
	Coria	16	10.633	2	821	0	0
	Garrovillas	4	4.210				
	Granadilla	32	5.774	14	2.659	8	3.164
	Hoyos/Jarandilla	9	2.162	33	24.658	48	25.816
	Logrosán	6	8.393	20	7.459	12	7.867
	Montánchez	7	5.983	2	226	2	226
	Navalmoral de la Mata	7	7.022	11	6.843	6	2.440
	Plasencia	11	1.822	11	3.321	11	2.679
	Trujillo	28	19.383				
	Valencia de Alcántara	12	35.857				
	Total Cáceres	145	111.634	93	45.987	87	42.192
Total Extremadura		257	222.315	98	63.702	106	81.802

dehesa se mantenía entre los exceptuados, e igualmente sucedió con otros predios con arbolado de pinos y *Quercus* en Casatejada o Majadas (Rectificación, 1877-1896). Ello supondría su venta y, a la postre, la desaparición de su vuelo, hoy convertido en cultivos de regadío (Sánchez Marroyo, 1993; Quijada, 1998b).

Estas y otras modificaciones cristalizan en la publicación de un nuevo Catálogo en 1901, donde se establecen firmemente los conceptos y bases legales de la utilidad pública de los montes que ha llegado a nuestros días. El número (106) y la superficie (81.802 ha) de los montes en él incluidos superan sus equivalentes de 1864, aunque sin acercarse a los iniciales de 1859. El mayor incremento corresponde a Badajoz, en concreto a la comarca de Los Montes (Fuenlabrada, Villarta, Helechosa, etc.), donde se incluyeron más de 20.000 ha. y 14 montes a mayores (Catálogo, 1901). En cuanto al citado Baldío Pinar de Badajoz, no llegó a aparecer en este nuevo Catálogo: en el Boletín Oficial de la Provincia de Badajoz, a 8 de mayo de 1891, encontramos la siguiente Real Orden: *“Visto el expediente, instruido a instancia del Ayuntamiento de Badajoz, en solicitud de que se elimine del catálogo de los exceptuados de la desamortización el monte denominado “Baldío del Pinar” cuyo vuelo pertenece a dicha capital y el suelo es de propiedad particular: ...aun cuando antes era el Pino piñonero la especie dominante en el monte de que se trata, hoy deben considerarse como tales el alcornoque y las encinas que con poderosa fuerza vegetativa han invadido dicha finca: Considerando que las encinas y el alcornoque no son especies arbóreas exceptuadas con arreglo al art. 2º de la ley de 24*

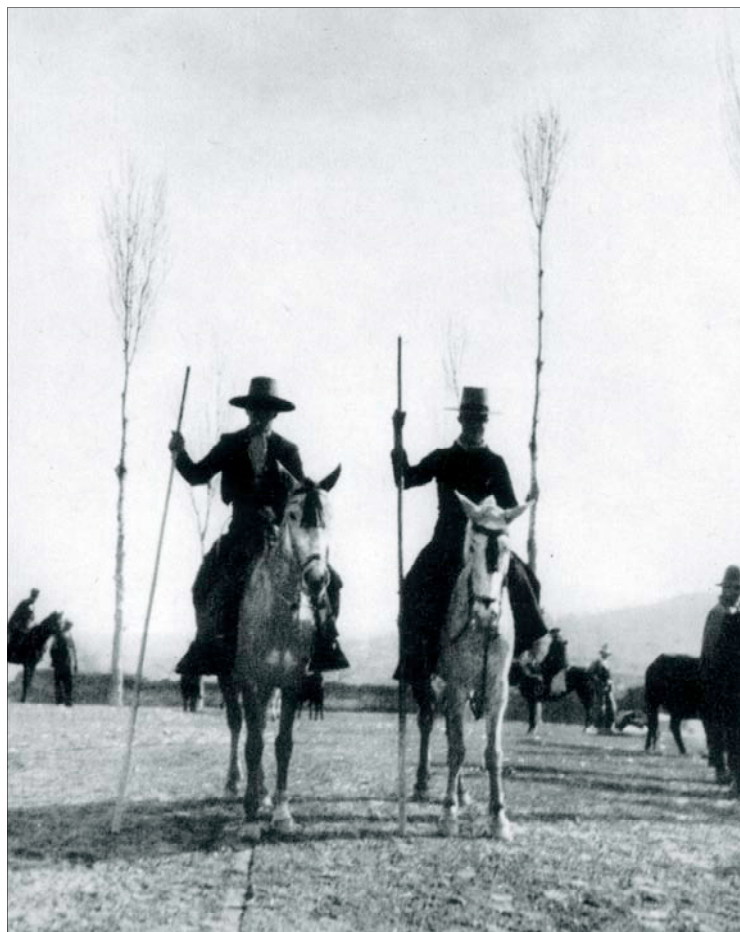


Figura 217. Ganaderos en una feria de ganados en los alrededores de Plasencia, hacia 1920 (Foto de R.M. Anderson). La escasez de arbolado en muchas zonas debía de ser patente en el siglo XIX. Obsérvese la dura poda (escamonda) a que han sido sometidos los chopos, para aprovechar su ramón.

de Mayo de 1863; S.M. el Rey (q.D.g.) [...] se ha servido disponer que se declare enagenable el monte "Baldío del Pinar" y en consecuencia que se excluya del Catálogo de los exceptuados de la desamortización a fin de que pueda procederse a su incautación y venta..." Hoy ese pinar prácticamente ha desaparecido, pero quedan numerosos rodalillos y pies dispersos de monumentales ejemplares de *Pinus pinea*, dispersos en una matriz de campos de cultivo y matas de encina, que nos recuerdan la existencia de aquél bosque que cedió a las roturaciones propiciadas por la desamortización.

EL CAMPO EXTREMEÑO EN EL XIX: ROTURACIONES Y AGRONOMIZACIÓN DE LA DEHESA

La extensión del labrantío a fincas con vegetación arbórea o arbustiva fue el ideal agronómico durante siglos; el efecto inmediato del ahuecamiento incrementaba la producción de bellota y permitía el desarrollo del cultivo instalado. Así lo explicita el proyecto de roturación ideado por Pedro Sánchez Dábila, vecino de Cabeza del Buey (Badajoz), a finales de los años setenta del XVIII, que alega que los montes de Extremadura *están llenos de chaparros, los que, guiados y limpios de la vegetación de monte baxo, con mucha facilidad, vendrán a hacerse enzinas; en cuio caso podrá creerse, sin dificultad, que ese fruto de bellota será proporcionalmente abundante y, tanto, que excederá a el crecido que en el día produze aquella fertilísima provincia, pues las dehesas de monte hueco que vendrán a criarse por esta disposición serán de mayor número y cavida que las que existen en el presente tiempo* (Linares, 2001). Sin embargo, la actuación poseía una doble vertiente, pues desde la óptica agrícola el árbol no dejaba de constituir un obstáculo al laboreo y una merma de espacio: la finca se orientaba exclusivamente al cultivo herbáceo, y al no cuidar la regeneración, era cuestión de años la desaparición del arbolado salvo en refugios o linderos (Rubio Recio, 1999).

El vacío legal que impera durante las guerras napoleónicas permitirá que los agricultores roten cuanto quieran. En 1813 las Cortes de Cádiz reducen a dominio particular los baldíos y otros terrenos comunes, y con la desamortización de Madoz de mediados de siglo, las comunidades rurales perderán gran parte de su patrimonio colectivo, lo que radicalizará aún más las posiciones del campesinado. Las tensiones sociales en el campo ya no se volverán a plantear como un enfrentamiento entre cultivadores y ganaderos privilegiados, sino como una lucha entre propietarios del medio de producción, la tierra, y aquellos que se encuentran en situación más precaria, pequeños propietarios, arrendatarios y jornaleros (García Sanz, 1978).

Figura 218. Roturación de matorral y monte bajo, respetando algunas matas de encina, en una ladera en la Sierra del Hospital del Obispo. La crisis de la Mesta y la caída de la trashumancia, a principios del XIX, "liberó" de la necesidad de pastos a buena parte del territorio extremeño, coincidiendo con un alza de la necesidad de tierras para la agricultura. El proceso desamortizador facilitó el acceso del arado a numerosos montes y dehesas, que fueron roturados y ganados para la labor.



Desde los últimos compases del siglo anterior, la actividad trashumante manifestaba signos de claro decaimiento, motivado esencialmente por las crisis de mercado y la paulatina pérdida de privilegios mesteños a causa de los conflictos sociales. La merma de su antiguo poder se inició en 1779 cuando se prohíbe a los ganaderos trashumantes aprovechar los pastos de los viñedos y olivares tras la recogida de la cosecha; le sigue en 1788 que los propietarios tengan la facultad de cerrar sus campos para impedir la entrada del ganado. En 1795 Carlos IV suprime la jurisdicción especial de la Mesta y establece su sometimiento a la ordinaria. Más tarde, en 1813, se deroga el sistema de tasación de pastos y el derecho de posesión, clave de toda la legislación favorable a la ganadería trashumante sobre la estante y la transterminante, que había frenado el aprovechamiento agronómico y consumido poco a poco la riqueza forestal que poseyeron.

Otro de los aspectos que afectaron a la trashumancia fue la extracción del ganado merino español durante la etapa napoleónica, al permitir la formación de cabañas en otros países que supondrán el fin del monopolio lanero ibérico. Tanto franceses como ingleses contaron con la colaboración de los especuladores del momento, entre los que se incluían ganaderos como el duque de Campo-Alange, ministro de Negocios Extranjeros del gobierno de José I y propietario de una de las cabañas trashumantes más reconocidas. La cabaña del monasterio de Guadalupe, que a fines del siglo XVIII contaba con más de 20.000 cabezas, en 1813 sólo tenía 2.909 (García Sanz, 1978). Las extracciones de ganado y los pillajes que uno y otro bando hicieron en los rebaños contribuyeron a su merma, lo que dio un descanso a las masas forestales y se abrió la posibilidad de regeneración de sus bosques.

Un alcalde mesteño, Manuel del Río, certifica en 1828 *que en el año 1808, durante la guerra con Napoleón, desapareció el servicio pastoril; se disiparon las mejores cabañas leonesas; la guerra consumió mucho ganado, pero la mayor parte mudó de mano: los Extremeños se hicieron trashumantes y aún continúan*. De este decaimiento es consecuencia y causa la abolición definitiva de La Mesta en 1836. Recoge Madoz (1847) *que se mantiene mucho ganado lanar estante y trashumante, aunque ambos han venido muy a menos*. Este descenso se comprueba al comparar el total de ganados trashumantes que pasaron los puertos de recuento de la Corona de Castilla fueron 2.694.032 cabezas en 1563, que se reducen a 1.522.495 en 1824, y considerando sólo los pasos estratégicos del Sistema Central a la Tierra de Coria, el lanar descende en más de un 65 por ciento entre mediados del XVIII y finales del XIX (García Martín, 1985).

La crisis de la explotación mesteña (a la par que la de la monarquía absoluta) abrió una larga e intensa etapa de roturación en la zona de la dehesa que la reforma agraria liberal se encargaría de apuntalar con la liberalización de buena parte de la superficie desamortizada, la redefinición general de los derechos de propiedad y la férrea protección a la producción cerealista nacional (Linares y Zapata, 2003). Estos rompimientos de tierras se intensificaron en fases concretas del siglo, como



Figura 219. Dehesa de alcornocal en Jerez de los Caballeros. Varias rodajas de encina estudiadas en la zona han determinado que la zona sufrió incendios más o menos generalizados en 1809 (Vázquez Pardo et al., 2001). Episodios bélicos como la Guerra de la Independencia supusieron una época en que abundaron los incendios, las tallas incontrolladas y el pillaje, implicando importantes agresiones al arbolado.

durante la Guerra de la Independencia, en los momentos de caída de rentas de los años veinte o en los años de aparición de plagas de langosta, pues se debían roturar las fincas para evitar la propagación de la plaga (Sánchez Marroyo, 1999). Ya la disposición de 1793 supuso que en los diez años siguientes en la Tierra de Cáceres se roturasen casi 20.000 fanegas (unas 10.000 ha) de tierra pertenecientes a dehesas de particulares (Melón Jiménez, 1989). Puede decirse que a lo largo de la primera mitad del XIX tiene lugar una "agronomización" de la dehesa extremeña, lo que no supondría sin embargo la quiebra de la actividad pecuaria, sino una reconversión de la cabaña: *los rebaños cada vez disponen de menos superficies baldías, incultas, para su apacentamiento, y cada vez aprovechan más rastrojeras, barbecheras y eriazos* (García Sanz, 1994).

Este nuevo episodio deforestador encuentra nuevas voces que lo delatan. En el Interrogatorio de bienes de Propios de 1851, los pueblos de la provincia de Badajoz ponen de manifiesto el arrasamiento masivo del arbolado desde los primeros lustros del XIX, en primera instancia por efecto de los saqueos realizados durante la guerra, y en segunda y con mayor gravedad a consecuencia de los nuevos rompimientos (Linares, 2001). El erudito Matías Ramón Martínez (1892) estima que la riqueza forestal de Jerez de los Caballeros había ido *en continua decadencia*, lo que había ocasionado tal decremento en la producción histórica de las montaneras de sus dehesas, que no se llegaban a alimentar 15.000 cerdos, frente a los más de 80.000 de 1554. Y ello no era más que una parte del problema, pues *ya no se encuentran en el término ciervos, corzos ni jabalíes, que en otros tiempos eran abundantes [...] hasta los conejos, perdices y palomas van escaseando, por la mucha persecución de que son objeto y la poca defensa que tienen con motivo de la roturación de los terrenos adehesados*. Sólo la Clasificación de los Montes Públicos Exceptuados (1859) y el posterior Catálogo (1864) supondrían un cierto freno en esa tendencia roturadora desarrollada tras la desarticulación de la Mesta, del proceso desamortizador y del ideal autárquico (Rubio Recio, 1999).

A pesar de ello, la importancia de la ganadería en el campo extremeño seguía siendo fundamental, especialmente en la provincia de Cáceres. En su Diccionario Geográfico denuncia Madoz este problema y lo vincula con el gran problema del latifundismo absentista: *el suelo de la audiencia de Cáceres es uno de los más privilegiados de España; y sería sin duda el más rico, si hubiera mayor apego al trabajo, si la agricultura se hallase más adelantada, y más subdividida la propiedad [...] Apenas se encuentran jardines ni huertas; ni se conocen, casi, las moreras, el cáñamo y el lino [...] Casi todo el terr. de Extremadura corresponde a grandes propietarios, que hallan más cómodo dejar las tierras destinadas a pastos, con lo que se enriquecen sin necesidad de gastar en labores con notable perjuicio de sus convecinos.*" (Madoz, 1847). Algunos pensadores consideran "poco estratégica" esa dedicación pascícola preferente, decantándose por la necesidad de reducirla a favor de la actividad agrícola. Barrantes (1875) cita unas reflexiones del gobernador de Cáceres don Felipe Nasarre: *son 1.612.989 fanegas el territorio de la provincia de Cáceres destinado a pastos, cifra inmensa, asom-*

Figura 220. El incremento de las rozas en el tercer cuarto del siglo XIX, facilitado por la desamortización, supuso la transformación de grandes superficies de "monte pardo". Comoquiera que se respetaba determinado número de pies o matas de encina o alcornoque por fanega de siembra, este proceso implicó el aumento del "monte hueco", y probablemente el "nacimiento" de nuevas dehesas. Los análisis de edades llevados a cabo por Plieninger et al. (2003) apuntan a que gran parte de las dehesas actuales fueron originadas en este periodo. En la imagen, monte pardo de jara con regenerado de encina (a la izquierda) y, en la propiedad colindante, monte hueco de encina gradeado, en Villarta de los Montes.



bro de propios y extraños, que en ningún país del mundo, incluso Sajonia, tiene semejante. La de Badajoz [...] y la de Ciudad Real [...] apenas exceden de la mitad de Cáceres, y figuran a la cabeza de los de España. [...] es también la que más peligro corre y más atención requiere de los gobiernos, porque su gran riqueza pecuaria puede anularse en un día, si la exportación de ganado de los Estados Unidos, que ya pone en los mercados de Europa carne a 3 reales/kg, sigue tomando el desarrollo colosal que ofrece....

La desamortización permitió el acceso particular a numerosos montes que pronto fueron objeto de roturación y ahuecamiento. Las innovaciones agrícolas estimularon la ampliación de las roturaciones, ampliaron la superficie potencialmente cultivable y redujeron el espacio de las tierras marginales y el efecto de los cultivos de rapiña. La nueva superficie cultivada en Extremadura se acercó a 1,5 millones de hectáreas, debió aumentar el número de dehesas, y se amplió el monte hueco a costa del pardo (Linares y Zapata, 2003). De forma entusiasta elogiaba este proceso Paredes (1875) *Desde que, por efecto de la desamortización, vinieron a poder de los particulares los extensos montes que cubren [...] gran parte del territorio de la provincia, ha mejorado notablemente el aprovechamiento de su suelo y vuelo. [...] Hoy se cuidan con esmero los montes; al par que la mejora de su suelo, por medio de precavidas rozas y enérgicos descuajes, que los limpian de la broza, dejándolos expeditos y en condiciones adecuadas para una provechosa producción [...] concediendo al descuajador, en cambio de su trabajo, el derecho de sembrar durante varios años la tierra que descuajare...*

Sin embargo, otro efecto de la desamortización, tal vez el primero, fue el incremento de la cabaña ganadera, por la mayor facilidad de incrementar el número de animales que la capacidad de labrar el territorio enajenado. Este aspecto se puede deducir de la comparación de la cabaña ganadera entre 1858, año en que la desamortización de Madoz no se ha llevado a cabo y 1865, momento en que se cuenta con varios años de ventas (Tabla 15). Destacan los aumentos generalizados en todos los animales, siendo menor en el vacuno (20 por ciento) y lanar (38 por ciento) y destacando el de cerda con un incremento del 250 por ciento. Si el censo de 1865 recoge todavía más de dos millones de ovejas, en 1891 se estiman en 1,557 millones y en 2,341 millones el de cabezas de las distintas cabañas (Estadísticas, 1991), cifras más cercanas a los años anteriores a la desamortización. El descenso fue el resultado de la progresiva puesta en cultivo que se efectúa en los montes públicos de vocación ganadera tradicional. La disminución también se percibe en la de los seculares conflictos entre labradores, ganaderos y propietarios, aunque en algunos lugares se mantendrán hasta



Figura 221. Las cortas a hecho sobre las matas de roble y el posterior pastoreo intenso con ganados menores, sobre todo cabríos, llegó a conformar en muchas zonas una formación amatorralada de rebollo, que constituía una suerte de pasto leñoso que alfombraba el suelo. Este ejemplo, de Garganta la Olla, constituye ya algo excepcional en el paisaje de nuestros días.

Tabla 15. Censo de la ganadería en Extremadura (1)

	1858			1865		
	Badajoz	Cáceres	Extremadura	Badajoz	Cáceres	Extremadura
caballar	14.331	8.975	23.306	23.390	16.006	39.396
mular	29.101	8.628	37.729	39.681	15.362	55.043
asnal	46.115	17.887	64.002	61.478	40.508	101.986
vacuno	51.310	62.643	113.953	62.674	74.212	136.886
lanar	1.265.981	510.981	1.776.962	1.689.861	762.901	2.452.762
cabrío	178.377	224.295	402.672	254.374	343.456	597.830
cerda	182.867	90.074	272.941	440.507	241.397	681.904
Total	1.768.082	923.483	2.691.565	2.571.965	1.493.842	4.065.807

Fuente: Anuario Estadístico de España, 1859. Censo de la Ganadería de España, 1868

entrado el siglo XX. En Cáceres, se registraban en 1859 95.985 ovejas transterminantes y 85.931 trashumantes, frente a 582.744 estantes, es decir, el 24 por ciento practicaba movimientos estacionales, y sólo un 14 por ciento de largo recorrido (Guzmán, 1870). El ancestral enfrentamiento con los vecinos en algunas zonas de invernada persistió hasta este siglo. En el "Avance sobre la riqueza pecuaria en 1891", la provincia pacense denuncia que: *Aquellos innumerables rebaños que antiguamente venían de León, Palencia, Burgos y Segovia, a aprovechar los pastos desde los meses de octubre hasta abril [...] hoy ya casi por completo han desaparecido*. En ese momento sólo el 3,6 por ciento de la cabaña lanar pacense practicaba la trashumancia de largo recorrido (Terés et al., 1995).

Esta "agronomización" de la dehesa debió proporcionar buenos resultados económicos, y el siglo terminaría con llamadas a seguir completando el proceso, en una nueva fase de *conquista agrícola* similar a la protagonizada a finales del siglo XVII. En una encuesta de 1902 se solicitaba que los diferentes Ayuntamientos den su opinión acerca de las soluciones más urgentes a tomar para paliar la deficiente situación socioeconómica del campo cacereño: la opción más elegida es la de promover el uso de abonos minerales, seguida del aumento de vías de comunicación, los regadíos y la roturación

Figura 222. Alcornocales en las proximidades de Logrosán, en diversas situaciones (sobre pasto, cultivos o monte de matorral). El valor del alcornoque para la producción corchera, creciente a lo largo del siglo XIX, libró a la especie de muchos descuajes. No obstante, su representación ya había sido notablemente mermada. Como apuntaba Rivas Mateos (1931): “fue en tiempos el árbol más abundante y extendido por la provincia. [...] Hoy, aunque escaso, nótase en los alcornocales un predominio que llega en determinadas localidades a ser absoluto de individuos jóvenes; esto es debido a que los primitivos bosques de alcornocales fueron destruidos, teniendo que hoy ir apostando los nuevos retoños de las especies que fueron destruidas”.



de nuevos terrenos, en concreto de las dehesas boyales (Sánchez Bueno, 2002). En un artículo expresivamente titulado *La conquista de los jarales*, Pacheco (1889) incita a lograr el paso del territorio extremeño al dominio útil agrario:

«Debe hacerse por la guerra al matorral, y en especial a los jarales, convirtiéndolos en bosques y dehesas, los no apropiados a otro cultivo; [...] el matorral debe ascender a bosque, cosa fácil en la mayoría de los casos en que no hay más que descuajar el jaral y guiar las matas útiles para su conversión en árboles [...] El problema agrícola extremeño [...] no es más que la conversión del matorral en bosque y dehesa. [...] El esfuerzo colectivo y la división del trabajo deben actuar en la conquista de los jarales».

EL SIGLO XX

LA CUESTIÓN DE LAS HURDES Y LAS PRIMERAS REPOBLACIONES FORESTALES

En el noroeste cacereño se ubica un territorio de acusada personalidad, formado por una agrupación de valles abruptos que fue adscrito a principios del siglo XII a la recién fundada villa de Granada (más tarde Granadilla), en tierras del Duque de Alba. Posteriormente su Concejo acordó, en 1288, la cesión a La Alberca de los valles más septentrionales, que constituían *la dehesa de Jurde*, mientras que retenía el dominio sobre los meridionales, algo más desahogados, de *la dehesa de lo Franqueado*. Con la división territorial de 1833, ambas regiones resultaron adscritas a la provincia de Cáceres, salvo el valle más septentrional, el de Las Batuecas, que se mantuvo en el término salmantino de La Alberca. La comarca fue históricamente reputada como mísera, especialmente en el caso de la dehesa de Jurde (o de Hurdes), donde La Alberca ejercía una suerte de feudalismo tiránico en que exigía desproporcionados impuestos a los habitantes de las pobres alquerías a quienes cedía pequeñas porciones de terreno en enfiteusis.

A lo largo de las últimas décadas del XIX fue creciendo el interés por la región, desde próceres regionales altruistas hasta intelectuales foráneos. En la mayoría de los casos las descripciones de la comarca estaban influidas por un rotundo juicio previo negativo y afectado por el tenebrismo habitual en la época. Es el caso de la presentada por Egozcue y Mallada (1876) en la Memoria geológica de Cáceres: *Este país, sobre el cual tantas fábulas se han escrito, es uno de los más míseros de España. Todo en él es mezquino. Agrupados los montes de manera que estrechan sus hondas cañadas sin dejar riberas intermedias de alguna importancia, el cultivo agrícola es de poca consideración, y tampoco se encuentran grandes bosques en sus ásperas laderas, cubiertas de descarnadas lajas de pizarra, entre las cuales crecen brezos, madroños, lentiscos y otros arbustos, cuyos brotes son el único sustento de enanas y macilentas cabrillas. Decrépitos castaños, algunos endeble olivos, y un corto número de árboles frutales rodean sus tristes alquerías, hechas la mayor parte con trozos de pizarra en seco y del mismo aspecto que las más tristes cabañas.*



Figura 223. Panorámica de la cabecera del valle del río Hurdano (en primer plano, Casares de las Hurdes y Carabusino). Desde las últimas décadas del siglo XIX, la comarca de las Hurdes concitó el interés de intelectuales, médicos y benefactores, que intentaban atajar el problema de subdesarrollo de la misma, con análisis que en ocasiones se acercaban más a la leyenda que a la realidad. A principios del siglo XX, el rey Alfonso XIII, junto con Gregorio Marañón y otros hombres ilustres, visitó la región para comprobar in situ la gravedad del problema.

En la Sociedad Geográfica de Madrid en 1890, el historiador extremeño Vicente Barrantes (1893) criticaba lo exagerado de esa visión dieciochesca y a lo largo de la década las instituciones eclesiásticas encabezaron una serie de intentos de mover la conciencia de personajes importantes y organismos para remediar la miseria de la comarca. El "problema hurdano" es analizado por toda suerte de intelectuales, dando pie a una saga de artículos, ensayos y libros de viajes: Bide (1892), Blanco Belmonte (1911), Unamuno (1922), Legendre (1927), etc. Luis Buñuel da al atraso de la comarca el protagonismo de su documental "Tierra sin pan" en cuyas vistas se aprecia el grado de deforestación de las sierras. Progresivamente las descripciones van dejando de lado el ingrediente de fábula, y tratan de ahondar en la raíz de los problemas y en proponer soluciones. Algunos autores resultan especialmente drásticos, como es el caso de González de Castro (1903), que considera la región como un *territorio baldío incapaz de sustentar al hombre civilizado*, y que con el convencimiento de que *cuantos recursos allí lleve la caridad o el Estado, se agotarán sin beneficio para nadie*, no propone sino su despoblación forzosa: *De las alquerías jurdanas, que no quede piedra sobre piedra [...] allá en los desiertos ingratos del brezo y de la jara, donde la vegetación se muere por falta de tierra y agua, bajo un sol africano que hace saltar fragmentos de pizarra [...] ese campo estéril no produce ni producirá jamás otra cosa que madroños, y en tanto, esperan brazos robustos los fértiles campos de nuestra hermosa Extremadura*. No sería éste desde luego el caso de Francisco Jarrín, obispo de Plasencia, que promovería multitud de iniciativas en pro de la comarca, desde la construcción de escuelas, puentes y acueductos a la publicación de revistas (*Las Jurdes*, desde 1904), la celebración de congresos o incluso la fundación de una Sociedad regeneracionista específica para encauzar estas acciones: "La Esperanza de Las Jurdes", en 1903.

Este cúmulo de análisis pronto repararía en la escasez de arbolado de la tierra jurdana, tras siglos de una explotación basada en la quema de montes para permitir rozas de subsistencia, dar pasto a los hatos de cabras y favorecer profusas floraciones de matorral para el sostenimiento de las abundantes colmenas. Producciones, todas ellas, que no habían permitido el desarrollo de la comarca. Las alternativas económicas que se consideraban posibles para ayudar a la región a salir de la miseria son escasas, y se centra la atención en la falta de bosques que contrasta con la disposición de sus terrenos para mantenerlos. Como apuntará el ingeniero de montes Pérez Argemi (1921):

«La codicia y la ignorancia de los pastores han destruido la riqueza forestal, quemando los árboles, dejando limpias las superficies carbonizadas, en las que las cepas que quedan no brotarán jamás. Las llamas que destruyeron las semillas han consumido las raíces que apriaban la tierra, han quemado el manjar de las abejas y han abierto paso al pedregal, que avanza como ola de muerte sobre la yerba destrozada. Las lluvias y los vientos han completado después la obra destructora del fuego, arrastrando por las laderas la tierra vegetal»

La toma de conciencia de la necesidad de aumentar la superficie forestada fue promovida por "La Esperanza de Las Jurdes" desde sus orígenes. Para ello, trata de estimular la valoración del arbolado entre los jurdanos, por lo que establece incentivos para su expansión: *al cumplirse un año de su creación [...] ya su acción benéfica se dejaba sentir en el señalamiento de premios a los plantadores de*

Figura 224. Aspecto general del pinar de Horcajo a principios del siglo XX (Pérez Argemí, 1921). Debía contar entonces con unas 1.000 ha. La persistencia de ésta y otras representaciones de *Pinus pinaster* en la comarca (Cambroncino y Descargamaria, sobre todo) animó a conferir a esta especie el protagonismo de la acción repobladora que se pretendía abordar. En la foto también se aprecian en primer plano unos pinos quemados, que parecen representar la gran amenaza que luego se cebó sobre los pinares. Se observa también la intensa deforestación de la ladera del fondo.



pinos y de alcornoques (Blanco Belmonte, 1911). Se suministraron semillas a los particulares interesados en efectuar plantaciones, que si bien rara vez alcanzarían gran entidad superficial, presentaban restos reconocibles a mediados del siglo. Butler (1953) atribuiría a estas iniciativas el llamado pinar de Juan Pérez, en Pinofranqueado. Además de los premios al cultivo arbóreo, se castigaba con sanciones y censuras sociales a los que destruían toda clase de arbolado, lo que debió contribuir a la supervivencia de algunas manchas forestales autóctonas que aún aparecían en la comarca: *A esa campaña se debe principalmente que no se hayan destruido del todo los hermosos pinares de Horcajo y Cambroncino* (Pérez Argemí, 1921). Entre las conclusiones del Congreso Nacional de Jurdanófilos de 1908 destacaban las que se encaminaban a lograr el fomento de la arboricultura y en especial el de los pinares, fomento al que el propio Blanco Belmonte (1911) trató de contribuir cuando en su visita de 1910 hablaba con los vecinos de Las Mestas y les refería *con entusiasmo el bienestar de que disfrutaban los pueblos de la Comunidad de Coca gracias a los cuatrocientos veinte mil pinos resinables que constituyen un tesoro nacido en los arenales de aquella meseta castellana*.

El catedrático Miguel de Unamuno viaja desde Salamanca a Las Hurdes en 1913, acompañado de Jacques Chevalier y de Maurice Legendre. Entre las impresiones que publicó destaca la que muestra un comportamiento que es atávico en el mundo rural y, a la larga, dificultaría el proceso que se inicia (Unamuno, 1922):

«Por todas aquellas abruptas faldas había grandes manchones de quemado, para que el brezo retoñe más lozano. Pero queman también los pinares, los persiguen. Es decir, cuando son del común, cuando el Concejo los hubo plantado, no cuando son de particulares. Hay lo de que los cabreros son los enemigos más acérrimos del arbolado; pero hay también la guerra a la propiedad comunal. El hurdano es radical y fundamentalmente individualista. Como que por eso pena y brega allí y apenas emigra, y si emigra vuelve»

Pese a esta visión, en los regeneracionistas ganará la idea de *ser necesario transformar el medio natural que al hurdano rodea y que para ello la propaganda más constante y tenaz debe ser la plantación de árboles [...] que en el ánimo de todos los hurdanos agarre la idea de que el árbol ha de proporcionarles no sólo una importante y segura riqueza material, sino que trocará en saludable este clima hoy tan malsano, hará más apacible el ambiente, y llevando al paisaje las alegres perspectivas del arbolado, transformará en activo y generoso el apático carácter de sus habitantes [...] es preciso que en breve tiempo el árbol invada las Hurdes de uno a otro extremo; que se vea prosperar al árbol en las laderas pizarrosas y en las cabezas de los torrentes; en las peladas cimas de los montes y en toda tierra que no permita otro cultivo* (Sánchez Rodrigo, 1927).

Pero sin duda uno de los testimonios más exaltados de patriotismo es el realizado por Pérez Argemí (1921), que en la dedicatoria de su obra "Las Hurdes", dirigida al Rey Alfonso XIII advierte: *Se trata de una obra de saneamiento moral y material para llevar al tugurio hurdano alientos de nueva vida; [...] se intenta transformar esa mísera región en próspera comarca, creando una gran riqueza por medio*



Figura 225. Primera página de la revista "Hurdes", en diciembre de 1927. En ella solían recogerse ideas o iniciativas en pro de la mejora de la comarca. El título del artículo inicial es suficientemente expresivo, y traslada una idea entonces ampliamente extendida y asumida: que la repoblación forestal se configuraba como una herramienta especialmente útil para cambiar las condiciones de vida de la comarca y de sus habitantes, tanto por el elevado empleo que sería necesario para las plantaciones como por el futuro aprovechamiento de que podían ser objeto.



Figura 226. Pinos resinados en Horcajo (Pérez Argemi, 1921). Tanto este pinar como el de Descargamaría eran objeto de resinación desde principios de siglo. La posibilidad de este aprovechamiento complementario a la madera, y que en aquellos momentos gozaba de gran rentabilidad, hizo concebir grandes esperanzas acerca de la riqueza que la repoblación forestal llevaría a la comarca hurdana.

de la repoblación forestal. Su obra constituye un alegato en pro de una repoblación forestal a gran escala de las sierras jurdanas (hasta 40.000 ha), actuación que consideraba muy beneficiosa para la vida futura de sus habitantes:

«Replantando las montañas hurdanas, crearemos una riqueza tan grande que su renta anual nos permitirá abrir caminos, transformar las viviendas y los poblados, llevar allí médicos, farmacéuticos, sacerdotes y maestros, construir escuelas e iglesias. [...] Y estos árboles que plantaremos en las sierras, defenderán la agricultura de los valles y la vida de los poblados. La repoblación regularizará el régimen de las aguas, aumentando y haciendo constante su caudal [...] Repoblemos las Hurdes. Cubramos de pinos esas laderas que hoy se presentan calvas, improductivas, desiertas. Establezcamos en la comarca hurdana la industria resinera, levantemos talleres de aserrío mecánico para transformar los árboles apeados en madera para la construcción y para la industria, y tendremos resuelto el problema, facilitando a los hurdanos pan y trabajo»

Las razones de hacer recaer en el pino, en concreto en el negral o resinero (*Pinus pinaster*) el mayor peso de la actuación repobladora se basaban en su condición de autóctono de la comarca, en la

Figura 227. Alfonso XIII a caballo en su visita a las Hurdes, en 1922 (foto Campúa). Aprovechando la misma, el Obispo de Coria, en una carta pública, solicitó al Rey ayuda, entre otras cosas, para la repoblación forestal. Ese mismo año se constituiría el Real Patronato de las Hurdes, que financiaría los primeros trabajos de cierta entidad, y se destinaron a la comarca a dos ingenieros de montes para planificarlos.



buena adecuación de sus sierras para su desarrollo y en la previsiones del valor económico de sus productos derivados, principalmente la resina que en aquellos años suponía una fuente importante de jornales y beneficios para los propietarios de pinares. Como propone Sánchez Rodrigo (1927): *en los suelos de algún fondo, el olivo será el árbol que rinda mayores beneficios, y en los demás terrenos, hasta en los parajes casi desprovistos de tierra, allí donde toda vegetación parece imposible, llevemos el pino. Esta es la única planta que en tales sitios puede desarrollarse normalmente. Y con sana envidia ejemplarizante comenta cómo hay pueblos en España donde la riqueza y el bienestar alcanzan por igual a todos sus habitantes, pueblos donde no hay pobres [...] no son otros que los que poseen extensos pinares comunales, como sucede en la sierra de Guadarrama y en la tierra pinariega de Soria.*

Además de ejemplares residuales dispersos entre los brezales, el pino debía mantener aún bosques de cierta entidad en Descargamaría, Cambroncino y Pinofranqueado, siendo el pinar de Horcajo la superficie de mayor extensión, cercana a las 1.000 ha (Estadísticas, 1846-1847; Estados, 1851-1861; Clasificación, 1859). Así, Pérez Argemi (1921) resume que entre todas las especies consignadas en las diferentes visitas a los montes jurdanos (aliso, madroño, castaño, jara, brezo negro, brezo blanco, acebo, pino negral, lentisco, chopo, carrasca, alcornoque, roble y mostajo), *las más abundantes son el pino, la encina y el alcornoque; pero podemos asegurar que la casi totalidad del vuelo de los montes hurdanos lo constituyó, y ha de volver a constituirlo, el pino.* Y para la previsión de los futuros rendimientos económicos toma como ejemplo los que entonces se obtenían del *pinar de Descargamaría*, que tenía entonces 110 ha, *pobladas de pinos delgados, raquíticos, por falta de suelo*, y cuya resinación producía anualmente 7.500 pta. Legendre (1927) matiza las aseveraciones de Argemi, admitiendo que *P. pinaster* abundaba en las zonas de Pino Franqueado, de Horcajo y de Cambroncino, *que no son la parte más típica de las Hurdes*, y sin embargo faltaban en los valles del Ladrillar y el Jurdano (es decir, en los correspondientes a la antigua dehesa de Jurde).

En el artículo “Las Necesidades de las Hurdes” (publicado en El Debate, a 29 de junio de 1922), el Obispo de Coria dirige una carta pública al Rey aprovechando su visita a la comarca, y en ella, entre otras cosas, solicita ayuda para la repoblación forestal, aludiendo a que *“los trabajos meritorios que se han hecho bajo la dirección de los señores ingenieros pudieran producir excelentes resultados”* (Fundación Gregorio Marañón, 1988). De hecho la presencia de los forestales se vería potenciada como consecuencia de esa visita real, tras la constitución del Real Patronato de las Hurdes ese mismo año, dando pie a una serie de actuaciones que resume Butler (1953). Así, en 1923 se destinan a dos ingenieros, J.M. Butler y P. Cerrada, y acude Andrés Tornos Lafite para promover la inclusión de los montes públicos de la comarca en el Catálogo de los de Utilidad Pública de la provincia de Cáceres, lo que se llevó a efecto por Real Orden de 8 de marzo de 1924: cinco montes de titularidad municipal, con 40.682 ha, cuya gestión es asumida ese mismo año por el Real Patronato, para ordenar los aprovechamientos y procurando mejorar en los servicios de repobla-



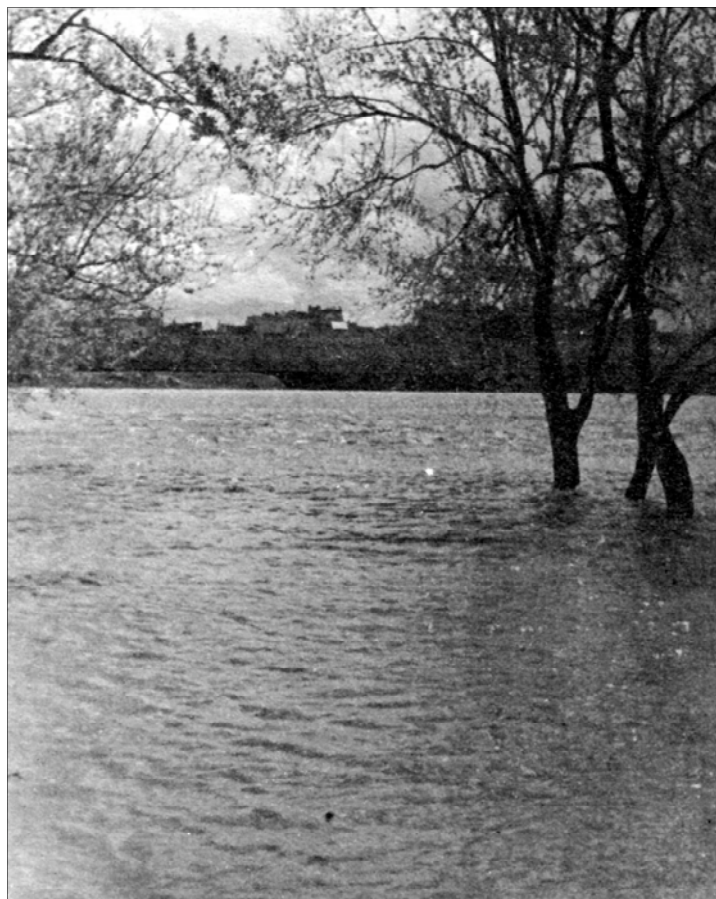
Figura 228. Resultado de los trabajos de repoblación en la Portilla Alta, entre Ladrillar y Caminomorisco, hacia 1940. En el periodo 1925-1935 se repoblaron en ese enclave unas 230 ha, en lo que supusieron las primeras actuaciones de esta índole de cierta entidad. El coche de los responsables del Real Patronato de las Hurdes, promotor y ejecutor de esas repoblaciones iniciales, fue el primer vehículo automóvil que entró en la comarca, en 1934.



Figura 229. La labor del Servicio Forestal del Real Patronato de las Hurdes, en sus primeros años de actuación (1923-1931) se centró la construcción de pistas forestales, algunas de las cuales supusieron los primeros caminos que permitían el acceso a los pueblos. Esta red viaria resultó capital para el desarrollo de una comarca tan escabrosa y atrasada, y requirió de obras importantes. En la imagen, puente de la pista forestal de las Mestas, en Riomalo: "caminos y puentes han sido otros tantos portones abiertos a los aires nuevos" (Vega, 1964).

ción forestal y otorgar concesiones para el aprovechamiento particular. A esta disposición fue aplicado el presupuesto extraordinario de repoblación del conde de Guadalhorce, un tercio del cual se destinó a las Hurdes. De 1923 a 1931, el Patronato se centró en la construcción de pistas forestales, algunas de las cuales supusieron los primeros caminos que permitían el acceso a los pueblos: *Juntamente con el replanteo se va haciendo la expropiación de los terrenos necesarios, en cuya tarea ayudan al señor Ingeniero [...] los señores Cura párroco, Médico y Alcalde* (Redacción, 1928). El plan reforestador estudiado por el Real Patronato de Las Hurdes estaba encuadrado dentro del Real Decreto-ley de Repoblación Forestal de 26 de julio de 1926, el cual destinó 100 millones de

Figura 230. Aspecto de los alrededores de Badajoz en la crecida de 1947, que inundó las márgenes del Guadiana alcanzando un caudal de 10.000 m³ por segundo. Al fondo se aprecia la parte más elevada de la ciudad. El Guadiana siempre fue un río de caudal irregular y bruscas crecidas extemporáneas, carácter agudizado por la extrema deforestación de su cuenca. Otra crecida histórica, la de 1876, arrasó la ciudad de Badajoz. Sucesos como éstos hicieron calar en el pensamiento de la época la necesidad de repoblar sus cabeceras, para regular su régimen hidrológico.



pesetas para la adquisición bajo consorcio por parte del Estado de 25.000 hectáreas, que deberían generar una industria en torno al monte; la construcción de viveros necesarios para las repoblaciones; casas para guardas; y caminos forestales (Domínguez Domínguez, 2007). Sin embargo esa ambiciosa labor apenas sí se llegaría a emprender: se estima que en el periodo 1925-1935 se repoblaron 500 ha, 220 en Las Mestas, 230 en la Portilla Alta (entre Ladrillar y Caminomorisco) y 50 en Pinofranqueado. Se descepaban fajas con curva de nivel y se sembraban, conservando fajas intermedias sin descepar para que abrigasen y sombreasen la planta. La llegada de la República no hizo sino apoyar la labor emprendida, que se propone reforzar al entender que lo allí hecho es poco. Sin embargo la realidad distó de las intenciones y los trabajos no se incrementaron, aunque sí sufrió agresiones la masa instalada en los años anteriores: el hacha, el fuego, el pastoreo abusivo, dieron buena cuenta de ella, y a mediados de siglo quedaban sólo 180-190 de aquellas 500 ha (Butler, 1953): *los incendios que siempre han amenazado a los pinares hurdanos* dieron al traste con gran parte de la superficie plantada.

Tras la disolución del Real Patronato con el fin de la guerra, será el Patrimonio Forestal del Estado (PFE) el que a partir de 1941 se encargue de continuar la tarea repobladora a gran escala. Su aparición en escena abre una nueva etapa en que se modifican tanto las técnicas empleadas como los modos y capacidades de actuación de la administración forestal. En 1941 se firmaron Consorcios de Repoblación con los cinco ayuntamientos implicados, y se redactó un proyecto de repoblación global de las más de 40.000 ha de montes de Utilidad Pública mediante siembra de *Pinus pinaster*. Esta propuesta daría paso a unos años plagados de conflictos con los pueblos y con las propias corporaciones municipales, alguna de las cuales llegó a dimitir en pleno, y que solicitaron la anulación de los consorcios. Ello no llegaría a detener o modificar los planes previstos, pues en 2 de marzo de 1943 se declaran como Repoblaciones de Interés Nacional, pudiéndose continuar sin necesidad de alcanzar acuerdos con los ayuntamientos. A fines de 1947 había 8.000 ha repobladas, que ascenderían a casi 15.000 en 1950 y a 27.000 a finales de los sesenta (Bermejo y Pozo, 2005).

EL PLAN GENERAL DE REPOBLACIONES

El afán repoblador en las Hurdes no era un hecho aislado en España, sino que se inscribía en un contexto mucho más general. Las numerosas catástrofes hidrológicas que se sucedieron en el país en las últimas décadas del XIX (como la crecida del Guadiana que arrasó la ciudad de Badajoz en 1876) habían generado en el sentir de pensadores y políticos regeneracionistas la necesidad de repoblar,

devolviendo las arboledas a las laderas peladas y a las cabeceras de cuencas de régimen torrencial. Recuperar los calveros era una de las soluciones para detener la erosión y regular los caudales, suponiendo además la posibilidad de un aprovechamiento futuro de las maderas que se obtuvieran. En 1888, al amparo de un *Plan sistemático de repoblación de las cabeceras de cuencas hidrográficas*, se crean unas Comisiones de Repoblación, que en 1901 dan lugar a las Divisiones Hidrológico-Forestales, continuando la labor iniciada con anterioridad por los Distritos. Más allá de la cuestión hidrológica, la gravedad de la situación general de deforestación del territorio español y la necesidad de emprender una labor ingente de restauración, atrajo la atención de numerosos políticos e intelectuales entre los que destacaría Joaquín Costa (Gómez Mendoza, 1992), y que también la apoyan destacados naturalistas como el edafólogo Huguet del Villar (1921):

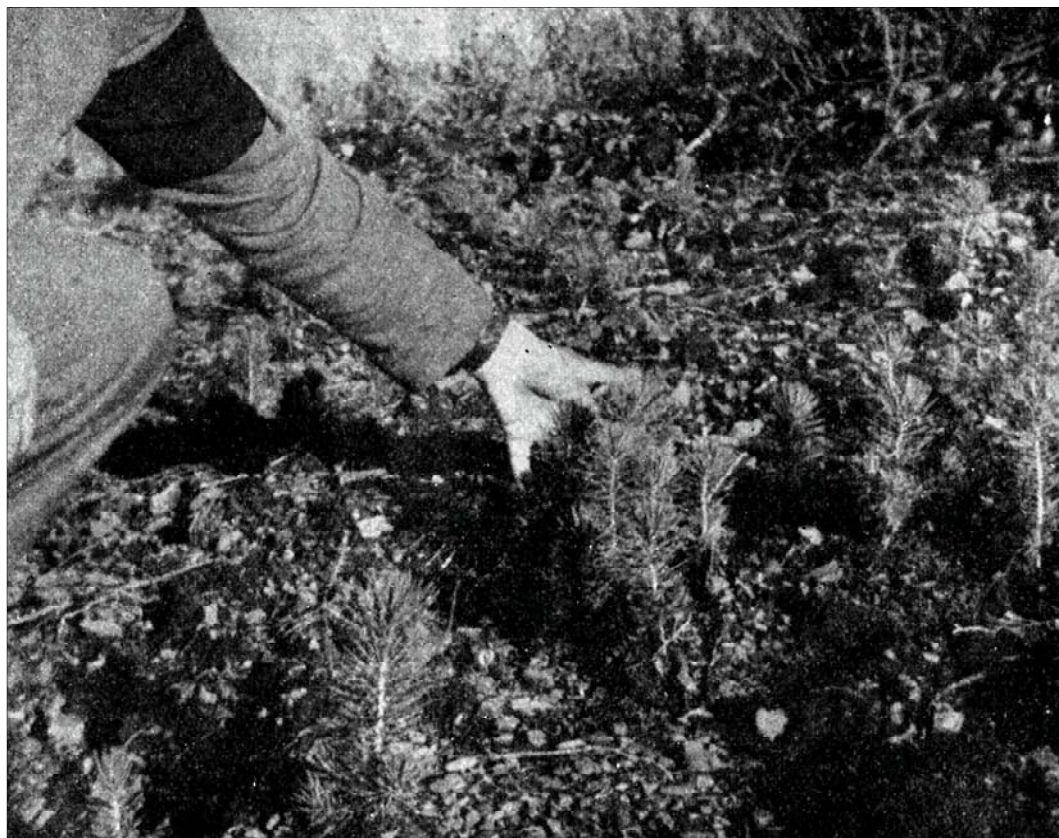
«El proceder [...] destruyendo los árboles y empeñándose en hacer de España solamente un granero, ha dado por resultado la desertización de tan enormes extensiones, que, de continuar, acabará por convertir a la España seca en un verdadero desierto [...] abarrancado, pelado, inútil y sin vida»

Un valioso testimonio de la transformación que supone la plantación arbórea es el que aporta Bartolomé Trinidad a principios de siglo, en un artículo intitulado "Repoblación Forestal" que apareció en uno de los primeros números de la *Revista de Extremadura*. En él cuenta el autor que ha dirigido al Ministerio de Fomento una solicitud para que se le concedan las excepciones y premio que establece la ley de montes de 1863 para destinar a plantación de arbolado en 1200 ha en la finca "Raña de San Simón", en Valdecaballeros, *un campo solitario y sordo como un cementerio, vestido de jara, lentisco, madroño, brezos, arrayán, romero, piedras y grava*. Habiendo plantado numerosos árboles en un huerto suyo regado en medio de la raña, y viendo lo bien que se desarrollaban todos y la de pájaros que acudían [...] *me estimuló a sembrar diez hectáreas de tierra de semilla de pino, castaño y alcornoque, y siendo 10 pesetas el valor de la hectárea de tierra antes del descuaje, llegará a valer, pasados algunos años, 2.140 pesetas cada hectárea de los sembrado de castaños, 4.100 pesetas la de pino y 8.500 pesetas la de alcornoque [...]. en esas tierras flojas y de mucho fondo es el árbol el agente de riqueza más poderoso de que nos podemos servir y convertir esas rañas y monte pardo que infesta extensas comarcas en un paraíso como el que el hombre perdió por su primer pecado [...]. Yo conozco uno que perseguía al árbol al hacer las labores, con el azadón y el hacha; manifestado mi interés en conservarlo, he conseguido, en poco tiempo, hacer un apostado de setenta mil chaparros en una sola finca [...]. Ya hay en el mismo pueblo, en sus propiedades, más de doscientos mil árboles guiados o plantados por los mismos labradores* (Trinidad, 1908).

A nivel nacional, a las razones ecológicas se irían sumando también otras económicas, y así el Congreso Nacional de Economía de 1918 y el de Ingeniería de 1919 resaltaron la total dependencia del exterior que padecía el mercado de maderas español y la necesidad de repoblar para hacer frente a tal déficit, asumiendo que el protagonismo debía de recaer sobre los particulares en el caso de plantaciones productivas y en el Estado en las de carácter protector (Gómez Mendoza, 1992). Las previsiones de Villanueva (1924) advertían de la creciente demanda de madera esperable en la primera mitad del siglo (duplicación del consumo de papel, consumo de apeas por parte de la minería del carbón y de traviesas por parte del ferrocarril, construcción y leñas, etc.), para lo que se propuso acometer grandes plantaciones productivas en Galicia y en las regiones cantábricas.

Las actuaciones repobladoras, como las pragmáticas de siglos anteriores o las propuestas del siglo anterior fueron siendo refrendadas por diferentes planes o programas, como el Plan Nacional de Repoblaciones de los Montes de 1926, el Plan Nacional de Obras Hidráulicas de 1933 o la creación del Patrimonio Forestal del Estado (PFE) por la República en 1935; pero sin que en ninguna de estas ocasiones estuvieran dotadas de los presupuestos que permitieron se llevaran a cabo. La ley republicana que creó el PFE introdujo la idea de que había que reconstituir un patrimonio estatal de montes, y que las repoblaciones habían de hacerse con especies de turno corto y por interés social (Gómez Mendoza & Mata Olmo, 1992). Como apuntaba Echevarría en el Congreso de la Madera en 1932: *antes se hablaba de encontrar especies forestales que vegeten bien en montes de suelo y clima determinados. Hoy hay que encontrar terrenos apropiados para las especies que la industria de pastas impone*. Con motivo de la formación de un Plan Decenal de trabajos que no llegó a aprobarse, los Servicio Forestales de Badajoz habían previsto la repoblación de 216.325 has en esos 10 años, y 34.725 los de Cáceres. El espaldarazo definitivo vendrá en 1938, con la confección del Plan General para la Repoblación Forestal de España y posteriormente, en 1941, cuando se refunda el PFE para ejecutar la labor repobladora prevista. En el sumario de la obra, sus autores se lamentan de que *la deforestación de España, es por desgracia demasiado ostensible, para que precise ponerla de manifiesto aduciendo datos estadísticos* (Ximénez de Embún y Ceballos, 1939).

Figura 231. Resultado de una siembra de *Pinus pinaster* en Caminomorisco (Memoria de trabajos del PFE, 1949). La aptitud de los pinos para establecerse sobre cualquier tipo de terrenos, aun los de raquítico suelo degradados tras incendios, erosiones y sobrepastoreo, así como la posibilidad de un aprovechamiento económico futuro, los convirtió en pieza clave de la actividad repobladora. No obstante, las previsiones iniciales del Plan General de Repoblaciones tampoco contaban con lo casi exclusivo de su empleo que luego tuvo lugar. En muchos casos eran considerados como una etapa intermedia, que mejorara las condiciones de suelo y microclima para facilitar, décadas después, el establecimiento gradual de frondosas más exigentes.



El Plan tenía su base en el elaborado por Ximénez de Embún, ingeniero responsable de la sección forestal de la Confederación del Ebro durante la Dictadura de Primo de Rivera y autor de *La repoblación forestal en sus relaciones con el régimen de los ríos*, anejo número 12 al Plan Nacional de Obras Hidráulicas concebido por Lorenzo Pardo en 1933. Se iniciaba con el estudio de la realidad forestal de las regiones españolas. La mayor parte de Extremadura se enclava en la región Oretana (zona central), aunque entran también la Carpetana (Sistema Central al este de Granadilla y al norte de Plasencia-Talayuela), la Mariánica (Sierra Morena y franja SE de Badajoz) y la Lusitana (NO de Cáceres, incluye Batuecas y Hurdes). La superficie forestal extremeña se cifra en poco más de millón y medio de hectáreas, de las que el 62 por ciento (966.881 ha) corresponderían a montes más o menos densos y el resto a terrenos adehesados. Aporta citas interesantes, como el que los pinares del Tiétar hubieran empezado resinarse pocos años atrás, y comienza a recalcar la conveniencia de restaurar determinadas áreas como las sierras de Gata y Jalama o las del partido de Herrera de Duque. En éste último caso, aportan un extracto de un informe del Consejo Forestal que calificaba dicha sierra como *de importancia forestal notoria: En las grandes y frecuentes avenidas del Guadiana, los afluentes que corren por dichas sierras tienen mucha influencia. El terreno es bastante escabroso y áspero [...] Sería de interés repoblar dicha sierra en toda la extensión erial que comprende*. Resulta esclarecedora la interpretación que se da al rotundo dominio de los jarales en las regiones oretana y mariánica, hijos de incendios y rozas a cuya causa atribuyen la disminución de las formaciones de *Quercus* en la región:

«Excepcionalmente podrán tener otra significación, pero en general todos estos jarales son hijos del incendio, debiendo atribuirse la amplitud de sus actuales dominios a la abusiva ejecución de los aprovechamientos llamados rozas que constituyen costumbre inveterada extendida por toda la comarca. La modalidad de estas rozas [...] consiste en cortar a principio de verano todo el monte bajo a ras del suelo, retirando las leñas más gruesas y dejando el resto de la corta sobre el terreno para que se seque; a finales de agosto se quema la roza, todos los años arden grandes extensiones de los Montes de Toledo en esta trágica fiesta del fuego; sobre las cenizas del monte se esparce la simiente del cereal [...] después meten los rebaños de cabras para que pateen el terreno, que no recibe otra labor; recogida la cosecha, casi siempre mezquina, se abandona el terreno y las jaras se adueñan enseguida de la situación»

En algunas cuestiones los autores hacen gala de un conocimiento preciso del medio rural y la causa secular que ha generado los extensos calveros. Conscientes de que el objetivo final es *el máximo*

Tabla 16. Superficies arboladas en 1938 según el Plan General de repoblaciones y la estadística agraria (hectáreas)

	Dehesas	Monte				
		Encinar	Alcornocal	Robledal	Pinar	Castañar
Cáceres	99.401	350.000	39.800	57.000	6.200	7.000
Badajoz	489.090	469.834	36.117	-	930	
Total	588.491	819.834	75.917	57.000	7.130	7.000

Fuente: Ximénez de Embún y Ceballos, 1939

bienestar para la población, su clarividencia les lleva a ser conscientes de la “impopularidad de la obra”, para cuya ejecución *sólo existe un remedio lógico, que consiste, en coordinar los trabajos de repoblación con las mejoras rurales de otra índole*. Advierten de la necesidad de abordar la reconstrucción de los montes dentro de una problemática mucho más global que debe afectar al conjunto de estructuras del mundo rural:

«No hay duda de que en España, han desaparecido muchos montes que de ningún modo convenía que desapareciesen y si las causas de la deforestación permanecen en pie, de nada servirá la creación de nuevos montes, que sometidos a aquellas causas, nacerían para desaparecer»

«Verdadero obstáculo, no superado en la repoblación artificial, ha sido la necesidad de impedir el pastoreo en los terrenos repoblados»

«¿Cómo nos explicaremos que al solo anuncio de la repoblación forestal que ha de transformar en vergeles nuestras peladas sierras, tiemble la población y unánimemente se apreste a impedirla?»

En su esencia la concepción del Plan fue restauradora, pues pretendía devolver el bosque a donde antes lo hubo. Para ello se proponía actuar en sentido progresivo de acuerdo con las pautas de sucesión vegetal, primero deteniendo la regresión y luego reanudando la marcha hacia el bosque, utilizando el “salto” que supone la instalación de una cubierta arbórea de especies frugales (pinos, básicamente) para ayudar a progresar a la naturaleza. El Plan consideraba el uso de las coníferas autóctonas (la “etapa de los pinares”) por su carácter colonizador o pionero, es decir, que su consideración en origen no se debió a criterios económicos sino a una base ecológica:

«Sería una insensatez, por ejemplo, si pretendiéramos reinstalar directamente un hayedo sobre las ralas praderas de *Nardus stricta*, o el encinar sobre las terrazas laderas de un espartizal; [...] si ansiamos, ante todo, la rápida instalación de una cubierta arbórea, demos paso [...] a los pinos, *P.silvestris* y *P.halepensis*, que en su día podrán servir de antesala al haya y a la encina, respectivamente»

Refiriéndose en concreto a la región extremeña, equipara la etapa del jaral a la del pinar, aseverando que *si el hombre lo facilitase, los pinos podrían colonizar rápidamente todos los dominios del jaral*. Se asume que en estos jarales los suelos se encuentran tan degradados y esqueléticos que *no son susceptibles de la reinstalación directa de los Quercus, debiendo procederse, como fase preliminar, a la repoblación con pinos*. Sin embargo, esa preferencia para el caso de los jarales no suponía en modo alguno que se propusiera la repoblación con pinos de forma absoluta (como luego prácticamente sucedería). De hecho los autores indican que en algunas fincas particulares de la Sierra de Guadalupe se estaban creando artificialmente pinares, de negral y piñonero, *en los dominios del monte bajo de Quercus, repoblaciones que se efectúan con completo éxito*, pero que son merecedoras de una velada crítica: *en nuestro concepto habría sido más acertado iniciar tales trabajos en las zonas que el monte bajo abandonó*. De hecho, en zonas como Extremadura, el Plan establece como prioritario *otorgar en cada monte una decidida protección a las especies arbóreas representativas de su óptimo natural*, como primera medida antes de plantearse la conveniencia o no de repoblar. El programa para la futura labor en estas regiones debería pasar primero por *la adopción de todas las medidas conducentes a la conservación y mejora de los actuales montes altos*, la restitución a dehesas de los montes indebidamente roturados, la mejora del arbolado de las dehesas y de sus pastizales y *la reconstrucción de las formas naturales de bosque de Quercus, mediante la transformación de montes bajos*. Cuando la restauración

Figura 232. Pinar de repoblación de unos 40 años, en Helechosa, con abundante sotobosque de durillo, madroño y labiérnago, y regeneración de encina y alcornoque. El tiempo da la razón en sus previsiones al Plan de Repoblaciones de 1939. La extendida idea de que “bajo los pinos no crece nada” resulta en esencia falsa, y tiene su origen en la pobreza de masas jóvenes e hiperdensas, con una intensa competencia, e instaladas sobre terrenos ya antes deforestados y pobres. La verdad es que siempre que haya fuente de semilla en las inmediaciones, y que el pinar alcance una edad o una estructura determinadas, la regeneración de otras muchas especies en su seno es especialmente fácil, en muchos casos más que fuera de la cobertura microclimática que el pinar supone.



del monte deba realizarse partiendo de matorrales con presencia importante de *Quercus*, se propone la protección de sus matas complementada con siembra de bellota o plantaciones selectivas al abrigo del matorral. Sólo si los matorrales de partida fueran muy claros o estuvieran poco representados en ellos los *Quercus*, será necesario recurrir a los pinos complementando la defensa que se haga de las matas de *Quercus* con siembras de bellota y piñón, tendiendo a la formación de masas mezcladas que pueden ser de gran porvenir y facilitarán el paso al bosque puro de frondosas, cuando los pinos hayan terminado su misión protectora.

Sin embargo, la ejecución del Plan (considerado ya entonces sólo un estudio previo a los auténticos planes que deberían haberse acometido a una escala mucho más detallada) dejaría de lado las previsiones de sus autores, y la creación de un organismo específico implicó un alejamiento paulatino de las prescripciones iniciales, concentrándose los esfuerzos más en repoblar que en cuidar lo repoblado (Gil & Manuel, 1998).

LAS REPOBLACIONES DEL PATRIMONIO FORESTAL DEL ESTADO

Antes de 1940, fecha en que se encargó la “concreción” del Plan a Tomás de Villanueva y Ángel Esteva (Martín Lobo, 1965), las repoblaciones emprendidas por los distintos Servicios Forestales habían tenido en Extremadura una repercusión escasa. Mediante la Ley de 10 de marzo de 1941, se reformó el Patrimonio Forestal del Estado (PFE), con vistas a instrumentar la ejecución del Plan. Como instrumentos jurídicos para su desarrollo, se establecieron las fórmulas de los Consorcios y de los Perímetros de Repoblación Obligatoria o Zonas de Urgente Repoblación. Además de estas delimitaciones, el territorio de cada provincia se dividió en una serie de núcleos en los que se organizarían los trabajos del PFE. La formalización de un Consorcio suponía el establecimiento de un derecho real del Estado sobre el suelo creado, considerándose los gastos de la repoblación como un anticipo reintegrable a costa de los futuros aprovechamientos forestales, cuyo importe se repartiría entre el Estado y los titulares de los montes hasta que se saldara la deuda. Igualmente, se establecieron facilidades para la compra de terrenos por parte del Patrimonio, con el fin de dotar al Estado de un patrimonio forestal y de elevar la superficie forestal estatal a cifras acordes con las del resto de los países europeos.

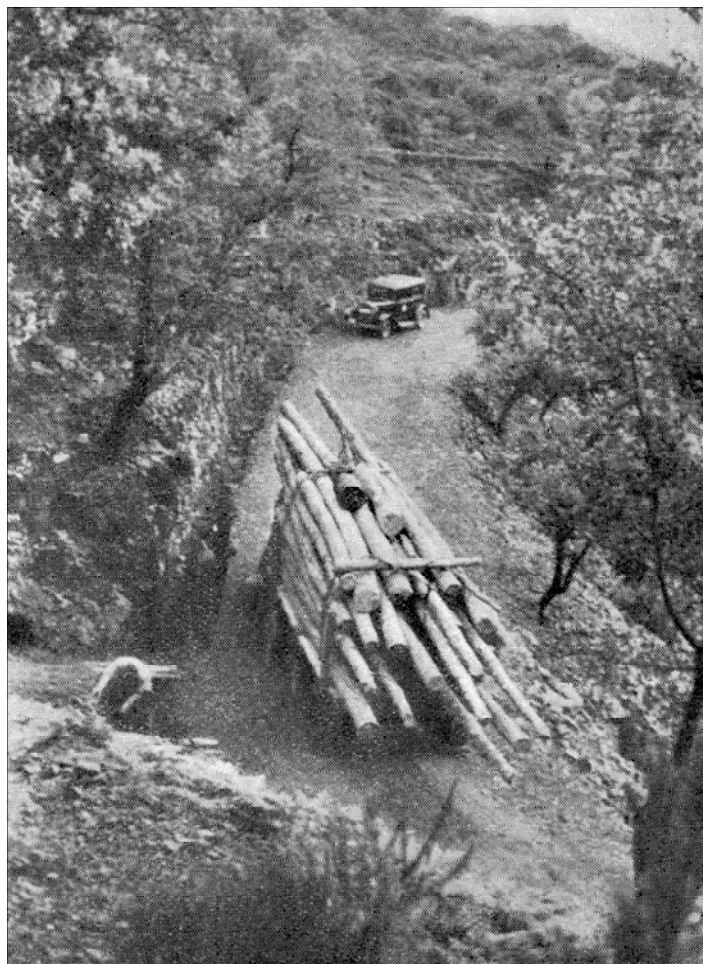


Figura 233. Extracción de maderas del pinar de Horcajo (Memoria del PFE, 1950). Las actuaciones de la administración forestal en Las Hurdes no se limitaron a la repoblación forestal. Se hizo un gran esfuerzo por desarrollar un aprovechamiento sostenible en los pinares ya preexistentes a la acción repobladora, y se concebieron numerosos proyectos de futuro para dinamizar la socioeconomía local, aunque muchos de ellos no llegaron a realizarse: fábricas de resina y de tableros, e incluso instalaciones de aprovechamiento de los jarales para la obtención de gomorresinas y esencia de láudano (Vega, 1964)

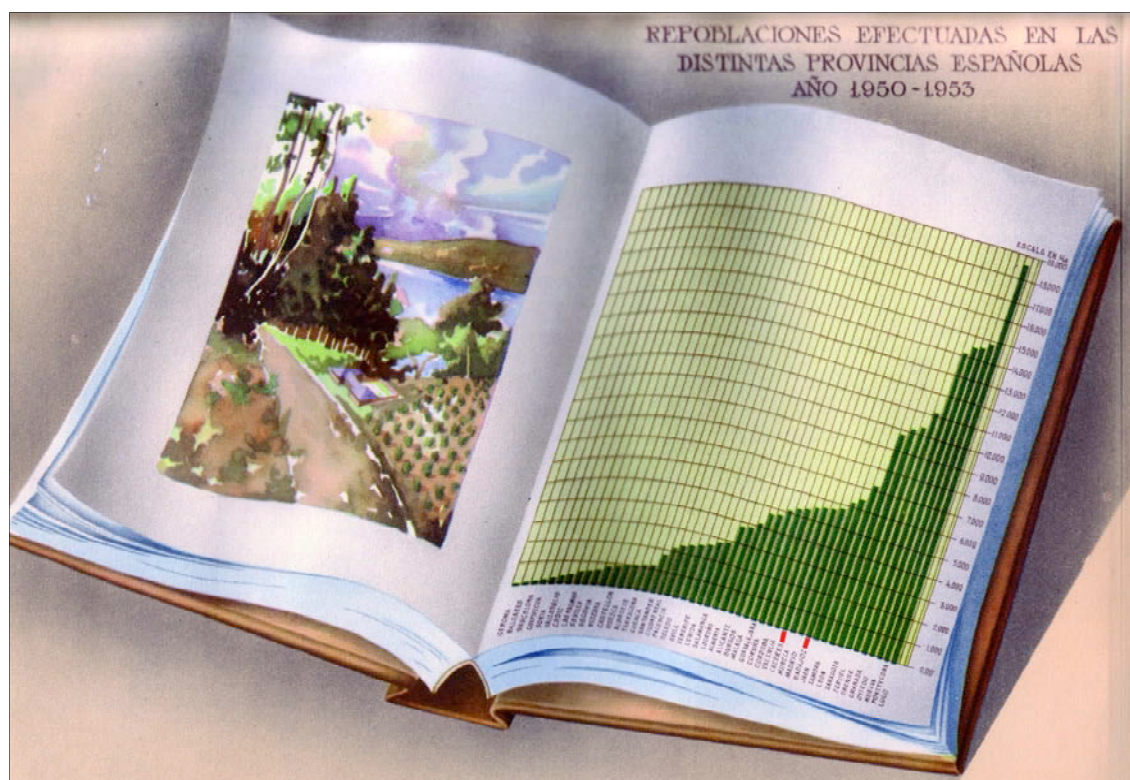


Figura 234. Lámina de una Memoria de los trabajos realizados por el Patrimonio Forestal de Estado en 1950-53. El gráfico representa la superficie repoblada en el periodo en las diferentes provincias españolas. Las marcas rojas indican la correspondiente a las dos extremeñas. La creación de un organismo (el PFE) con una finalidad específica de repoblar, y bien dotado de personal, presupuesto y medios, supuso un notable salto en el ritmo de la actuación repobladora, que se prolongaría por treinta años.

La potenciación de un organismo con la única finalidad de repoblar supondría un incremento drástico en el ritmo de las plantaciones, y abriría una etapa de treinta y cinco años de intensa actividad que ha sido analizada por diversos autores (Ortuño, 1990; Gómez Mendoza & Mata Olmo, 1996; Madrigal, 1998; Serrada, 1999). En una primera fase (1941-1960) los objetivos de reducción de paro



Figura 235. "Batería" de yuntas de bueyes preparados para labrar el terreno para una repoblación forestal, en el monte "Valdemoro", en Fuenlabrada de los Montes (Memoria del PFE, 1954). Se aprecia el intenso estado de deforestación de la zona. Hasta 1960 la mayoría de estas actuaciones se acometieron de forma manual, con la ayuda de caballerías y bueyes. El resultado era una labor poco impactante en el medio, y que requería del concurso de una considerable población local, lo que contribuyó en muchas zonas a paliar los problemas de paro rural de la posguerra.

rural fueron prioritarios. Pues como había señalado Elorrieta (1934), es indudable que [la repoblación forestal] constituye la solución más apropiada en el caso de un paro obrero, porque, no necesita, en general, para la mayor parte de sus trabajos el aprendizaje ni la especialización, porque pueden emprenderse casi todos aquellos en cualquier momento y porque las consignaciones y créditos concedidos para ellos se consumen, en su casi totalidad en jornales. Merece recordarse que en las Juntas provinciales de paro creadas al inicio del nuevo régimen participaba el ingeniero jefe del distrito forestal (Gómez Mendoza & Mata Olmo, 1992). El inicio de las actividades repobladoras se vinculó a la necesidad sociopolítica de implementar un vasto plan de empleo tras la guerra civil en las zonas rurales más desfavorecidas, lo que originó gran parte del apoyo dedicado a la repoblación por parte del régimen franquista. La mayoría de los procesos se acometieron de forma manual o con caballerías o bueyes. La ocupación de terrenos era difícil y a menudo conflictiva, lo que motivó en ocasiones la adquisición de montes por parte del PFE y, en algunos casos, la repoblación forzosa de los terrenos. Con este fin en el decenio de los cuarenta se compraron en Cáceres dos fincas con algo más de 500 ha. En cuanto a los consorcios, se establecieron dieciocho en el mismo periodo, sobre 42.126 ha de Cáceres y 6.633 de Badajoz (Patrimonio, 1951). La superficie realmente repoblada ascendía en 1950 a poco más de 18.000 ha, de las que unas 12.000 correspondían al núcleo de las Hurdes, fundamentalmente a las sierras de Caminomorisco y Nuñomoral, cuya plantación se declaró "de Interés Nacional" por Decreto de 1943.

Mientras tanto, comenzaban a influir los postulados de la política autárquica, que preconizaban la consecución de una producción maderera suficiente para abastecer el mercado nacional. En 1960, la superficie repoblada por el PFE en Extremadura ascendía a 60.000 ha. El absoluto dominio de los pinos en las plantaciones se seguía justificando por razones ecológicas (frugalidad y carácter pionero), pero en no menor medida por su esperado rendimiento económico en plazos notablemente inferiores a los *Quercus*. La ausencia de éstos se achacaba a que su lentitud de crecimiento, lo pesado de sus maderas y la progresiva depreciación de las leñas, que impone el uso actual de los combustibles líquidos, hace que económicamente no resulte indicado hoy, en estos tiempos de prisas, iniciar trabajos con rendimientos tan a largo plazo en productos que, no obstante su valor intrínseco, son de problemática aceptación (Ceballos Jiménez, 1960). Precisamente esa escasa valoración de las formaciones de *Quercus* degradados, cuyas matas achaparradas tachonaban grandes áreas de matorral, condujo a que en algunos casos fueran afectadas por los trabajos de repoblación. Frente a ello se alzaron pronto voces críticas desde dentro del propio sector forestal, provenientes incluso del prestigioso coautor del Plan General, Luis Ceballos, quien instaba a priorizar la labor sobre espacios vacíos y matorrales improductivos, dejando de lado esas áreas de monte bajo en las que se debía proceder con la mayor cautela (Ceballos, 1960).

En el periodo 1961-1970 se produjo un gran cambio en las estructuras sociales del país que afectó al éxodo rural y dio lugar a una inflexión desarrollista en las áreas rurales, que afectaría también a

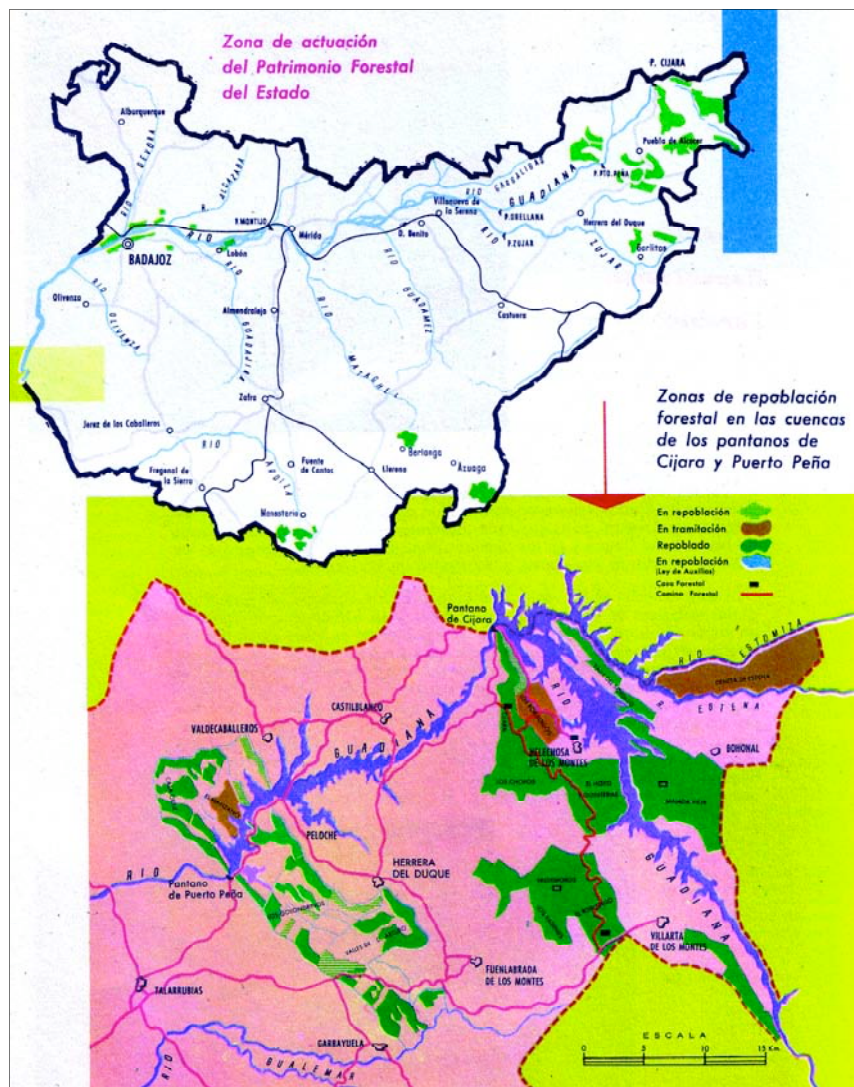


Figura 236. Las actuaciones de restauración forestal previstas en el Plan Badajoz se centraron en la comarca de la Siberia-Los Montes, con una finalidad prioritaria hidrológica, y fueron desarrolladas por el PFE. En el noreste de Badajoz este organismo adquirió más de 13.000 ha de fincas para su repoblación directa. La comarca fue declarada como de Interés Forestal, y algunas enclaves concretos como Zonas de Urgente Repoblación. El plano muestra el estado de las repoblaciones en la provincia de Badajoz, y con mayor detalle en la citada comarca, en 1958 (García de Oteyza y Martín Lobo, 1958).



Figura 237. Terrenos aterrazados mediante tractores APRA su repoblación con eucaliptos, en el monte "Campo Macías", del término de Cáceres, por el PFE (Memoria del PFE, 1963). A partir de 1960 dos hechos trascendentales comienzan a cambiar el tipo y técnicas de las repoblaciones forestales en la región. Por un lado, el éxodo rural y la mecanización del campo llevan a sustituir las labores manuales por las mecanizadas. Por otro, los objetivos de aumento de la producción de madera van cobrando más fuerza, a lo que se une la introducción del eucalipto.

las políticas repobladoras. Al unir la política hidráulica de establecimiento de grandes embalses con la reforestación de sus cuencas, la superficie a repoblar se incrementó y la ejecución anual se convirtió en una carrera para superar la cifra del año anterior. Se presenta la oportunidad de destinar a repoblación terrenos extensos y de una cierta calidad agrológica, coincidiendo con la coyuntura de demanda de madera y con la constatación de la baja productividad de la mayor parte de los montes españoles, lo que fuerza a que las repoblaciones vayan tomando un cariz más claramente productor

Figura 238. Plantación de eucalipto, de dos años de edad, en el monte "Las Moralejas", en Badajoz (Memoria del PFE, 1969). Los llamativos resultados obtenidos en las primeras experiencias, la disponibilidad de grandes extensiones de terreno infrautilizado, y las buenas perspectivas económicas alentaron el interés de los particulares por esta especie. Se proyectó la instalación de una fábrica de celulosa en Mérida, de interés nacional, lo que impulsó el apoyo de la Administración y generó importantes expectativas de mercado. Llegaron a instalarse unas 90.000 ha, la mayoría en Badajoz y en fincas particulares.



(Comisión 1968; Gómez Mendoza & Mata Olmo, 1992). Ya a principios de la década, en referencia a las tendencias de la nueva "selvicultura industrial", Luis Ceballos (1960) apostillaba con duras palabras:

«No deja de asustar la desproporción entre los técnicos de toda clase que están hoy capacitados para explotar e industrializar los montes y los técnicos de contrastada vocación forestal dispuestos a preocuparse, ante todo, de mejorarlos y garantizar su supervivencia [...] avisar del posible peligro de que, a la sombra de una protección y de una actuación repobladora, puestas en marcha con el mejor deseo, pueda continuar hoy, en nombre del progreso y la civilización, la obra destructora que antes achacábamos a la desidia e incultura de nuestros antepasados»

A lo largo de la década de los sesenta, los sucesivos Planes de Desarrollo reforzaron los objetivos de aumentar la producción maderera, intentando insertar el sector forestal en la mejoría general de las estructuras agrarias, y el abandono del cultivo agrícola en amplias zonas marginales da lugar a una oferta de fincas "abrumadora", como la califica el II Plan de Desarrollo en 1968. Por otra parte, la carencia de mano de obra rural conduce al uso de la maquinaria agrícola y civil en las labores de preparación del terreno y al incremento de la potencia de los tractores, un uso que pronto se generaliza. El PFE adquirió para su repoblación directa 12.344 ha en la provincia de Cáceres y 13.775 ha en la de Badajoz, donde las compras se concentraron en los municipios de Fuenlabrada de los Montes, Herrera del Duque, Garbayuela y Helechosa de los Montes. Como Comarca de Interés Forestal se definieron las sierras del sureste de Cáceres y noreste de Badajoz, y se declararon Zonas de Urgente Repoblación (perímetros de repoblación obligatoria) en Talarrubias-Puebla de Alcocer, Descargamaria y Casas de Miravete. La demanda de pasta para papel se había ido incrementando de forma constante, y a principios de los setenta el gobierno proyectó la instalación de una fábrica de celulosa en Mérida, y ordenó a los Servicios Forestales que se formalizaran contratos para disponer de tierras donde cultivar de forma intensiva las especies más adecuadas, en concreto eucaliptos (Pozo, 2004). En cuanto a las técnicas de repoblación, frente a labores anteriores poco agresivas con el medio, a finales de los sesenta comenzarían a utilizarse los aterrazamientos, una preparación del suelo teóricamente buena desde el punto de vista hidrológico pero que generaba fuertes impactos sobre la vegetación preexistente, la fauna, la estructura edáfica y los paisajes.

El apoyo a este tipo de plantaciones mostrado por las administraciones desoía las advertencias al respecto que ya contenía el Plan General de Repoblaciones, que estimaba que sería *conveniente estimular y dar facilidades a los particulares y a los pueblos para que las emprendieran, [...] labor que el Estado y sus organismos forestales deben propagar con el mayor interés, pero sin llegar a obsesio-*

Tabla 17. Distribución de la tierra en las provincias extremeñas en función del tamaño de la explotación.

Explotaciones agrarias	Badajoz		Cáceres	
	Número	Superficie (ha)	Número	Superficie (ha)
Menores de 10 ha	64.807	200.052	51.732	149.721
10 a 50 ha	17.829	354.789	14.570	303.004
50 y 150 ha	3.062	257.701	2.205	180.967
150 y 300 ha	1.294	272.733	937	199.349
300 y 1000 ha	1.289	628.767	1.014	521.938
Más de 1000 ha	163	291.173	230	462.042

Fuente: Tomado de Merino (1976), p.92: Datos del Primer Censo Agrario de España, año 1962, Madrid, INE, 1964, serie B, cuadernos provinciales.

Tabla 18. Superficies repobladas por el PFE, por especies y quinquenios

		<i>Pinus sylvestris</i>	<i>Pinus pinea</i>	<i>Pinus pinaster</i>	Otras coníferas	<i>Populus sp.</i>	<i>Eucalyptus sp.</i>	Otras frondosas	Total
Badajoz	1941-45	0	532	599	0	0	0	105	1.236
	1446-50	0	1.324	976	0	0	0	0	2.300
	1951-55	0	6.354	6.559	0	10	111	0	13.034
	1956-60	0	4.187	3.826	20	0	497	0	8.530
	1961-65	0	50	501	0	0	15.060	0	15.611
	1966-70	0	0	190	0	79	20.026	0	20.295
	Total	0	12.447	12.651	20	89	35.694	105	61.006
Cáceres	1941-45	0	0	6.299	0	0	0	0	6.299
	1446-50	0	0	6.774	0	0	0	0	6.774
	1951-55	0	129	8.351	0	0	18	0	8.498
	1956-60	44	114	11.780	26	0	266	60	12.290
	1961-65	202	0	7.137	26	4	4.612	10	11.991
	1966-70	40	0	6.763	40	12	4.989	16	11.860
	Total	286	243	47.104	92	16	9.884	86	57.711
Extremadura	1941-45	0	532	6.898	0	0	0	105	7.535
	1446-50	0	1.324	7.750	0	0	0	0	9.074
	1951-55	0	6.483	14.910	0	10	129	0	21.532
	1956-60	44	4.301	15.606	46	0	763	60	20.820
	1961-65	202	50	7.638	26	4	19.672	10	27.602
	1966-70	40	0	6.953	40	91	25.015	16	32.155
	Total	286	12.690	59.755	112	105	45.578	191	118.717

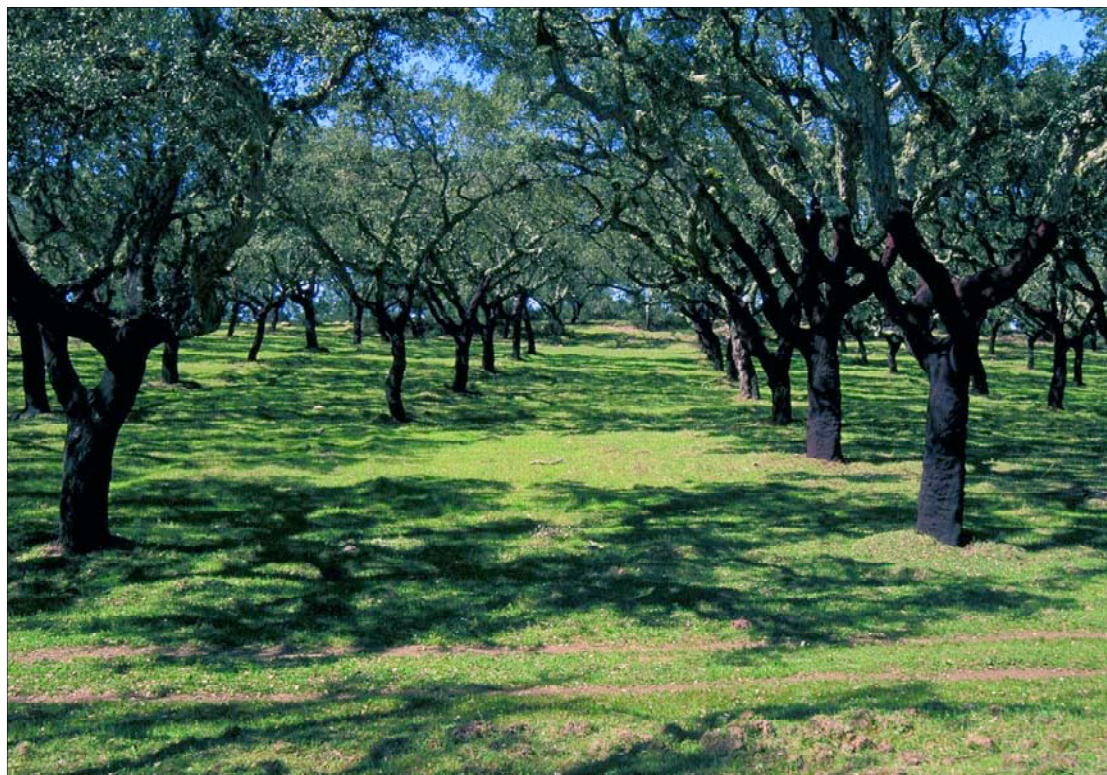
Fuente: Patrimonio (1971)

narse hasta el punto de considerar estos trabajos como parte esencial de un plan de repoblaciones, cuando en realidad se trata tan sólo de una labor complementaria de las verdaderas repoblaciones a realizar en los montes (Ximénez de Embún y Ceballos, 1939). Las primeras plantaciones de eucalipto no ornamentales en Extremadura se habían iniciado en la década de 1950, aunque su verdadera expansión se produjo a partir de 1965. La primera realizada por la administración forestal (PFE) fue sobre el monte propio "Riberas del Guadiana", junto a la ciudad de Badajoz, en 1951.

A la disponibilidad de terrenos, en Extremadura también se unía una propiedad de la tierra basada en latifundios (Tabla 17). Ante la coyuntura de falta de mano de obra por el éxodo a las ciudades, los dueños de la tierra aceptaron las facilidades que ofrecían los consorcios para transformar la cubierta vegetal de sus propiedades. Las perspectivas económicas de aprovechamiento de los eucaliptos eran francamente buenas en esos momentos, y se instalarían unas 90.000 ha de esta especie en Extremadura.

En 1954 se plantaron los primeros montes de particulares, Sagrajas y Propios de Lobón, también a

Figura 239. Los alcornoques ya fueron objeto de diversos intentos de plantación o siembra hace varias décadas, merced al gran interés de su aprovechamiento corchero. Repoblación con alcornoque de unos 40 años, que ya ha sido objeto del primer descorche, en las proximidades de Valdecaballeros.



orillas del Guadiana, mediante consorcios. La fábrica de Mérida nunca llegó a construirse, pero se trasladó su localización a la provincia de Huelva, por lo que se mantuvieron las necesidades de abastecimiento. Sin embargo, los crecimientos no fueron los esperados, sobre todo por utilizarse terrenos de sierra con suelos muy someros. Muchas de estas grandes fincas eran las desamortizadas en el siglo anterior, tras sufrir intensos periodos de aprovechamiento ganadero. A principios de los setenta la actividad declinaría coincidiendo con la aparición de un fuerte rechazo social y los cambios en las prioridades de conservación de la naturaleza. El 78 por ciento de los eucaliptares actuales se encuentran en terrenos de particulares contratados con la administración, estando el 71 por ciento de la superficie repoblada total en la provincia de Badajoz (Pozo, 2004).

LA CRÍTICA SOCIAL Y LA CAÍDA DE LA ACTIVIDAD REPOBLADORA

El PFE desapareció en 1971 y sus funciones fueron asumidas por el ICONA, Organismo Autónomo del Ministerio de Agricultura que se creó en una época en que importantes cambios sociales y políticos se dejaban sentir en el país, dándole una denominación que no se correspondía con sus actividades principales entre la que se incluía la gestión de los Parques Nacionales. Fundamentalmente reunió las actuaciones llevadas a cabo por el PFE y por los antiguos Distritos Forestales que habían dependido de la Dirección General de Montes, Caza y Pesca Fluvial. Comenzaron a aparecer grupos interesados en la conservación de la naturaleza, en lo que constituyó el germen de los movimientos ecologistas. Por lo general estos grupos desarrollaron una fuerte contestación hacia la política forestal llevada a cabo en España durante el decenio anterior, crítica que se centró en las repoblaciones forestales. En ocasiones esta actitud se desarrolló vinculada a una postura mucho más general de protesta frente al régimen franquista, que tan decididamente había apoyado la labor repobladora (eucaliptos incluidos) en tierras extremeñas. Esta nueva coyuntura social llevaría a que las repoblaciones de carácter productivo, aunque lentamente, fueran dejando de ser un objetivo directo de la política forestal pública, confiando su ejecución a la iniciativa privada, a la que se apoyaba mediante subvenciones (Ley 5/1977 de Fomento de la Producción Forestal). También se abordó la resolución de los consorcios y su conversión en convenios, más favorables en sus condiciones económicas para el propietario del monte. En líneas generales disminuyó notablemente el ritmo repoblador de los decenios anteriores.

En Extremadura, a partir de la década de los sesenta los eucaliptos habían empezado a ser utilizados de manera destacada. Durante el quinquenio 1961-65 supusieron el 71,3 por ciento de todas las repoblaciones, incrementándose al 78,8 por ciento en el siguiente quinquenio 1966-70. Fueron estas repoblaciones las que generarían una intensa crítica social, especialmente cuando comenzaron a afectar a áreas emblemáticas de gran valor natural, como sucedió en Monfragüe. La cercana sierra

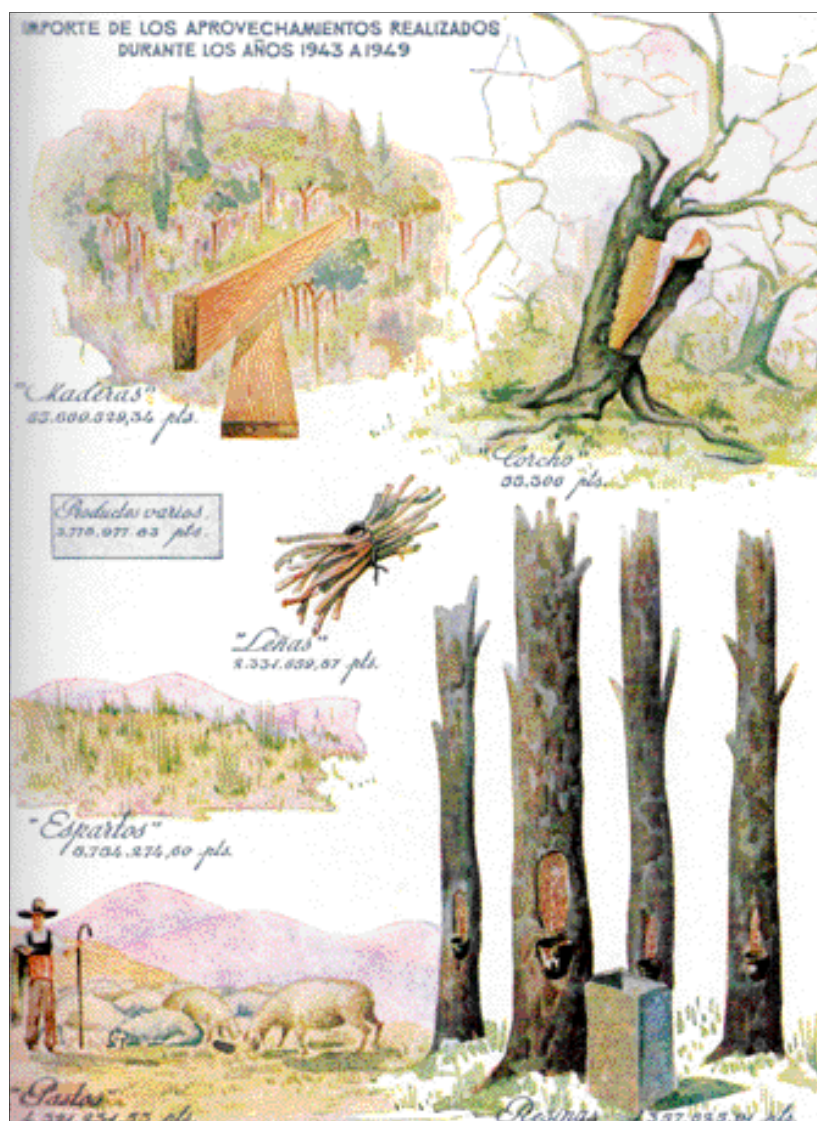


Figura 240. Bulldozer iniciando trabajos de aterrazado para posterior plantación con eucaliptos en la zona de Lugar Nuevo, en Monfragüe, en 1975 (Garzón, 1982). El arbolado adulto remanente en la zona solía ser respetado, pero las terrazas suponían un elevado impacto paisajístico y la destrucción de la cobertura vegetal de matorral o arbustados, con considerables perjuicios para la fauna. Actuaciones como ésta generaron una fuerte crítica social, que a la postre ayudaría a lograr la declaración de Parque Natural de la zona.

de Miravete había sido declarada Perímetro de Repoblación Obligatoria por Decreto en 1960, *por su relieve y constitución geológica, su casi absoluta despoblación arbórea, su régimen de cultivos inapropiado y expuestos a unas condiciones climatológicas favorables para que se desarrolle con todo rigor la erosión de los mismos, que avanza progresivamente* (Mosquera, 2004). En las labores de descuaje y aterrazamiento previas a la plantación de sus solanas se alteraron áreas de gran interés paisajístico y faunístico, y se elevaron voces de naturalistas y ornitólogos denunciando la destrucción de nidos de buitre negro y de enclaves con presencia de lince (Garzón, 1982). Desde 1974, la posibilidad de construcción de una planta de celulosas en Navalmoral de la Mata alentaba el interés de los propietarios de la comarca de Monfragüe en suscribir con el ICONA consorcios para la plantación de eucaliptos en sus fincas. Las labores comenzaron y dieron origen a una importante reacción en los ámbitos ligados a la conservación de la naturaleza. De 1974 a 1976, personalidades, instituciones científicas y conservacionistas emprendieron diversas iniciativas tendentes a la paralización de tales trabajos y a la instauración de alguna figura de protección para la zona. El ICONA detuvo sus actuaciones y se dispuso a preparar la declaración de alguna figura de protección, pero mientras tanto la Dirección General de Producción Agraria del Ministerio de Agricultura se disponía a subvencionar el aterrazamiento de nuevas extensiones, en este caso cubiertas por especies arbóreas, para su plantación con eucalipto. La persistencia de esta amenaza dio lugar en 1977 a una intensa campaña de prensa que denunciaba la destrucción tildándola de catástrofe ecológica. En pleno debate social el ICONA se apresuró a promover la declaración de Monfragüe como Parque Natural, lo que se llevó a efecto en 1979: *una zona representativa del bosque mediterráneo que conserva unos singulares valores que resulta urgente salvaguardar* (Real Decreto 1927/1979, de 4 de abril, sobre Declaración del Parque).

En realidad la cuestión de Monfragüe supuso la punta de un iceberg que revelaba un rechazo de ciertos sectores sociales a las actuaciones más “visibles” llevadas a cabo por el PFE en la década de los sesenta y setenta, y que se focalizaba en las plantaciones de eucaliptos, especialmente cuando se llevaban a cabo mediante aterrazamientos que afectaban a zonas de cierto valor natural (Pulido, 1991). En el primer trabajo sobre la situación del buitre negro, se identificaba como una de las principales amenazas la destrucción de biotopos de nidificación asociada a las repoblaciones, bien por el derribo directo de árboles por las máquinas al aterrazar, bien por los incendios provocados para la eliminación del matorral (Hiraldo, 1974). Abundaron también las críticas, a veces alarmistas, respecto de la degradación edáfica que en opinión de algunos podían acarrear ciertas repoblaciones, por las especies instaladas o por los métodos de preparación del terreno empleados: *en suelo de montes propensos a la erosión y con muy escasa fertilidad potencial [...] empleando maquinaria pesada que mezcla horizontes edáficos y eleva del fondo tierra cruda o piedras absolutamente estériles [...] se ignoran los ritmos naturales y no se piensa en la fertilización necesaria para mantener o aumentar las producciones futuras [...] Es previsible un abandono después de la corta a matarrasa que acarreará la erosión del suelo, la desertización extremeña* (Monserat, 1977). En una revisión crítica del problema, Alvarado (1981) estimaba que en general *nuestros bosques, sustancialmente nuestras frondosas autóctonas, han continuado sufriendo todos los errores de una política falta de planificación y de una política que no ha*

Figura 241. Diagrama de la Memoria del PFE de 1949, indicando el montante de los diferentes aprovechamientos que se desarrollaban en los montes españoles. Concebido en la difícil época autárquica de la posguerra, uno de los objetivos del Patrimonio fue extraer de los montes el máximo beneficio compatible con su persistencia, intentando siempre diversificar sus posibles producciones.



sabido ni querido realizar una renovación y transformación sustancial y necesaria en el aspecto agrario. El mismo autor denunciaba que a pesar de las previsiones iniciales las masas instaladas en ningún momento se gestionaron bajo la óptica de favorecer su evolución a otros tipos de bosques (en realidad no se gestionaron de ningún modo), o que se deberían haber considerado otras rentabilidades a largo plazo, como la conservación del suelo o la conservación de un tipo de paisaje mediterráneo muy especializado y degradable por la intervención humana. Más allá del grado de veracidad o de falacia que puedan contener estas afirmaciones, el caso es que calaron profundamente en nuestra sociedad, en especial en los medios urbanos, e incluso en gran parte del sector científico.

La creación de un organismo como el PFE, cuya finalidad esencial era repoblar, y el apoyo recibido por parte del gobierno, habían generado una especie de "fiebre repobladora" que alcanzó efectividad notoria, y que fue mantenida por el ICONA, de manera que la repoblación se fue convirtiendo en un fin en sí misma. Los replanteamientos periódicos del problema y sus soluciones, que deberían haber sido considerados a lo largo de las décadas en una labor tan trascendente como ésta, o bien no se produjeron o bien quedaron reducidos a la innovación de técnicas que permitieran una mayor eficacia en un modelo de actuación que no se cuestionaba internamente. Cuando aparecieron las críticas conservacionistas, la actitud del sector fue inicialmente refractaria, sin que ello diera lugar de forma inmediata a una labor de retrospección y análisis. No se explicaron adecuadamente los fundamentos técnicos de las actuaciones desarrolladas, ni tampoco se replantearon los modelos seguidos. En Extremadura la intensidad repobladora se mantuvo a lo largo de la década de los setenta, en la que las repoblaciones con eucalipto alcanzaron su máximo en 1974 con 7.373 ha, fecha a partir de la cual se reducen sensiblemente. En el último quinquenio que recoge la tabla 19 (1979-83), momento en que se inician las transferencias a las diferentes Autonomías, se repueblan 17.117 ha, donde los eucaliptos bajan a representar el 42,7 por ciento de la superficie total. Por el contrario, el apartado "otras frondosas" que recoge a las diferentes especies de

Tabla 19 . Superficies repobladas por el ICONA, por especies y años

		<i>Pinus sylvestris</i>	<i>Pinus pinea</i>	<i>Pinus pinaster</i>	Otras coníferas	<i>Populus sp.</i>	<i>Eucaliptus sp.</i>	Otras frondosas	Total
Badajoz	1973	0	202	0	10	0	4.294	10	4.516
	1974	0	158	0	0	32	3.072	11	3.273
	1975	0	41	0	0	20	692	0	41
	1976	0	59	0	4	12	256	4	335
	1977	0	0	0	0	0	113	0	113
	1978	0	40	0	40	0	0	0	80
	1979	0	0	0	0	8	4.797	0	4.805
	1980	0	0	0	0	0	1.799	0	1.799
	1981	10	1.247	353	325	7	0	0	1.942
	1982	0	1.362	150	195	0	74	0	1.781
	1983	0	1.025	0	0	0	54	107	1.186
	Total	10	4.134	503	574	79	15.151	132	19.871
Cáceres	1973	150	0	2.253	0	70	1.767	160	4.400
	1974	282	0	2.175	25	0	4.301	205	6.988
	1975	142	10	923	6	93	1.635	50	2.859
	1976	547	0	1.104	0	53	2.423	127	4.254
	1977	585	6	3.076	8	0	1.955	353	5.983
	1978	0	0	224	224	0	131	0	579
	1979	0	0	140	0	48	39	14	241
	1980	79	0	919	0	82	55	139	1.274
	1981	58	10	1.226	6	0	445	69	1.814
	1982	6	0	716	0	0	45	331	1.098
	1983	189	0	871	0	0	8	109	1.177
	Total	2.038	26	13.627	269	346	12.804	1.557	30.667
Extremadura	1973	150	202	2.253	10	70	6.061	170	8.916
	1974	282	158	2.175	25	32	7.373	216	10.261
	1975	142	51	923	6	113	2.327	50	3.612
	1976	547	59	1.104	4	65	2.679	131	4.589
	1977	585	6	3.076	8	0	2.068	353	6.096
	1978	0	40	224	264	0	131	0	659
	1979	0	0	140	0	56	4.836	14	5.046
	1980	79	0	919	0	82	1.854	139	3.073
	1981	68	1.257	1.579	331	7	445	69	3.756
	1982	6	1.362	866	195	0	119	331	2.879
	1983	189	1.025	871	0	0	62	216	2.363
	Total	2.048	4.160	14.130	843	425	27.955	1.689	51.250

Fuente: memorias anuales del ICONA

Quercus alcanza en el periodo 1973-83 la superficie de 1.689 ha, mientras que entre 1941-70 sólo supusieron 191 ha.

Por otra parte, las críticas a las repoblaciones se multiplicaron en una década, la de los setenta, política y socialmente convulsa. Ello restó claridad a las posturas y posibilidad de entendimiento a los debates, que superaron la esfera de lo científico para trasvasarse a otra social más regida por tópicos y por posturas preconcebidas. Algunas de las premisas que formaron parte del ideario de los movimientos ecologistas (la orientación exclusivamente productivista de la política forestal, los impactos edáficos de las repoblaciones, la supuesta sustitución de grandes áreas de bosque autóctono, el carácter no natural de los pinares, etc.) se han repetido con tal insistencia que han alcanzado carácter de consignas axiomáticas previas a cualquier juicio. Sin embargo, no dejan de contemplar una realidad parcial (en algunos casos ni siquiera eso), cuyo veredicto no puede extrapolarse

Figura 242. Plantación de *Eucalyptus camaldulensis* en Retamal, tras un turno de corta y con escaso sotobosque. La implantación de los eucaliptos fue duramente criticada por su carácter exótico y los efectos sobre el suelo y la vegetación, especialmente en medios ácidos, pobres y xéricos.



(como se ha hecho) a la totalidad de la actuación llevada a cabo por las diferentes administraciones forestales en suelo extremeño.

En todo caso, lo cierto es que las posturas mantenidas por los grupos conservacionistas encontraron mucha más aceptación social que las escasas justificaciones de las administraciones forestales, dando lugar a una corriente de opinión que ha perdurado hasta nuestros días, a pesar de sus dosis de inexactitud. Se ha llegado a culpar a los pinares de los incendios que sufren, por ejemplo en la comarca de Gata; sin embargo, un análisis de los datos contraviene esa afirmación: la mayoría de los incendios de causa conocida son intencionados, los municipios de mayor siniestralidad son aquellos en los que menos se repobló, los incendios de frondosas consumen mayores superficies, etc. (Paniagua, 1991). Lo acusado del empleo de los pinos ha llevado a la sociedad a identificar dicho género como algo ajeno a la naturalidad del paisaje extremeño, ignorando los datos paleoecológicos e históricos que confirman el carácter autóctono y la continuada presencia histórica en la región de varias especies. También errónea es la idea de que esas repoblaciones “sustituyeron” de forma generalizada a bosques de frondosas autóctonas, como encina, alcornoque o roble. De forma mayoritaria, los pinares se implantaron sobre formaciones de brezal o jaral, resultantes de la degradación secular de otros bosques en que, junto a esas frondosas, también habían estado las coníferas. Es cierto, no obstante, que sobre todo a partir de la mitad del siglo, primó en las directrices que ejecutaron los organismos repobladores la consecución de superficies extensas, escaseando trabajos de replanteo de detalle que permitieran dar un tratamiento diferenciado a la vegetación preexistente; en ocasiones se repobló sobre matas de monte bajo de *Quercus*, lo que se ve delatado hoy día por la presencia de masas mixtas gracias a la capacidad de rebrote de esas especies y la protección que ofrecen las coníferas, al superar en altura a las cupulíferas, frente a la acción desecante del viento en los veranos tórridos.

Tampoco es cierto que la labor de estos organismos se limitara a las repoblaciones forestales, pues se abordaron también, aunque a menor escala, otras actuaciones que parecieron quedar en el olvido hasta el punto de que eran precisamente las reclamadas posteriormente por los sectores sociales más críticos. En el decenio 1961-1971, por ejemplo, la administración forestal realizó cuidados culturales y de regeneración sobre más de 2.200 ha de montes extremeños (fundamentalmente encinares y alcornocales), y ejecutó labores de implantación y regeneración de pastizales en más de 1.000 ha. Los ingenieros de montes de los distritos forestales llevaban décadas advirtiendo de la necesidad de abordar cuestiones tan vitales como el cuidado del arbolado de las dehesas y su regeneración (Hernández & Briones, 1952). En algunas repoblaciones se alternaron con los pinos encinas y alcornoques, como en el espectacular monte Utrera-Pajosa II de Don Benito, en que los alcornoques, tras



Figura 243.y Figura 244. A menudo se ha criticado la labor de la Administración forestal del segundo tercio del siglo XX por una supuesta dedicación exclusiva a las repoblaciones. Aunque es indudable que constituyeron uno de los ejes fundamentales de la actividad forestal en ese periodo, no es cierto que fuera el único. Se habían desarrollado otras muchas actuaciones, entre ellas medidas relacionadas con el fomento del pastoreo y la conservación de los bosques existentes, pero sin que el conocimiento de las mismas llegara a la sociedad. En estas imágenes se aprecian dos ejemplos de ello. En la primera se aprecia el resultado de los trabajos de regeneración desarrollados en un quejigar en la provincia de Badajoz (Memoria del PFE, 1957). En la segunda, el vivero de pratenses que se instaló en Pinofranqueado, con la finalidad de ensayar variedades y de proveer la semilla necesaria para mejora de pastizales (Memoria del PFE, 1962).

haber crecido enormemente en altura gracias al amparo de los pinos (en filas alternas) con apenas 20 años tiene ya la cruz conseguida a 3 m (Pérez Sáenz *et al.*, 2004a). El problema, en todo caso, no parece corresponder solamente a las actuaciones directas de la administración, sino también a la actitud adoptada por los propietarios particulares, poco interesados en otros tipos de actuación.

Las subvenciones solicitadas en 1978 para repoblar con alcornoque eran solamente tres en la provincia de Cáceres, para un total de 147 ha; en 1977, otras tres sobre 124 ha (Alvarado, 1981); el Estado, a través del ICONA, había repoblado unas 100 ha en 1978 en la finca Matallana-Ventasilla. En realidad, es preciso convenir con Gómez Mendoza & Mata Olmo (1992) que la importancia y las repercusiones de estas actuaciones no han sido bien estudiadas por los investigadores del mundo rural, geógrafos, sociólogos e historiadores de la economía, bien por ópticas urbanas ajenas a los ritmos y lógicas de las intervenciones forestales, bien por la incomprensión de éstas que parecen haber elegido los planteamientos conservacionistas actuales, *adoptando posiciones maniqueas, demasiado generalistas y no siempre respetuosas con la realidad de los hechos.*

Figura 245. Resultado de los trabajos de poda y aclareo en una repoblación de pino piñonero en Cíjara (Memoria del ICONA, 1973). Aunque en algunas comarcas se ejecutaron notables trabajos, la mayor parte de las masas resultado de las repoblaciones habrían requerido tratamientos selvícolas más tempranos y frecuentes. La realidad fue que en muchos casos se produjeron tardíamente o no se llegaron a ejecutar. Cuando la atención prioritaria de la administración forestal dejó de ser la repoblación, ya no existían ni las disponibilidades presupuestarias ni las estructuras administrativas que permitieran abordar con suficiente éxito una labor tan ingente.



La cuestión más debatida, en todo caso, deriva de la generalización de los aterrazamientos y de las plantaciones con eucaliptos. Aún hoy, por ejemplo, el asunto de los eucaliptares sigue siendo uno de los aspectos prioritarios para la opinión pública extremeña en el ámbito forestal, aunque no se hayan efectuado plantaciones en la última década y las plantaciones de antaño apenas ocupen el 2,2 por ciento del territorio regional (Pozo, 2004). Las buenas expectativas económicas de aquel momento, luego defraudadas por la evolución posterior de producciones y mercados, llevaron a propietarios particulares y a organismos públicos a promover las plantaciones de esta especie, coincidiendo además con la mecanización de las labores. La falta de una maquinaria específica para los trabajos forestales, que sí existe hoy día, condujo al empleo de maquinaria de obras públicas que transitaba por curvas de nivel, abriendo terrazas. Esta operación descuajaba cepas y raíces, alteraba las estructuras del suelo, incrementaba las tasas de pérdida de suelo mineral y ocasionaba un fuerte impacto en



Figura 246. Repoblaciones de *Pinus pinaster* en las inmediaciones de Pinofranqueado, en 1986. Se aprecian diversas quemadas, fruto de los incendios que fueron especialmente frecuentes en la región en ese periodo, y que dieron al traste con una buena parte de la labor desarrollada décadas atrás por el PFE. En su mayoría, estos siniestros fueron provocados intencionadamente. Detrás de sus motivaciones se encuentran muchas de índole social, relacionadas en parte con la forma “imperativa” en que se llevaron a cabo muchos de tales trabajos, pero también con la distribución de la propiedad de los montes hurdanos e incluso (lo que es mucho más triste) con la “aversión” a las repoblaciones por parte de algunos movimientos ecologistas o sus ideólogos.



Figura 247. Suelta de gabatos en los montes del Cijara, declarados luego Reserva Nacional de Caza (Memoria del PFE, 1963). La administración forestal reintrodujo el venado en comarcas donde la caza abusiva le había llevado a la extinción, iniciando luego toda una labor de gestión encaminada a incrementar sus poblaciones (vigilancia, mejoras del hábitat, etc.), con el objetivo de que algún día pudieran ser objeto de un aprovechamiento sostenible. El éxito fue tal que hoy el ciervo es extremadamente abundante en esas comarcas, donde su caza ordenada lleva décadas contribuyendo a la economía local.

el paisaje y en la fauna, con alguna de sus poblaciones más emblemáticas en peligro de extinción, como el lince, todo ello en un medio mediterráneo que se reveló como frágil (Pulido, 1991). Faltaba en aquellas actuaciones una perspectiva de gestión integral de los ecosistemas y una conciencia del valor de la naturaleza (fauna, flora, paisaje) que ya entonces eran vislumbradas por una parte de la sociedad que comenzaba a exigirlos.

EL MANEJO DEL AGUA: REGADÍOS Y GRANDES EMBALSES

Las catástrofes hidrológicas de finales del XIX habían puesto de manifiesto la doble necesidad de regular los cauces y de repoblar las cuencas, para corregir el régimen torrencial de los ríos mediterráneos, acrecentado por la acusada deforestación de sus cabeceras. Tristemente memorable fue la

Figura 248. El conjunto de Planes de Desarrollo conocido como Plan Badajoz supuso la transformación de más de cien mil ha en base a tres grandes tipos de actuación: el anegamiento que supusieron los grandes embalses; la repoblación de las cabeceras de cuenca; y la implantación de cultivos de regadío en las vegas del Guadiana. Vista parcial de la zona de Montijo desde el puente de Guadiana del Caudillo, en la que se aprecian las recientes infraestructuras hidráulicas para el riego, así como a los colonos trabajando las nuevas parcelas concedidas (García de Oteyza y Martín Lobo, 1958).

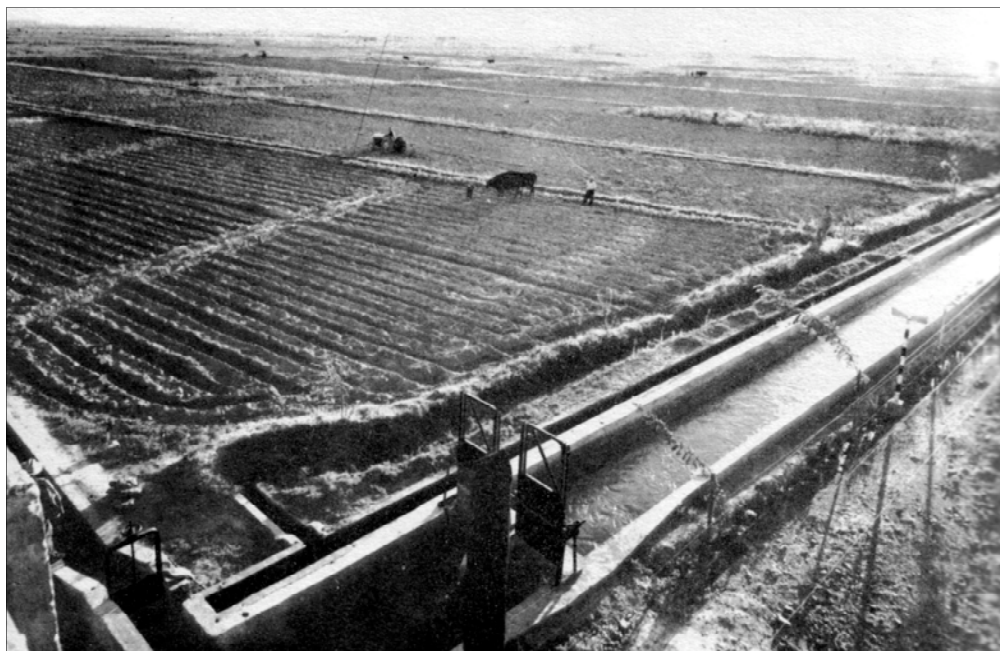


Figura 249. Repoblación de las laderas del embalse de Cijara, en 1958. Estas actuaciones eran imprescindibles para regularizar el régimen hidrológico de los arroyos del contorno, minimizar el aporte de finos a los embalses y alargar su vida útil, retrasando su colmatación.



crecida del río Guadiana de 1876, que arrasó Badajoz, como cantaba Adolfo Vargas: *De lágrimas en valle convertida / la antigua Pax Augusta, al duro imperio / del airado caudal gime abatida, / y de la oscura noche en el misterio, / no tiene la ciudad otra salida / que aquella que conduce al cementerio*. Poco menor sería la ya mencionada del 1947, que llegaría a los 10.000 m³ por segundo y refrenaría la necesidad de regular el Guadiana (García de Oteyza y Martín Lobo, 1958).

Por otra parte, la cuestión de la conveniencia de introducir a gran escala los regadíos para modernizar la agricultura en amplias zonas de España también había sido tratada por destacados intelectuales como Joaquín Costa desde finales del XIX. En las primeras décadas del XX (1913-1934) se sucedieron diversos "Congresos Nacionales de Riegos", en que se procedía a mitificar y exaltar la función del agua según la tradición del regeneracionismo hidráulico, pasando por alto los problemas de los regadíos y concluyendo que eran "talismán de riqueza y de felicidad", enfrentando los problemas sociales del tradicional sistema de secano / latifundio / despoblación con las ventajas del que se proponía, de regadío / pequeña propiedad / población densa y dispersa (López Ontiveros, 2001). En el último de estos congresos se llegó a analizar en detalle el tema del tabaco, concluyendo la necesidad de pasar a regadío las áreas de plantación cacereñas, para evitar las crisis de sequía.

En general, no obstante, los intentos de regulación hidráulica de los primeros compases de la centu-



Figura 250. Vista de satélite de los arenales del Tiétar, en las inmediaciones de La Bazagona (©2007 Digital Globe). Este área, históricamente cubierta por extensos pinares de *P. pinaster*, en mezcla con encinas, robles y alcornoques, sufriría una intensa transformación desde los años cincuenta, por la implantación de cultivos de tabaco de regadío. Hoy los pinares de antaño (contorneados en rojo) son manchas residuales en una matriz de "pívots" de riego y areneros.

ria quedaron en planes sin una materialización real en la región extremeña. Ni el Plan Nacional de Aprovechamiento Hidráulico de 1902 ni sus sucesivas modificaciones lograron definir una política hidráulica viable. En esa fecha ya estaban proyectadas para ser transformadas en regadío más de 400.000 ha para la cuenca del Guadiana y de 180.000 para la del Tajo. La cuestión cobraría algo más de auge con la creación de las Confederaciones Hidrográficas en 1926, y con el posterior Plan Nacional de Obras Hidráulicas de la República (1933), que preveía para las cuencas de Tajo y Guadiana la transformación en 25 años de 115.440 y 108.000 ha respectivamente (García González, 1992).

Tras la guerra civil, la lucha contra el azote de la sequía y las grandes transformaciones agrarias fueron pronto abanderadas por el nuevo régimen. En 1939 nace el Instituto Nacional de Colonización, que pone especial énfasis en las obras de transformación en regadío y en la utilización de los recursos hidráulicos, aprovechando las obras previstas en el Plan General de Obras Públicas de 1940. Para llevar a cabo la adecuación de grandes zonas regables se dictó la Ley de 21 de abril de 1949, y se estableció que el Gobierno podía declarar de interés nacional la colonización de la zona, con plan general de colonización incluido. No sólo se trataba de una actuación de regulación de caudales, sino que se pretendía erradicar esa estampa que describía Valdés (1932) para un pueblo extremeño cualquiera: *Los chicuelos, sucios y desarrapados, vagan por los ejidos, matando pájaros y desgajando los escasos árboles*. El contrapunto idílico a esa imagen tenebrosa lo pondrían otros versos, de Jesús Delgado Valhondo, premiado con la Flor Natural en los Juegos Florales de Badajoz el año 1956: *Ya el campo tiene agua, nacen pueblos hermanos, / suenan nuevas campanas en el cielo extremeño, / los hombres han sabido donde tienen las manos / para hacer nueva patria en un gigante empeño*. La posibilidad del regadío, además, abrió la puerta a nuevos cultivos de tipo industrial, lo que a su vez permitió utilizar terrenos que antes se consideraban inservibles para la agricultura, como los arenales, y que precisamente por ello habían llegado al siglo XX manteniendo masas forestales bien conservadas. En los arenales que bordean el Tiétar en el Arañuelo, por ejemplo, y en concreto en la zona de Majadas, los regadíos asociados al embalse de Rosarito permitieron el cultivo del tabaco, que se fue generalizando, muchas veces, a costa de los excelentes pinares (Quijada, 1998).

Las amplias vegas del Guadiana pacense fueron uno de los primeros y más ambiciosos objetivos de los planes de colonización en el conjunto español. El Programa del Plan de Obras, Colonizaciones, Industrialización y Colonización de la Provincia de Badajoz, de Ley de 7 abril de 1952 (conocido como Plan Badajoz), tenía por objetivo tanto la transformación agraria de las vegas del Guadiana como el fomento de la actividad industrial, comenzando por la regulación del Guadiana mediante presas para asegurar la disponibilidad del agua para las áreas que se pretendía transformar en regadío, seguido por la colonización, repoblación forestal, mejora de la red de comunicaciones, industrialización y electrificación (García González, 1992). En 1957, entre las vegas altas y bajas, se contaban 16 nuevos pueblos construidos, 6 en construcción y 13 en proyecto: Guadiana del Caudillo, Pueblonuevo del Guadiana, Villafranco del Guadiana, Guadajira, Barbaño, Balboa, Sagrajas, Valdivia, Entrerriños, Torviscal, Rucas... No faltaban en este gran proyecto las actuaciones forestales, por una parte de reforestación de márgenes y riberas y plantaciones alineadas en las áreas de nuevo cultivo, pero sobre todo de repoblación forestal en las cabeceras de cuenca. Con ello se pretendía detener los fenómenos erosivos

Figura 251. Las actuaciones emprendidas dentro de marco del Plan Badajoz también contemplaban la restauración de riberas mediante la repoblación de las márgenes desnudas de varios tramos, así como plantaciones lineales en las zonas de cultivo, a lo largo de caminos y acequias. El mapa refleja la situación de estas actividades en 1958.

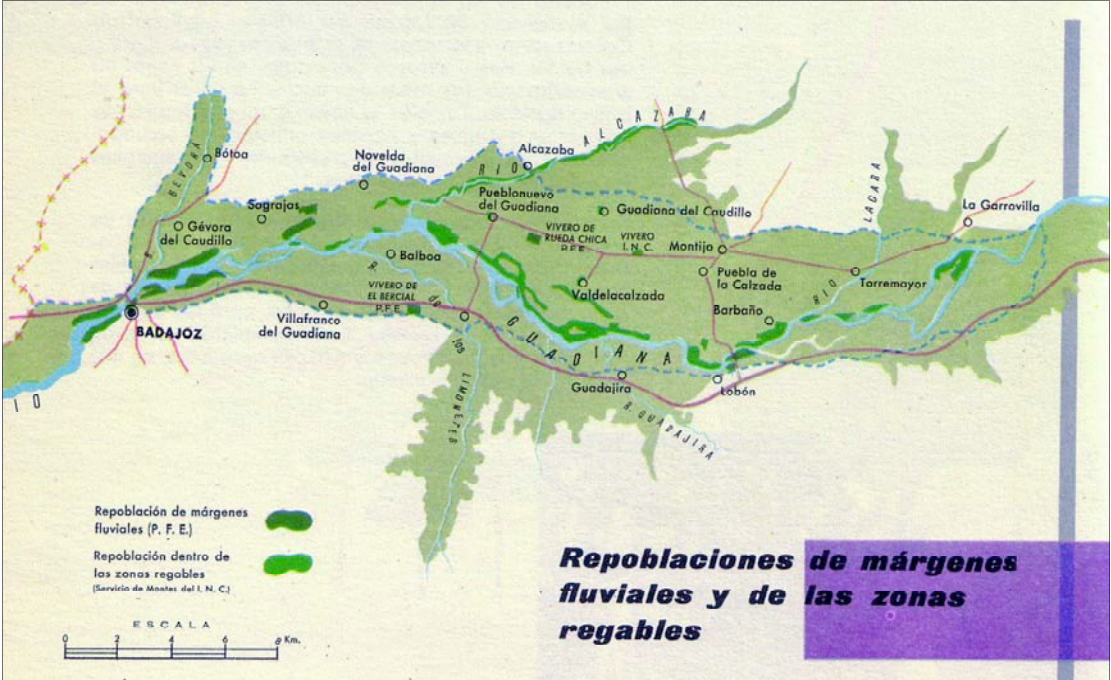


Tabla 20. Grandes presas construidas en Extremadura en la segunda mitad del siglo XX			
Nombre	Año	Río	Capacidad (Hm ³)
Borbollón	1954	Arrago	80
Cijara	1956	Guadiana	1.670
Rosarito	1958	Tiétar	85
Orellana	1961	Guadiana	824
Gabriel y Galán	1961	Alagón	924
García de Sola	1963	Guadiana	555
Zújar	1964	Zújar	723
Valdeobispo	1965	Alagón	53
Valdecañas	1965	Tajo	1.446
Torrejón-Tajo	1967	Tajo	176
Torrejón-Tiétar	1967	Tiétar	219
Alcántara	1969	Tajo	3.137
Arrocampo	1975	Arrocampo	36
Cedillo	1976	Tajo	260
Jerte	1985	Jerte	56
Villar del Rey	1988	Zapadón	130
Alange	1988	Matachel	851
La Serena	1989	Zújar	3.232
Valdecaballeros	1989	Guadalupejo	71
Rivera de Gata	1990	Rivera de Gata	49
Baños	1993	Baños	41

Fuente: García González, 1992; y C.H.T.

Tabla 21. Principales transformaciones en regadío en la década de los sesenta		
Área	Superficie (ha)	Provincia
Sistema Tiétar	20.235	Cáceres
Sistema Alagón	33.799	"
Sistema Arrago	9.370	"
Vegas Altas	58.804	Badajoz
Vegas Bajas	38.275	"
Total	160.483	

Fuente: García González, 1992

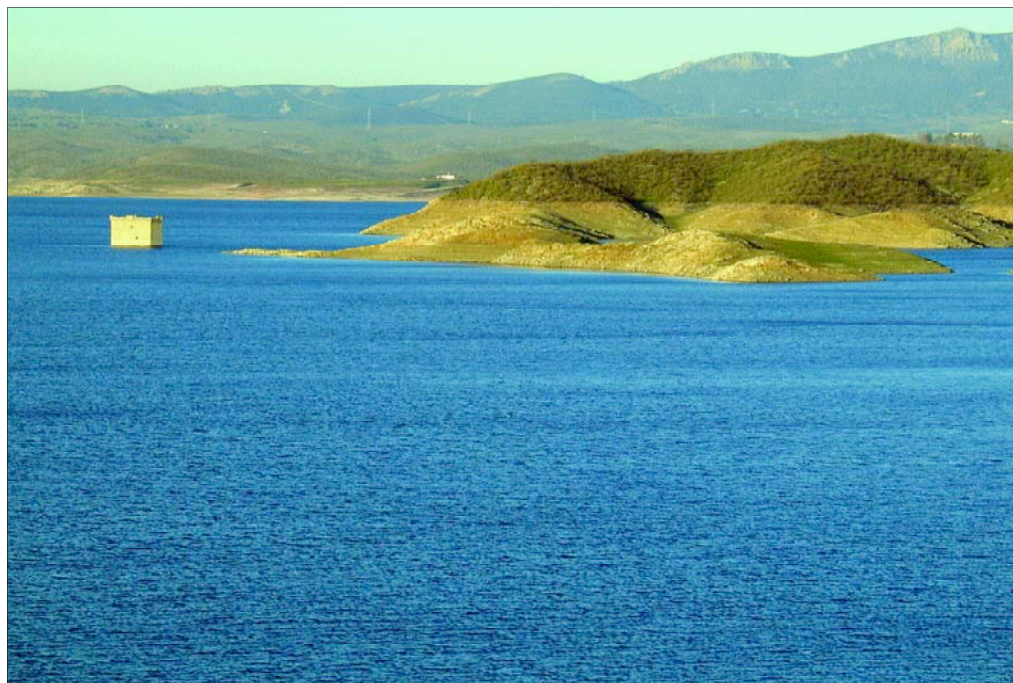


Figura 252. La construcción de grandes embalses, especialmente abundantes en Extremadura, constituye uno de los mayores factores de transformación de los paisajes. En la imagen el de Alcántara sobre el Tago, que en su día (1969) fue el más grande de España, siendo luego superado por el de la Serena (en 1989). En las tierras en primer plano se aprecian las variaciones del nivel de las aguas. De ellas emerge la Torre de Floripes, que según la leyenda custodiaba la puente de Mantible, donde, según El Quijote, librarán las huestes de Roldán y Carlomagno una dura batalla con los sarracenos.

que operaban sobre las laderas desarboladas y que de otro modo pronto aterrían los proyectados embalses con miles de toneladas de sedimentos: La falta de vegetación arbórea en los montes de la “Siberia extremeña” y peor aún la de matorral, que supone un grado más avanzado en la regresión del monte, tiene graves efectos en la denudación y erosión del suelo, siendo no obstante posible aún la reconstitución del monte, por intermedio, en este caso, de la llamada etapa de los pinares (García de Oteyza y Martín Lobo, 1958). Por otra parte, la abundante mano de obra empleada en las repoblaciones contribuía también a paliar un problema social de desempleo agrario que se agravaba en esas zonas por la inundación de grandes áreas: en Villarta de los Montes, por ejemplo, quedaron sepultadas bajo las aguas las 1.200 ha más fértiles del término. De hecho, la reforestación integrada en el Plan Badajoz aparece como la “única posibilidad de colonización” capaz de aportar grandes beneficios tanto de orden económico como social (Gómez Mendoza & Mata Olmo, 1992).

Consecuencia de aquellas primeras actuaciones fue la construcción de la gran presa de Cijara (1956). A ella seguirían otras muchas en los sesenta (Orellana, García de Sola, Alcántara, etc.), alentadas por los intentos de transformación de la realidad extremeña elevando su nivel de vida, por la lucha contra el paro y la emigración, por el aumento de la demanda de producción eléctrica y también seguramente por el valor propagandístico que representaban las actuaciones desarrollistas. En los setenta, las transformaciones se van paralizando y disminuye el ritmo de ejecución de presas, mientras que en los ochenta se produce un nuevo repunte, en gran medida con la ayuda de Fondos Estructurales de la CEE, para nuevos planes de regadío, y abastecimiento de agua a grandes poblaciones (García González, 1992). De hecho, a pesar de tratarse de una actividad que suele atribuirse al régimen franquista, la presa del mayor embalse de la región, el de La Serena, se terminó en 1989.

LA CRISIS DE LA DEHESA Y LA INDUSTRIALIZACIÓN DEL CAMPO

A finales del siglo XIX, el decaimiento de la cabaña ganadera mesteña, las desamortizaciones y la protección al cereal habían llevado a un incremento en las roturaciones, lo que dio lugar a una “agronomización” de la dehesa y a menudo a la destrucción de su arbolado. A lo largo de las primeras décadas del XX la pujanza demográfica y la situación de crisis social y económica del país hizo que resultaran frecuentes huelgas, disturbios y ocupaciones de tierras, culminando la movilización campesina con la masiva ocupación de fincas de 1933 (Barrientos, 1992). Sin embargo, tales sucesos en general no afectaron de forma negativa a la dehesa extremeña en su conjunto, que en la primera mitad de la centuria vivió lo que se ha venido en denominar su “época dorada”, en que, liberada del yugo de la invernada trashumante, se diversificaron sus producciones y aumentó su superficie de la mano de la transformación de importantes extensiones de monte pardo (Linares y Zapata, 2003). En el marco de aquella *conquista de los jarales* a la que alentaba Pacheco (1889), se transforman en dehesas extensas superficies de matorral salpicado de árboles y matas de encina. Lejos de sembrarse árbol alguno, el vuelo de la dehesa quedó como resultante de un proceso de descua-je y posterior quema del matorral, y en algunos casos del entresacado de matas densas o del apos-

Figura 253. Pastizal adehesado y matorral con abundante regenerado arbóreo en Deleitosa. A principios del XX tuvo lugar una auténtica “conquista de los jarales”, para lograr su puesta en valor como rozas para cultivo o más frecuentemente como dehesas. Grandes extensiones de “monte pardo” se desbrozaron, se introdujeron en ellos elevadas cargas de ganado y se apostaron los principales chaparros. Se mantuvieron encinas y alcornoques y las demás especies desaparecieron, como los enebros que abundan a la derecha de la tapia y no a la izquierda.



tado de pies jóvenes. El poeta extremeño Luis Chamizo relata expresivamente este duro trabajo en el poema *El Tinajero*, escrito en castúo (Chamizo, 1921):

*Prencipiaron a cavar los azaönes,
las piquetas en los jitos se jundieron,
calajozos arrasaron los jarales,
retumbaron en la joya los barrenos
y las jachas gortearon a mordiscos
chaparreras, arcorniques y guaperos [...]
Las jugueras del descuaje rechiflaban
con ferós chisporroteo
de chaparros y charnecas y coscojas
y hojarascas y juagarzos y jelechos...*

En una ulterior fase, la crisis del sistema agrícola tradicional, especialmente patente en el periodo 1950-1970, habría de inducir cambios bruscos. Ya tras la primera guerra mundial, el alto valor que alcanzaron en el mercado europeo productos como cereales, leguminosas o aceites supuso la transformación de numerosos predios de encinas y alcornoques mediante un descuaje drástico. A lo largo del periodo 1940-1970, otros eventos irían ocasionando similares pulsaciones deforestadoras en la dehesa extremeña, como la peste africana que diezmó los cerdos ibéricos, la caída del mercado de las dehesas, el valor de otros productos alternativos, la nueva maquinaria y el desarrollo industrial (Fuentes Sánchez, 1994). Este cambio en las estructuras tradicionales de manejo no era mal visto socialmente, como apuntaba Hernández Pachecho (1959) en pleno proceso de reformas *en la actualidad se está operando en Extremadura una verdadera revolución agropecuaria, que ha de influir extraordinariamente en la revalorización de nuestro país.*

Como ya se ha comentado para el caso de las repoblaciones, la década de los sesenta supuso una profunda modificación de las estructuras agrarias regionales por la despoblación provocada por la urbanización e industrialización de los Planes de Desarrollo y por la emigración hacia Europa. La falta de mano de obra en el campo condujo a una mecanización inevitable social y económicamente. La bellota carecía de utilidad y se perdía, la demanda de leña se desplomó ante la aparición del butano y otros derivados del petróleo, la presencia de arbolado dificultaba la explotación mecanizada: el árbol de la dehesa y del campo perdió su valor y se convirtió en un obstáculo (Barrientos, 1983). La pérdida de rentabilidad de la explotación tradicional de la dehesa y la capacidad de sus suelos para soportar cultivos considerados en ese momento más rentables tuvieron como consecuencia cambios de cultivo que afectaron a extensas áreas. En general, en Badajoz este proceso afectó funda-

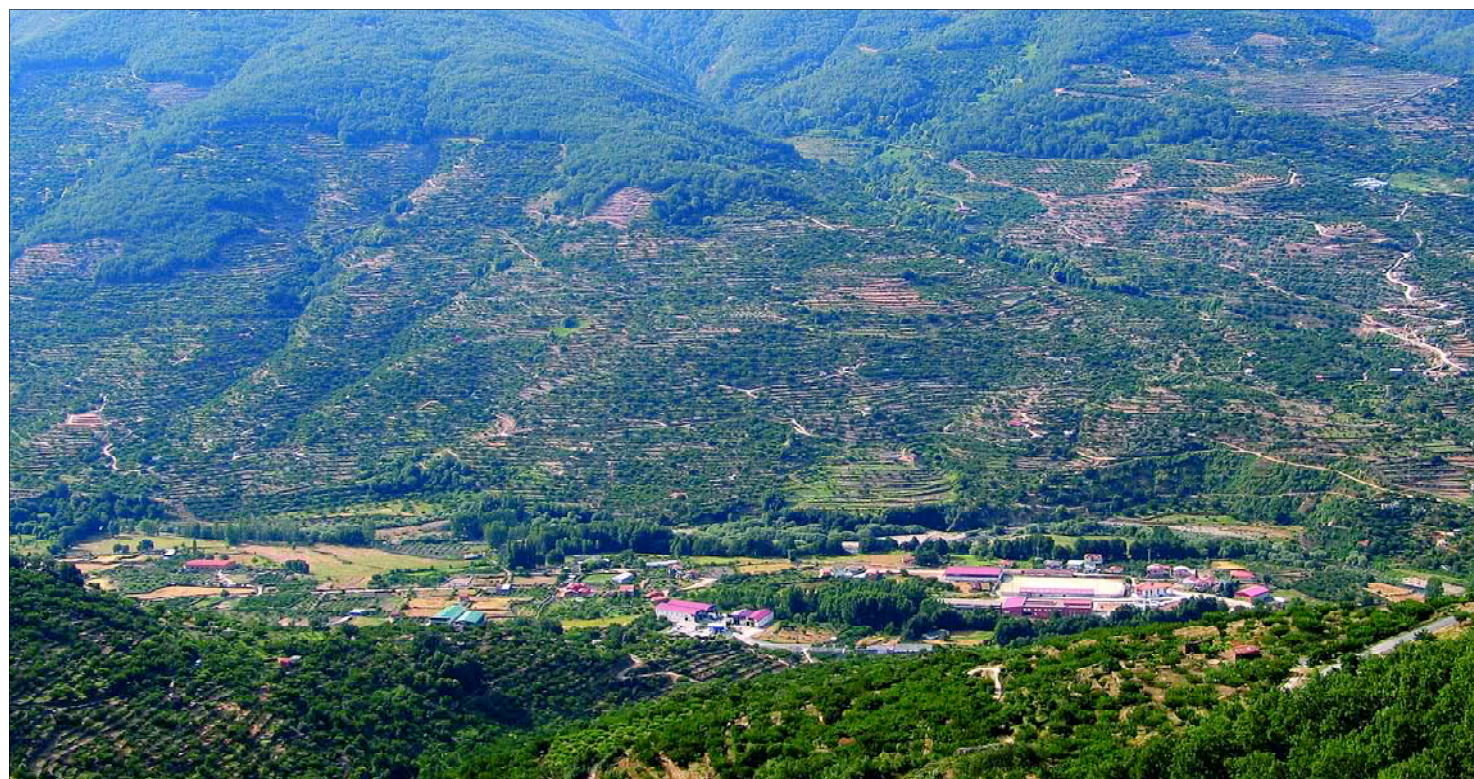


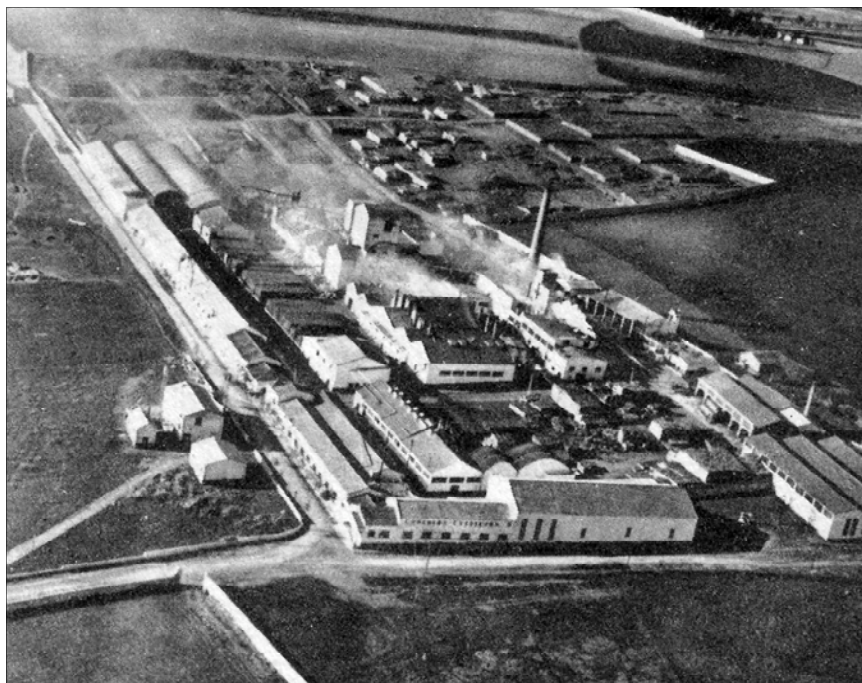
Figura 254. Diversos cultivos han experimentado un desarrollo notable en la región en la segunda mitad del siglo XX. En las zonas serranas del norte cacereño, especialmente en el Jerte, los cerezos se extendieron a expensas de rebollares, olivares y otros frutales, hasta configurar un paisaje hoy ya típico cuya floración atrae anualmente a miles de turistas.

Tabla 22. Impacto producido en montes y dehesas por los cambios de cultivo, en el periodo 1975-1980

		Badajoz	Cáceres	Total
Superficies (ha) afectadas por cambio de cultivo, según destinos	A cereal y leguminosas	7.077,5	315	7.329,5
	A regadíos y praderas	1.293	1.243	2.536
	A frutales	-	303,3	303,3
	Total	8.370,5	1.861,3	10.231,8
Número de pies cortados o descuajados	Encinas	138.028	20.039	158.067
	Robles	-	8.393	8.393
	Otros	1.000	32.284	33.284
	Total	139.028	60.719	199.747
Número de expedientes		122	152	274
Fuente: Alvarado Corrales, 1983; datos de las Jefaturas de Producción Vegetal.				

mentalmente a encinares para su conversión en cultivos de secano, y en Cáceres afectó a una mayor variedad de especies y de destinos, entre los que domina el regadío-pradera (Alvarado, 1983). El trasfondo del proceso afectó también a las zonas serranas del norte cacereño, donde los frutales conocieron un rápido desarrollo a expensas del rebollar, como sucedió con los ahora famosos cerezos del Jerte. El Mapa Provincial de Suelos de Badajoz estimaba que la superficie cubierta por encinas y alcornoques pasó de 751.976 ha en 1964 a 563.240 ha en 1970, lo que supone una pérdida media anual de más de 30.000 ha (Alvarado, 1983), cifras que han de tomarse con cierta reserva por la inexistencia de una adecuada cartografía de vegetación en la época. En general el arranque de encinar se produjo en los municipios que disponían de suelos de mejor calidad, como Olivenza o Zafra, aunque también en ocasiones en suelos malos y topografía abrupta donde se llevaron a cabo aterrazados para plantación forestal (Pérez Díaz, 1988).

Figura 255. Vista de las primeras instalaciones de la Corchera Extremeña, en Mérida. El sector corchero extremeño conoció un gran auge desde mediados del siglo XX, y permitió a los alcornocales superar la etapa de crisis de la dehesa de los años sesenta y setenta. Aun hoy constituyen uno de los modos de explotación forestal más rentables de la península.



Mientras tanto, algunos ingenieros de montes empezaron a llamar la atención sobre la relevancia de las dehesas y algunos de sus aprovechamientos (Martín Bolaños, 1943; Romeo Candau, 1959). Elorrieta (1948) denuncia haber observado la tala de la última encina en una comarca de la Siberia extremeña para con sus cenizas hacer jabón. En el Congreso Regional Agrario de Extremadura, en 1952, denunciaron el maltrato sufrido por los encinares y presentaron una serie de medidas para la conservación y fomento de las masas forestales de las dos provincias. Entre ellas destacaban: promover el tratamiento del encinar efectuando podas y entresacas racionales en los árboles maltratados en épocas anteriores; imponer un mayor distanciamiento en los turnos de las labores agrícolas de las dehesas; limitar el ganado cabrío a los *verdaderos cabreriles* (zonas de matorral marginal sin renuevos de arbolado); recurrir a la repoblación con semilla en los sitios donde no se verifique la natural, sancionando a los labradores que en labores agrícolas quiten brotes de encina; y labrar el alcornocal sólo cuando sin plazo fijo de tiempo no pueda producirse perjuicio a la producción corchosa (Hernández & Briones, 1952).

Sin embargo, en la década de los setenta tampoco remitió la deforestación de la dehesa, alentada desde 1975 por la crisis energética que aumentó la demanda de leña, especialmente la de mayor tamaño, dando lugar a masivos aclareos y a la reaparición del carboneo del encinar en las zonas rurales. En Cáceres en 1976-80 se cortaron 480.435 fagáceas, de las que más del 90 por ciento eran encinas; en ese periodo, en Badajoz fueron 213.196 las encinas cortadas (Alvarado, 1983). Otras estimaciones resultan aún más alarmantes, y así Doncel (1979) cifraba en 1.850.000 las encinas cortadas sólo en Badajoz en 1969-78 y Elena (1979) advertía que en *Extremadura se arrancan los encinares a un ritmo anual de 20.000 ha desde 1975*.

Para entonces, a principios de los ochenta, la dehesa va adquiriendo relevancia como objeto de estudio científico, convirtiéndose en paradigma de espacio que estando manejado antrópicamente con fines productivos, conserva buena parte de su patrimonio natural (Rubio Recio, 1999). La sociedad y las clases políticas van cobrando conciencia del problema y en 1986 se promulga en la región la Ley de la Dehesa, que reconoce que los "atropellos" sufridos por el encinar y el alcornocal durante los años sesenta y setenta representaban una seria amenaza para la conservación del arbolado. La Ley cuenta entre sus objetivos la conservación de los recursos naturales de la dehesa, estableciendo normas para las labores de entresaca, poda, descorche y sanidad vegetal (Pérez Díaz, 1992). Con todo, aun incrementando el grado de protección del arbolado adulto de las dehesas, la Ley parece olvidar un aspecto menos llamativo visualmente pero mucho más trascendente a largo plazo: la necesidad de regeneración y de restauración.

LAS ACTUACIONES FORESTALES Y LOS CAMBIOS RECIENTES

A lo largo de las últimas dos décadas el medio forestal extremeño se ha visto sometido a una nueva coyuntura caracterizada por diversas tendencias mayoritariamente esperanzadoras pero con algunos signos inquietantes. Junto a una concienciación general de la necesidad de conservar los recur-



*Figura 256. Reforestación de tierras agrarias con encina y quejigo en la dehesa boyal de Coria. En la última década, los programas de reforestación subvencionados por la PAC están permitiendo la transformación de una considerable superficie antes desarbolada. Los avances en técnicas de cultivo, la disponibilidad de buenos terrenos y un régimen de ayudas apropiado a ello, han permitido que se generalice el empleo de especies del género *Quercus*, especialmente encinas y alcornoques. El desarrollo de alguna de estas plantaciones, como la de la imagen, es tan bueno que ya están siendo aprovechadas por el ganado menor.*

En los últimos años, en los espacios naturales de la región se ha venido desarrollando un conjunto de actuaciones encaminadas a la conservación y mejora de los ecosistemas forestales.

En 1984 se finalizó el traspaso de las competencias forestales y de conservación de la naturaleza a la Comunidad Autónoma de Extremadura. Para entonces la ley 5/1977 de Fomento de la Producción Forestal ya había establecido un nuevo marco normativo para permitir la intervención de la administración en la reforestación y mejora de predios particulares, mediante el establecimiento de los oportunos convenios. En 1989 la administración autonómica reguló de forma específica estos contratos, que recibieron el nombre de COREFEX: contratos para la restauración forestal de Extremadura. Por otro lado, 1984 fue el año de creación del actual Instituto del Corcho, la Madera y el Carbón (IPROCOR), un organismo autónomo que desde su fundación ha venido desarrollando una intensa labor en pro del manejo sostenible de los productos forestales.

El mayor impulso a las actividades repobladoras recientes tuvo lugar en 1993, con la aplicación del Reglamento 2080/92 de la Unión Europea, de ayudas a las medidas forestales en agricultura, adaptado mediante los Reales Decretos 378/93 y 152/96. Se trataba de una medida no directamente de carácter forestal que respondía al cambio operado en la Política Agraria de la Unión, entre cuyas premisas se encuentra fomentar el abandono de tierras para reducir los excedentes agrícolas, así como implicar a los habitantes del medio rural en la mejora de su entorno natural. La crisis del medio rural y de los sistemas agrarios tradicionales ha propiciado la paradoja de pasar, en apenas treinta años, de disputarse con la economía agraria la disponibilidad de pequeñas fracciones de terreno para repoblar, a reforestar de forma subvencionada los terrenos agrícolas que van siendo abandonados y cuyo abandono se incentiva. Los aspectos más importantes del programa son los siguientes: se subvenciona de modo íntegro la repoblación forestal de terrenos agrarios que abandonen el cultivo; el titular recibe durante cinco años unas primas de mantenimiento de las superficies forestadas, y durante veinte años unas primas compensatorias por las rentas que ha dejado de percibir de dichas superficies. La percepción de las ayudas se subordina al cumplimiento de las condiciones técnicas exigidas en la repoblación y a la conservación de la masa creada en un estado adecuado. Las previsiones de ejecución consideraban, en el periodo entre 1994 y 1998, una cifra de 800.000 ha para España y 89.000 para Extremadura, con una generación de más de 4.000 empleos en la Comunidad (Gómez-Jover & Jiménez, 1997). En el quinquenio 1994-1999 se habían certificado un total de 69.095 ha reforestadas, correspondientes a más de 1.200 solicitudes, lo que supone un incremento de algo más del 2 por ciento en la superficie forestal de la región (Martín Colomé, 2004). En 2006, la superficie total forestada supera las 76.000 ha (Miguel Michelena, 2006).

Estas forestaciones en tierras agrarias se han efectuado de forma mayoritaria con especies del género *Quercus* y a densidades bajas o medias, inferiores a 600 p/ha. Algo más del 60 por ciento de la superficie total ha sido plantada con encina y algo más del 30 por ciento con alcornoque, repartiéndose el resto entre otras especies como rebollo, acebuche o pino piñonero (Plan Forestal, 2003). La

Figura 257. Antiguo consorcio de eucaliptos rescindido y en proceso de transformación, en las proximidades de Alburquerque. En los años sesenta y setenta, las previsiones acerca de la rentabilidad del eucalipto animaron a pueblos y particulares a destinar tierras a su plantación, en una labor subvencionada por la Administración. Sin embargo, las rentabilidades fueron mucho más bajas de las esperadas, y se creó una conciencia de crítica social por los impactos ambientales de la actividad, en gran medida asociados a la realización de grandes terrazas. Hoy gran parte de aquellos eucaliptares se están restaurando, y salvo en áreas de elevada pendiente su transformación en pastizales resulta tan posible como demuestra esta imagen.



preeminencia en el uso de los *Quercus* se ha visto facilitada tanto por el tipo de terrenos objeto de estas plantaciones como por la generalización del uso de los envases forestales. Frente a la tradicional plantación a raíz desnuda que caracterizó las repoblaciones forestales de los 1940-60, y posteriormente con bolsa de plástico, aparecieron a partir de los ochenta una gran gama de modelos que permiten el repicado espontáneo de la raíz y han superado los problemas debidos a reviramientos y espiralamientos radicales, aspectos que dificultaban el éxito en las plantaciones de décadas anteriores; mientras que los diferentes tipos de elementos protectores desarrollados han facilitado la supervivencia de las plantas en las primeras edades.

Se han venido desarrollando también otra serie de programas de financiación europea, ligados a la gestión sostenible de los bosques, como el conjunto de medidas englobadas en el denominado Programa de Ayudas a Bosques en Zonas Rurales. Sus ayudas han ido encaminadas fundamentalmente a tres grandes tipos de actuación: cuidados culturales en las masas forestales, repoblaciones y densificaciones del arbolado y creación y mejora de la infraestructura de lucha contra incendios forestales. En el periodo 1993-1998 se aprobó la financiación de unas 120.000 ha de cuidados culturales, entre los que destacaron por su importancia las tareas de desbroce, poda y apostado; mientras, la superficie objeto de trabajos de densificación o repoblación ascendió a cerca de 4.000 ha (Martín Colomé, 2004)

En cuanto a los denostados eucaliptales de antaño, están siendo objeto de una llamativa transformación que analiza Pozo (2004). Actualmente suponen una superficie aproximada de unas 70.000 ha de las que unos 2/3 corresponden a la provincia de Badajoz, y su conversión supone para la sociedad extremeña uno de los asuntos prioritarios en el ámbito forestal, a pesar de que sólo ocupan el 2,2 por ciento de la superficie regional y no existe hoy día ningún interés en la extensión de su cultivo. La administración forestal regional está realizando un importante esfuerzo en su transformación, promoviendo el cambio de especie en las masas que gestiona y la rescisión de consorcios o convenios firmados con particulares, además de habilitar subvenciones para el cambio de especies en terrenos particulares. El número de montes en proceso de transformación es creciente cada año, y en 2002 ya se habían rescindido 214 consorcios sobre más de 36.000 ha, habiéndose ejecutado ya trabajos de restauración sobre unas 7.400 ha. Algunos de estos montes cuyos contratos se rescinden, pasan a ser gestionados (a petición de la propiedad) por la Junta de Extremadura para la restauración de su cubierta vegetal, siendo en su mayor parte repoblados con otras especies autóctonas y propiciando la evolución de los terrenos hacia un bosque mediterráneo diverso. En zonas de elevada pendiente, la retirada de la cubierta arbórea en zonas sin abundante presencia de otras especies, produce efectos erosivos indeseables, por lo que se establece la limitación de que deben quedar arboladas las



Figura 258. Panorámica del valle del Ladrillar, desde los montes de Riomalo de Arriba. El Patrimonio Forestal del Estado repobló amplias extensiones de terreno, en una labor cuyo balance seguramente aún no se haya realizado con la suficiente objetividad. En las Hurdes, el rechazo social y el acendrado uso del fuego por parte de la población local llevaría a la desaparición de gran parte de lo inicialmente plantado. Las masas que subsistieron caracterizan el paisaje de algunos valles, constituyen un considerable atractivo para el turismo rural y están siendo objeto de claras con valor comercial.

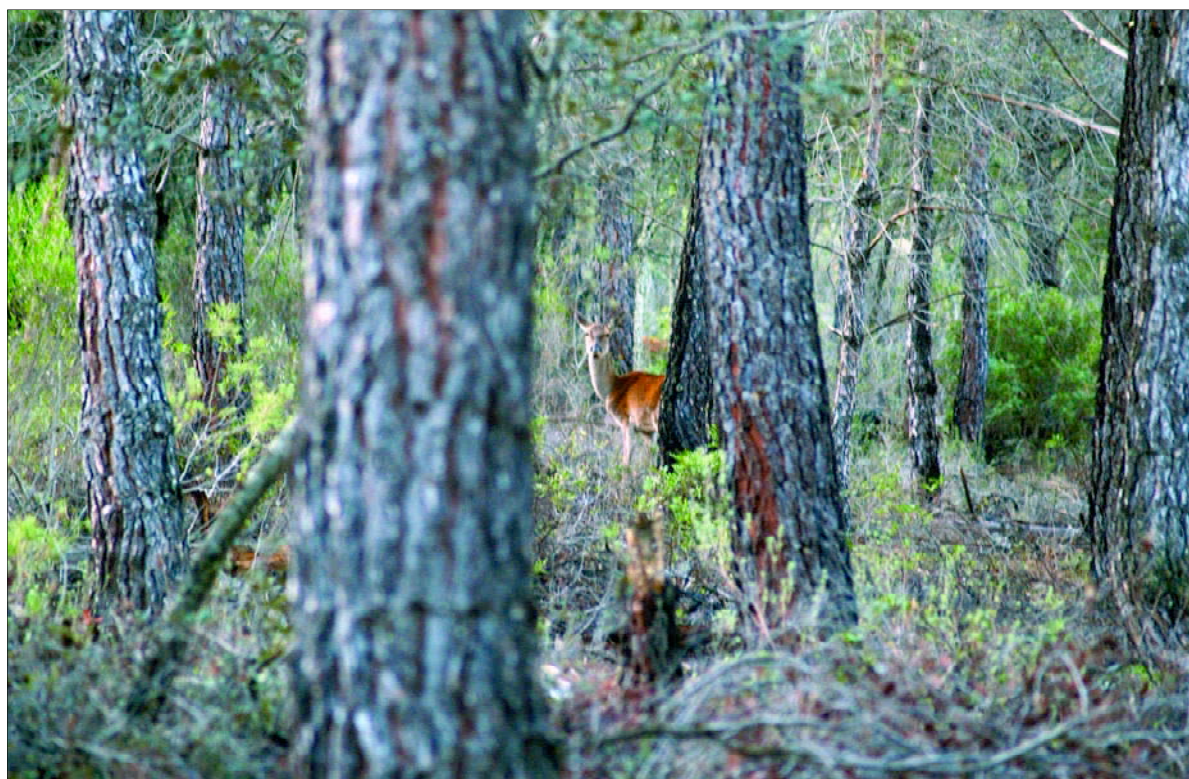


Figura 259. Cierva en un pinar de repoblación con rico sotobosque, en Helechosa. Tanto el bosque como el animal son fruto de las labores llevadas a cabo en la comarca de la Siberia por el Patrimonio Forestal del Estado y otros organismos forestales. Hoy los trabajos forestales, la explotación de madera y piña, el turismo ligado al paisaje y la actividad cinegética constituyen el principal motor de desarrollo de esta comarca, con un futuro prometedor.

áreas de pendiente superior al 12 por ciento, exigiéndose para autorizar el destocado el compromiso de su inmediata reforestación.

Bien diferente ha sido el destino dispar de los pinares. En las Hurdes, el rechazo social y el acendrado uso del fuego por parte de la población local han llevado a la desaparición de gran parte de lo inicialmente plantado, pero las masas que subsistieron caracterizan el paisaje de algunos valles, y están siendo objeto de claras con valor comercial. En todo caso, la gestión de los pinares continúa siendo importante en la comarca: sólo de 1985 a 1987 se emplearon en la zona 22.092 jornales en trabajos de repoblación y selvícolas, y 12.781 en lucha contra incendios (Paniagua, 1991). Se siguen efectuan-

Figuras 260. y 261. Densificación de una dehesa de encinas en Azagala, y de una "dehesa" de roble junto al puerto de Honduras. En los últimos años están proliferando los intentos de evitar la desaparición de muchos de los sistemas adehesados de la región, aquejados de falta de regeneración. Se instalan plántulas a baja densidad que se protegen del diente del ganado con medios efectivos, en una alternativa válida (aunque costosa) a los acotamientos.



do en la zona algunas repoblaciones, procurando diversificar las especies implantadas y dar un mayor protagonismo a diversas frondosas, como alcornoque y castaño. En algunas comarcas como en La Siberia-Los Montes, la repoblación forestal cambió la fisonomía del paisaje, y hoy es pieza clave en la socioeconomía de la zona (Gamero & Burgos, 2004), de forma directa (madera, piñón) o indirecta (caza, paisaje). Es habitual que bajo los pinares empiece a desarrollarse un sotobosque rico y variado de matorral mediterráneo con diferentes especies de arbolado. La selvicultura que se aplique puede favorecer que evolucionen a masas mixtas de gran valor ecológico.

Los últimos años han asistido a nuevas iniciativas de la universidad o la administración extremeñas relacionadas con la conservación de sus valores forestales. Desde los servicios forestales de la administración regional se está desarrollando una importante labor en la delimitación de fuentes semilleros de especies forestales singulares (Pozo & Palacios, 2004). Se han declarado 26 árboles singulares, por su carácter monumental o singular, en base a dos Decretos, conformando un Catálogo con

Tabla 23. Evolución de los usos del suelo y de indicadores forestales en Extremadura (1972-2000)

USOS	IFN 1 (1972)*		IFN 2 (1990)		IFN 3 (2001)	
	Superficie (ha)	%	Superficie (ha)	%	Superficie (ha)	%
Arbolado no adehesado	635.539	15	293.656	7	783.838	19
Adehesado	590.166	14	1.041.688	25	1.035.976	25
Arb. ralo y disperso		0	122.246	3	101.436	2
Total arbolado	1.226.445	29	1.457.591	35	1.921.250	46
Monte desarbolado	1.235.419	30	820.997	20	805.982	19
Total Forestal	2.461.864	59	2.278.587	55	2.727.233	66
Total uso no forestal	1.698.336	41	1.884.870	45	1.000.385	24
Total	4.160.200	100	4.163.457	100	4.163.453	100
Indicadores	Valores por ha		Valores por ha		Valores por ha	
Cantidad pies mayores	108		106		126	
Cantidad pies menores			147		180	
Biomasa arbórea			13 m ³		17 m ³	

Fuente: Inventarios Forestales Nacionales, Ministerio de Medio Ambiente

*El primer IFN no consideraba las mismas categorías de usos forestales que los otros (por ejemplo, no consideraba el arbolado ralo y disperso), lo que puede dar lugar a parte de la variación observada en las cifras, por lo que ésta habrá de ser tomada con cautela.

un estatus singular de protección (Gil Chamorro, 2004). En la Escuela de Ingenieros Técnicos Forestales de Plasencia se están impulsando proyectos de conservación de las formaciones y especies forestales amenazadas, llegando a estudios demográficos de detalles para el caso de los taxones más raros en la región, como *Prunus lusitanica*, *Quercus robur*, *Sorbus aucuparia* o *Taxus baccata* (Pulido *et al.*, 2004), e incluso para algunas de ellas como el tejo se está trabajando con planes específicos de recuperación (Martínez & Barriga, 2004). Sin embargo, es de lamentar el olvido en que se sigue manteniendo a las escasas representaciones naturales de pinares extremeños (*Pinus pinaster* y *P. pinea*), en particular los pinares del Tiétar por la amenaza de transformación en campos de cultivo; ello, a pesar de que constituyen uno de los hábitats contenidos en la Directiva 92/43 de la Unión Europea: los *pinares mediterráneos de pinos mesogeos endémicos* (cod. 9540).

RIESGOS, AMENAZAS Y CAMBIOS PREVISIBLES: EL FUTURO DE LOS BOSQUES EXTREMEÑOS

Además de los cambios operados en el paisaje por las actuaciones y medidas comentadas, el descenso de la presión sobre los montes está propiciando en muchas zonas una recuperación natural de las masas forestales, especialmente en las comarcas serranas dominadas por el rebollo. Esta expansión y mejora de las áreas arboladas, que también revela la comparación entre los inventarios forestales nacionales (tabla 23) es previsible que continúe en el futuro cercano. Sin embargo, no deja de verse amenazada por algunos signos inquietantes, como la falta de regeneración de las dehesas, los episodios de "seca" de los *Quercus*, los catastróficos incendios o el creciente impacto de vías de comunicación y actividades extractivas o industriales.

En las últimas décadas se ha puesto de relieve la gran amenaza que representan los procesos de decaimiento generalizado del arbolado, más conocidos como "la seca" de los *Quercus*, un proceso complejo en el que intervienen diversos hongos y otros patógenos que afectan a árboles en situaciones de estrés (Montoya & Mesón, 1994). En realidad ya desde hace más de sesenta años se habían alzado voces diversas que propugnaban un cambio en las prácticas de manejo habituales en la dehesa, al apreciarse diversos fenómenos de debilitamiento del arbolado; la dimensión del problema se confirmó con los primeros brotes de seca en los años ochenta, pero fue en la década de los noventa cuando la profusión, rapidez y extensión de las muertes generaron una notable alarma social en todo el suroeste ibérico (Vázquez, 2004). El origen del fenómeno es diverso, pero entre las causas se encuentra la pérdida generalizada del freático en muchas comarcas por el bombeo de agua para uso agronómico, lo que ha supuesto el descenso en decenas de metros sobre la situación pasada y acentúa los efectos de los estios más secos. En Extremadura ha sido la encina la especie mayoritariamente afectada, llegando a aparecer en algunas fincas focos de más de 300 ha, con una densidad de arbolado dañado muy elevada (entre 5 y 15 pies/ha en las fases iniciales y con mortalidad total en

Figura 262. Varias encinas muertas en una dehesa en Casas de don Antonio. Durante las dos últimas décadas se han producido diversos episodios de muertes generalizadas y súbitas de *Quercus*, que han recibido el nombre de “la seca”. Tras estos episodios parece estar la acción de varios hongos patógenos, pero también factores climáticos, edáficos y de gestión.



Figura 263. En ausencia del debido control, las condiciones coyunturales de mercado pueden favorecer el desarrollo de cultivos mal planificados, y sus prácticas resultar notablemente agresivas de cara a la erosión, la vegetación natural o los paisajes. Así sucede con este aterrazamiento para poner cerezos en una ladera en Cambroncino. Resulta irónico que estas actuaciones no sean objeto de la misma crítica social que censuraba las repoblaciones forestales.



las finales). El 59 por ciento de los focos detectados hasta 2001 se sitúan en la provincia de Badajoz frente al 41 por ciento en la de Cáceres, y en conjunto la zona más afectada es el sudoeste de la región: Sierras de Jerez y de Tudía, Olivenza y Baldíos de Alburquerque (Plan Forestal, 2003).

En cuanto a las formaciones adehesadas que suponen el principal activo del paisaje extremeño, su presencia constituye un bosque fósil cuya persistencia se encuentra poderosamente amenazada por una preocupante falta de regeneración. Y mientras no se ataje este problema la mayor parte de nuestros paisajes adehesados están condenados a convertirse en parajes desarbolados. En algunas comarcas, esa falta de regeneración se ha visto agravada en los últimos decenios por el incremento en las cargas pastantes de herbívoros domésticos y salvajes, especialmente cérvidos. Si en los siglos XVII y XVIII se consideraban en las dehesas cargas equivalentes a 1,5 ovejas/ha, en el siglo XIX fueron de 2,7 ovejas/ha y actualmente se manejan unos valores medios de 4 ovejas/ha, que en algunas zonas, como consecuencia del proceso de primas y la “modernización” de las explotaciones se elevan a máximos de 7 ovejas/ha (Vázquez Pardo *et al.*, 2001). En los últimos 25 años el censo ganade-



Figura 264. Llamativa expansión del enebral en Losar de la Vera. La disminución de las últimas décadas en la presión que sufrían los montes está propiciando una notable recuperación de muchas formaciones que habían quedado acantonadas.

Tabla 24. Censo de la ganadería en Extremadura (2)

	1982			2004		
	Badajoz	Cáceres	Total	Badajoz	Cáceres	Total
vacuno	158.571	192.466	351.037	301.434	486.179	790.613
ovino	1.260.077	882.508	2.142.585	2.797.598	1.777.994	4.575.592
caprino	93.723	164.855	258.578	113.695	175.765	289.460
porcino	17.407	90.314	107.721	1.460.432	209.380	1.669.812
Total	1.529.778	1.330.143	2.859.921	4.673.159	2.649.318	7.325.477

Fuente: Terés *et al.* (1995); Anuario estadístico agroalimentario, MAPA, 2004.

ro de la región se ha multiplicado por más del doble, casi el triple (Tabla 24). Sólo el ganado cabrío se ha mantenido en niveles similares a los de la década de los ochenta, pero vacuno y ovino han doblado sus existencias, mientras que el porcino ha experimentado un incremento espectacular, favorecido por la buena coyuntura del mercado de productos del cerdo ibérico. Comparando con los datos del pasado siglo (Tabla 15), el número de ovejas se habría multiplicado por 2, y el de vacas por 6, respecto de los existentes en la fase de repunte ganadero inmediato a la desamortización. También los modos de aprovechamiento y manejo se han modificado. De los más de cuatro millones y medio de ovejas actuales, menos de 20.000 seguirán practicando la trashumancia con la montaña cantábrica, permaneciendo el resto durante todo el año en Extremadura. En definitiva, podemos estar asistiendo en estos momentos a las cargas ganaderas estantes más elevadas de la historia en el conjunto del territorio regional, lo que puede tener efectos drásticos en la evolución de nuestros sistemas forestales, y en concreto en la regeneración de bosques y dehesas.

Seguramente a medio plazo y a escala regional el mayor problema sea el de los incendios forestales que año tras año asolan nuestra geografía: de 1988 a 1999 se produjeron casi 9.000, en su mayor parte de origen humano y al menos la mitad intencionados, que afectaron a unas 135.000 ha, cerca de 50.000 arboladas (Plan Forestal, 2003). Estos siniestros han sido históricamente y siguen siendo la mayor amenaza para los bosques extremeños que se acabarán estabilizando como matorrales de degradación, recuperando los extensos jarales de siglos pasados. En una zona del suroeste pacense, entre Zafra, Barcarrota y Oliva de la Frontera, Vázquez Pardo *et al.* (2001) consignan a lo largo del siglo XX la extinción local de varias especies arbóreas (madroño, enebro, quejigo y algarrobo) a causa de los incendios. Pero seguramente su mayor impacto radique, no ya en la pérdida local de especies, sino en la pérdida continuada de suelos cuya recuperación duraría cientos de años, pero en ausencia de fuegos, lo que les convertirá en desiertos desnudos de vegetación leñosa de cierta talla en las

Figura 265. Obras de la autovía de la Plata en las inmediaciones del Puerto de los Castaños, entre Cañaveral y Casas de Millán. La proliferación de grandes obras de infraestructura supone un nuevo elemento en los paisajes extremeños.



Figura 266. El nivel de explotación del medio extremeño, en líneas generales, se ha visto fuertemente reducido en el último medio siglo, lo que está posibilitando una "recuperación" de sus paisajes. En la imagen, antiguos bancales de cultivo, ahora abandonados y en ruinas sus muros de piedra, y siendo invadidos por retamas y otras matas, en Garrovillas.



más castigadas por el incendio. Las zonas más afectadas suelen ser las sierras, en que las fuertes pendientes, la dificultad de acceso y la gran acumulación de combustible continuo favorecen el rápido avance de las llamas y dificultan la extinción, y precisamente en esas zonas el daño ecológico suele ser mayor al desencadenarse intensos fenómenos erosivos. Paradójicamente, mientras se está asistiendo a una recuperación del arbolado en amplias áreas, en las serranías los incendios siguen minando la superficie boscosa, e hipotecando el futuro de sus montes al continuar dilapidando el capital de sus suelos. En 2004 vio la luz la *Ley de prevención y lucha contra incendios forestales en Extremadura*, en un intento de llevar a cabo un planteamiento integral que incluya la prevención, la extinción y la regeneración de las áreas incendiadas (Jiménez Moro, 2004). Establecer las medidas preventivas adecuadas, acabar con la impunidad de los causantes y dimensionar un operativo de extinción eficiente, será uno de los principales retos de las administraciones gestoras del medio extremeño. La suerte de muchos de nuestros bosques dependerá de su acierto.



Figura 267. Panorámica de la Sierra de Cañaveral, después del incendio de verano de 2006. Los incendios forestales han sido históricamente y siguen siendo la mayor amenaza para los bosques extremeños. Paradójicamente, mientras se está asistiendo a una recuperación del arbolado en amplias áreas, en las serranías los incendios siguen minando la superficie boscosa, alentados por las elevadas pendientes, las dificultades de acceso y la falta de infraestructuras y selviculturas preventivas

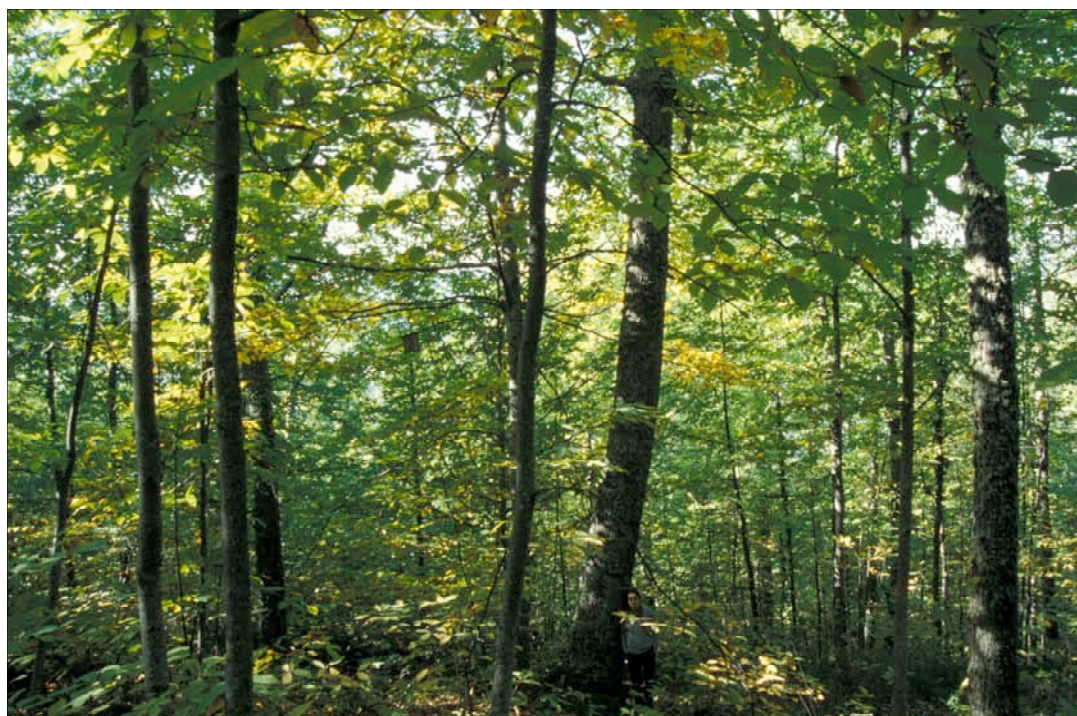


Figura 268. La práctica de una gestión forestal adecuada y bien planificada es la garantía de conservación de nuestros ecosistemas forestales. El “Castañar Gallego” de Hervás (MUP 6 de Cáceres), del que ya se tenían referencias en el siglo XIII, y actualmente ordenado mediante cortas por entre-saca, es una buena prueba de ello.

El Plan Forestal de Extremadura, presentado por la propia administración regional en 2003, tiene por principal objetivo conservar, ampliar y mejorar los bosques extremeños, aprovechándolos de forma sostenible. El Plan considera la gestión forestal como un verdadero eje del desarrollo de las zonas rurales, incide en la necesaria multifuncionalidad (ecológica, económica y social) de los espacios forestales, y se constituye en la herramienta esencial para planificar las acciones a desarrollar sobre los espacios naturales extremeños a medio plazo, en concreto en los próximos 30 años. En ese periodo se propone mejorar el estado de más de un millón de hectáreas forestales, implicando la práctica desaparición de eucaliptales y matorrales degradados y notables incrementos de las arboledas densas, galerías fluviales y pastizales arbolados (Pulido *et al.*, 2007). Se prevé que el 20 por ciento de los proyectos de gasto se dirija a repoblación y regeneración de terrenos forestales, una tarea en que se pretende potenciar el papel de castaños y alcornos, tanto por su aceptación social como por la rentabilidad actual de sus formaciones. Su elaboración ha supuesto ya un hito en la historia forestal de Extremadura: es de esperar que las décadas próximas lo materialicen en una mayor extensión, diversidad y sostenibilidad económica y social de sus sistemas forestales.